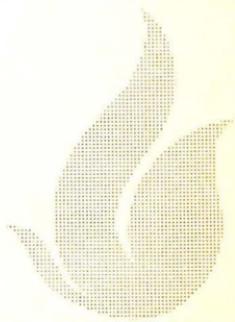


ENZO BIANCO / JOSE ANTONIO RICO

---

# SALESIANO COADJUTOR

4



COLECCION  
ESPIRITUALIDAD

**EDITORIAL**  
**B** **CCS**  
Teléfono: 255 20 00 / Alcalá, 164 / 28028 · MADRID

ISBN: 84-7043-347-4

ENZO BIANCO / JOSE ANTONIO RICO

# SALESIANO COADJUTOR

«Una genial creación  
del corazón de Don Bosco»

(D. Felipe Rinaldi)



EDITORIAL C C S  
Madrid

Título de la obra original: *La mano laica di Don Bosco*, de Enzo BIANCO, SDB. Editorial LDC, Turín-Leumann, 1982.

Traducción, adaptación y ampliación de José Antonio Rico, SDB.

© 1982. Elle Di Ci. Turín-Leumann (Italia).

© 1984. Editorial CCS. Alcalá, 164. 28028 Madrid.

ISBN: 84-7043-347-4

Depósito legal: M. 38.649.—1984

INDUSTRIAS GRÁFICAS ESPAÑA, S. L. - Comte. Zorita, 48 - 28020 Madrid.

# SUMARIO

	<u>Págs.</u>
Presentación ... ..	7

## PARTE PRIMERA

### LA GENIAL FIGURA DEL SALESIANO COADJUTOR

Capítulo I: <i>Una historia de brazos remangados</i> ... ..	17
Capítulo II: <i>La reflexión actual de la Congregación Salesiana sobre el Salesiano Coadjutor</i> ... ..	43
Capítulo III: <i>Coadjutor, un hombre para todas las profesiones</i> ... ..	65

## PARTE SEGUNDA

### FIGURAS CONCRETAS DE SALESIANOS COADJUTORES

Introducción ... ..	83
Capítulo I: <i>Salesianos Coadjutores formados por Don Bosco</i> ... ..	85
Capítulo II: <i>Otras figuras de Salesianos Coadjutores</i> ... ..	131
Capítulo III: <i>Veintiséis Salesianos Coadjutores, Siervos de Dios, mártires en España</i> ... ..	199
Capítulo IV: <i>De Nazareth ha salido algo bueno (Siervo de Dios Simón Srugi)</i> ... ..	229
Capítulo V: <i>Era el pariente de todos los pobres (Siervo de Dios Artémides Zatti)</i> ... ..	259

## CONCLUSIÓN

### UNA PASTORAL VOCACIONAL ADECUADA

#### Apéndices

1. <i>Así habló San Juan Bosco</i> ... ..	299
2. <i>Libros sobre el Salesiano Coadjutor</i> ... ..	305
3. <i>Índice alfabético de los SC citados en el volumen</i> ... ..	309



# **PRESENTACION**



*Aquí tienes, lector, un libro sumamente interesante.*

*Trata de los SALESIANOS COADJUTORES.*

*La Congregación Salesiana, fundada por San Juan Bosco, está compuesta de sacerdotes (y los que aspiran al sacerdocio) y de Coadjutores. En estos últimos se centra nuestra atención.*

- \* *Si no estás muy compenetrado con la vida salesiana y tu imagen de los «hermanos legos» es el único metro de que dispones para catalogar a los Salesianos Coadjutores, haciéndoles semejantes a aquéllos, este libro será para ti una revelación, ¡una sorprendente revelación!... y gratisima; el descubrimiento de algo desconocido.*

*Porque el Salesiano Coadjutor es una «genial creación del corazón de Don Bosco» —como dijo el tercer sucesor de San Juan Bosco y siervo de Dios Don Felipe Rinaldi—. «Creación» y «genial». Don Bosco no copió el tipo de los legos de las Ordenes religiosas, en las que, al lado de los sacerdotes (primera categoría), se encuentran los hermanos (segunda categoría). No, no copió; «creó». Hizo algo completamente nuevo.*

*Si, por el contrario, conoces bastante el estilo de las comunidades salesianas y de sus obras, no quedarás tan sorprendido; pero, ciertamente, este libro te ayudará a conocer mucho mejor hasta dónde llega esa «creación» de Don Bosco.*

- \* *En la vida de Don Bosco no se dan acontecimientos sueltos; todo se relaciona y se coordina en vista de la*

*misión que él ha recibido del Señor y del modo como debe realizarla. En esta perspectiva hay que colocar todos los elementos educativos y apostólicos del Santo de la juventud y de la Congregación que él funda para dar continuidad a su obra.*

*Volvamos con la fantasía a los orígenes. En Turín hay muchos muchachitos venidos de sus pueblos para encontrar trabajo; algunos ya no tienen vivos a sus padres... Pasan hambre, carecen de escuela, viven como pueden. La cárcel es el paradero de bastantes: el hambre conduce al delito; y las malas costumbres, cuando comienzan, no suelen tener freno ni marcha atrás.*

*Para chicos como éstos —que se pueden ver en todas las partes del mundo— Dios suscita a Don Bosco. En la mente de este buen sacerdote hay un principio claro: salvar las almas, comenzando por salvar la vida terrena; hay que dar pan y catecismo; «evangelizar educando y educar evangelizando»; «preparar honrados ciudadanos y buenos cristianos».*

*Acoge a cuantos muchachos puede, amplía su casa, funda escuelas de artes y oficios, levanta la iglesia... y, según cuanto le dicta su corazón en materia educativa, ve la necesidad de hacer de aquel rincón de Turín —Valdocco— el mundo de estos jóvenes, una especie de «ciudad de los muchachos», donde Don Bosco será el «rey», el educador, el padre que atiende a los cuerpos y a las almas. Los años agrandan la obra, como crecen las necesidades.*

*¿Qué encontramos entonces en Valdocco? Muchos muchachos —hasta más de 500 internos—; personas que colaboran con Don Bosco, unos como sacerdotes que son; otros —de nuevo cuño— coadjutores. Los primeros atienden más directamente a la formación espiritual, sin dejar de cubrir otros sectores de formación humana; los segundos atienden más directamente a la formación humana, en sus múltiples aspectos: la comida, la ropa, la salud, los talleres, las clases, la música, el teatro, los juegos... Y sus puestos de trabajo son desde la portería —«un buen portero, escribió Don Bosco, es un tesoro para una casa de educación»— a la enfermería; desde la cocina a la administración; desde los dormitorios a la sacristía; desde los talleres a los almacenes; desde el escenario a la banda de música; desde las clases tecnológicas hasta el catecismo... No*

*quedan espacios sin atender: la educación abarca todos los lugares donde se mueven los muchachos y se preocupa de todos los detalles. Ni que decir tiene que el motor de todo es el corazón de Don Bosco, bajo cuyos cuidados se sienten felices en su casa los pequeños y los mayores.*

\* *A esta realidad ha ido llegando gradualmente. Está convencido de que, por tratarse de «educación humana y cristiana», todos los colaboradores deben alimentar idénticos ideales y trabajar unidos con el mismo sistema, bien coordinados; pues todo influye, para bien o para mal, en la educación de los jóvenes. No quiere dos categorías en las filas de sus hijos, una de sacerdotes y otra de coadjutores; los quiere al mismo nivel; aunque desempeñen funciones diferentes, que se relacionan recíprocamente y se complementan entre sí.*

*En Don Bosco no encontramos improvisaciones: él intuye la primera idea, la experimenta, la corrige o perfecciona sobre la marcha y, finalmente, la precisa. Comienza partiendo de los límites indiscutibles, intocables —por ejemplo: el Coadjutor no es un «segundo», no es un «siervo»—; va repartiendo encomiendas y deberes, según las necesidades de su obra y según las capacidades de las personas; descubre las infinitas posibilidades de acción de estas personas cuando arde en sus corazones un ideal grande y bien asentado; y sabe por experiencia que puede contar con ellas para todo, menos —evidentemente— para lo estrictamente exclusivo del sacerdote. De este modo, en el término «Salesiano Coadjutor» pueden estar incluidos el responsable de un Oratorio festivo, los jefes de los talleres, los maestros de cualquier materia, los administradores, los abastecedores y recaderos, los porteros y cocineros, los enfermeros y sacristanes, los ingenieros y arquitectos, los constructores y los «factotum», los escultores y pintores, los mecánicos y electricistas, los entendidos de sociología y periodistas, los zapateros y sastres...; en tierras civilizadas y en países de misiones.*

*Todos ellos tienen un denominador común, en medio de actividades tan dispares; y responden del mismo modo en ellas, con entrega generosa, con esperanza y optimismo, sembrando alegría, queriendo a los muchachos, buscando su formación humana y su amor a Dios*

—la fe, la vida de gracia, el amor a la Virgen, a la Iglesia y al Papa, la lucha por la salvación de sus almas, su compromiso cristiano—, unidos entre sí y con los sacerdotes para la misma empresa, pero unidos con caridad entrañable, que es la esencia del «espíritu de familia» que reina en sus comunidades, siempre dispuestos a cualquier cosa... Responden así porque llevan dentro la misma vocación, la «salesiana», como religiosos consagrados a Dios para el servicio de la juventud necesitada.

- \* *La historia de cien años confirma la genialidad de esta creación del corazón de Don Bosco. En todas partes —Europa, América, Asia, Africa, Oceanía— el Salesiano Coadjutor ha realizado el proyecto del Fundador, en una infinidad de actividades y en tal coherencia con su condición de religioso que varios caminan hacia el honor de la beatificación y canonización, otros se presentan con la aureola del martirio, muchísimos siguen despertando estímulos con el simple recuerdo de sus vidas.*
- \* *Sabes, lector, que la Presentación de un libro se escribe cuando todo el texto se ha terminado; y se coloca al principio para orientar a quien comienza a leerlo. No creas que lo que se te ha dicho en esta Presentación sea suficiente para adquirir la imagen genial del Salesiano Coadjutor; sólo has leído un resumen de ideas; te falta todavía recorrer más lentamente las páginas doctrinales y vivenciales de este volumen. Se te ha ofrecido el hilo conductor del libro, que consta de dos partes.*
- \* *En la Parte Primera se expone el origen de la IDEA de Don Bosco sobre el Salesiano Coadjutor, su evolución posterior, su definición precisa y conclusiva; y, como requieren los tiempos, el pensamiento actual de la Congregación Salesiana al respecto. Podría titularse: «¿Cómo pensó Don Bosco y cómo piensa hoy su Congregación acerca del Salesiano Coadjutor?» Para hacer más comprensible la exposición se citan oportunamente casos concretos de Salesianos Coadjutores en un total de 49.*
- \* *En la Parte Segunda se presenta una gran cantidad de Salesianos Coadjutores de la primera hora y formados*

*por Don Bosco, diez; otros de diversas nacionalidades, sobre todo de lengua hispana, y que llegan casi hasta nuestros días, quince; veintiséis mártires, siervos de Dios todos ellos y en proceso de beatificación; y dos cuya causa de beatificación ya se ha iniciado por vía no martirial.*

*No esperes, lector, biografías completas, sino los datos suficientes que requiere la finalidad de esta obra, que es enriquecer la teoría sobre el Salesiano Coadjutor con el modo vivencial como estos hermanos la han plasmado en sus ambientes.*

- \* *Por lo tanto, si quieres responder ahora, al comienzo del libro, a la pregunta: ¿Qué es un Salesiano Coadjutor?, algo puedes contestarte; pero ten la seguridad de que, al final de la lectura de todas las páginas, vas a disponer de otras varias categorías para formarte una imagen mucho más exacta.*

*Hace ahora un siglo —el 19 de octubre de 1883— Don Bosco, ya en plenitud de claridad sobre el tema del Salesiano Coadjutor (sólo le quedaban cuatro años y medio de vida), explicó su pensamiento.*

*Desde el Cielo, él, creador de esta figura genial, te ayude a descubrirla a través de las páginas de este libro.*

Roma, fiesta de la Inmaculada de 1983.

José A. Rico, SDB



**PARTE PRIMERA**

**LA GENIAL FIGURA  
DEL  
SALESIANO COADJUTOR**

- I. Una historia de brazos remangados**
- II. La reflexión actual de la Congregación Salesiana  
sobre el Salesiano Coadjutor**
- III. Coadjutor, un hombre para todas las profesiones**



## UNA HISTORIA DE BRAZOS REMANGADOS

### EL SALESIANO COADJUTOR, AÑO TRAS AÑO

- 1854.** El 26 de enero, Don Bosco llama «salesianos» a sus ayudantes (clérigos). El 14 de agosto entra en el Oratorio para quedarse allí establemente Don Víctor Alasonatti, el primer sacerdote de Don Bosco. En el «Registro de los jóvenes del Oratorio» aparece aquel año por primera vez también la palabra «coadjutor»; pero se refiere a seglares pagados por su trabajo.
- 1855.** El 25 de marzo, el clérigo Miguel Rúa hace los votos privados en las manos de Don Bosco (iba a cumplir los dieciocho años); pocos días después, los hace Don Víctor Alasonatti (contaba cuarenta y dos años). Son los primeros pasos de la incipiente Congregación Salesiana.
- 1859.** El 9 de diciembre, Don Bosco comunica a sus más íntimos colaboradores la decisión de fundar su Congregación. El 18 de diciembre, la Congregación queda formalmente fundada con la adhesión de dos sacerdotes, quince clérigos y un estudiante. No figura todavía ningún Coadjutor.
- 1860.** El 2 de febrero, menos de dos meses después, es aceptado en la Congregación como novicio el primer Salesiano Coadjutor: José Rossi.
- 1862.** El 14 de mayo, dos novicios profesan ya como Salesianos Coadjutores en sentido estricto: el señor Federico Oreglia di Santo Stefano y José Gala.
- 1869.** José Rossi, que se hizo también Salesiano Coadjutor (había profesado en 1864), es nombrado por Don Bosco «Proveedor general de la Sociedad Salesiana».

- 1870.** Dos Coadjutores, José Rossi y Andrés Pelazza, son constituidos propietarios legales de bienes inmuebles del Oratorio.
- 1875.** Primera expedición de misioneros salesianos a América: de diez que marcharon, cuatro eran Salesianos Coadjutores.
- 1876.** El 19 de marzo, Don Bosco habla a los salesianos acerca de la figura del Salesiano Coadjutor. El 31 de marzo, presenta por primera vez explícitamente esta figura a los jóvenes artesanos, animándoles a hacerse Salesianos Coadjutores.
- 1877.** El 17 de julio, en Buenos Aires, el joven Silvestre Chiappini profesa como Salesiano Coadjutor. Es la primera profesión fuera de Italia. En septiembre, José Rossi participa en el primer Capítulo General de la Congregación como consultor.
- 1883.** El 19 de octubre, Don Bosco da a los Salesianos Coadjutores una conferencia que se considera fundamental para conocer su pensamiento sobre el Salesiano Coadjutor.
- 1888.** A la muerte de Don Bosco, los Salesianos Coadjutores son 284, entre profesos y novicios.
- 1900.** Al comienzo del siglo, los Salesianos Coadjutores ascienden a 1.061, es decir, al 30,9 % del total de los salesianos.
- 1927.** El Rector Mayor, Don Felipe Rinaldi, publica el documento «El Salesiano Coadjutor en el pensamiento de Don Bosco» y promueve su figura. Desde aquel año se fueron abriendo numerosas obras para la formación de Salesianos Coadjutores, principalmente misioneros.
- 1966.** Los Salesianos Coadjutores alcanzan su cota más alta (4.497); después, también ellos padecen la crisis general de vocaciones que sufre la Iglesia. Mientras tanto, aquel año se introduce la causa de canonización del Coadjutor Simón Srugi, libanés.
- 1975.** Se celebra en Roma el «Congreso Mundial del Salesiano Coadjutor», para reflexionar sobre esta figura y estimular su presentación vocacional en el mundo salesiano.
- 1980.** Carta del Rector Mayor Don Egidio Viganó sobre «El elemento laical de la comunidad salesiana». Se introduce la causa de canonización del Coadjutor Artímedes Zatti, argentino de origen italiano.
- 1983.** Carta del Rector Mayor Don Egidio Viganó sobre «La misión salesiana y el mundo del trabajo», en la que subraya la importancia de la vocación del Salesiano Coadjutor en el mundo actual.

## 1. EL HOMBRE DEL SERVICIO SECRETO

Sucedió por los años cincuenta, a bordo de un transatlántico apenas zarpado de Génova para Norteamérica. En el comedor de segunda clase tres personas se sientan en la misma mesa: dos hombres y una señora. Un miembro de la tripulación se acerca, bloc en mano, para tomar los nombres y los posibles títulos de los pasajeros. Uno de los señores da su nombre y se declara profesor universitario; la señora se presenta como su esposa. Igualmente el tercer viajero dice su nombre y apellido; al ver que el marinero espera su condición, añade: «Ponga la sigla SDB».

El empleado lo hace, luego agradece cortésmente y saluda. Pero en el rostro de los dos esposos se refleja desilusión e inquietud: han perdido la ocasión de conocer algo más de su compañero de viaje y comienzan a sospechar que, detrás de aquella extraña sigla, se pueda esconder algo poco claro, acaso la pertenencia a un *servicio secreto*. Y, desde aquel momento, se muestran más reservados en la conversación. Por otra parte, el misterioso viajero, con su conducta, da pie para cualquier sospecha: con frecuencia se retira, evita el gentío y las manifestaciones demasiado mundanas. Y, sin embargo, su aspecto es abierto, su trato amable, su conversación agradable...

Un día, la señora se anima y le pregunta el significado de aquella extraña sigla. «No hay nada misterioso —explícala el otro con sonrisa conciliadora— SDB significa sencillamente Salesiano de Don Bosco.»

«¡Salesiano! Y ¿quién no conoce a los Salesianos? —balbucea la señora—. ¿Entonces es usted un sacerdote salesiano?»

«Soy salesiano, pero no soy sacerdote —precisa el otro—. Soy un Salesiano Coadjutor. Y voy a América para enseñar en nuestros colegios artes gráficas.»

La señora se turba, no llega a comprender cómo se pueda ser salesiano sin ser sacerdote. Y su compañero de viaje tiene que ponerse a explicar que hay dos tipos de salesianos: los sacerdotes que ella conoce y, además, los laicos; le dice que estos últimos tienen la misma misión que los sacerdotes, esto es, la formación cristiana de la juventud, misión que realizan de maneras no del todo iguales, pero trabajando todos en grupo y complementándose recíprocamente. De este modo, la señora se persuade de que esta singular categoría de salesianos constituye, segura-

mente, una especie de «servicio secreto». Sí, es un *servicio* el que hacen a la juventud del mundo; pero es *secreto*, al menos en el sentido de que ni ella ni tantísima gente lo conocen...

El hecho es que Don Bosco tenía —y sigue teniendo todavía hoy— dos manos: *una mano sacerdotal*, con la que traza amplias señales de la cruz sobre los jóvenes para librarlos de sus culpas, y con la que distribuye la eucaristía y, acaso, algún coscorrón en la cabeza; y *una mano laica*, a veces callosa, con la que hace jugar a los chicos, les enseña a usar las herramientas de un oficio, los acompaña y los guía con el ejemplo hacia el mundo adulto. Con otras palabras, hay en su proyecto apostólico tanto el salesiano sacerdote como el salesiano laico, llamado por Don Bosco «Salesiano Coadjutor» (que por brevedad citaremos en este libro con las iniciales SC).

### **Por qué los Coadjutores**

En ésta, como en cualquier otra cosa de Don Bosco, si se quiere entender algo, hay que partir de los jóvenes. Estos son la razón, el motivo y el significado de su vida, la llave capaz de abrir la puerta del misterio de su ser y de su obrar. Ante la inmensa tarea de formar y hacer crecer cristianamente a los jóvenes, Don Bosco ha tratado de conjuntar todas las fuerzas humanas y divinas, todos los medios de la naturaleza y de la gracia. A dicho objetivo ha querido orientar las energías ideales y la acción concreta no sólo de los sacerdotes, sino también la de los laicos comprometidos. Si la tarea que se propone es inmensa, ¿por qué privarse de la aportación insustituible de los laicos? Por eso los ha querido implicar hasta el cuello.

Cuando todavía dirigía el Oratorio itinerante por los prados de la periferia de Turín, hacia el año 1845, Don Bosco se rodeó de laicos que, residiendo en sus casas, le ayudaban de mil maneras: de ellos nació más tarde la Asociación de los Cooperadores Salesianos. Pero, para dar seguridad y estabilidad al proyecto apostólico que estaba iniciando, tenía necesidad de más: necesitaba colaboradores estables, dispuestos a residir dentro de sus obras y a trabajar «a tiempo pleno», dedicando toda la existencia, con él. Entre los años de 1854 y 1859 los encontró: eran clérigos y sacerdotes, y con ellos fundó la Congregación Sale-

siana. Pero entre sus amigos había también laicos dispuestos a «dejarlo todo y a quedarse con Don Bosco». De este modo, a partir de 1860, comenzó a organizarlos: con los votos religiosos los hizo salesianos a título pleno, con todo derecho y los asoció a sus sacerdotes y clérigos para constituir juntos sus comunidades educativas. Nació así algo original: el «*Don Bosco con una mano sacerdotal y con otra laica*», que se coloca en condiciones de poder ocuparse, de manera más plena y eficaz, de la juventud. Su amor y dedicación a las clases populares por medio de la prensa encontró también en los SC una ayuda de gran fuerza. Y, años después, cuando se lanzó a la aventura misionera, recibieron los beneficios de la colaboración de los SC los pueblos —primitivos y no tan primitivos— de las misiones.

Estos laicos amigos de Don Bosco y capaces de una donación total en la vida religiosa eran hombres concretos, las más de las veces con una personalidad riquísima de dotes y de valores, que merece la pena conocerlos de cerca.

## **2. PREHISTORIA: COADJUTORES EN BUSCA DE IDENTIDAD**

Los filósofos, ya se sabe, parten de principios abstractos; de ellos deducen con seguridad las cosas que han de hacer; luego, se ponen a hacerlas y... se equivocan. Don Bosco, hombre concreto y con los pies en el suelo, siempre seguía el método opuesto, en todo. Miraba a su alrededor, tentaba la cosa, luego experimentaba algo nuevo; después, modificaba otra vez; y, sólo al final, enunciaba los principios. Principios que resultaban sólidos y prácticos, porque se basaban en la realidad. Con este método, Don Bosco ha construido también la figura del SC.

Esta, al principio, se nos presenta —como se le presentó también a él— todavía difuminada, sin contornos precisos; al final, aparecerá nítida, sugestiva, capaz de fascinar y de ser propuesta aún hoy como un válido proyecto de vida.

*José Buzzetti* podría ser considerado como el primer SC auténtico: Don Bosco lo encontró en los tiempos del Oratorio itinerante y él no le abandonó nunca. Oficialmente fue Coadjutor muy tarde, porque «no se sentía digno»; pero, en la práctica, fue siempre Coadjutor de Don

Bosco (de él se hablará explícitamente en el capítulo tercero de esta Primera Parte).

### **Coadjutores según la etimología**

De hecho los Coadjutores estaban al lado de Don Bosco mucho antes de que la palabra «coadjutor» se introdujera para indicar al salesiano laico, «la mano laica de Don Bosco». Y, cuando se usó, al principio significó una realidad muy diversa del SC tal como se entiende hoy.

Estando a cuanto se dice en el «Registro de los jóvenes», recopilado año tras año en Valdocco, el primero que recibió el nombre de Coadjutor fue, hacia fines de 1854, un tal Alejo Peana. Tenía treinta y cuatro años, prestaba algún servicio en casa y cobraba el estipendio correspondiente. En una palabra, el término Coadjutor, en un primer momento, se entendía en el sentido etimológico de «uno que ayuda» y nada más.

Pero, al comienzo de aquel mismo año, Don Bosco —siempre en fase creativa— había ya introducido otro término nuevo, el de «Salesiano», dando así un primer paso hacia su naciente Congregación. Escribió el entonces clérigo Miguel Rúa: «El 26 de enero de 1854, por la noche, nos reunimos en el aposento de Don Bosco: el mismo Don Bosco, Rocchietti, Artiglia, Cagliari y Rúa; se nos propuso hacer, con la ayuda del Señor y de San Francisco de Sales una experiencia de ejercicio práctico de caridad con el prójimo... Desde aquella noche se llamó *salesianos* a los que se propusieron y se propongan tal ejercicio».

En agosto, otro hecho decisivo: un cierto Don Víctor Alasonatti había ido a Valdocco para quedarse con Don Bosco y ayudarle en todo; desde aquel momento Don Bosco no será ya el único sacerdote en el Oratorio y se sentirá más liberado en sus iniciativas. Otro paso hacia adelante se daba en el mes de marzo de 1855: el clérigo Rúa primero y, luego, también Don Víctor Alasonatti, emiten los votos privados en las manos de Don Bosco.

El momento decisivo fue hacia el final de 1859: el 9 de diciembre, Don Bosco comunica a sus más íntimos colaboradores, aumentados de número mientras tanto, su explícita intención de fundar la Congregación Salesiana. Y, nueve días más tarde, recoge las adhesiones de todos los que están dispuestos a fundarla con él: a su invitación

responden diecisiete, es decir, todos los invitados menos dos. Están con él Don Víctor Alasonatti, quince clérigos y un estudiante.

Entre tanto, durante aquellos años, también había ido aumentando en el Oratorio el número de los llamados Coadjutores, como resulta del «Registro de los jóvenes». Estos pagaban una mensualidad a la casa por la comida y el alojamiento, y cobraban la retribución en base al trabajo que desempeñaban: unos como personal de servicio (limpieza, cocina, etc.), otros como obreros en los talleres de artes y oficios abiertos en el Oratorio. Pero la palabra estaba a punto de adquirir un nuevo y más completo significado.

### **Coadjutores en sentido salesiano**

El 2 de febrero de 1860, «el Capítulo (es decir, el conjunto de los Superiores) de la Sociedad Salesiana... se reunía en la habitación del Rector (Don Bosco), para tratar de la admisión del joven *José Rossi*... Terminada la votación y hecho el escrutinio, obtuvo dicho joven todos los votos a favor. Por lo que fue admitido a la práctica de las Reglas de dicha Sociedad». Con estas últimas palabras se quería decir que el joven era considerado novicio. Pero era también el primer SC en sentido absoluto. No era un asalariado, sino un joven generoso que se daba a Dios sin pedir otra compensación que la de poder trabajar con Don Bosco y por el bien de los muchachos.

Este Rossi, algún tiempo antes, cuando tenía veinticuatro años, había tomado en sus manos un libro de Don Bosco y, dejando su pueblo, en la provincia de Pavía, había decidido irse para siempre con él. Al principio fue el encargado de la ropería; luego, además, asistente en los talleres; después, aprendió a solventar pequeños encargos en la ciudad. Tenía madera de administrador y, en 1869, Don Bosco le nombró «Proveedor general de la Sociedad Salesiana». Era el hombre de confianza; tenía responsabilidad sobre todos los bienes materiales de la Congregación: una Congregación que cada año crecía y necesitaba mayor entrega y dedicación. El tenía que viajar mucho, en Italia y al extranjero, para seguir de cerca la expansión de las obras. Don Bosco le quería mucho, bromeaba con él y, para resaltar el aspecto diverso que con el correr de los años había adquirido, le llamaba «conde»: «Mirad al

Conde Rossi, gran amigo de Don Bosco». (Un día que le llamó conde mientras viajaban juntos en el tren, el revisor le prodigó mil reverencias y los llevó a los dos a primera clase...)

Mientras tanto, la terminología se iba precisando. En los «Registros de los jóvenes» se encontrará todavía, durante algún tiempo, el término «Coadjutor» aplicado al personal asalariado; pero, para estas personas, se había encontrado ya la palabra precisa —usada entonces para designar a los criados de las familias nobles o de la burguesía— de «fámulos». Muy diverso era ya el SC, laico consagrado al Señor en las manos de Don Bosco, para colaborar con él, codo a codo, por el bien de la juventud. La palabra «Coadjutor» había adquirido, de esta manera, su profundo significado religioso y salesiano.

### 3. UN CUARTO DE SIGLO PARA MADURAR LA IDEA

Con el paso de los años, Don Bosco se daba cuenta de tener en mano —con los SC— un tesoro de valor inestimable, piezas preciosísimas para realizar su proyecto apostólico. Y les fue dando un espacio cada vez mayor en su Congregación y en sus planes.

En un cuaderno que contiene el primer esbozo de las Constituciones Salesianas, escrito en aquellos años por la pluma diligente de Don Miguel Rúa, Don Bosco hablaba de «miembros eclesiásticos, clérigos y también laicos». En las ediciones sucesivas desaparece la palabra «también». El Reglamento del Oratorio, con fecha de 1867, presenta los oficios del Coadjutor, que están limitados todavía a tres y de segundo orden: cocinero, camarero y portero. El término Coadjutor se sigue aún usando en sentido muy ambiguo; pero la realidad iba más adelante que los documentos escritos. De hecho, en 1869 —como hemos recordado— José Rossi se merecía la confianza de Don Bosco, que le nombraba «Proveedor general de la Sociedad Salesiana». Y, en 1870, el mismo Rossi, con otro Coadjutor de la primera hora, *Andrés Pelazza*, por deseo de Don Bosco, aparecen como propietarios legales de bienes inmuebles del Oratorio. Aquel año, los Coadjutores eran ya 23, sobre los 101 salesianos (26 eran los sacerdotes, 52 los clérigos).

## Don Bosco comienza a explicarse

En octubre de 1862, Don Bosco, hablando a los novicios, les presentaba una concepción «orgánica» de su Congregación. Un organismo vivo —decía— tiene necesidad de partes bien diferenciadas, pero armoniosamente unidas y en plena colaboración entre ellas; así también en la Congregación hacen falta el sacerdote y el clérigo; pero, además, otros que se ocupen de todos los aspectos materiales. Y, puesto que «todo lo que hace uno redundando en beneficio del otro», exhortaba a «hacer todo bien, del mismo modo como se fabrican los relojes en Ginebra...».

Como aplicación concreta de este principio, en la primera expedición misionera salesiana para América (1875), de diez que partían, Don Bosco quiso que cuatro fueran Coadjutores (uno de ellos demasiado joven, tanto que no pudo obtener el pasaporte y, para marchar, tuvo que embarcarse de incógnito en Marsella).

En 1876 (los SC son ya 78 y otros 25 jóvenes artesanos se preparaban a serlo), en dos ocasiones Don Bosco ahonda su pensamiento sobre los SC. El 19 de marzo reúne a 205 entre salesianos, novicios y alumnos que desean escucharle y los entretiene sobre el tema «La mies es mucha, pero los obreros pocos». Y echa por tierra la idea de que obreros en la mies lo sean solamente los sacerdotes: «En la Iglesia hay necesidad de toda suerte de obreros, sí, de todos los géneros». Y enumera una serie de actividades que también los laicos pueden desarrollar en el campo de la Iglesia y de la Congregación Salesiana.

A los artesanos Don Bosco vuelve a hablarles pocos días después, el 31 de marzo; y, por primera vez, les presenta en términos explícitos la vocación del SC, invitándoles a tomarla en consideración. Dice que la Congregación «no está hecha sólo para los sacerdotes o para los estudiantes, sino también para los artesanos. Es una asociación de sacerdotes, clérigos y laicos, especialmente artesanos, que desean unirse para hacerse el bien unos a otros y también hacer el bien a los demás». Pone de manera radical el principio de la igualdad entre todos los salesianos: «No hay distinción alguna: todos son tratados de la misma manera, sean artesanos, sean sacerdotes; nosotros nos consideramos todos como hermanos; y la sopa que yo tomo la tienen igualmente los demás; y el mismo segundo plato; el mismo vino que se sirve a Don Bosco se da a todo

el que pertenece a la Congregación». (Probablemente los demás lo tomarán en medida más abundante, porque Don Bosco apenas lo probaba.)

### No siervos, sino señores

Con este sentido de lo concreto se explicaba Don Bosco; y a sus palabras hacía seguir los hechos. En 1877, reunía en Lanzo, cerca de Turín, el primer Capítulo General de su Congregación y llamaba a tomar parte en él también a un Coadjutor, *José Rossi* (y lo llamará más veces, con otros, a los Capítulos sucesivos).

En 1880, para tener más Coadjutores, Don Bosco enviaba a los párrocos, sobre todo del Piamonte, una circular, invitándoles a orientar hacia su Congregación a los jóvenes que tuvieran cualidades idóneas. Los Coadjutores alcanzaban aquel año el número de 182.

En 1883, Don Bosco aborda expresamente, en un nuevo Capítulo General, el argumento del SC. Se trata el problema del nombre y se decide conservarlo, porque es el propuesto por la Santa Sede: «*Fratres Coadiutores*». Pero se acuerda no aplicarlo en adelante a los colaboradores que no han hecho los votos, los cuales tomarán desde ahora, exclusivamente, el nombre de *fámulos*. Un sacerdote, en plena reunión, se atrevió a lanzar esta opinión: «A los Coadjutores conviene tenerlos debajo, formar con ellos una categoría distinta...». Nunca lo hubiera dicho. Don Bosco se opone, visiblemente conmovido: «¡No, no, no! ¡Los hermanos Coadjutores son como todos los demás!». En realidad debía de haber no pocos entre los salesianos sacerdotes y los clérigos que pensaban de aquella manera «clasista»: eran las ideas del tiempo. A Don Bosco le había llegado la voz de que en algunas Casas los Coadjutores estaban realmente «debajo», que no veían suficientemente reconocida su preparación profesional y su capacidad de colaboración en el trabajo con los jóvenes. Y que algunos comenzaban a desanimarse. Por eso, apenas pudo, fue a San Benigno Canavese (Turín) para ver a sus novicios Coadjutores y les dio una conferencia «con la intención de levantar sus ánimos decaídos». Una conferencia programática, «para manifestar —como les dijo— mi idea sobre el Coadjutor Salesiano».

Y precisó: «Yo tengo necesidad de colaboradores. Hay

cosas que ni los sacerdotes ni los clérigos pueden hacer y las haréis vosotros». No se detuvo en las ordinarias ocupaciones de la cocina y de la portería, sino que habló de tipografías, librerías, talleres; más aún: «Tengo necesidad de poder contar en todas las Casas con alguien al que se puedan dejar las cosas de mayor confianza, el manejo del dinero, lo contencioso; tengo necesidad de alguien que represente la Casa fuera de ella... Estos debéis ser vosotros. Vosotros no debéis ser el que trabaja o se fatiga directamente, sino más bien quien dirige. Debéis ser como amos sobre los empleados, no como siervos...; no súbditos, sino superiores... Esta es la idea del Coadjutor Salesiano».

Tres años después, Don Bosco llevará tales principios al último Capítulo General en que pudo tomar parte. El documento final de 1886 refería: «En los tiempos actuales más que en otros, las obras católicas —y entre ellas está nuestra Congregación— pueden obtener de los laicos una ayuda efficacísima; incluso en ciertas ocasiones pueden ellos hacer el bien en mayor escala y con más libertad que no los sacerdotes». Y más directamente: «Para los Coadjutores hay abierto un vastísimo campo... dirigiendo y administrando los diferentes bienes de nuestra Sociedad, siendo maestros de taller, o catequistas en los Oratorios festivos y especialmente en nuestras misiones extranjeras».

En relación con los sacerdotes, los Coadjutores deberán «ver en ellos a padres y hermanos, junto a los cuales viven unidos con lazos de caridad fraterna, de modo que formen un solo corazón y una alma sola».

Ahora sí, Don Bosco se había formado las ideas claras y precisas y había comenzado a transmitir las y a hacerlas aceptar por los demás. Había llegado a ello, no a través de la especulación abstracta, tantas veces inconcluyente. El éter está lleno de programas declarados y no realizados; la tierra está sembrada de tantas primeras piedras que han sido también las últimas. Don Bosco, en cambio, ha construido la figura del SC a través de lo concreto de experiencias y observaciones realistas, durante un largo cuarto de siglo; y, de esta manera, esta figura ha salido de sus manos sólida, práctica, concreta.

#### 4. LA PRIMERA FLORACION DE LOS SALESIANOS COADJUTORES

*José Rossi* fue el primer Coadjutor novicio, pero no fue el primero en hacer la profesión religiosa. Su «prueba» duró mucho, unos cuatro años, hasta 1864. Entre tanto, otros dos laicos —más maduros de edad— emitiendo la profesión en 1862, llegaron a ser SC en sentido pleno antes que él. También es verdad que ambos dejaron el Oratorio y a Don Bosco, si bien en circunstancias muy diversas.

Uno se llamaba *José Gaia* y era un buen cocinero. Después de algún tiempo, pobrecillo, perdió la razón y hubo de ser internado en un sanatorio. Pero merece ser recordado por un episodio que hizo ver la grandeza del corazón de Don Bosco. Una noche de 1875, había terminado muy tarde las confesiones de sus muchachos y llegó famélico al comedor en busca de un bocado. Gaia, que estaba fregando las perolas, echó en un plato un poco de arroz pasado y frío. El joven que debía llevarlo a la mesa le dijo: «Que es para Don Bosco». Y el pobre Gaia, ya tocado de su mal, contestó: «¡Bah, Don Bosco es uno como los demás!». La respuesta fue referida a Don Bosco, que replicó tranquilo: «Tiene razón Gaia, es verdad».

De muy diversa talla resultó ser el otro Coadjutor, el señor *Federico Oreglia di Santo Stefano*.

#### Le agarró por la barba

En julio de 1860, Don Bosco llegaba a San Ignacio, encima de Lanzo, para prestar asistencia espiritual —como solía hacer desde años atrás— en una tanda de ejercicios espirituales para laicos. Tenía la salud quebrantada y, la primera noche, en la iglesia, cayó sin sentido. Cuando volvió en sí, se encontró en su habitación y vio a los pies de la cama a un joven elegante, llorando. Era él, el señor Oreglia, el buen samaritano que le había llevado delicadamente hasta su estancia. Don Bosco le conocía; pertenecía a una familia distinguida. Cuando le tuvo cerca, le agarró por la barba: «Ahora usted está en mis manos. ¿Qué tengo que hacer?» Y el señor Oreglia acabó confesándose. Había ido allá por insistencia de su madre, que le quería —después de un período sin rumbo— de nuevo en el recto ca-

mino. Y, con la ayuda de Don Bosco, volvió realmente a encarrilarse. Algún mes más tarde, se presentó a Don Bosco en el Oratorio pidiéndole hospitalidad: tenía necesidad de tiempo para decidir su vocación; y, mientras tanto, pensaba poder ser útil allí, en Valdocco. La vida en el Oratorio era muy dura; pero él la aceptó con valor, adaptándose en todo, en los horarios, en la oración, en el trabajo. Su vasta experiencia de «hombre de mundo» le consentía prestar a Don Bosco preciosos servicios; y, cuando pidió ser salesiano, en seguida Don Bosco lo aceptó.

Le puso al frente de la tipografía y de la librería, le confió prácticas delicadas que resolver, le encargó la responsabilidad de las loterías. El buen señor Oreglia llegó a ser el lazo de unión entre Don Bosco y las familias acomodadas no sólo de Turín, sino también de Florencia y de Roma (donde tenía un tío Cardenal).

Nueve largos años trabajó en el Oratorio, resultando indispensable. Pero, mientras tanto, estaba madurando en su corazón el deseo de ser sacerdote en las filas de los Jesuitas, donde ya tenía un hermano. Dejó a Don Bosco en 1869 con grande pena recíproca. Pero los dos continuaron siendo profundamente amigos y, en muchas ocasiones, Oreglia tuvo la dicha de poder ser útil a Don Bosco, siempre necesitado de todo y de todos.

### **Provisional para cuarenta y ocho años**

Por dos que le dejaron, Don Bosco encontró en muchísimos otros SC una fidelidad inquebrantable.

Es el caso de otro *Rossi*, de nombre *Marcelo*. Tuvo que esperar a ser mayor de edad para poder disponer libremente de su persona. Y, en 1869, se presentó a Don Bosco para quedarse siempre con él. De constitución más bien frágil, enfermó de pecho en 1875 y parecía tener los días contados. Don Bosco le impartió su bendición y le aseguró que continuaría trabajando mucho tiempo con él. De hecho, se repuso y, como Don Bosco tenía necesidad de un hombre prudente y responsable en la portería, le confió *provisionalmente* tal oficio. Lo desempeñó *provisionalmente* durante cuarenta y ocho años.

Todas las mañanas, a las cuatro y media, era puntual en abrir la iglesia; luego ordenaba todo en la portería; por fin, ocupaba su puesto en la ventanilla. Desde aquel

puesto de observación tenía oportunidad de ser útil a todos, informando y advirtiendo, evitando extravíos e inconvenientes. Se ausentaba sólo una semana al año para hacer ejercicios espirituales; y algunas horas cada domingo para dar catecismo a los niños del Oratorio. Fuera de estas ocasiones, estaba siempre allí. Le llamaban «el centinela del Oratorio», o —aludiendo al famoso perro que había defendido a Don Bosco en años pasados— «el Gris». Pero era todo lo contrario de un cancerbero: siempre tranquilo y sereno, dueño de la situación, sabía contentar a todos y hacer servicios en mil ocasiones. Su portería se convirtió en una oficina de colocación: allí encontraba a alumnos en busca de trabajo y también allí encontraba a personas de clase rica dispuestas a acogerlos; o dispuestas a pagar la pensión de algún muchacho pobre...

En 1921 fue erigido en la plaza de María Auxiliadora el monumento a Don Bosco; algún tiempo después, el Cardenal Cagliero regresó a Turín de sus acostumbrados largos viajes y sentía curiosidad por ver el famoso monumento. Cuando se asomó a la plaza, mirando de lejos, vio también a Marcelo Rossi en la entrada de la portería, y, señalándolo a sus acompañantes, dijo: «Mirad allá: ése es el verdadero monumento de Don Bosco».

### Los talentos de Pelazza

Ricos en generosidad, no pocos de los primeros SC resultaban ser también ricos en talentos; y Don Bosco supo intuir esos talentos, desarrollarlos y —según el consejo evangélico— negociarlos. Tal es el caso de *Andrés Pelazza*, muchacho del Oratorio festivo que, a los veinte años de edad, decidió ponerse a las órdenes de Don Bosco. En el 1863 era SC y fue puesto a la prueba con el acostumbrado encargo de ropero. Resultó diligente. Además, tenía una voz magnífica y un delicado oído musical, por lo que se le encomendó enseñar canto. Trabajaba bien en el teatro; en el escenario arrebatada, hasta el punto de que gente de fuera llegó a proponerle una carrera brillante en el gran mundo del teatro. Su respuesta fue que no dejaría a Don Bosco por todo el oro del mundo.

Cuando marchó de Valdocco el señor Oreglia, Don Bosco le confió la tipografía. El se acobardó y se echó atrás, diciendo que no estaba a la altura; pero Don Bosco in-

sistió para que al menos probase. Probó: era el hombre justo. Amplió la escuela tipográfica, modernizó las instalaciones, llevó a la cima aquel arte en Valdocco. Y demostró, al mismo tiempo, dotes de verdadero educador, logrando madurar a sus muchachos con el diálogo y la amistad sincera.

Don Bosco salía muchas veces a la ciudad por mil motivos y procuraba que él le acompañara. Para Pelazza éstas eran ocasiones preciosas para abordar los problemas, para aprender, para «crecer» en el espíritu. Don Bosco abrió nuevas tipografías en Génova y en San Benigno; y quiso que permanecieran largo tiempo bajo sus órdenes. En 1878 añadió a estos talleres la fábrica de papel de Mathi Torinese, que igualmente confió a Perazza, el cual se había convertido ya en un manager, en un verdadero administrador.

Perfecto en la contabilidad, delicado y concreto en las relaciones públicas, dirigía desde su despacho hombres y cosas según el espíritu de Don Bosco. Para ser un moderno director de empresa sólo le faltaban los teléfonos y la determinación de multiplicar el capital: él, en cambio, sólo miraba al bien de sus muchachos.

Un gran éxito suyo fue la participación en la Exposición Nacional que se celebró en Turín en 1884. En el pabellón salesiano concentró toda la maquinaria necesaria para el nacimiento de un libro: la fabricación del papel, la composición, la impresión, la encuadernación. Las máquinas no estaban paradas, sino en continuo ejercicio, atendidas por los alumnos de la escuela. La gente se agolpaba en aquel pabellón entusiasmada al ver todos aquellos prodigios de la técnica escalonados en perfecto orden y puestos en marcha por muchachos. Sólo la corriente anticlerical, de moda en aquellos tiempos, impidió que el *stand* fuese premiado como correspondía.

La tipografía de Don Bosco fue el reino de Pelazza durante treinta y cinco años; en 1905, cuando su corazón se paró de improviso, lo encontraron en su puesto de mando, reclinado sobre la mesa del despacho.

## El talento de Dogliani

Otro caso es el de un muchachito que fue enviado a Valdocco para aprender el oficio de carpintero y que terminó sien-



do un insigne músico: *José Dogliani*. Había leído de un tirón la vida de Domingo Savio escrita por Don Bosco y, al llegar al Oratorio imaginaba encontrárselo poblado de muchachos, todos tan buenos como él. En cambio, en el taller cayó al lado de un granuja. Desencantado corrió a Don Bosco para decirle su completa desilusión y para anunciarle que quería volverse a su casa. A Don Bosco le costó trabajo hacerle aterrizar en la realidad y, puesto que mientras tanto se había revelado como un pequeño Beethoven, lo encaminó hacia la música. En el Oratorio había, aquel año de gracia de 1864, cuatro clases nocturnas de música vocal, con 83 alumnos, seis cursos de canto gregoriano con 161 cantores y una escuela de música instrumental con 30 músicos. El simpático José comenzó con el *genis* y, después de dos meses solamente, era ya titular de la banda; luego, aprendió el *bugle bajo* y lo tocaba tan bien que compusieron un concierto preparado para él, para que pudiera exhibirse como solista.

A sus diecinueve años, compuso él mismo una marcha para la banda, con el título elocuente de «Un embrollo cualquiera»; y se le fue encaminando al estudio del piano y de la composición. En aquellos años dirigía la banda del Oratorio otro talento natural, Don Juan Cagliariero; pero en 1875 partió como misionero a América y su batuta pasó a las manos de Dogliani.

Era un innovador. Desterró de la iglesia los instrumentos rumorosos de la época, prefirió el canto gregoriano límpido y la polifonía clásica. Muchos no lo entendían y le criticaban; pero la reforma que llevó a cabo Pío X con su *motu proprio* llegó a darle por entero la razón.

Don Bosco quiso, en 1887, que fuese a Roma con toda su *schola cantorum* para la consagración del templo del Sagrado Corazón; y abundaron los elogios de la prensa. En 1894 le llamaron de Marsella para el centenario de Santa Juana de Arco. En 1900, los salesianos de América le quisieron allí para festejar los veinticinco años de su actividad en aquel continente. Y él aprovechó la ocasión para reorganizar allá las escuelas salesianas de canto, probar órganos nuevos, dar cursos a los salesianos maestros de banda. Apenas regresó a Turín, se le encargó la parte musical de los funerales del rey Humberto I, muerto trágicamente en un atentado.

Fue compositor, pero sobre todo educador (entre sus alumnos hay que recordar al tenor Francisco Tamagno)

y autor de métodos para el aprendizaje del canto. Los gobiernos le honraron con sus elogios, los competentes dijeron que «con el maestro Dogliani la música clásica había vuelto a la iglesia»; pero él, sencillo en medio de tanta gloria, sentía nostalgia de los tiempos felices cuando Don Bosco le había encargado de servir en el comedor y tenía así ocasión de estar junto a él un poco de tiempo.

## **Cuatro Merlos**

En 1886, Don Bosco recibió la visita de un sastre de fama en el Piamonte, *Félix Merlo*; y le hizo ver la necesidad que tenía de buenos maestros para ponerlos al frente de sus talleres. El visitador le dijo que iría con gusto si no estuviera casado y con tres hijos que mantener. Entonces Don Bosco le invitó a él y a sus tres hijos a hacerse todos Coadjutores: le aseguró que habrían podido hacer mucho bien, llevar una vida serena en las Casas de Don Bosco y que un día se encontrarían todos con él en el Paraíso.

El sastre tomó en serio aquella invitación-profecía. Poco después, moría la esposa; y él, sintiéndose libre, volvió al Oratorio con sus tres hijos. Estos, que todavía eran muchachos, frecuentaban las clases como artesanos; él entró en el noviciado. La prueba le resultaba dura, dada su edad; pero logró adaptarse a la vida común; más aún, fue un verdadero modelo para los otros. Cuando profesó como salesiano, recibió el encargo de ponerse al frente de los talleres de sastrería y se desenvolvió con éxito: los muchachos tenían en él un segundo padre. Dirigía también la banda. Y tuvo la gloria de ver a sus tres hijos hechos salesianos. El primero, *Ángel*, fue maestro de artes gráficas durante treinta y cinco años y, además, director de una rondalla de mandolinas que conquistó premios internacionales. El segundo, *Alejandro*, fue jefe de los encuadernadores. El tercero, *Pedro*, fue maestro elemental durante cuarenta años.

## **Príncipe y «humilde Coadjutor»**

No era raro ver en las filas salesianas a personajes totalmente inesperados. ¿Quién hubiera podido pensar que

un príncipe se hiciera Coadjutor? «Humilde Coadjutor», precisaba él. Era príncipe de Ervigio, conde de Lara, duque de Amaya, barón de Arrière, etc. Entre sus antepasados podía contar con orgullo a un San Isidoro de Sevilla, a San Hermenegildo mártir, al rey Alfonso I de Asturias y León. De España había pasado su familia a Francia en el siglo IV, emparentándose con la nobleza del país. El nació en Londres en 1875, último vástago de tan ilustre familia. Al quedar huérfano, muy niño aún, fue encomendado a una institutriz francesa (santa mujer en verdad, hoy Sierva de Dios), la cual, en 1889, lo confió, a su vez, a los salesianos.

Allí, en la Casa salesiana de la Navarre, el muchacho que, por naturaleza, era inclinado al recogimiento y a la oración, tomó la decisión que llevó a la extinción de su noble estirpe.

Profesó como Coadjutor y fue llamado a Valdocco como administrador del Boletín Salesiano francés y, durante treinta y cinco años, dirigió la escuela tipográfica de Valdocco. De vez en cuando se le confiaban papeles delicados y tuvo que viajar no pocas veces a Francia y a España. Pero no desdeñaba las ocupaciones más sencillas, como la asistencia de los muchachos en los dormitorios y en los comedores. Su aspecto majestuoso, pero cordial, inspiraba en los jóvenes un respeto afectuoso. Sobre su tumba quiso que se escribiesen sólo estas palabras: «*Juan de Lara, salesiano*».

## **5. LOS COADJUTORES SALESIANOS EN EL PENSAMIENTO DE DON BOSCO**

Al morir Don Bosco, en 1888, dejaba en su Congregación 284 SC, dentro de un total de 1.035 salesianos. La reflexión sobre esta historia de los orígenes salesianos, a un siglo de distancia, ha permitido disponer de criterios que iluminasen las novedades introducidas por él en la figura del religioso laico. Se ha hecho notar que los «*Frates Coadiutores*» (o conversos, o hermanos, como se les solía llamar) eran una costumbre o una tradición en los institutos religiosos, y que Don Bosco, queriendo fundar una congregación suya, tenía que dar sitio «también» a éstos por analogía con las demás congregaciones. Sólo que el lugar reservado por él ha resultado mucho más amplio,

superando toda costumbre del pasado, y mucho más importante.

## 1) El espacio laico

En la vida religiosa de otros tiempos, los hermanos laicos formaban una especie de segundo orden, inferior y en dependencia del primero. En las misiones, por ejemplo, no eran considerados verdaderos misioneros, sino sólo ayudantes del sacerdote misionero y como algo accesorio. En esta perspectiva el número mismo de los laicos quedaba condicionado, a veces, por las exigencias del sacerdote. No se trataba, pues, de una cuestión de vocación personal recibida de Dios y que se debía seguir, sino que su presencia en algunas congregaciones dependía de la necesidad que el sacerdote tuviera de ayuda por parte de los hermanos laicos. De esta manera, su llamada por parte de Dios para la vida religiosa podía muchas veces resultar superflua...

Nada de todo esto con Don Bosco. Para él, todos los salesianos, sacerdotes, clérigos y laicos, aparecían con iguales derechos y deberes frente a la «llamada» de Dios (aparte de las responsabilidades de orden superior propias de los sacerdotes, dimanantes de la ordenación sacerdotal que hubieran recibido). Así, pues, para Don Bosco los SC no constituían un ceto inferior, sino que, en cuanto religiosos, estaban llamados al mismo compromiso ascético y a idéntico apostolado entre la juventud.

Por consiguiente, no había límite para el número de Coadjutores; es más, el apostolado salesiano sentía cada vez más la necesidad de la presencia de numerosos laicos. El trabajo con los jóvenes, la organización material y los medios externos de apostolado iban asumiendo proporciones cada vez más notables. Este apostolado requiere escuelas, talleres, instrumentos de labranza, instalaciones deportivas, etc. La presencia salesiana entre las clases populares exigía librerías, tipografías, actividades de distribución y de envío. La labor misionera, especialmente en vanguardia, entre los pueblos primitivos, necesitaba la presencia del laico, a veces como condición para la misma sobrevivencia física, y luego para ayudar a aquellos pueblos a crecer en el plano socioeconómico.

Este «espacio laico» en la Congregación Salesiana es-

taba claro en el lenguaje mismo de Don Bosco y del último Capítulo General de su vida (1886): al lado de la terminología estrictamente religiosa (misiones, catecismos, etcétera), se encuentran ya —con referencia explícita a los Coadjutores— términos *laicos* como hacienda, dirigentes, administradores...

## **2) En mangas de camisa**

Son muchas las razones que explican por qué Don Bosco se interesó tanto por el Coadjutor. El, sacerdote, para llegar a serlo, había pasado a través de una intensísima experiencia de laicidad; había tenido que aprender, en cierta medida, todos los oficios: había sido pastor, agricultor, saltimbanqui, sastre, mozo de café, zapatero, herrero, carpintero... Muchos Coadjutores suyos, junto con sus alumnos, podían y pueden decir con noble orgullo: también Don Bosco ejerció mi oficio.

Esta experiencia del trabajo le llevó un día a responder a quien le preguntaba cuál habría de ser el hábito del religioso salesiano: «En mangas de camisa».

Y, precisamente, esta experiencia común de trabajo es la que debe de haber movido a Don Bosco a suscitar en sus Coadjutores la mentalidad no de subalternos, sino de corresponsables para la buena marcha económica, profesional, financiera, religiosa de su Congregación. Eran y se sentían hombres libres, porque gozaban de la confianza y, por eso, se entregaban a fondo. Sobre todo, los primeros que se habían formado al lado de Don Bosco eran frugales, parsimoniosos, tenaces, concretos y realizadores: tales eran las virtudes que poseía Don Bosco y que —como se ha hecho notar— poseían también, en otra dimensión, los pioneros del impulso industrial del Piamonte de aquellos tiempos.

## **3) Cosas que los sacerdotes no pueden hacer**

En la conferencia del año 1883 a los novicios Coadjutores, Don Bosco había dicho: «Hay cosas que los sacerdotes no pueden hacer y las haréis vosotros». Estas palabras han causado sorpresa y, a veces, han sido mal interpretadas.

A primera vista podría parecer que Don Bosco considerara «no dignas» del sacerdote algunas actividades y, por lo tanto, habría que encomendarlas a categorías «inferiores». En realidad, una «teología del sacerdocio» mal entendida en tiempos pasados había podido dar pie a este modo de pensar, favoreciendo el aumento de tabús sociales y de prohibiciones canónicas en relación con ciertos trabajos serviles; muchos libros ascéticos, por otro lado, no se cansaban de predicar a los sacerdotes un respeto por la propia dignidad que llegaba hasta el rechazo de todo lo profano. Pero la vida entera de Don Bosco había sido una contestación explícita a semejante mentalidad.

Ya, desde niño, Don Bosco sufría frente a algunos sacerdotes de sacristía que, al tratar con la gente, parecía que se hubieran tragado el mango de la escoba; y él mismo, llegado a sacerdote, había ayudado a mamá Margarita en sus tareas de cocina. Hijo del pueblo, había desacralizado muchas distinciones sociales y contribuido con su estilo a destruir ciertos tabús anacrónicos. Si a sus ojos había cosas que los sacerdotes no podían hacer en su apostolado en favor de la juventud, debían de ser de muy diverso género.

Una de ellas salta en seguida a la vista: los prejuicios tan extendidos entonces contra el sacerdote, en una sociedad civil sustancialmente anticlerical, quitaban de hecho al sacerdote muchas posibilidades de contacto y de penetración. Eran demasiados los ambientes sin familiaridad con el sacerdote, contaminados de desconfianza y de sospecha hacia el hombre vestido de negro; en tales ambientes el sacerdote habría fracasado, mientras que el Coadjutor habría tenido entrada libre, permitiendo una eficacia apostólica imposible de alcanzar de otra manera.

Otra función insustituible correspondía y corresponde al SC en el estricto ámbito de la educación de los jóvenes. El muchacho, de paso en la obra salesiana en espera de encontrarse inmerso en la barahunda del mundo, busca instintivamente en los adultos el modelo de comportamiento; y encuentra más cercano a sí, no tanto al sacerdote —rodeado por el halo místico de la vida sacramental—, sino al SC en mangas de camisa y con las manos metidas en las cosas. Si, por otro lado, este laico con quien se encuentra, además de ser modelo de actividad manual, es también ejemplo de honradez y de vida cristiana, la eficacia resulta

evidente: el muchacho aprende del maestro trabajador cristiano cómo deberá vivir él mismo como cristiano y como trabajador.

#### **4) Unidos por el vínculo de la caridad**

En el pensamiento de Don Bosco, el SC aparece como un protagonista en el sentido pleno de esta palabra; no sólo como educador, sino sobre todo como religioso. Don Bosco llevó hasta las últimas consecuencias la idea de la llamada universal a la santidad: Dios quiere que todos sean santos y, por consiguiente, comprometidos en una tensión que estimula al bien y al don de sí. Todos, los laicos no menos que los sacerdotes, sus Cooperadores en la sociedad civil y sus Coadjutores en las comunidades salesianas. Y hasta los muchachos (Domingo Savio lo demuestra) e incluso los mismos niños... Alumnos, clérigos, Coadjutores, sacerdotes, todos son llamados a fundirse en el crisol de la comunidad salesiana en una síntesis feliz de fraternidad y de gracia. La vida se convierte entonces en «vida común», bajo un mismo techo; los muchachos se sienten amados como hijos; y los sacerdotes y los Coadjutores viven en perfecta ósmosis: tienen en común el trabajo y la misión, rezan juntos, condividen los momentos de distensión y de fiesta, como los de dolor. «Unidos por el vínculo de la caridad y por los votos "forman" un solo corazón y una alma sola».

#### **6. UNA HISTORIA QUE SE CONTINUA DESDE HACE CIENTO VEINTE AÑOS**

En 1875, vivía en Buenos Aires un joven llamado Silvestre, que había emigrado de Italia poco antes con su familia. Contaba dieciocho años, era buen cocinero y se colocó en un hotel. Le pagaban bien, porque desempeñaba bien su oficio; pero aquel ambiente no era suficientemente limpio para un muchacho como él. Su índole buena le llevaba a hablar espontáneamente con Dios y muchas veces se retiraba a la iglesia: una iglesia muy cercana a su casa, frecuentada sobre todo por los emigrantes y llamada, por eso, «de los italianos». Precisamente allí, en diciembre de 1875, Silvestre encontró a los primeros salesianos man-

dados por Don Bosco. Aquella iglesia había sido confiada a ellos y Silvestre se confió a los salesianos.

Tres semanas después de su llegada, formaba ya parte de la comunidad salesiana, naturalmente como cocinero. Luego pidió ser salesiano y fue aceptado sin dificultad: el 24 de mayo de 1876 comenzó el noviciado y el 17 de julio de 1877 era hijo de Don Bosco. Después, durante más de cuarenta años, se prodigará como cocinero y enfermero, responsable de la inmensa cocina para la comunidad y para 500 muchachos; y responsable de la salud de todos. Nada menos que todo eso. *Silvestre Chiappini* no realizó empresas memorables, pero merece este recuerdo porque es el primero que llegó a ser hijo de Don Bosco fuera de Italia. Y era Coadjutor.

De hecho, fue el primero de una larga serie de religiosos laicos que rápidamente se habían de unir a Don Bosco en todo el mundo, a medida que sus hijos mandados desde Italia fueran abriendo sus obras acá y allá por el mundo: en 1875 en Francia, además de Argentina; en 1876 en Uruguay, en 1881 en España, en 1883 en Brasil, luego en Chile, Gran Bretaña, Ecuador...

## El «boom» de las Escuelas Profesionales

Don Bosco ofrecía a sus SC, para realizarse en la vida religiosa, un amplio abanico de actividades salesianas en favor de los jóvenes. Unos se sentían útiles desempeñando funciones sencillas como en cualquier familia; otros eran personalidades sobresalientes que mostraban una inmensa riqueza de talentos. Pero el lugar ideal de trabajo para el SC comienza en seguida a configurarse en la Escuela Profesional como jefe de taller. Tras la Escuela Profesional de Valdocco van surgiendo otras en Sampierdarena, en Niza y Lille de Francia, en Buenos Aires y Montevideo, en Barcelona. En 1888 ya hay nueve. Bajo Don Miguel Rúa (sucesor de Don Bosco) y hasta la primera guerra mundial, los laicos que se alistan en las filas salesianas son numerosos, incluso en el porcentaje, llegando a significar el 30 % del total de los salesianos en 1900. Las Escuelas Profesionales aumentan, aunque no al mismo ritmo: en 1920 son 17 sobre un total de 126 Casas.

Mientras tanto, en España, un joven sacerdote que ha llegado a ser Inspector, está haciendo sus experiencias en

este campo y tiene la satisfacción de verlas coronadas por el éxito: Don Pedro Ricaldone. En 1911 es llamado a Turín como Superior General de las Escuelas Profesionales y Agrícolas: sus ideas, que se han revelado buenas en España, tendrá que aplicarlas a escala mundial. Programas didácticos y proyectos de construcciones se multiplican. Levantar talleres para muchachos que desean aprender un oficio cuesta no poco; pero los tiempos no exigen todavía equipos sofisticados, sino que se prefiere, las más de las veces, el aprendizaje de los oficios con métodos manuales. Y, además, para el mantenimiento y el funcionamiento, que suponen grandes gastos, no faltan subvenciones públicas y privadas. De este modo, en 1930 las Escuelas Profesionales y Agrícolas ascienden a 134; en 1950 a 253. Es todo un *boom*.

### **¡Apuntad arriba!**

Al mismo tiempo, va creciendo la figura del SC, cada vez más centrado como jefe de taller, inclinado sobre las máquinas y entregado a los muchachos como un hermano mayor. El Rector Mayor, Don Felipe Rinaldi, escribe a los salesianos, en 1927, una larga carta circular con el título explícito: «El SC en el pensamiento de Don Bosco». En ella reafirma la propuesta del religioso laico salesiano: «En la Sociedad Salesiana —se lee en dicha carta— hay sitio para las más variadas categorías: los menos instruidos se santificarán en los trabajos humildes de cada Casa; los profesores sobre las cátedras, desde las clases elementales hasta las universitarias; los maestros de artes y oficios en sus talleres y los agricultores en los campos. Todos tienen trabajo, sea en los países civilizados como en las inmensas regiones de las misiones salesianas».

Estas actividades, según Don Rinaldi, quedan encuadradas claramente en el marco de la vida religiosa, donde sacerdotes y laicos no están en una escala jerárquica, sino que viven como hermanos: «El SC no es el segundo, ni el ayudante, ni el brazo derecho de los sacerdotes sus hermanos; sino que es uno igual que ellos, uno que en la santidad puede precederlos y superarlos...».

Don Rinaldi, formulando con precisión una idea oportuna, señala a Don Bosco como modelo de los SC: «La Providencia dispuso que Don Bosco ejerciera un poco casi

todos los oficios, para que sus hijos Coadjutores pudieran decir con santo orgullo: ¡Don Bosco practicó también mi oficio! Por eso, nuestro Fundador se ha hecho modelo perfecto de los sacerdotes y de los Coadjutores». Y, después de haber descrito «toda la belleza y la grandeza de los SC», los exhorta: «¡Apuntad arriba, a la santidad!».

## **El religioso de los tiempos modernos**

Con el crecimiento numérico de los SC en la Congregación, crece también el cuidado por su formación. Entre las dos guerras, tres enormes complejos surgen en Italia: en Cumiana, en Turín Rebaudengo y en Colle Don Bosco, para la formación de aspirantes Coadjutores que desean trabajar en las misiones, o para jóvenes Coadjutores que se perfeccionan y se preparan para dirigir las Escuelas Profesionales y Agrícolas. Iniciativas análogas se ponen en marcha en España y América Latina, con buenos resultados.

Mientras tanto, el SC va presentándose —y con razón— como «figura original y creación genial de Don Bosco», como «el religioso nuevo, el religioso de los tiempos modernos, para el mundo del trabajo». Todavía hay lugar en la Congregación para el SC «factotum», válido para todo, responsable de servicios subalternos; pero el SC típico puede decirse que es el que se halla inmerso en el mundo del trabajo industrial, profesionalmente preparado, experto en las tecnologías, capaz de gran prestigio frente al personal dirigente de las fábricas. En 1948, nace la revista «El Salesiano Coadjutor», en cuyo primer número se lee: «El SC, mirado desde fuera, puede parecer un burgués cualquiera de clase media; pero quien se le acerca encuentra en él al buen cristiano; y quien frecuenta su trato descubre al religioso. No es una especie de híbrido entre el hombre de mundo y el monje; su estado es el de quien abraza los consejos evangélicos, pero sin ciertas formas tradicionales que, en unos tiempos llenos de prejuicios, le aislarían de la sociedad laica. Así lo quiso Don Bosco, para que pudiera tener entrada y dejar sentir su influjo incluso en ambientes y sobre personas que, de otra manera, se mantendrían alejadas de él».

Este cuadro de valores era auténtico y lo confirma el hecho de que el número de los SC siguió aumentando re-

gularmente. Las estadísticas dicen que, en las décadas desde 1920 a 1960, los SC —comprendiendo a profesos y novicios— pasaron poco a poco de 1.300 a 2.098, a 3.113, a 3.357 y a 4.055. Extendidos por todo el mundo, hacían funcionar centenares de Escuelas Profesionales que, en muchos casos, eran el orgullo de las iglesias locales; y, en muchas zonas, resultaban ser uno de los pocos contactos de la Iglesia misma con el mundo obrero.

## LA REFLEXION ACTUAL DE LA CONGREGACION SALESIANA SOBRE EL SALESIANO COADJUTOR

### 1. TIEMPO DE REFLEXION EN LA IGLESIA

El Concilio Vaticano II, el máximo acontecimiento eclesial del siglo xx (1962-1965), ha tenido como objetivo principal *la renovación de la Iglesia*.

El mundo se encuentra en una situación de cambios culturales rápidos y profundos, que afectan a lo más íntimo de las personas y de los grupos humanos, a los valores apreciados por los hombres, a las familias, a las costumbres... Los medios de comunicación social, como la radio, la televisión, la prensa, las canciones, las novelas, el teatro, el cine, la escuela, la Universidad, etc., propagan con rapidez vertiginosa las nuevas ideas y los nuevos estilos de vida. Y los hombres de todos los pueblos, por lejanos o aislados que parezcan, reciben los síntomas del cambio y se mueven de su antigua condición en busca de los nuevos valores, aunque no siempre perciban su profundo significado ni sus consecuencias.

La Iglesia, es decir, el Pueblo de Dios, no vive al margen del mundo; está inmersa en el mundo. Sus miembros pertenecen también a la sociedad civil. Los cambios de ésta repercuten en ellos. Por eso, los Pastores de la Iglesia, el Papa y los Obispos, reunidos en el Concilio Vaticano II, estudiaron a la luz de la fe y asistidos por el Espíritu Santo la situación del mundo actual y la manera de hacer presente en él la Persona y el mensaje de Jesucristo.

De esta manera, hoy tenemos claridad suficiente para conocer la misión de la Iglesia en el mundo actual; para definir lo que debe ser un sacerdote (cuál es su identidad,

su espiritualidad, su campo de acción); lo que debe ser un religioso (entregado al Señor por amor entusiasmante y total; para hacer ver, con su modo de vivir, el verdadero valor de las cosas de este mundo y para poder servir con la caridad cristiana a los pobres, los necesitados, los ancianos, los enfermos, los jóvenes sin cultura o sin cariño, etc.); lo que debe ser todo seglar cristiano.

Las Congregaciones religiosas, por mandato del mismo Concilio, se pusieron *en estado de renovación*. Han tenido que revisar todo lo que les concierne, con el fin de ser, en la Iglesia universal, miembros renovados y renovadores. Han tenido que remontarse a sus orígenes y reflexionar sobre el pensamiento de sus Fundadores; han repasado su historia, a veces de varios siglos, penetrando en el alma de sus mejores representantes y mirando sus actividades más conformes con el pensamiento del Evangelio y del Fundador; y han abierto los ojos sobre el mundo actual para discernir lo bueno del cambio y los peligros del mismo, y descubrir las necesidades que este mundo padece; de modo que pudieran estar en condiciones de «renovarse», es decir, de traducir a los nuevos tiempos las ideas, las inquietudes, los propósitos y el estilo de los Fundadores.

La tarea ha resultado ardua: ha exigido puntualizaciones y modificaciones; ha apuntado a «sanar» (renovar) el corazón del religioso, que es su motor interior; lo cual ha hecho ver, en no pocos casos, que debajo de actitudes aparentemente apostólicas o de mera observancia religiosa, existía un vacío de entusiasmo por el Señor resucitado, una pérdida de sensibilidad hacia el mundo del Espíritu y una incapacidad para el verdadero apostolado. Por eso se dijo en esos años que había que dar «el primer lugar» al espíritu religioso, sin el cual todo apostolado se convierte en mero activismo o filantropía.

No faltó, ni podía faltar, la famosa crisis de purificación, necesaria para la renovación: no pocos abandonaron el género de vida que estaban viviendo y optaron, con gran sinceridad, a renunciar a sus renunciaciones (los votos de castidad, pobreza y obediencia), para colocarse de nuevo en las filas de los «no-consagrados».

Todo este colosal esfuerzo de las Congregaciones religiosas, pedido por el Concilio, ha producido frutos positivos: ha crecido el sentido de la vida religiosa en el más

puro significado, se ha visto en todas una nueva tendencia a la santidad según el espíritu de sus orígenes, se ha programado mejor la formación de los nuevos miembros y se han lanzado a las obras apostólicas más propias de su espíritu con mayor generosidad y sacrificio.

## **2. TIEMPO DE REFLEXION EN LA CONGREGACION SALESIANA**

Obediente a la voz de la Iglesia, la Congregación Salesiana se puso en estado de reflexión y de oración. En todo el mundo salesiano se rezó y se estudió, en vista de la «de-seada renovación». Los momentos más intensos fueron, sin duda alguna, los dos Capítulos Generales de 1971 —el XX, o «Especial»— y de 1977 —el XXI—. Se prepararon concienzudamente, desde cada Casa salesiana del mundo entero y desde las Inspectorías por medio de sus Capítulos Inspectoriales. Los Capítulos Generales recogieron en la cumbre el pensamiento y las preocupaciones de todos los miembros de la Congregación. El Capítulo General Especial —que duró siete meses— tenía principalmente un carácter doctrinal y debía concluir con la redacción de importantes documentos sobre la Misión salesiana, la Vida religiosa de los salesianos, la Formación de los mismos y la Organización de la Congregación. El nuevo texto de las Constituciones renovadas representaría la síntesis de todo: el retrato del Salesiano para los tiempos modernos.

¡Qué trabajo! Había que descarnar de toda mera circunstancia histórica el espíritu auténtico de Don Bosco, para estar en condiciones de aplicarlo en el mundo entero, de blancos y de negros, en países desarrollados y en otros subdesarrollados. Por fortuna, nuestra historia es todavía joven; y nuestra misión sigue siendo actual, pues donde haya jóvenes (¿y dónde no los hay, ni dejará de haberlos?) tiene cabida la presencia y el estilo de los salesianos. Al final de aquel Capítulo, la Congregación se sentía tranquila: la reflexión había servido para iluminar la verdadera identidad de su ser y de su apostolado. Como la Iglesia tras el Concilio, la Congregación afrontaría el futuro con serenidad.

Uno de los puntos vitales, tratados con inmenso interés, era el de la fisonomía de las dos dimensiones que constituyen la Sociedad Salesiana por voluntad del Fundador:

la sacerdotal y la laical. ¿Qué es el salesiano Sacerdote? ¿Qué es el salesiano Coadjutor?

No quiso el Capítulo Especial dejar cerrado por completo este estudio y convocó, para 1975, un Congreso Mundial sobre el Salesiano Coadjutor, que habría de celebrarse en Roma, precedido de otros a niveles inspectoriales y nacionales. Sus actas, de 700 páginas, contienen un material riquísimo acerca de la identidad del SC: su vocación salesiana, idéntica a la del sacerdote; su misión, como educador de la fe, en el mundo del trabajo, en la escuela profesional, en múltiples y diversificadas presencias; su formación religiosa y profesional; la pastoral vocacional en orden a nuevos candidatos Coadjutores.

Dos años más tarde, en 1977, se abrió el Capítulo General 21, con finalidad práctica de evaluación: ¿Cómo va la Congregación después del Capítulo Especial? Naturalmente, volvía a tratarse el argumento del SC —para eso se había celebrado el Congreso Mundial— y quedaba constancia de toda la reflexión del Capítulo General en un documento interesante, que suponía un paso adelante en la «teología del Salesiano Coadjutor».

En 1980, el Rector Mayor, Don Egidio Viganó, quiso tratar personalmente este tema, en una de sus magníficas circulares, recordando y resumiendo la doctrina desde los orígenes hasta hoy: «El elemento laical de la comunidad salesiana». Su mente, de buen teólogo, clarificaba algunos conceptos propios de la vida religiosa laica dentro de la Congregación de Don Bosco. Tres años después publicaba otra circular —«La misión salesiana y el mundo del trabajo»— escrita al concluir su viaje por el hemisferio Sur, visitando las comunidades salesianas, las misiones, los pueblos, y constatando la necesidad del trabajo salesiano en medio de tanta juventud.

La conclusión de todo este prolongado esfuerzo resultó consoladora: aquella «genial creación del corazón de Don Bosco» —como lo había definido Don Rinaldi— (puesto que Don Bosco le había pensado de manera *original*, rompiendo los antiguos moldes de los «hermanos» de otras órdenes y congregaciones religiosas anteriores a él), completamente *a la par* del salesiano sacerdote, dedicado a *diversísimas* actividades y funciones, en recíproca *complementariedad* con el sacerdote, no necesitaba ningún correctivo. Era válido tal como la pensó Don Bosco y se ha

vivido en cien años de historia y en todo el mundo. No había que cambiar de ruta, sino seguir adelante con nuevo empuje y con afán de crecimiento.

## Teoría y práctica

Este libro abunda en la presentación de SC, de todo tipo de actividad, nacidos en diferentes países, de diversa cultura; pero todos llevan un denominador común: haber sido hasta la muerte verdaderos SC. Y se nos presentan como modelos de religiosos-apóstoles-laicos-salesianos.

Llama la atención la multiplicidad de sus profesiones y actividades: labor educativa, profesional, artística, administrativa, doméstica, oratoriana, misionera...; siempre con dignidad y con competencia profesional; llenos de iniciativas y creadores de novedades; entregados al trabajo monótono de cada día y capaces de organizar exposiciones nacionales e internacionales. Pero siempre, como base y como motor, encontramos en ellos una vocación viva y fresca como el primer día de su llamada; el amor ilimitado por Don Bosco y por sus ideales; el sentir que la Congregación era la propia madre, a la que debían todo y por la que lo daban todo.

Como botón de muestra, citamos ya ahora al SC *Simón Srugi*, cuya causa de beatificación y canonización se inició en 1966, es decir, veintitrés años después de su muerte. Había nacido en Nazareth, conciudadano de Jesús. Perdió a sus padres antes de cumplir los siete años. Y fue a parar a la Casa salesiana. Tenía diecisiete cuando se preparaba como aspirante, en Beit Gemál, a ir al noviciado. Profesó en 1896: contaba diecinueve años. Desde aquel día vivió para Dios, como le había prometido: «Me he dado, me he consagrado, me he vendido por completo a mi Dios: ya no debo ser ni mío ni del mundo». Cuando Don Rúa visitó la Palestina y conoció al sencillo Coadjutor, intuyó su santidad y dijo a los otros salesianos: «Seguid a este hermano; anotad todos sus actos, día tras día; es un hermano de oro; es un auténtico santo». Sus actividades no se cuentan: era servicial y hacía de todo. Fue maestro, asistente, sastre, portero, sacristán, enfermero, molinero...; en una palabra, un «factotum» como muchos otros que vivieron al lado de Don Bosco y en todas partes y con su espíritu; siempre sonriente, destilando bondad humilde y servicial,

sacrificado; y, al mismo tiempo, deseoso de recogimiento y de silencio.

Era para el pueblo, en gran parte musulmán. Todos le querían y ponían en él su confianza. «La bendición de Dios estaba en su mano; sus inyecciones curaban instantáneamente, mientras que las de los médicos no lograban ningún resultado» —dijo un musulmán hablando de Srugi. En la dirección del molino, al que acudían las gentes de 30 kilómetros a la redonda, era justo y caritativo. «Srugi es Taman», el hombre perfecto. «Después de Alá, viene Srugi.»

Y era para los jóvenes: maestro, animador de grupos, enfermero, preparador del pequeño clero. Aquellos muchachos son huérfanos. Y él solía decir: «Son pequeños, son huérfanos. Nosotros debemos ocupar el lugar de sus padres; debemos ayudarlos y corregirlos cuando se equivocan, pero sin irritarlos; debemos educarlos sin usar el palo, ni las manos, ni los pies, ni la lengua mordaz».

Su alma vivía en la espléndida luz de la fe. Escribe en su cuaderno: «Dios habita en mi alma no menos resplandeciente de luz y de gloria que en la gloria del cielo. Estoy siempre en la presencia de Dios; soy parte de su cortejo de honor». Jesús y María llenan su corazón y él los da a conocer a cuantos se le acercan, aunque sean discípulos de Mahoma.

Cuando murió, se dijo de él: «Era un mar de caridad... Era como una copa de miel. En su mano estaba la perfección de Alá. Alá conducía su mano. Tenía la cabeza llena del paraíso. Después de Alá, está Srugi».

Es un botón de muestra; uno de tantos SC auténticos, porque el SC tiene vocación de santo, en medio de una actividad vertiginosa e increíble. La teoría de los documentos coincide con la práctica de la santidad vivida por tantos SC de todos los tiempos.

### **3. EL SALESIANO COADJUTOR, UN TRINOMIO: RELIGIOSO + SALESIANO + LAICO**

La síntesis de la reflexión de la Congregación Salesiana sobre el SC resulta fácilmente inteligible con el trinomio «*religioso + salesiano + laico*».

Al decir que es un «*religioso*», lo distinguimos de los no-religiosos —por ejemplo, de los seculares, aunque sean

miembros de la Familia Salesiana, como los Cooperadores—; diciendo «*salesiano*», se distingue de otros religiosos —contemplativos como los cartujos y activos de otros institutos, con características y estilos diversos—; indicando que es «*laico*», marcamos su distinción, en la misma Congregación Salesiana, de los sacerdotes, que son «*eclésiásticos*» y no laicos.

## Religioso

Ante todo, está claro que el SC es un verdadero «*religioso*», no un seglar. Pertenece al grupo de seguidores de Jesucristo resucitado que testimonian públicamente, por medio de su profesión religiosa, la primacía de su amor hacia el Señor. El Concilio dice que el carácter específico de todo religioso es la «donación total de sí mismo a Dios amado sobre todas las cosas» y ratificada por El con una «consagración más íntima» de docilidad al Espíritu Santo.

Estamos aquí ante el frecuente fenómeno de las «llamadas» de Dios a determinadas personas. Basta recorrer el Evangelio y meditar sobre las llamadas de Jesús a Pedro, a Juan, a Mateo... y, luego, a Pablo de Tarso... y a los millones y millones de «consagrados» que ha habido a lo largo de la era cristiana. La respuesta de esos dichosos que escucharon la voz del Señor es la misma que ya dio San Pedro: «*Nosotros lo hemos dejado todo... por seguirte*». Se deja todo: familia, género de vida, bienes..., y se trabaja por llegar a «dejar» hasta lo más íntimo del corazón: el orgullo, las pasiones, el afán de poseer, los egoísmos, etc. Todo esto se hace «por seguir» al Señor. Hay en el alma una fuerte dosis de amor al Señor, un grande entusiasmo por El, que es el único Hijo de Dios hecho hombre y muerto por nosotros, resucitado, siempre vivo, que tiene palabras de vida eterna, que es la verdad, que ofrece sin engaños la felicidad. Por esto se le sigue.

Este seguimiento lleva consigo la incorporación a una determinada comunidad o Congregación, por medio del vínculo de los votos religiosos de castidad, pobreza y obediencia —que se oponen a los tres famosos ídolos del mal—, con la profesión de un Proyecto evangélico de vida sancionado por unas Constituciones propias y con una participación específica en la misión de la Iglesia, según la propuesta del Fundador. En esto consiste la «opción

fundamental» que hace quien se entrega definitiva y completamente al Señor.

Viviendo de esta manera, el SC, como todos los religiosos, se encuentra en grado de ofrecer al mundo «un preclaro e inestimable *testimonio* de que el mundo no puede ser transformado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas»; pues él vive las bienaventuranzas y transparente su felicidad; y, al mismo tiempo, se coloca en condiciones de «trabajar según las fuerzas y según la forma de la propia vocación, sea con la oración, sea también con el ministerio apostólico, para que el Reino de Cristo se asiente y consolide en las almas y para dilatarlo por todo el mundo».

Tal es la esencia del religioso: es un entregado a Dios, a quien ama con todas las fuerzas, en un modo especial —su profesión religiosa, o los tres votos, en una Congregación que tiene sus propias Constituciones— y para fines muy concretos —el testimonio de valores trascendentes y la actividad orientada a santificar el mundo—. Por eso, el SC sabe que «debe dar el primer puesto al espíritu religioso, cada día, para reafirmar su entrega y mantenerse en la generosidad del día de su profesión. De ahí, como de una fuente, saca fuerzas para alimentarse perennemente de modo que, aunque sus actividades sean muchas veces de orden temporal, nunca pierda ni disminuya su orientación sobrenatural.

## **Salesiano**

Se puede ser «religioso» de diversas maneras: o en clausura o en actividades apostólicas; con un estilo o con otro. La riqueza de carismas fundacionales ha hecho de la «vida religiosa» un abanico variadísimo.

Hay religiosos que se dedican al silencio, a la oración y a la penitencia corporal; hay quienes se dan en servicio a los enfermos, a los incurables, a los leprosos, a los ancianos desamparados, a los drogadictos, a los niños y jóvenes más necesitados, a los encarcelados, a cuidar cementerios, a las misiones... La Iglesia dispone así de un poderoso ejército de almas generosas para atender a tantas necesidades materiales, afectivas, culturales, espirituales... de todo género, como hay en el mundo.

Los Salesianos se dedican, como Don Bosco, a la juven-

tud, preferentemente pobre, y a las clases populares; en tierras desarrolladas y en las subdesarrolladas; esparcidos por todo el mundo de Europa, América, Asia, África y Oceanía. Tienen el «don de la predilección por los jóvenes», es decir, el cariño y la capacidad de sacrificio para formarlos y salvarlos; tanto que el lema del Fundador es: «*Dame almas, lo demás no me interesa*».

Los Salesianos viven la integración de *vida religiosa y servicio apostólico*, o con otras palabras son religiosos-de-vida-activa-apostólica; de modo que todo el trabajo que realizan va orientado hacia una actividad claramente pastoral: el trabajo de la escuela, la presencia en medio de los muchachos, las actividades extraescolares como el deporte o el teatro o la música o las excursiones...; todo ello sirve como medio de formación, directa o indirectamente. Realizan así la síntesis de «*evangelización y educación*».

Los Salesianos viven su vida comunitaria —elemento indispensable en todas las Congregaciones religiosas— con un estilo que proviene de Don Bosco y se llama «*espíritu de familia*», que es un clima de afecto recíproco, de alegría, de ayuda y colaboración, de disponibilidad para lo que haya que hacer.

Los Salesianos son sencillos en su vida espiritual; y en ésta consideran inamovibles los tres amores que indicaba Don Bosco: *Jesús Sacramentado, María Auxiliadora y el Papa*. No hay salesiano sin ellos; y el grado de estos tres amores da la talla del salesiano concreto.

Los Salesianos usan en su trabajo apostólico con la juventud un sistema propio, llamado por Don Bosco «*Sistema Preventivo*», que es la exteriorización de lo que llevan dentro en su ser de religiosos salesianos. Consiste en amar intensamente y sobrenaturalmente a los muchachos, superando todo egoísmo y toda posible discriminación; en mantener un clima de amistad y de diálogo para ir madurando la personalidad del chico y hacerle comprender qué es razonable y qué no lo es; un clima de respeto a la vez que de alegría; y en presentarle la fe cristiana, la persona de Cristo, la identidad de la Iglesia, el mundo del más allá que nos espera a todos; las riquezas de los medios sobrenaturales propios del Cristianismo, como son los Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, la oración, la devoción filial a la Virgen Santísima con el título de Auxiliadora; y, al mismo tiempo, procurando comprometerle en la misión misma de la Iglesia, que consiste en

hacer más cristiano el mundo humano y preparar el paso de los hombres de la tierra al cielo.

En esta Congregación Salesiana se encuentra el SC como un miembro más, *consagrado y activo*; con esos fines y esos medios. La misión que el Espíritu ha asignado a la Congregación de Don Bosco, como es sabido, consiste en «*evangelizar educando y educar evangelizando*». Este trabajo lo realizan «los Salesianos», todos en conjunto, cada uno en su puesto, logrando que el resultado final del trabajo conjuntado sea *la promoción humana y la fe cristiana* de los jóvenes. Sucede como en un reloj: no todas las piezas tienen la misma función, pero todas están ordenadas al mismo fin; no todas las piezas son las saetas o minutereros; hay muchas ruedecillas, tornillos... dentro, que no se ven, pero que hacen funcionar el reloj y marcar la hora. Así es en la vida salesiana: tal vez se vea más, en el campo directamente espiritual, al sacerdote; pero, a su lado, muchas veces escondido en funciones menos visibles, está el SC haciendo posible la marcha de todo el conjunto educativo o apostólico.

Cada uno en su sitio, pero bien conjuntados. Así lo quiso el Fundador. «*Nuestra Sociedad se compone de clérigos y laicos, que llevan vida común y profesan públicamente los consejos evangélicos... La consagración religiosa, la comunidad fraterna y la misión apostólica constituyen los elementos integrantes de nuestra vocación*»; «*el vivir y trabajar todos unidos es para nosotros, salesianos, una exigencia fundamental y un camino seguro para realizar nuestra vocación*».

## Laico

Religioso salesiano se puede ser de dos formas, como sacerdote —o en formación para el sacerdocio— y como Coadjutor; ambos son perfectamente iguales como religiosos y como salesianos.

Este tercer elemento —la laicidad— distingue al Coadjutor del sacerdote. En este libro no hablamos del sacerdocio; nos interesa más directamente la laicidad.

Es ésta una palabra todavía poco corriente; y se puede prestar a equívocos; por eso, hace falta entenderla con precisión.

«*Laico*», en el *lenguaje cristiano*, se usa para distinguir

del sacerdote a quien no lo es. El Pueblo de Dios se forma de laicos y de sacerdotes; la inmensa mayor parte de los cristianos son laicos; relativamente pocos los sacerdotes.

En la «*vida religiosa*», se denominan también «*laicos*» los miembros de los Institutos religiosos que no son sacerdotes; y siguen siendo mayoría: basta pensar en los cientos de miles de religiosas o en las decenas de miles de «hermanos», habiendo Congregaciones que están formadas exclusivamente por «hermanos» —los Hermanos de las Escuelas Cristianas, los Maristas— o casi —los Hermanos de San Juan de Dios, que tienen escasos sacerdotes y la mayor parte son «hermanos»—. En este caso, «laico» es un religioso o religiosa no sacerdote.

Todos estos miembros «laicos» de Institutos religiosos —que son diversos de los «laicos» a los que nos referíamos antes cuando hablábamos del Pueblo de Dios— tienen como característica propia la «laicidad», que constituye su propia dimensión como consagrados. Volveremos sobre este tema un poco más adelante.

Resumiendo: el SC es todo un «religioso», «salesiano», «laico». No es un «seglar», ni un «contemplativo», ni un «sacerdote». Y lo que es, lo es con estilo «salesiano».

#### **4. EL SALESIANO COADJUTOR: TRES CARACTERISTICAS**

Los documentos recientes de la Congregación Salesiana confirman tres rasgos característicos del SC queridos explícitamente por el Santo Fundador y realizados en la historia salesiana. Y son: la *variedad* de tipos de SC, la *complementariedad* recíproca con los sacerdotes y la *laicidad*.

##### **Variedad**

Cuando se contempla la riqueza de figuras de SC a lo largo de tantos años y en todas las partes del mundo, se puede mostrar un inmenso catálogo de actividades desarrolladas por SC que ayudan a comprender mejor el pensamiento de Don Bosco. Se podría afirmar que el SC es un religioso que puede hacer casi todo; y que la vocación del SC se puede realizar de mil maneras diferentes. Nunca jamás la Congregación los ha reducido a una sola categoría —por ejemplo, maestros o ingenieros o tipógra-

fos—; siempre ha habido SC, auténticos y no de menor valor apostólico ni de menos quilates de santidad, en todos los lugares adonde ha llegado la Congregación.

En razón de brevedad y sencillez se pueden reducir al siguiente esquema:

- Coadjutores en funciones educativas, sociales, pastorales, formativas, es decir, dedicados a actividades culturales y escolares (sobre todo en escuelas técnico-profesionales), a iniciativas asociativas (círculos apostólicos, grupos deportivos, musicales y dramáticos), a servicios de animación del tiempo libre, a los medios de comunicación social, al adiestramiento para el mundo del trabajo, a la formación social, etc.
- Coadjutores en servicios auxiliares, es decir, dedicados a trabajos de despacho, ecónomos, contables, recaderos, secretarios, representantes de sectores, enfermeros, sacristanes, responsables del personal empleado, etc.
- Coadjutores en servicios domésticos, es decir, colaboradores generosos en la Casa, dispuestos a cualquier ocupación para la que se sientan suficientemente capacitados; por ejemplo, cuidando el orden y la limpieza, trabajando en el campo, en la cocina, en la panadería, en la portería, en la ordenación material de las obras, a menudo inapreciables «factotum», etc.

Los tres grupos citados no expresan toda la riqueza de las figuras de SC; sirven sólo para hacer ver la variedad y la potencia con que ha contado y puede contar la Congregación Salesiana para llevar a cabo su misión de «evangelizar educando». Uno piensa en los países de Africa tan necesitados de misioneros: si la Congregación Salesiana envía allá sólo sacerdotes, se intentará «evangelizar», con la predicación y la sacramentalización; y bastante tendrán con ello, que no se bastarán. Si, además, envía Coadjutores, capaces de hacer funcionar una escuelita profesional o agrícola, de organizar la juventud con deportes, música y otras tantas cosas que agradan a los muchachos y los forman, de atenderlos como enfermero, etc., se evidencia

una multiplicación de fuerzas y de contactos inmensamente superior; y propia de ellos, de los SC, más que de los sacerdotes.

Realmente, la vocación del SC tiene entidad en sí misma; y de modos muy variados.

## **Complementariedad**

Al crear el nuevo estilo del religioso laico, Don Bosco quería que el SC y el sacerdote salesiano formaran un entramado compacto, dando a sus comunidades y a su Congregación unas características de vida y de acción en las que el uno y el otro se necesitaran recíprocamente y se complementarían en orden a la consecución de la misión. Es éste un punto sobre el que los documentos recientes han abundado. «La laicidad del SC y la sacerdotalidad del salesiano sacerdote existen entre nosotros en simbiosis —decía el Rector Mayor, Don Luis Ricceri, en la clausura del Congreso Mundial sobre el SC—; ambas se compenetran mutuamente en una original espiritualidad de acción, propia de la comunidad salesiana en la Iglesia.»

«Simbiosis» es una palabra que procede del campo de la biología y significa «asociación íntima de organismos de diferentes especies que se favorecen mutuamente en su desarrollo». La aplicación a la vida salesiana es directa e inmediata: sus miembros, sacerdotes y Coadjutores, diferentes, se favorecen mutuamente en su desarrollo, que es como decir en su vida religiosa y en su apostolado. Si desaparecieran por una hipótesis impensable, los SC, la Congregación Salesiana ya no sería la misma, quedaría manca; no viviría en «simbiosis», puesto que faltaría una «especie» para hacer posible la vida en simbiosis. La Congregación que Don Bosco fundara, habría muerto.

Y es que, al tener que vivir en simbiosis, el sacerdote salesiano no es un simple sacerdote que puede «vivir» su vida religiosa solo; está referenciado al SC; como éste lo está a aquél. Ambos son miembros del mismo cuerpo y se intercomunican elementos vitales. Don Bosco ha querido una comunidad constituida por ambos como primer sujeto de la misión común y como punto de fusión y de complementariedad de los diversos tipos de socios de la Congregación.

Lo entendemos mejor si miramos a la misión que el

Espíritu Santo ha confiado a la Congregación: la de «*evangelizar educando y educar evangelizando*», es decir, la de ofrecer la fe cristiana juntamente con la cultura y la promoción humana.

«La misión de la Iglesia no consiste sólo en ofrecer a los hombres el mensaje y la gracia de Cristo, sino también en impregnar y perfeccionar todo el orden temporal con el espíritu evangélico», había dicho el Concilio. Y la Congregación se sintió plenamente de actualidad, identificada con el programa conciliar. Siempre había trabajado en la misma línea. Los Salesianos, por ejemplo, no van a las misiones sólo con el Evangelio y el Crucifijo en la mano; llevan, además, la preocupación de promover humanamente a aquellos pueblos; y establecen, entre otras cosas, apenas pueden, las escuelas profesionales y agrícolas, por medio de las cuales los jóvenes aprenden un oficio —carpintería, mecánica, soldadura, electricidad, automoción, agricultura...— y las naciones se van dotando de personal nativo competente en la técnica.

Evangelio y promoción: así se ha hecho la historia de la Congregación Salesiana, en los pueblos civilizados y en tierras de misiones, desde los orígenes hasta hoy; como había hecho el mismo Don Bosco en el Oratorio de Turín con sus jovencitos necesitados de pan y de catecismo. ¡Qué bien se complementan, para esta misión, los sacerdotes y los Coadjutores! Ninguno hace en exclusiva la misión; la realizan en «simbiosis». Y es que la misión no es divisible: se evangeliza educando y se educa evangelizando, al mismo tiempo, aunque haya momentos más intensos de una parte y de la otra. El sacerdote evangeliza más directamente que el Coadjutor, aunque también él da cultura y promoción humana; y el Coadjutor educa o promociona más directamente que el sacerdote, aunque también él da religión y habla con lenguaje de fe a sus muchachos. Cada uno lleva, *como más propia*, una característica: evangelización o promoción; pero la siembra de ambas cosas en el joven es obra de los dos; y la obra final es «el honrado ciudadano y el buen cristiano». Realmente, en la misión, quiso Don Bosco, con gran intuición y acierto, que fueran el elemento sacerdotal y el laical los que trabajaran íntimamente unidos, en perfecta simbiosis. Ambos son complementarios.

## Laicidad

Las palabras nuevas, como ésta de «laicidad», llegan a los oídos y, si por una parte, parece que se intuye lo que quieren decir, cuando luego se intentan explicar, se ve que no es tan fácil. Nosotros lo vamos a intentar, siguiendo la reflexión que la Congregación ha venido haciendo en los últimos años para penetrar en lo profundo de la vocación del SC, como elemento que lo diferencia del sacerdote.

Comencemos diciendo que la palabreja *no tiene sentido negativo*. No se caracteriza el SC por algo «que no tiene» y que sí tiene el sacerdote. La laicidad no es carencia de algo; es posesión de algo. Como el sacerdocio también es posesión de algo. No sería exacto, por lo tanto, afirmar: «La laicidad consiste en no-ser-sacerdote»; como tampoco lo es el decir: «El sacerdocio consiste en no-ser-laico». Se debe, en cambio, decir: «El sacerdote salesiano tiene el sacerdocio y el SC tiene la laicidad».

Esto nos basta para comenzar a adentrarnos en el sentido de la palabra «laicidad». Ahora debemos dar tres pasos, o colocarnos en tres niveles diferentes. Al final, estaremos en condiciones de comprender bien su significado.

### a) Laicidad a nivel de la creación

Todo creyente sabe que Dios es el Creador de todo: cielo y tierra y cuanto contienen han sido creados por el Señor y siguen en su ser porque ese mismo Creador los conserva. Por eso, proveniente de Dios, todas las cosas son buenas; todas tienen un papel que cumplir en la obra global de Dios.

De aquí se sacan dos consecuencias: la primera es que las cosas no son Dios, no se pueden confundir con El; la segunda es que cada cosa tiene sus propias leyes y el hombre debe conocer y tener en cuenta esas leyes. Según esto, es justa la apreciación de «necio» que da la Sagrada Escritura a quien no sabe descubrir a Dios por medio de sus creaturas. Y es también importante intentar conocer las leyes de la naturaleza, para aplicar luego tales leyes a la vida del hombre, sacando de la naturaleza creada cuanto pueda servir al hombre, ya que, en los planes del Creador, el hombre es el rey de la creación y todo debe servirle.

Hablar de laicidad a nivel de creación significa que hay

que reconocer a la naturaleza su peculiaridad, las leyes por las que se rige, su autonomía —bien entendida, que no es lo mismo que independencia, como si no siguiera dependiendo del Creador—. Esto lleva a mirar con simpatía las cosas creadas y con un sentido espiritual, sabiendo que están al servicio de la obra de Dios.

Hay que huir igualmente de la tentación «laicista» que no sabe relacionar las cosas con Dios, como si Dios no fuera su Creador; y de la tentación «clericalista» que manipula los valores temporales según criterios falsamente religiosos. Con otras palabras, la laicidad a nivel de creación consiste en ponerse ante las cosas con sentido realista y verdadero, interesándose por la realidad objetiva de las cosas. Si, por ejemplo, tengo que dedicarme a una profesión terrena, como la medicina, la mecánica, la arquitectura..., tengo la obligación de conocerlas a fondo, estudiar concienzudamente, ser verdadero «profesional». Esto es acercarse a la realidad objetiva de la creación. No puedo pensar que, por ser muy cristiano o religioso, todas esas materias o artes se me van a comunicar porque sí. Para hacer volar un avión, no basta la intuición, ni la buena voluntad, ni la oración: hace falta la «profesionalidad». «La devoción no dispensa nunca de la técnica» (Gilson).

## b) Laicidad a nivel de misión de la Iglesia

Los llamados «laicos», a nivel de Iglesia —y no sólo de vida religiosa— son los seglares, los que no son ni sacerdotes ni religiosos. Están bautizados y saben que su vida tiene un *sentido de misión* en este mundo. Todos somos responsables de la vida de la Iglesia.

Para comprender la diferencia entre el nivel anterior y éste, se puede pensar en lo que llamamos «orientación profesional» de un joven estudiante: sus dotes, sus inclinaciones y otro conjunto de elementos, ayudan a descubrir en qué profesión o carrera se encontrará más realizado: como médico, o abogado, o mecánico... A esto se llama «orientación profesional». Se tienen en cuenta las condiciones normales de esas profesiones y las cualidades del sujeto; cuanto más se acomodan unas y otras, más se habrá respetado la realidad objetiva. Este era el primer nivel de la laicidad.

Pasamos al segundo nivel. Si este individuo es un cris-

tiano consciente y comprende que su vida tiene *sentido de misión* en las manos de Dios, asumirá esa profesión *con sentido de servicio al Reino de Dios en esta tierra*. Por ejemplo, si es médico, será servicial para con los necesitados, aunque con ellos no gane dinero; respetará las leyes de Dios, aunque las leyes civiles le autoricen a determinadas acciones contrarias a la ley de Dios; si es político, orientará sus fuerzas a hacer más humano el mundo desde la legislación del país; si es abogado, defenderá la justicia de manera incorruptible, etc.

Esto es emplear la vida como *misión* para el Reino de Dios. Y a esta manera de orientar su profesión la llamaríamos «orientación vocacional»: *la vida como vocación*, como servicio a la «misión»; unos lo hacen como seglares, otros como religiosos o sacerdotes.

En esto consiste el segundo nivel de la laicidad.

No le toca al laico meterse a predicador; él debe «impregnar y perfeccionar todo el orden temporal con el espíritu evangélico». Sabe por otra parte, que en el mundo está presente el misterio del mal, con sus ídolos del eros, de la riqueza y del poder; sabe que el hombre tiene sus límites en la ignorancia y en el pecado, que le impiden percibir y respetar la voluntad del Creador; sabe que el mal radica en el corazón y en la libertad del hombre y en las estructuras montadas por él. Se siente entonces el laico llamado a una lucha permanente y dura, necesitada de las fuerzas de la fe y de la gracia divina. Por eso, queriendo vivir como cristiano y amar a Dios sobre todas las cosas, comprende que su vida no tiene sentido si no la emplea como misión al servicio del Reino de Dios. Esto es sentir la «vocación laical» y vivir así cooperando con la Iglesia al bien del mundo. La fe le iluminará sobre el bien y el mal; y se dejará llevar de las exigencias de su fe en todas sus actuaciones. Su campo es el orden temporal; pero se entrega a su trabajo con el entusiasmo de los héroes, ayudado por el Espíritu que le ha llamado a servirle desde el seno del mundo.

### c) Laicidad a nivel de vocación salesiana

Damos un paso más. Nos encontramos ante la figura de un «religioso» —no es ya el seglar del párrafo anterior— que no es sacerdote: el «laico consagrado». La laici-

dad restringe ahora su significado, si bien deja un campo amplio para la acción del laico religioso. Si, según el Concilio, ningún religioso debe sentirse extraño al mundo humano —«¡que nadie piense que los religiosos, por su consagración, se hacen extraños a los hombres e inútiles para la sociedad terrenal!»—, los SC son conscientes de que su trabajo sirve para la construcción de un mundo mejor y más cristiano. Hay aquí una verdadera «vocación», religiosa pero de tipo laical, cuyo campo directo son algunos quehaceres terrenos.

Cuando vemos a un SC metido en un taller de electrónica, rodeado de alumnos, competente en la materia —primer nivel—, orientando su vida como una misión para la construcción del Reino —segundo nivel— y lo hace enseñando esa profesión a los jóvenes para que puedan defenderse honradamente en la vida, educándolos, y, al mismo tiempo, «entregado totalmente a Dios amado sobre todas las cosas», de modo que su vida misma es un testimonio vivo de la jerarquía de valores a la luz de la fe cristiana, tenemos el caso de una laicidad a nivel de vocación salesiana. Podía él ganarse justamente unas buenas cantidades de dinero, como sucede en el caso del segundo nivel; pero no; él ha renunciado a toda ganancia y se entrega como consagrado a su papel de educador cristiano. Podía él, al terminar su trabajo de cada día, tomarse su descanso y sus entretenimientos, como tantos buenos cristianos; pero él, en cambio, no cuenta las horas y, al concluir sus deberes de clase o taller, seguirá con otras actividades —deportes, música, teatro, catecismo, grupos formativos...—, siempre al servicio de la juventud.

Un poco más adelante hablaremos, de manera especial, del mundo del trabajo como específicamente propio de los SC. Mientras tanto, si pensamos en tantos SC que han partido para las misiones a desarrollar principalmente unas actividades de orden temporal —construcciones, cultivo de los campos, escuelas, enfermerías, cooperativas...—, al lado de los sacerdotes, que se han podido dedicar más directamente a la evangelización y la sacramentalización, entendemos mejor cómo se pueden armonizar la laicidad consagrada y el sacerdocio. No se diga, pues, que la laicidad del SC está en la carencia del sacerdocio; es una verdadera «vocación» concreta, que no coincide con la del sacerdote; y ambas se complementan recíprocamente. Cada una se especifica por algo, *acentúa* un aspecto de la

misión salesiana: bien el aspecto de «evangelización», bien el de «promoción». En la raíz de esta distinción hay dos valores o vocaciones positivas, pero diferentes: el sacerdocio y la laicidad.

Concluyendo: la vocación del SC es en sí misma «concreta» —tiene fisonomía propia—, «completa» —sin carencias—, «original» —fruto de la genialidad del Fundador— y «significativa» —de extraordinaria actualidad—.

## 5. RELIGIOSOS NUEVOS PARA EL MUNDO DEL TRABAJO

Descendamos al terreno de lo concreto. El mundo actual está centrado sobre el trabajo: todo se mueve a su alrededor, la política, el sindicalismo, la economía... La Iglesia, siempre atenta a los hombres para cuyo servicio ha sido fundada por Jesucristo, ha seguido el desarrollo del mundo del trabajo, especialmente a lo largo de este siglo. Recuérdense la encíclica de Juan Pablo II «Laborem exercens» (1981), que se propone como tarea importante la proclamación del «Evangelio del trabajo» a los hombres de hoy, para buscar un modo nuevo de pensar, de valorar, de hacer y de dar al mundo del trabajo el sentido que tiene a los ojos de Dios.

En este mundo del trabajo, visto con ojos evangélicos, se podrían descubrir dos necesidades urgentísimas, según el diferente desarrollo de los pueblos: en unas zonas, subdesarrolladas, urge enseñar a trabajar; urge llevar las ventajas del progreso para hacer frente a los grandes problemas de la desigualdad económica, del hambre, del subdesarrollo; urge preparar hombres para el mañana, que puedan constituir para sus países la fuente principal de su bienestar.

En otras zonas, en las naciones industrializadas, además de continuar la preparación de técnicos, partiendo de la juventud actual, urge hacer descubrir el verdadero valor del trabajo, liberar éticamente el progreso técnico y la organización laboral de las garras del egoísmo para ponerlos de verdad al servicio de la humanidad: hay que incorporar el trabajo a una verdadera civilización del amor.

La Congregación Salesiana, que nació en los albores de la era industrial, parece haber sido destinada por Dios para conseguir esos objetivos: enseñar a trabajar, competentemente, y formar las conciencias en la fe cristiana para

hacer que el trabajo recupere la órbita de una moral orientada y vivificada por el amor y sostenida por la fuerza del Espíritu Santo.

Sin quitar nada a las diferentes formas de trabajo propias del SC, indicadas en páginas anteriores, hay que subrayar con trazo fuerte la identificación del SC con las exigencias del mundo del trabajo.

Se trata de una preferencia que siempre ha gozado de ciudadanía en la Congregación Salesiana. Todas las ediciones de las Constituciones de la Congregación indican como primera Obra la de los Oratorios; y a ellos siguen «los jóvenes encaminados hacia algún arte u oficio». Habría que recordar todos los pasos que fue dando Don Bosco en favor de estos jóvenes —desde la fiesta del albañil, celebrada ya en 1842, cuando Don Bosco no contaba más que con el Oratorio ambulante; las escuelas nocturnas primitivas, los contratos de trabajo con los patronos de sus muchachos, las visitas de Don Bosco a los aprendices en sus lugares de trabajo... hasta la creación de las Escuelas Profesionales, con orígenes humildísimos, que se fueron consolidando en los grandes y numerosos talleres que dejó, al morir, en Europa y América—. El mismo fue el primer maestro de zapatería (1853), como mamá Margarita lo fue de sastrería (1862); luego llegó la imprenta...

Y para ellos, sobre todo, el corazón de Don Bosco inventó la figura genial de los Salesianos Coadjutores: «religiosos nuevos para el mundo del trabajo». Escribe el Rector Mayor, Don Egidio Viganó: «A mí me parece que es sobre todo en este célebre mundo del trabajo, donde más a menudo y con exigencias más peculiares de mentalidad específica y de profunda caracterización se aplica el sugerido dicho de nuestro Padre: “Hay cosas que no pueden hacer ni los sacerdotes ni los clérigos; las haréis vosotros”». Palabras que sirven de eco a las que también escribiera el primer sucesor del Fundador, Don Miguel Rúa: «Una de las mayores necesidades de la sociedad moderna es educar cristianamente al obrero». Por el mismo motivo, el segundo sucesor de Don Bosco, Don Pablo Albera, añadía: «Las vocaciones de salesianos Coadjutores son una de las necesidades más urgentes de nuestra Pía Sociedad; sin ellas no podría conseguir los importantes objetivos que le asignan los tiempos».

Si el lector pudiera recorrer los países del Asia, como la India o las Filipinas, encontraría una serie de Escuelas

Profesionales Salesianas en pleno funcionamiento, abiertas en las horas escolares y fuera de horario, con el fin de facilitar a jóvenes obreros una formación técnica y humana que necesitan, aun cuando están ya empleados en diversos trabajos. Tales Escuelas han llevado, en un plazo de pocas generaciones, a la redención de barrios, como el famoso de Tondo, en Manila, donde la miseria comenzaba a ser madre de todos los vicios.

En los años actuales, la Congregación Salesiana ha querido realizar un esfuerzo singular en Africa. Hasta 1979, los Salesianos estaban en 14 naciones africanas, con sus obras educativas, pastorales y misioneras; con Escuelas Profesionales y Agrícolas... Desde 1979 a 1983, gracias a la generosidad de las Inspectorías Salesianas de Europa, América y Asia, doscientos salesianos han incrementado la presencia salesiana en el continente africano, fundando obras en otras 15 naciones: Angola (1981), Benin (1981), Costa de Marfil (1981), Guinea Ecuatorial (1980), Kenya (1980), Lesotho (1980), Liberia (1979), Madagascar (1981), Mali (1981), Nigeria (1982), Senegal (1980), Sudán (1980), Tanzania (1980), Togo (1982) y Zambia (1982).

Este excepcional «Proyecto Africa», todavía incipiente, está ya revelando tres cosas: 1) La vocación salesiana es muy apreciada, precisamente porque se dedica a los niños y jóvenes, con un sistema educativo de amistad y con fines concretos de promoverlos cristianamente y profesionalmente; 2) urge abrir Escuelas Profesionales y Agrícolas, comenzando, como Don Bosco, de manera rudimental, pero tendiendo cuanto antes al máximo posible de profesionalidad, según las condiciones y exigencias de cada pueblo; 3) despuntan ya las primeras vocaciones salesianas en algunos de esos países, de modo que el espíritu de Don Bosco se irá progresivamente encarnando en la juventud nativa africana.

Estas reflexiones sobre el «Proyecto Africa» pueden servir de estímulo a los SC para desear y pedir un sitio en esas naciones tan necesitadas, donde —al menos en gran parte de ellas y en los lugares concretos donde se han asentado los Salesianos— suele faltar desde el agua y la electricidad, hasta los talleres más rudimentarios para el arreglo de un auto, o carpinterías que enseñen a los chicos a sacar provecho de la riqueza natural de su país. Unos talleres de formación profesional, unas escuelas agrícolas, ¡cuánto bien harían en esos países africanos! Y los SC

darían a conocer, en su forma completa, la imagen de la Congregación Salesiana, que se compone de sacerdotes y de laicos.

Estas páginas no pueden prorrogar más el tema de la relación de los SC con el mundo del trabajo. Se contentan con las sugerencias indicadas, suficientes para hacer ver la belleza de esta vocación, tan actual y tan urgente. ¡Cuánto puede cambiar el mundo del trabajo, en países subdesarrollados y desarrollados, si las Escuelas Profesionales y Agrícolas Salesianas, dirigidas por SC, religiosos competentes y felices con su vida profundamente entregada a Dios, educadores con la bondad, con la palabra clarificadora y con el testimonio de su comportamiento, lanzan cada año al mundo de la técnica y al seno de los pueblos más pobres, legiones de jóvenes preparados y convencidos de su misión en la sociedad y en la Iglesia!

## COADJUTOR, UN HOMBRE PARA TODAS LAS PROFESIONES

Después de haber recordado el origen y la genial creación del SC por parte de Don Bosco, y de haber reflexionado sobre el pensamiento actual de la Congregación acerca del mismo tema, el presente capítulo quiere presentar figuras de SC de carne y hueso, como para «confirmar lo dicho con algunos ejemplos».

### ALGUN NOMBRE, POR EJEMPLO...

Se citan aquí, al lado de profesiones y actividades diferentes, algunos nombres de SC que se han distinguido en ellas. Es una lista necesariamente arbitraria, y hasta injusta, por las inevitables —aunque sean involuntarias— exclusiones. De todos modos, y contando con sus limitaciones, la lista tiene su valor, por la panorámica que ofrece y porque hace ver que los SC no son una idea abstracta, sino personas concretas y situadas en un trabajo concreto.

#### **Salesianos Coadjutores en comunidad**

*«Factotum»:* José Buzzetti, José María Celaya, Juan Barbellone, Antonio Tarable.

*Cocineros:* Antonio Bertrán, Silvestre Chiappini, José Gaia, Mateo Garolera, Valentín Gil, Miguel Ogórek, José Rabasa.

*Roperos:* Alejo Murra, Andrés Pelazza, José Rossi.

*Molinero:* Simón Srugi.

*Panaderos:* Prosdócimo Castagnedi, Carlos Gararino, Gil Rodicio, Juan B. Ugetti.

*Enfermeros:* Juan Codera, Pedro Enria, Simón Srugi, Artémides Zatti.

*Sacristanes:* Domingo Palestrino, José María Sabaté.

*Campanero:* Camilo Quirino.

*Porteros:* Marcelo Rossi, Antonio Tarable.

### **En escuelas**

*Maestros:* José Blanco, Jaime Buch, Antonio Cid, José Fermín Corso, Angustín García, Francisco José Martín, José María Sabaté.

*Zapateros:* Gumersindo Cid, Nicolás de la Torre.

*Sastres:* Emilio Arce, Francisco Borghi, Pedro Cenci, Esteban García.

*Carpinteros:* José Bonelli, Enrique Botta, Ramón Eirín, Vicente Huambutzara, José Recasens, Rafael Rodríguez.

*Talla y decoración:* Sebastián Concas, Gaspar Mestre, Angel Ramos.

*Tipógrafos:* Tomás Alonso, Dionisio Angel Andini, Carlos Conci, Juan de Lara, Andrés Pelazza, César Prano.

*Encuadernadores:* Pedro Barale, Pío Colombo, Carlos Fleuret, Dionisio Ullívarri.

*Mecánicos:* Joaquín Dalmau, Anastasio Garzón, Pedro Martínez, Jaime Ortiz.

### **En el tiempo libre de los muchachos**

*Oratorios:* Dionisio Angel Andini, José Bonelli, José Fermín Corso, Joaquín Dalmau, Juan Barbellone, Santos Mantarro, Alejandro Murra, José María Sabaté.

*Teatro:* Emilio Arce, Gumersindo Cid, Joaquín Dalmau, Mario Merlo (Merlino), Angel Ramos.

*Banda de música:* José Buzzetti, Juan Barbellone, Andrés Pelazza, Carlos Vitrotti.

### **Con los antiguos alumnos**

Emilio Arce, Jaime Buch, Carlos Conci, Joaquín Dalmau.

## **Misioneros**

Gumersindo Cid, Manuel da Fonseca, Elías Esteban Dagani, Francisco Fernández, Santos Mantarro, Silvio Milanese, Jacinto Pankeri, Laureano Santana, Antonio Tarable.

## **En actividades especiales**

*Administradores:* Federico Oreglia, José Rossi, Dionisio Ullívarri.

*Arquitectos:* Juan Buscaglione, Julio Valotti.

*Constructores:* Manuel da Fonseca, Santos Mantarro, Jacinto Pankeri, Antonio Patriarca.

*Editores:* Pedro Barale, José Caccia.

*Escritores:* Andrés Accatino, Angel Burlando.

*Compositores musicales:* Antonio Auda (musicólogo), José Dogliani, Enrique Scarzanella.

*Dirigentes de organismos sociales:* Andrés Accatino, Carlos Conci.

*Capitán de barco:* Francisco Forcina.

*Alcalde:* Jorge Haruni.

«En la Iglesia —había dicho Don Bosco a sus Coadju-  
tores en 1876— hay necesidad de toda suerte de obreros,  
sí, de todos los géneros.» Y los SC se remangaron los  
brazos para ser obreros en la Iglesia, de todos los géne-  
ros, como quería Don Bosco. Algunos se dedicaron a sus  
comunidades con tareas domésticas. La mayor parte se en-  
tregaron al apostolado directo con la juventud o en las  
misiones. Un cierto número, con relevantes aptitudes para  
la dirección o para actividades artísticas, dieron su apor-  
tación al proyecto apostólico de Don Bosco explotando y  
haciendo fructificar sus talentos. Conviene conocer algu-  
nas de estas figuras, porque el SC es una idea que no vive  
entre el algodón de las nubes, sino encarnada en personas  
concretas. Se presentan, pues, aquí unas historias breves,  
singulares y fragmentarias; pero capaces de reconstruir en  
su conjunto —como hacen las piedrecitas en el mosaico—  
la singularísima figura del verdadero SC inventado por  
Don Bosco.

## 1. HOMBRES PARA TODO EN SUS COMUNIDADES

Don Bosco: «Tengo necesidad de que las cosas funcionen bien: la cocina, la portería...; que todo esté a tiempo, que no se desperdicie nada, etc...». Y surgieron estos hombres «para todo» —*factotum*, como se suele decir en lenguaje salesiano— que se sienten en la Casa salesiana como en la suya propia, serenos y laboriosos, preocupados de que todo funcione bien. En su lista hay que citar a *José Buzzetti* y a *Garbellone*, apodado «fanfarrón», de los cuales se hablará en el capítulo siguiente. Baste ahora recordar un detalle sobre Garbellone «factotum». El sabía que en Valdocco todos tenían necesidad de él, que le llamaban continuamente a una u otra parte de aquella Casa inmensa. Para poder estar realmente a disposición de todos, había colocado en la puerta de su habitación un cuadrado con el plano de Valdocco, en el que había hecho una serie de agujeros correspondientes a los diversos sitios; y ponía un grueso clavo en el lugar donde se le podría encontrar. Debajo del plano había escrito: «Estoy en el agujero».

«Para que una Casa salesiana vaya bien —decía con su formidable sentido común Don Bosco— hacen falta tres personas de valía: el Director, el cocinero y el portero». Entre los porteros ya hemos citado a Marcelo Rossi, el provisional. Entre los cocineros, aquél que había dicho: «¿Y quién es Don Bosco? Uno como los demás». Otros SC, por el contrario, supieron hacerse honor en la cocina, como aquel curioso *Miguel Ogórek*, que en Vignaud, en Argentina, en una Casa de aspirantes salesianos, tenía la preocupación de lograr que aquellos muchachos, gracias a su cocina, tuvieran «una salud de hierro para las arduas tareas del futuro». Sus platos eran variados, agradables, abundantes; y, en los días de fiesta, superlativos. Trataba a los chicos como a hijos y ellos le querían como a un papá. Las pocas veces que se asomaba al comedor, le cubrían de aplausos.

### Tres panaderos

Al lado de los cocineros, los panaderos. En numerosas comunidades salesianas de los primeros tiempos, resultó económico fabricar el pan en Casa. *Carlos Gavarino* fue el panadero de Don Bosco y trabajó en este oficio unos se-

senta años seguidos. Cuando todavía era un chiquillo, Don Bosco, señalando con el dedo el grupo en que él se encontraba, dijo: «Entre esos muchachos, algunos llegarán a viejos». Gavarino lo consideró dicho para él y de hecho alcanzó la edad de noventa y siete años. En el colegio de Verona, se hacía un pan tan bueno que la gente de fuera iba a adquirirlo. Un día, el panadero de la zona se lamentó con el Director porque estaba perdiendo clientes: «Cuando no tenga pan para mí, ¿tendré que venir yo también aquí para que me den de comer?». El Director le respondió: «Venga cuando quiera, que aquí encontrará casa y trabajo». Aquel panadero —*Prosdócimo Castagnedi*— lo pensó en serio y, algún tiempo después, se presentó para hacerse salesiano. Perfeccionó su arte y fue mandado a Bogotá, en Colombia. Hacía unas hogazas estupendas y una gran torta especial, al estilo del famoso panetón italiano, que el Arzobispo, a quien se le mandaba con frecuencia como regalo, lo llamaba *el pan de Don Bosco*.

Bueno como el pan resultó ser *Juan Bautista Ugetti*, un panadero de Susa (Turín), quien, a sus cuarenta y cuatro años, dejó la panadería heredada de su padre y se hizo salesiano. De él se hablará más adelante.

### **Las campanas cantarinas**

Para quien cae enfermo, los SC se hacen enfermeros. Tres merecen destacarse y serán presentados en otro capítulo: el enfermero de Don Bosco, *Pedro Enria*, y los Siervos de Dios *Simón Srugi* y *Artémides Zatti*.

Muchos SC han acogido con gusto el oficio de sacristán, contentos de trabajar por «el decoro de la Casa del Señor». *Domingo Palestrino*, encargado de la basílica de María Auxiliadora por el mismo Don Bosco, desempeñó durante sesenta y cinco años dicho cargo, que era pesado por la amplitud del templo y la afluencia de la gente. Era el primero en levantarse y el último en irse a dormir; vivía para su iglesia. Cumplió siempre puntualmente y con gran espíritu de iniciativa y creatividad; supo dotar al templo de toda clase de mobiliario y de objetos sacros, y supo, al mismo tiempo, encontrar las ayudas económicas para afrontar los gastos. En octubre de 1921 había preparado la iglesia con las colgaduras negras para la conmemoración de un Obispo fallecido; luego se había apresurado a

quitarlas aquella misma noche porque al día siguiente era fiesta. Jadeante y sudoroso, sintió escalofríos síntomas de una pulmonía galopante, y dijo: «Descansaré un poco para prepararme a la muerte». Le bastaron tres días, puesto que durante sesenta y cinco años de trato íntimo con el Señor se había ido preparando bien para el gran paso.

La basílica de Valdocco tuvo por aquellos años un famoso tañedor de campanas, *Camilo Quirino*, que recibió el encargo por orden de Don Bosco. De profesión era corrector de pruebas de imprenta en la tipografía salesiana y se reveló como un genio: llegó a aprender por su cuenta, como necesarios para su oficio, el latín, el griego y el francés. Tenía un finísimo oído musical y, siempre por su cuenta, aprendió a tocar el violín. ¡Imaginarse cómo tocaría las campanas! Para lograr el máximo resultado, se había fabricado un mecanismo especial, de su invención, y en los días de fiesta inundaba el aire de melodías religiosas y populares. Se había hecho famoso en la región; de modo que, cuando había que inaugurar algún campanario en los pueblos, le invitaban a dar un concierto.

Se podrían multiplicar los ejemplos... Tantos hombres sencillos y buenos, que se encontraban felices en el calor de la comunidad salesiana y, con su entrega a toda prueba, la convertían en hogar confortable para todos.

## **2. EN LA ESCUELA Y EN EL PATIO CON LOS MUCHACHOS DE DON BOSCO**

Decía también Don Bosco en 1883 a sus Coadjutores: «Tengo necesidad de mandar a uno a una Casa y decirle: Tú procurarás que aquel taller, o aquellos talleres funcionen con orden y no les falte nada...». Ya en los primeros decenios, los SC enseñaron a los muchachos en los talleres los sencillos oficios de entonces, que no requerían grandes instalaciones: zapatero, sastre, carpintero, encuadernador, mecánico. Eran religiosos pobres que ayudaban a chicos todavía más pobres, muchas veces apiñados en las calles.

### **Agitó el pañuelo blanco**

En ocasiones se hacían Coadjutores y jefes de talleres los mismos jóvenes que habían crecido en los talleres. Por

ejemplo, *Francisco Borghi*, un huérfano abandonado de todos, recogido por Don Bosco. Después del servicio militar, regresó a Valdocco y quiso ser salesiano. Fue un gran sastre. Don Bosco le mandó a Barcelona para abrir el primer taller de sastrería de aquella Casa: a la vuelta gozaba de gran estima en Turín, hasta el punto de que hubo alguien que le invitó a dejar a Don Bosco para hacerse una fortuna en otra parte. Respondió que él ya había encontrado la fortuna.

Otro maestro de sastrería fue *Pedro Cenci*, chiquillo de Rímíni, solo en el mundo, «regalado» por las monjas del hospital a Don Bosco. Al mandarlo a Turín, le dijeron: «Cuando bajes del tren, saca el pañuelo blanco y agítalo; ya verás que se te acercará un señor para conducirte hasta Don Bosco». Agitó el pañuelo y en seguida apareció Garbellone para ponerlo bajo su custodia. Llegó a ser maestro en el arte de la confección; con sus muchachos ganó medallas y diplomas en cantidad; compuso y publicó un «Método de corte y confección» con el que se ejercitaron millares de jóvenes. Se le pedían colaboraciones para revistas; se le invitaba a tomar parte de los jurados en las exposiciones. Pero él sólo se gloriaba de ser el sastre de Don Bosco y de haber hecho sus sotanas durante su vida y para su sepultura y su beatificación.

## El terreno de los anticlericales

De Italia partieron muchos SC para abrir talleres en el extranjero; pero, desde los primeros tiempos de la expansión salesiana, comenzaron a brotar vocaciones en esas naciones para ser SC. Los primeros diez misioneros mandados desde Valdocco a Argentina estaban desembarcando en Buenos Aires y, entre la gente que acudió al puerto para saludarlos, se encontraban dos hermanos. *Enrique* y *Luis Botta*. Vivían cerca de la «iglesia de los italianos», la frecuentaban todos los domingos, después todos los días; y acabaron pidiendo hacerse salesianos: Luis como clérigo y Enrique como Coadjutor. Enrique era carpintero y fue carpintero toda la vida: más de sesenta años entre los muchachos del taller, cientos y cientos educados para un oficio y para la vida cristiana. También a él le ofrecieron muchas veces puestos de trabajo bien remunerados; y respondía: «¡Pero si yo trabajo para un amo que me paga

muy bien!». Trabajaba desde la mañana hasta la noche; comía cuando se acordaba. De vez en cuando su Director le obligaba a tomarse un poco de descanso enviándole alguna temporada a otras Casas salesianas, donde era acogido con alegría sabiendo que él haría «su descanso» reparando los muebles estropeados que hubiera visto por la Casa.

De él se cuenta lo siguiente: Los Salesianos de Córdoba (Argentina) tenían que comprar un terreno para la construcción de la iglesia parroquial; pero el propietario del terreno, un tremendo anticlerical, se obstinaba en no cederlo ni siquiera por un elevado precio. Este rencoroso propietario prefirió deshacerse del solar, cediéndolo a bajo precio o gratis al primer desconocido que lo solicitase. Después, una vez resuelto el asunto, le informaron que aquel comprador desconocido era el Coadjutor salesiano *Enrique Botta*. Y allí surgió la iglesia parroquial que existe aún hoy.

Sería conveniente recordar todavía —entre todos los que se dedicaron a enseñar un oficio a los jóvenes— a los jefes de taller de zapatería, mecánica, tipografía; los jefes de hacienda de las escuelas agrícolas de ayer y de hoy; sobre todo, los SC más cercanos a nosotros, ocupados en los modernos talleres, en los centros de formación profesional, atentos a las exigencias cada vez mayores de las industrias, pero más atentos aún a las necesidades de los jóvenes...

### **Animadores en el tiempo libre y en el tiempo perdido**

Había dicho también Don Bosco: «Los Coadjutores tienen abierto un vastísimo campo para ejercitar la caridad haciéndose catequistas en los Oratorios... No se olvide nunca que un Oratorio fue la cuna de nuestra Congregación».

El había ido en busca de los chicos más expuestos a la desorientación y a los peligros, que habían estado ya en la cárcel o iban camino de ella; y muchísimos SC han vuelto a recorrer el mismo itinerario tan difícil. Entre los SC de los primeros tiempos debemos recordar otra vez a *Garbellone*, «salesiano de Oratorio», y a *Dionisio Angel Andini* que pasó toda la vida en el Oratorio de Valdocco, durante más de cincuenta años, dando catecismo y organizando entre los muchachos el asociacionismo de la época.

¿Y después? Ha habido y hay Coadjutores que se han dedicado a visitar a los jóvenes que se encuentran en la cárcel, interesándose por sus familias, y cuando salen les buscan un modo de vivir; ha habido y hay Coadjutores que se han acercado a las chabolas, para preparar a los chicos —por medio de cursos fáciles de formación profesional— de modo que puedan valerse por sus propias fuerzas, colocándose en fábricas y oficinas o en otros puestos de trabajo. Igualmente, ha sido un Coadjutor quien ha lanzado, en 1950, la Asociación de los Amigos de Domingo Savio, tan extendida hoy por todo el mundo: sólo en los Estados Unidos de América cuenta con más de cien mil asociados, que llevan un *gadget* (botón grande que se coloca en la chaqueta o en el jersey) con la inscripción: «Be a Savio» («*Sé un Domingo Savio*»).

### 3. LOS CONTINUADORES DE GUTENBERG

Don Bosco le llamaba, con razón, «*el caballero de la buena prensa*». El, *Pedro Barale*, dirigía la librería salesiana y, además, compilaba y difundía un insignificante noticiario librero con el título solemne de «El bibliófilo católico». Un día, leyendo Don Bosco las pruebas de imprenta de aquel noticiario, tuvo una idea genial: «¿Y si publicásemos aquí las “cartas de América” de Don Cagliero?». Era el año 1877. Hacía apenas un año y medio que Don Cagliero y los primeros misioneros salesianos se habían aventurado a ir más allá del océano; era necesario dar a conocer a la Familia Salesiana sus empresas. De esta manera el «Bibliófilo» llegó a convertirse en el «*Boletín Salesiano*» —hoy cuenta con 41 ediciones y sólo en Italia su tirada pasa de los 360.000 ejemplares al mes—; y Pedro Barale, «caballero de la buena prensa», fue su redactor varios años.

Otros SC continuadores de Gutenberg se dedicaron y se dedican a las artes gráficas que, en varias ocasiones, han pasado de ser simples escuelas para los muchachos a auténticas editoriales. *César Prano* recibió el encargo, en Colombia, de comenzar con una tipografía en ruinas: alguna caja de tipos, una máquina de imprimir alquilada, y nada más. Pero conocía bien el oficio y llegó a ser representante de máquinas tipográficas de fábricas europeas. Todos, editores y tipógrafos de Bogotá, acudían a él. Educó genera-

ciones de jóvenes tipógrafos, a los cuales indicaba sus errores con exactitud y con severidad, y todos los secretos del oficio. Cuando hacían bien todo, según las reglas del arte, llegaba a sus oídos un seco «Bien, bien», que les sabía a elogio excepcional. En 1926 comenzó a publicar la revista «Artes Gráficas» y continuó, con ella, muchos años su magisterio en el país. Con toda razón, tipógrafos y editores, y no sólo sus alumnos, solían llamarle «el Maestro». Lo era de verdad.

Talla de auténtico editor tuvo el comendador *José Caccia*, quien estuvo al frente de la SEI —Sociedad Editora Internacional— de Turín, durante cincuenta años. Entró con trece años en el Oratorio, trabajó en la librería salesiana hasta 1910, cuando Don Rúa fundó la editorial que después había de tomar el nombre de SEI. Y se la confió a él. Los libros, impresos en millones de copias, se distribuían en tres secciones: religiosa, escolástica y amena. La editorial tenía también el encargo de imprimir el «Boletín Salesiano» y llegó a publicarlo en once lenguas diversas, incluso en húngaro, esloveno y lituano. Fruto del intenso trabajo del comendador Caccia, la SEI multiplicó sus filiales en Italia y sirvió de modelo para las editoriales salesianas que iban surgiendo en el extranjero. Todavía hoy la SEI se distingue en Italia hasta el punto de ser la principal editorial escolástica de la nación.

Otros Coadjutores llegaron a ser buenos escritores, como *Andrés Accatino*, autor de textos de matemáticas renovadores por su didáctica, y de estudios sobre los problemas de la agricultura. Y *Angel Burlando*, autor de una docena de obras de teatro de gran éxito, muerto prematuramente a los treinta y seis años de edad, cuando su fértil ingenio prometía tanto.

De estatura excepcional en Argentina se reveló *Carlos Conci*, que puso la imprenta al servicio de la realidad social del país; y era llamado por los Obispos «el Ketteler de Argentina». De él se hablará más adelante.

#### **4. ENCUADERNADORES, ESCULTORES, MUSICOS**

Dos encuadernadores se hicieron famosos. *Pio Colombo* en el Piamonte, que con sus obras de arte participaba en las exposiciones arrebatando diplomas y medallas, hasta ganar en 1928 la medalla de oro «por las primeras en-

cuadernaciones de estilo futurista». Llevan su firma diversas publicaciones y algunas voces de la Enciclopedia Treccani. Como él, pero en Francia, *Charles Fleuret*, que alcanzó el título de «Caballero de la Legión de Honor».

Como en el libro, los SC también se han distinguido en el campo de las artes figurativas. En España fue famoso escultor en madera *Gaspar Mestre*. Logró con su taller tanta notoriedad que le encargaban la restauración de raras obras de arte antiguo, en España y en Iberoamérica. Y hasta se le encomendó a él la decoración artística de la Sala del Trono del Palacio Real de Barcelona. La guerra civil destruyó su taller; pero él, laico, se prodigó en salvar a muchos sacerdotes y religiosos buscados por los rojos. Cuando se descubrió su actividad caritativa, fue buscado para matarle, con fuerte remuneración para quien lo encontrara. Luego, pasada la borrasca, Gaspar reconstruyó tranquilamente el taller. Otro escultor excepcional, en trabajos de madera, fue *Sebastián Concas*, en San Benigno Canavese. En 1929 esculpió la urna dorada que había de contener los restos mortales de Don Bosco beatificado.

El matrimonio entre SC y la música comenzó con el patriarca de los Coadjutores, *José Buzzetti*. Su banda rumorosa era la protagonista en los «paseos otoñales» de Don Bosco y de sus muchachos por las colinas del Monferrato.

Sigue siendo feliz ese matrimonio. Ya hemos citado al maestro *Dogliani*, en Valdocco. Le sucedió el maestro *Enrique Scarzanella*, que había conseguido en el conservatorio de Parma los diplomas de órgano y de composición y la facultad de enseñar. En 1929 y en 1934, Valdocco ardía en fiestas en honor de Don Bosco, proclamado Beato y luego Santo. A él le tocó dirigir la «capilla musical» en las diversas celebraciones. Dejó un nutrido repertorio de composiciones sagradas y profanas, entre las cuales algunas operetas de gran éxito.

Figura singular es la del francés *Antonio Auda*, que actuó en Bélgica y fue musicólogo, es decir, estudioso de historia y técnica de la música. Fue un investigador apasionado y reunió una riquísima documentación particularmente sobre el canto gregoriano, dejando una serie de estudios y de publicaciones que los especialistas saborean como golosinas.

Al lado de estos grandes, habría que colocar a muchos otros menores, pero originales Coadjutores músicos, como

aquel mago de la batuta que fue *Carlos Vitrotti* —muerto en San Benigno Canavese en 1904—: siempre que participaba con la banda de su Oratorio en certámenes y concursos, se llevaba sistemáticamente todos los premios, hasta que un día fue proclamado «fuera de concurso en toda Italia» y le prohibieron tomar parte.

## 5. MISIONEROS AL LADO DEL MISIONERO

El «vastísimo campo» que Don Bosco había indicado abierto a los SC comprendía también, naturalmente, las misiones. Han sido muchísimos los SC que han estado junto al sacerdote que bautiza, como verdaderos hermanos solícitos, muchas veces héroes en medio de enormes privaciones y peligros entre los pueblos primitivos, para preparar el camino del Evangelio.

Hombres como *Silvio Milanese*, mandado por Don Bosco al Uruguay, que pasó luego a la Patagonia y, después, al Brasil, donde trabajó con los Bororos durante cuarenta años. El gobierno brasileño le encargó la fundación de los primeros observatorios meteorológicos del Mato Grosso y la misión de inspeccionarlos. En Cuyabá hay un templo hermoso dedicado a María Auxiliadora: es obra suya.

Misionero infatigable, constructor de casas, escuelas e iglesias, en la India, fue *Santos Mantarro*, de quien habrá que hablar más adelante.

*Manuel da Fonseca* era un albañil portugués emigrado al Brasil en busca de fortuna. En el Mato Grosso encontró a los primeros salesianos que acababan de llegar allá y quiso ser uno de ellos. Construyó la Casa de Campo Grande, la de Coxipó da Ponte, la de Registro y las primeras casitas blancas de las colonias indígenas habitadas por los indios bororos. Otro, un tal *Francisco Forcina*, llegó a ser capitán de goleta. En la juventud había sido un buen marinerero en el golfo de Nápoles y, cuando se decidió a entrar en las filas salesianas, no podía imaginar cuánto le iban a valer aquellas experiencias de los años mozos. Solicitó ir a misiones y en 1888 estaba ya al sur de Chile, en Punta Arenas, con el puñado de los primeros salesianos que, a las órdenes de Don Beauvoir, habrían de establecer las residencias misioneras en la Tierra del Fuego. Para asegurar las provisiones a los misioneros se compró la goleta «María Auxiliadora» y Forcina, desde el primer viaje, se reveló

tan hábil en aquellos mares tempestuosos que pronto le llamaron capitán. Por largo tiempo desempeñó su difícil oficio y enseñó a los mismos indios a ser buenos marineros. Entre éstos —Onas y Alakalufes— gozaba de gran confianza.

Cuando la edad le obligó a dejar los galones de capitán, se iba a la plaza delante de la iglesia, donde los indios acudían en tropel para sentarse a su lado y escucharle horas y horas. Se sentían amigos y estaban ávidos de aprender cosas siempre nuevas.

## 6. ARQUITECTOS, CONTRATISTAS, CAPATACES

Una paradoja: mientras Don Bosco pedía a sus religiosos el voto de obediencia, «liberaba» al mismo tiempo sus personalidades; y muchos SC, con esta libertad de espíritu, han multiplicado sus talentos, han recorrido itinerarios insólitos y han vivido aventuras interesantes, como si fueran enviados en misión especial.

### **Cuando el dibujo resulta fácil**

¿Qué ocurre cuando el dibujo resulta fácil como la respiración y se llega a ser Coadjutor? Con diez años, en 1884, *Juan Buscaglione* era un chiquillo en los patios del Oratorio festivo. Encontró a Don Bosco. Entró de interno con los artesanos, se hizo salesiano y frecuentó la Academia Albertina. Desde entonces, trabajó toda la vida como arquitecto. Estructuró de manera nueva la Casa de Valsalice, construyó la obra salesiana de Estambul, en Turquía, y la de Alejandría de Egipto. En 1910 fue mandado a Colombia para algunos trabajos de menor importancia, pero se encontró con tantas cosas por hacer que pidió y obtuvo no regresar a Italia.

En los primeros años enseñaba a los chicos y, mientras tanto, preparaba los planos de los nuevos edificios e iba siguiendo su construcción. Luego, le dijeron que no enseñara, para poder dedicar todo el tiempo a proyectar y construir. De este modo, entre 1920 y 1940, cambió la cara a las obras salesianas de Colombia. Levantó nueve Casas nuevas y cuatro grandes iglesias.

Fue nombrado miembro de la Comisión arzobispal de

arte sagrado y se lanzó a preparar para la diócesis de Bogotá los diseños de iglesias, edificios, colegios, seminarios. Montó un estudio técnico con varios delineantes a sus órdenes, pero no llegaba, ni siquiera así, a atender tantas demandas como le llegaban de todas partes. En el balance final se podían contar en su activo 13 templos de grandes proporciones y unas 30 obras menores o realizaciones parciales en edificios ya existentes. Todas las mañanas, a las cinco, se encontraba ya en la iglesia para la oración y, poco después de las seis, comenzaba su intensa jornada de trabajo. Solía decir que todas sus fuerzas en el trabajo, como sus mejores inspiraciones y concepciones de su arte, le provenían de la comunión de la mañana. La muerte le sorprendió cuando estudiaba la futura Casa salesiana de Cartagena; y decía a los amigos que fueron a visitarle por última vez, con gran sencillez: «Es muy grato morir siendo salesiano».

### **Sus obreros, los presos**

*Antonio Petrarca* construyó casas e iglesias, a través de una vida azarosa. Era un tipo fogoso y atrevido, de profesión picapedrero. Había emigrado de Italia a Francia, luego al África, finalmente a los Estados Unidos. Inteligente y trabajador, consiguió montar una pequeña empresa constructora, pero siempre se encontraba inquieto e insatisfecho. Desde Italia, su hermana le mandaba el «Boletín Salesiano»; al leerlo, se convenció de que Don Bosco era lo que él necesitaba. Regresó a Italia, se presentó al Rector Mayor, Don Miguel Rúa, y comenzó su período de prueba. Se pudo comprobar que estaba verdaderamente hecho para Don Bosco.

Y ¿qué lugar mejor para trabajar que al sur de Iberoamérica, donde los misioneros salesianos luchaban en medio de mil dificultades? Volvió a ser empresario constructor y levantó en seguida la iglesia de Rawson, en el Chubut, luego la catedral de Viedma. En la construcción de esta última, contó con una mano de obra del todo especial y peligrosa: los detenidos de la cárcel local. No fue una convivencia fácil; y, en una ocasión, poco faltó para que le tiraran abajo desde los andamios. Pero, al final, resultó una joya de arquitectura. Luego edificó el santuario de Fortín Mercedes y otras obras más. Hombre tosco

y práctico, cuando notó que las manos ya le temblaban y las fuerzas le venían a menos, pidió al Señor que le llamase. Y su oración debió de ser escuchada porque se apagó en pocos meses.

### **Un acueducto para Quito**

*Jacinto Pankeri* era un sencillo maestro elemental, que se hizo salesiano a los treinta y dos años, poco después de la muerte de Don Bosco. Le mandaron como misionero al Ecuador y tuvo mucho que hacer durante cincuenta y siete largos años. Y con frutos imprevisibles, ya que sus capacidades eran enormes. Se le deben el proyecto del santuario «Virgen del Quinche», el colegio Don Bosco y el santuario de María Auxiliadora de Quito. Dotó a la capital de un acueducto, construyó en el Oriente ecuatoriano un puente con cables de acero, de unos 80 metros sobre el río Paute; y se le cuenta entre los fundadores de la Academia de Historia y Geografía del Ecuador.

### **Desde el estudio técnico**

El arquitecto *Julio Valotti* trabajó, en cambio, en el centro de la Congregación, desde el estudio técnico del Economato General. Unos cincuenta edificios, entre iglesias y escuelas, llevan su firma. En Roma, el templo de María Auxiliadora y el Instituto Pío XI; en Turín, toda la obra del colegio San Pablo, el Instituto Rebaudengo, el Agnelli; y, todavía en el Piamonte, el Colle Don Bosco y Cumiana... Su último trabajo, arrostrado con amor, fue la ampliación de la basílica de María Auxiliadora y del Oratorio festivo de Valdocco. Estas realizaciones se terminaron en 1952; él estaba convencido de haber cumplido su misión y concluyó serenamente sus días pocos meses después.

## **7. LA UNICA PROFESION VERDADERA: LA SANTIDAD**

Un SC llegó a ser alcalde: *Jorge Haruni*, libanés, nacido cerca de Beirut y muerto en Jerusalén, pero que vivió sobre todo en Beit Gemál —en el actual Israel—. Era el jefe de la hacienda agrícola de la Casa salesiana, tenía a

su dependencia a muchos labradores musulmanes; todos le estimaban y acabaron nombrándole alcalde por largos años. Y así se podría continuar, por ejemplo, con la historia de aquellos Coadjutores del Mato Grosso a quienes las autoridades del Estado encargaron del servicio postal; o la de aquel otro Coadjutor a quien el Gobierno argentino elevó al cargo de comisario de policía... ¿Quién se imaginaría a un hijo de Don Bosco con la estrella de sheriff y el revólver en bandolera?

Administradores, arquitectos, contratistas, compositores musicales, editores, periodistas, escultores, pintores... En el pensamiento de Don Bosco, el SC podía ser todo esto y mucho más. Era el hombre *para todas las profesiones*, porque a través de las más variadas actividades podía directa o indirectamente trabajar —junto con el sacerdote salesiano— por el crecimiento humano y cristiano de la juventud.

En realidad, el SC está abierto a todas las profesiones porque es una sola la que cuenta para él, la «profesión religiosa», el esfuerzo por la santidad. Ya lo había dicho Don Felipe Rinaldi: «Apuntad a lo alto, a la santidad». Ellos lo han hecho, lo siguen haciendo, sin pausa, con aquella tensión interior que empujaba a León Bloy a decir: «Existe una sola tristeza, la de no ser santos».

En este campo, la Iglesia tiene sus criterios seguros de juicio: los procesos de canonización. Y ya ha puesto bajo este proceso a dos SC, los Siervos de Dios *Simón Sruigi* y *Artémides Zatti*, como también a otros 26 SC mártires, asesinados por odio contra la fe en la guerra civil de España, en los años 1936-1939. También de ellos tendremos que hablar.

**PARTE SEGUNDA**

**FIGURAS CONCRETAS  
DE SALESIANOS  
COADJUTORES**

**Introducción**

- I. Salesianos Coadjutores formados por Don Bosco**
- II. Otras figuras ilustres de Salesianos Coadjutores**
- III. Veintiséis Salesianos Coadjutores, siervos de Dios,  
mártires en España**
- IV. De Nazareth ha salido algo bueno  
(Siervo de Dios Simón Srugi)**
- V. Era el pariente de todos los pobres  
(Siervo de Dios Artémides Zatti)**



Cuando se intenta dar una definición de algo, especialmente de seres vivos o de instituciones formadas por personas, siempre quedan fuera de ella cantidades de matices de índole individual y circunstancial que, por ser diferentes necesariamente, no caben en una definición exacta del «género» que se intenta definir.

En el caso de los SC, de quienes se ha presentado ya su fisonomía —intento de definición histórica y teórica— en la primera parte de este libro, no se podría lograr una visión suficiente de su esencia sin abundar en testimonios vivos de muchos y variados —siempre eminentes bajo ciertos aspectos— salesianos coadjutores. Ellos, con su modo de vivir y de actuar, hacen ver la riqueza de esta vocación, abierta y creativa, dentro del espíritu de Don Bosco que es abierto y creativo para dar lugar a la realización de la misión salesiana en el universo mundo.

No es el SC un lego con el horario y las preocupaciones bien precisas; no es un mero funcionario religioso. Es un miembro responsable dentro de la Casa salesiana, donde con el encargo concreto de una ocupación se siente libre, como un hijo de familia, para aportar todos sus talentos en beneficio de la vida comunitaria y de la misión salesiana.

Esta segunda parte va a presentar muchas figuras de SC. En todos ellos se encontrarán los elementos comunes a todo salesiano —vocación de religioso, fidelidad a las Santas Reglas, amor a Don Bosco y a la Congregación, gran dosis de piedad y de fervor, práctica fiel de los votos, capacidad inmensa de trabajo y sacrificio, disponibilidad para cuanto haga falta; sentido apostólico, bien directa-

mente trabajando con los jóvenes, bien indirectamente haciendo posible con sus trabajos domésticos y organizativos la dedicación directa de otros a la función educativa y evangelizadora; gran devoción a María Auxiliadora, amor a los superiores, pobreza extrema vivida con alegría...— y, al mismo tiempo, cualidades propias de cada uno, que vienen a enriquecer el conjunto de elementos que constituyen esa genial creación del corazón de Don Bosco que es el Salesiano Coadjutor.

Comenzaremos recordando una serie de SC formados por Don Bosco. Seguirán otros más cercanos a nosotros, de nuestras tierras iberas. Tras ellos, vendrán SC mártires de la fe, especialmente en España y Polonia.

Y, finalmente, dos figuras admirables de SC cuyas causas de beatificación y canonización, por vía de heroicidad de virtudes, están en curso.

## SALESIANOS COADJUTORES FORMADOS POR DON BOSCO

Don Eugenio Ceria, benemérito historiador de la vida salesiana —a él debemos, entre otras obras, los volúmenes 11 al 19 de las Memorias biográficas de Don Bosco, los cuatro tomos de los Anales de la Congregación Salesiana y no pocas biografías de salesianos—, escribió también un librito de casi trescientas páginas para retratar a 33 SC que se habían formado con Don Bosco. Don Ceria había tenido la fortuna de conocer en vida al Santo Fundador; por eso, sus escritos, siempre fieles a la historia, captan los detalles de aquel ambiente envidiable donde crecían en santidad salesiana los religiosos de Don Bosco y sus mismos alumnos, en medio de la alegría y el cariño profundo del buen Padre a todos.

En una de esas biografías breves dice lo siguiente, al describir la figura de Cipriano Audisio:

«Desde entonces —se refiere a la profesión perpetua— no tuvo aspiración mayor que la de ser y mostrarse digno hijo de Don Bosco, en cuyas manos se había puesto en cuerpo y alma. Hombres, como él, que en lo externo de su persona y en la cualidad de las ocupaciones no difieren de los seculares de la misma condición, quedaban formados por Don Bosco en una solidez religiosa, sobre todo tratándolos con toda familiaridad, inspirándoles una confianza que los iba haciendo poco a poco maleables y dispuestos para cualquier cosa. Esto explica cómo algunos coadjutores hayan vivido años y años siempre ocupados en los mismos trabajos, aunque fueran

humildes y monótonos. Les bastaba pensar que se los había encomendado Don Bosco para que no sintieran ganas de cambiar.»

Atraídos por María Auxiliadora a la Casa de Don Bosco, por caminos muy dispares —lectura del «Boletín Salesiano», visitas de Don Bosco a sus pueblos, curaciones milagrosas operadas por el Santo, noticia de la fama de santidad del sacerdote de Valdocco...— se ponían en sus manos y se dejaban moldear hasta convencerse de la necesidad de hacerse santos en la entrega a los deberes de cada día, con un fuerte amor de Dios en el pecho y un creciente celo por la salvación de las almas.

Nosotros hemos escogido, en este capítulo, diez de estos primeros SC, abreviándolos lo increíble con el fin de respetar los límites de este trabajo y deseando despertar en los lectores el deseo de acudir a fuentes más abundantes para conocer más directamente a cada uno de los que aquí vamos a recordar y... a muchos más.

Los presentamos por el mismo orden en que fueron entrando en el Oratorio de Valdocco, con la intención de ayudar al lector a gustar aquel clima donde Don Bosco era como el aire y el sol.

## SUS CARNETS DE IDENTIDAD

### **José Buzzetti**

Nacido el 7-2-1832, en Caronno Ghiringhella (Italia, Como), profesó perpetuamente en 1877 y murió en Lanzo (Turín) el 13-7-1891.

Fue uno de los primeros «muchachos de Don Bosco» y permaneció a su lado desde diciembre de 1841 hasta su muerte. En 1852 salvó la vida a Don Bosco. Fue su brazo derecho en mil circunstancias; el primer Coadjutor «de hecho» y el testigo fiel de toda la epopeya de Don Bosco.

### **José Rossi**

Nacido el 22-4-1835, en Gambarana (Italia, Pavía), profesó en 1864 y murió en Turín el 28-10-1908.

Fue el hombre de confianza de Don Bosco, quien le nombró

Proveedor general de la Congregación y le confiaba gran parte de sus secretos. Durante el primer Capítulo General (1877) fue invitado por Don Bosco como consultor. Viajó mucho para poder atender al necesario mantenimiento de las casas salesianas. Se distinguió por su pobreza y su piedad.

### **Pedro Enría**

Nacido el 20-6-1841, en San Benigno Canavese (Turín), profesó en 1878 y murió en Turín el 21-6-1898.

Había perdido a sus padres por la epidemia del cólera de 1854 y fue acogido por Don Bosco en el Oratorio. Fue su enfermero por deseo del mismo Don Bosco, quien apreciaba su extrema delicadeza y su espíritu de sacrificio. Hacia Don Bosco nutría un afecto verdaderamente filial.

### **Andrés Pelazza**

Nacido el 15-10-1843, en Carmagnola (Turín), profesó en 1864 y murió en Turín el 23-9-1905.

Trabajó como ropero, fue un gran cantor en las funciones de iglesia, director de escena. Pasó a la tipografía y preparó la participación del Oratorio en la Exposición Nacional de 1884 en Turín, con pleno éxito.

### **José Dogllani**

Nacido el 13-5-1849, en Costiglione (Italia, Cúneo), profesó en 1870 y murió el 22-10-1934.

Brilló sobre todo en el campo de la música, como maestro de banda y de canto y como compositor. Tenía veintitrés años cuando sustituyó a Don Cagliero como músico en Valdocco. Con él, la polifonía sagrada hizo famosa la basílica de María Auxiliadora. En 1900 viajó a América (XXV aniversario de la llegada de los primeros misioneros) para participar como músico en los festejos.

### **Marcelo Rossi**

Nacido el 27-5-1847, en Rosignano (Italia, Alejandría), profesó en 1871 y murió el 27-3-1923.

Después de estar algún tiempo en la librería, Don Bosco le encargó «provisionalmente» de la portería. Fue el portero del Oratorio de Valdocco durante cuarenta y ocho años. Se distinguió por su bondad, su fidelidad y su prudencia. Murió con fama de santo.

### **Juan Garbellone**

Nacido el 20-11-1859, en Crots (Francia, Embrun), profesó en 1877 y murió el 6-5-1928.

Fue una de las figuras características del Oratorio de Valdocco, el animador simpático e inolvidable. Don Bosco le asignó papeles de gran confianza, como el cuidado de los almacenes y el envío de material a las misiones, cargo que desempeñó hasta 1920. Incomparable director de banda, entregado sin reserva a los muchachos, originalísimo, era de Don Bosco en cuerpo y alma.

### **Domingo Palestrino**

Nacido el 3-3-1851, en Cappuccini Vecchi (Italia, Novara), profesó en 1876 y murió en Turín el 1-11-1921.

En su pueblo había sido pescador; llegó al Oratorio y se dejó pescar por Don Bosco. Se le encargó de la basílica de María Auxiliadora y la enriqueció con mobiliario y ornamentos. Un día fue visto elevado en el aire, en actitud de adorar al Señor en la basílica de Turín. Don Bosco se servía de su intimidad con el Señor para conocer mejor Su Voluntad: «El Espíritu del Señor me habla por medio de Palestrino».

### **Alejo Murra**

Nacido el 30-10-1855, en Caselle (Turín), profesó en 1885 y murió en Turín el 10-1-1939.

Un veterano de la Casa Madre, acogido por Don Bosco y crecido en su espíritu con una religiosidad ejemplar. Campo predilecto de su acción fueron el Oratorio festivo, el cuidado de la iglesia de San Francisco de Sales y las compañías religiosas. Sus benjamines eran los muchachos más pobres del Oratorio.

### **Dionisio Angel Andini**

Nacido el 13-8-1862, en Carpanello di Carpiano (Milán), profesó en 1886 y murió en Turín el 12-11-1939.

Fue recibido por Don Bosco en el Oratorio de Turín y transcurrió toda su vida en él: modelo de piedad, de fidelidad religiosa, de trabajo y de apostolado entre los Coadjutores. Enseñó catecismo por más de cincuenta años en el Oratorio y atendió a las compañías religiosas de los externos y de los artesanos internos, suscitando numerosas vocaciones.

NOTA: Todos los datos de fechas y lugares han sido tomados del Archivo General de la Congregación Salesiana, de Roma.

## **1. JOSE BUZZETTI**

Era uno de los muchos jóvenes que se trasladaban a Turín para encontrar trabajo como peón de albañil. Había nacido en 1832, en Caronno Ghiringhello, de la Lombardía. Cuando llegó a Turín, contaba solamente nueve años. Le acompañaba un hermano mayor. Pudo colocarse y pasaba las horas cargando espuelas de ladrillos y cubos de cal.

Don Bosco le vio en la iglesia con su hermano Carlos, sentado en las gradas del comulgatorio: dormían durante el sermón. Era el mes de diciembre de 1841. No muchos días antes, Don Bosco había hecho amistad con el primer joven que la Santísima Virgen, el 8 de diciembre, le había puesto bajo sus cuidados, Bartolomé Garelli, principio de la obra salesiana.

Posiblemente, este muchacho fue quien condujo a los dos hermanos Buzzetti a Don Bosco, en la misma iglesia de San Francisco de Asís, para que le conocieran. Es, pues, una figura de los primeros orígenes.

El primer encuentro de Buzzetti con Don Bosco lo dejó entusiasmado; se dejó conquistar el corazón y cambió radicalmente la orientación de su vida. Carlos llegaría a ser empresario constructor de las Casas e iglesias de Don Bosco —incluso la basílica de María Auxiliadora de Turín—, mientras que José será el brazo derecho de Don Bosco —la mano laica— durante toda la vida.

Todos los días festivos corría a buscar a Don Bosco, como tantos otros, que constituían entonces el Oratorio ambulante. No disponían de sitio fijo y tenían que ir de un lugar a otro para los juegos, el catecismo y la santa misa.

Cuando, por fin, el Oratorio se estableció en Valdocco, Don Bosco planteó a José el problema vocacional: había visto en él cualidades para llegar a ser un buen sacerdote. A sus quince años, aceptó la propuesta y comenzó a estudiar latín «para ser un día, si el Señor lo quiere, sacerdote». Se trasladó a Valdocco y Don Bosco comenzó a darle clases elementales, para pasar luego a la lucha con el terrible latín. En 1851, con otros tres compañeros, recibió la sotana. Fue una gran fiesta en el Oratorio, con flores blancas... de nieve; los chicos del Oratorio miraban sorprendidos la transformación de aquellos cuatro que habían entrado en la iglesia vestidos como ellos y salían convertidos, por las manos de Don Bosco, en clérigos ensoñados.

Más tarde, sucedió algo muy triste. Una noche, en el mes de marzo de 1852, Don Bosco se retrasó en su regreso a Valdocco. Buzzetti, que ya contaba veinte años, sabiendo que había canallas pagados para atentar contra la vida de Don Bosco, salió en su busca por las calles oscuras de la periferia. Fue una providencia; acababa de encontrarle, cuando un mala facha apareció de improviso, apuntó la pistola sobre Don Bosco y disparó. Buzzetti se puso delante de Don Bosco para protegerlo y se sintió herido en la mano izquierda; saltó sobre el malvado, pero éste logró desaparecer en la oscuridad.

Al volver a casa, descubrió la desagradable sorpresa: el proyectil que había herido a Buzzetti le había cortado casi por completo la falange de un dedo. Mamá Margarita se apresuró a curar la herida, pero al día siguiente Buzzetti tuvo que ir al hospital. Se sentía orgulloso de haber salvado la vida de Don Bosco, pero aquella mutilación, en aquellos tiempos, era suficiente para cerrarle el paso al sacerdocio.

Momentos difíciles y delicados para Buzzetti: tuvo que quitarse la sotana, pero permaneció en el Oratorio con Don Bosco. Con el pasar de los años, otros compañeros suyos, más jóvenes, iban ocupando puestos de responsabilidad; en cierto modo, le adelantaban, se convertían en superiores suyos. Y él se sentía a disgusto. Sus hermanos, emigrados a Turín, disfrutaban ya de una buena posición

económica en el campo de la construcción y le animaban a unirse a ellos, asegurándole un futuro tranquilo. Cansado, se presentó un día a Don Bosco para despedirse de él. Y el Santo le dijo con su característica bondad: «Acuérdate que el Oratorio es siempre tu casa y que Don Bosco siempre será tu amigo. Cuando te canses de vivir fuera, puedes volver, que siempre serás bien recibido». Buzzetti bajó la cabeza, estuvo un rato pensándolo y acabó por decir: «No quiero dejar a Don Bosco. Quiero estar siempre con él». Y ya no se separó nunca de Don Bosco.

Todo su afán fue hacerse lo más útil posible. Encontraba tiempo para todo, no decía nunca «basta». Los sacrificios no le asustaban; sólo quería que Don Bosco estuviese contento. Cuando el buen Padre no sabía a quién encargar una incumbencia, decía: «Llámame a Buzzetti»; y Buzzetti venía con sus espaldas anchas, su espesa barba roja, sonriente y dispuesto a resolver lo que indicaba Don Bosco. Con su talento musical, dirigió la coral de los muchachos hasta que el joven Cagliari estuvo en grado de sustituirle; pero, cuando Don Bosco llevaba a sus jóvenes de paseo por el Monferrato, en aquellas famosas giras de otoño, era Buzzetti quien marcaba el paso de marcha con las trompetas y tambores de su ruidosa banda que atraía las simpatías de pueblos y aldeas.

Tenía dotes de gran organizador y llegó a ser el cerebro de las loterías que todos los años organizaba Don Bosco con el fin de recaudar los fondos necesarios para tirar adelante con el Oratorio. En 1884, se había iniciado una lotería en Roma para subvencionar la construcción del templo del Sagrado Corazón; pero, por falta de experiencia en quienes la dirigían, estaba medio muerta. Don Bosco mandó a Buzzetti a la Ciudad Eterna: «Sólo tú eres capaz», le dijo; y resultó verdad. Puso manos a la obra y la coronó con el éxito.

Asimiló bien el lema de Don Bosco: «Trabajo, trabajo, trabajo».

Asistía a los muchachos, les daba catecismo, buscaba en la ciudad encargos para los talleres de Valdocco, aparte de otras incumbencias que Don Bosco le encomendaba. Cuando fundó las «Lecturas Católicas», en 1852, necesitaba un administrador enérgico y perspicaz: lo encontró en Buzzetti.

Y, sin embargo, todavía no podía llamarse Salesiano Coadjutor. Es verdad que vivía en el Oratorio y que es-

taba por completo a la disposición de Don Bosco, realizando trabajos en pro de la Casa y del mismo Don Bosco, a quien defendió varias veces más de las amenazas de gente perversa que atentaba contra su vida. Es verdad que habría dado su vida por Don Bosco, a quien amaba con increíble cariño, al igual que la obra educativa que estaba llevando a cabo. Pero... no se consideraba digno de ser salesiano. Así son las cosas.

Hasta 1877 no se sintió con ánimos para entrar en la Sociedad Salesiana con la profesión religiosa. Don Bosco, que le conocía a fondo, evitaba forzarle a dar ese paso; prefería esperar su decisión libre. Un día le manifestó el temor de que no estarían juntos en el paraíso. «¿Por qué?, preguntó Buzzetti casi aterrorizado.» «Porque yo estaré en medio de mis salesianos y tendré que ver de lejos a los que no lo fueron». Semejante conversación, suficiente para la teología sencilla de Buzzetti, le llegó tan adentro que en seguida se decidió y presentó la petición de ser admitido en la Sociedad Salesiana, a la que pertenecía ya en espíritu aunque no con el nombre. El mismo Don Bosco propuso la cosa al Capítulo Superior y fue aceptado unánimemente ¡el más antiguo frecuentador del Oratorio! Nada tuvo que cambiar en su vida: desde hacía casi cuarenta años, el Oratorio era su mundo, la vida del Oratorio era su vida, y la Congregación Salesiana era su ideal aquí abajo.

Después de la muerte de Don Bosco, vivió aún tres años y medio; pero se podía decir que su misión en esta tierra ya había concluido. Había ayudado toda la vida a Don Bosco, por él se había expuesto a mil peligros, le había salvado, había abrazado su causa en las circunstancias más difíciles. Ahora... faltaba Don Bosco: su misión estaba cumplida. Aquellos tres años y medio fueron para él la preparación próxima a la muerte.

Sus achaques se iban haciendo cada vez mayores y aceptó ser trasladado a Lanzo. En esta Casa pasaba los días en la oración. Una tranquilidad perfecta reinaba en su espíritu, una calma inalterable le acompañó en el lecho del dolor hasta que entregó su alma a Dios, el 13 de julio de 1892. Tenía sesenta años. ¿Para qué iba el Señor a retardar su muerte? Don Bosco, al hacerle Coadjutor, le había asegurado un puesto en el Paraíso junto a sí; y él se apresuró a alcanzarlo.

## 2. JOSE ROSSI

Siempre será encantador el recordar lo que nuestros antepasados amaron el Oratorio, aunque entonces no disfrutaban de las comodidades actuales; sufrían, en cambio, mil privaciones y estrecheces no pequeñas. Ahí está, por ejemplo, el Coadjutor José Rossi, quien, teniendo que hacer frecuentes viajes por el bien de la Casa y de la Congregación, sólo se lamentaba de una cosa: de verse obligado a permanecer demasiado tiempo lejos del Oratorio.

Como tantos otros, fue digno compañero de Buzzetti en su amor por Don Bosco; y esto explica muchas cosas.

La lectura del «Joven Cristiano» le había movido a acercarse al autor, el 20 de octubre de 1859, cuando ya contaba veinticuatro años. Dejó escrito: «Cuando me encontré por primera vez en la presencia de Don Bosco, viendo su benevolencia de padre, la afabilidad con que me acogió, quedé grandemente edificado y recibí una profunda impresión cordial y un sentimiento de afecto filial hacia él».

Hacía poco que se había constituido el Capítulo Superior de la Sociedad Salesiana, y sus miembros celebraron su primera reunión para examinar la petición del primer joven deseoso de incorporarse a ella. Leemos en el Acta de aquel día, 2 de febrero de 1860: «El Capítulo de la Sociedad de San Francisco de Sales... se reunió en la habitación del Rector para tratar de la admisión del joven José Rossi, de Mezzanabigli (Pavía). Después de una breve oración, con la invocación al Espíritu Santo, el Rector pidió la votación. Acabada ésta y hecho el escrutinio, resultó que dicho joven fue aprobado por unanimidad. Por lo cual fue admitido a la práctica de las Reglas de dicha Sociedad».

Esta era la fórmula con la que se indicaba la admisión de un postulante a la prueba del noviciado. Para Rossi la prueba resultó ciertamente buena, ya que el 19 de septiembre de 1864 hizo su profesión trienal, seguida de la perpetua el 25 de septiembre de 1868. Con ella se unía definitivamente a la familia de Don Bosco.

Don Bosco le había ido introduciendo poco a poco en el conocimiento de las cosas materiales de la Casa y adiestrándole gradualmente en la práctica de los asuntos. Le destinó primero a la ropería del Oratorio, ocupación no tan simple como pudiera parecer a primera vista. Le correspondía también la limpieza y el orden de la habitación de Don Bosco, cosa que hacía con singular esmero. Más

tarde, cuando Don Bosco vio la conveniencia de confiar a laicos internos la asistencia de los talleres, le encomendó uno. Rossi se aplicó con toda su buena voluntad, procurando que los jóvenes no sólo aprendiesen bien el oficio, sino crecieran como buenos cristianos.

Al mismo tiempo, le encargaba, de vez en cuando, de despachar pequeños asuntos en la ciudad. Una vez que descubrió en él cualidades de administrador, apuntó a formarle como su hombre de confianza y abastecedor general, cosa imprescindible dadas las proporciones que iba tomando cada día la obra del Oratorio.

Llegó el momento oportuno de investirle del cargo en 1869, cuando Rossi tocaba ya los treinta y cinco años de edad. El Santo había montado un almacén de todo género de material para los talleres del Oratorio y de las Casas que iba abriendo cada año. Hacía falta una persona capaz de dirigirlo y mantenerlo abastecido. Rossi le pareció el hombre adecuado y se lo encargó a él. De esta manera, se ampliaba su esfera de acción; y, mientras se lo permitieron sus fuerzas, puso en juego, con inteligencia y buena voluntad, todo el celo de un hijo dócil en secundar los proyectos del padre. Y el padre multiplicaba sus pruebas de confianza, alentándole y dándole carta blanca para tratar en su nombre negocios de importancia.

¿Quién podría hoy enumerar y describir los viajes que tuvo que emprender por Italia y otros países? Le obligaban a ello, las más de las veces, problemas de naturaleza reservada que se decidían entre él y Don Bosco o Don Rúa, y de las que los hermanos poco o nada podían conocer... La historia guarda este secreto acerca del contenido de muchas de tales cuestiones, pero conoce el modo como Rossi se conducía durante esos viajes.

Sobresalen dos cosas que han llegado a saberse. En primer lugar, su escrupulosa observancia de la pobreza religiosa. Quien pudo ser testigo afirmaba que él se había fijado como criterio no concederse nada que no hubiera tenido en el Oratorio. En segundo lugar, nunca descuidaba sus prácticas de piedad. Una vez, un Superior del Capítulo quedó edificado al observar que, habiendo llegado al Oratorio ya muy tarde, se dirigió sin más a la iglesia para recibir la comunión y, luego, tras haber tomado una taza de café, volvió para hacer la meditación.

Don Bosco solía usar con los suyos modales de familia, más que de autoridad. A Rossi le llamaba algunas veces,

entre serio y broma, «Conde»; y la compostura de su persona justificaba el título. Procuraba dárselo cuando tenía que liberarse de las personas si tenía prisa, en medio de la muchedumbre, o cuando comprendía que tenía que ahuyentar de Rossi alguna nube de tristeza o de malhumor. Un día, pasando junto a él y viéndole algo sombrío, dijo a los señores que le rodeaban: «Les presento al Conde Rossi, el gran amigo de Don Bosco». Y él: «¡Qué ganas de broma tiene Don Bosco!». Pero Don Bosco seguía: «¿Ganas de broma? ¿No es verdad que te agrada más que yo te haya llamado así que si te hubiera dado un coscorrón?». Oportunamente, en el momento y el lugar justos, sabía recurrir a ciertos detalles de atención que ensanchaban el corazón de sus súbditos. Durante el primer Capítulo General, celebrado en Lanzo en 1877, cuando se trató el tema de la economía, llamó a Rossi para que fuese de Turín y asistiese a la sesión como consultor. Lo mismo hizo en el cuarto Capítulo, de 1886, en Valsalice: le quiso presente cuando se discutía la organización de las Escuelas Profesionales, que iban aumentando.

Rossi, a pesar de esta situación, que podría decirse privilegiada, no se arrogaba nunca exención alguna en materia de obediencia. También él habrá tenido, como todos los mortales, sus momentos de debilidad; pero es cosa suficientemente atestiguada que él practicaba la obediencia de manera ejemplar. Fruto de esta costumbre era el que, ya anciano, se mantenía tan sumiso que dejaba confuso al Superior cuando se le presentaba con toda humildad para pedirle algún permiso.

En los «sueños» de Don Bosco, Rossi aparece fugazmente alguna vez; pero, en el último sueño misionero, se nos presenta con mayor relieve. Lo tuvo Don Bosco en Barcelona, en la noche del 10 de abril de 1886. En una especie de preámbulo, se le presentan a un lado Rossi y al otro Don Miguel Rúa. El primero estaba tan serio que, llamado, respondió con una simple mirada, como quien se encuentra dominado por graves pensamientos. También Don Miguel Rúa, sumamente preocupado, estaba sentado aparte como descansando. Don Bosco los llamó a los dos. Pero ellos, siguiendo en su silencio, no daban señales de oír.

Don Juan Bta. Lemoyne mandó una copia del sueño a Don Juan Cagliero, que se encontraba en la Patagonia (Argentina), y queriendo descubrir qué podrían representar

Don Miguel Rúa, Vicario de Don Bosco, y Rossi, proveedor general, interpretaba así: «Don Miguel Rúa es la parte espiritual y muestra preocupación; Rossi es la parte material, que también anda enredada».

Sea como sea, resulta evidente que los dos trabajaron estrechamente unidos para ayudar a Don Bosco, cada uno en su parcela, de modo que la Congregación fuese adelante. Don Miguel Rúa era el Superior inmediato de Rossi, le daba instrucciones sobre cómo debía ejecutar las órdenes de Don Bosco. Al morir el Fundador, Rossi, durante los veinte años que todavía vivió, puso su plena confianza y su entrega en las manos del sucesor de Don Bosco, Don Miguel Rúa, y gozó igualmente de su absoluta intimidad. Don Miguel Rúa no dejó de encomendarle asuntos delicados de orden material mientras pudo contar con sus buenas condiciones físicas.

Los años y los achaques comenzaron a mermar sus fuerzas en 1905, disminuyéndole gradualmente la actividad. Cuando se vio incapaz y obligado al descanso, vivía como fijado en el recuerdo de Don Bosco, cuya figura le brillaba gigantesca en su mente, de modo que, al igual que Buzzetti, testigo de tantas maravillas obradas por el Santo, no sabía mantener una conversación sin que brotase de sus labios algún hecho o dicho de él. De los dos se sirvió Don Juan Bta. Lemoyne para recoger mil detalles que se habrían perdido y que luego utilizó en la redacción de las Memorias biográficas de Don Bosco.

Reducido casi a la impotencia, transcurría sus días en la oración; era raro entrar en el santuario de María Auxiliadora y no encontrarle allí, recogido o meditando.

La muerte le llegó de manera fulminante. Tuvo un ataque apoplético, conservó el conocimiento suficiente para recibir con gran piedad y conmoción los últimos sacramentos de manos de Don Miguel Rúa y, poco después de la medianoche del 28 de octubre de 1908, entregaba su alma al Señor. Había tenido la dicha de gozar de la estima y de la confianza de dos santos; pero se lo había merecido, como el mismo Buzzetti, con la fidelidad, el desinterés y el espíritu de sacrificio, dejando tras de sí a los hermanos jóvenes, el ejemplo luminoso de una perseverancia a toda prueba.

### 3. PEDRO ENRIA

Había nacido en San Benigno Canavese en 1841 y se había trasladado con su familia a Turín, donde conoció a Don Bosco en el mes de septiembre de 1854, el año terrible del cólera.

El muchachito de trece años se encontraba con otros compañeros, huérfanos como él a causa de la peste, recogidos en el convento de Santo Domingo, por iniciativa del Ayuntamiento. A Don Bosco se le pidió que atendiese en la medida posible, sobre todo bajo los aspectos intelectual y moral, a aquellos pobres chicos abandonados; y él aceptó con su corazón de padre. La primera vez que acudió allá para estudiar la situación, se vio en seguida rodeado de todos los niños. Enria, que se encontraba entre ellos, lo describió así: «Eramos un centenar. Yo nunca le había visto. Su cara sonriente y llena de bondad nos movía a quererle aún antes de que habláramos con él. Sonrió a todos y nos fue preguntando el nombre y el apellido, y si habíamos recibido la primera comunión. Todos respondíamos con entera confianza. Pasó junto a mí y yo sentí que me latía el corazón más deprisa, no por miedo, sino por el afecto que ya sentía hacia él. Me preguntó mi nombre y apellido y luego me dijo: “¿Quieres venir conmigo? Seremos siempre buenos amigos, hasta que nos vayamos al Paraíso. ¿Contento?”. Y yo le contesté: “¡Claro!, sí señor”. El añadió: “Este que está a tu lado, ¿es hermano tuyo?”. “Sí, señor”. “Bien; que venga también él”. Pocos días después nos trasladaron a los dos al Oratorio. Yo entonces tenía trece años, mi hermano once. Mi madre había muerto de cólera y mi padre se encontraba ya grave por la misma causa».

En el Oratorio se sufrían muchas incomodidades, porque Don Bosco aceptaba nuevos muchachos sin parar, no obstante las indicaciones de su madre. A Pedro le tocó dormir algunas noches encima de un montón de hojas cubierto con una manta.

Don Bosco siempre le quiso mucho y él supo corresponder toda la vida con afecto filial. Este es el motivo por el que, aunque no dispongamos de muchas noticias suyas, es interesante recordarle aquí. Le colocó, tres años, al lado de un maestro herrero, óptimo cristiano, para que aprendiese el oficio. Probablemente proyectaba la preparación de un buen maestro en el arte del hierro, a la espera

de establecer un día el taller de mecánica en la Casa. Pero luego cambió de parecer y le ocupó como ayudante del encargado general de compras, que era José Rossi. De todos modos, lo que Enria aprendió le sirvió siempre en el Oratorio.

Por lo demás, sabía un poco de todo. Era uno de esos Coadjutores, cuya imagen no se ha perdido y que en las Casas son una verdadera providencia, pues siempre están dispuestos a resolver cualquier necesidad. Enria se movía entre mil cosas diversas. Era maestro de música y de teatro, cocinero, pintor; en una palabra, un auténtico «factotum». Fue uno de los doce que formaron la primera banda instrumental en el Oratorio. Pintaba telones para el escenario y rotuló las inscripciones que Don Bosco quiso tener escritas en los pórticos del Oratorio. En el teatro sobresalía como cantor. En los paseos de otoño por el Monferrato, preparaba las funciones de teatro e improvisaba los escenarios en las plazas o en las calles de los pueblos. Sin duda, su mejor cualidad era la asistencia a los enfermos; experto, pacientísimo y jovial, era el preferido por los enfermos.

Con el pasar del tiempo, Enria tuvo también su período de crisis, como Buzzetti. Nos lo contó él mismo. Un día, al pasar Don Bosco a su lado, le dijo: «Mi querido Enria, no estoy contento de ti. Me llegan muchas quejas». Como no era la primera vez que Don Bosco le hablaba de aquella manera, Enria le contestó: «¿Sabe que ya me estoy cansando de que me riña? ¡Ojalá no hubiera aprendido tantos oficios!». Don Bosco se limitó a decirle: «Pues aprende a olvidarlos». Y se alejó.

Aquel año, Don Bosco se tuvo que ausentar durante un mes. A su regreso, todos los muchachos corrieron a la portería para darle la bienvenida; también Enria. Don Bosco iba sonriendo a todos, diciéndoles una palabra amiga a cada uno. Enria, cuando le llegó el turno, le cogió la mano para besársela y notó que Don Bosco se volvió hacia otro preguntándole cómo estaba. Enria se sintió herido; se fue a su cuarto y pasó todo el día llorando.

Llegó el tiempo del paseo otoñal a I Becchi, el caserío de Don Bosco. Buzzetti presentó al Padre la lista de los músicos que irían. Al leer el nombre de Enria, lo tachó con una raya. Todos se marcharon, pero él se quedó en Casa. Pocos días más tarde, recibió una carta desde Castelnuovo, escrita por un compañero y dictada por Don Bosco.

Le decía: «Querido Enria, acuérdate de no responder nunca con insolencia a tus superiores. Don Bosco es siempre tu buen amigo. Puedes estar seguro de que te quiero y te encomiendo todos los días en la santa misa».

Esta carta fue un bálsamo para su corazón acongojado. Pero el pobrecillo cayó enfermo. Apenas llegó Don Bosco fue a verle, le confesó y le dio la bendición de María Auxiliadora, dejándole consolado. Desde entonces nunca más volvió a hablarle de su falta.

Aunque se sentía todo de Don Bosco y del Oratorio, esperó hasta la fiesta de la Inmaculada de 1878 para emitir sus votos religiosos. No fue el único caso. Se podría decir que, como sucedía en los primeros siglos del cristianismo cuando muchos permanecían catecúmenos y no se bautizaban hasta la edad madura, igualmente algunos Coadjutores preferían seguir como aspirantes durante muchos años. No es de extrañar: eran los años de la clarificación de la Congregación y de la idea genial de Don Bosco sobre los SC: no todos entendían fácilmente este asunto. En aquellos tiempos se vivía con Don Bosco, felices de estar y trabajar con él; y muchos no entendían en qué se podía diferenciar aquella vida de las exigencias de la vida religiosa. Don Bosco no forzaba a ninguno a tomar una decisión que tenía que ser completamente espontánea. Por lo demás, los Coadjutores del tipo de Buzzetti y Enria, con o sin votos, eran considerados y se consideraban ellos mismos como Coadjutores auténticos y en sentido propio, aunque sólo de hecho.

Enria tuvo una ocasión extraordinaria de demostrarlo en 1871. En diciembre cayó gravemente enfermo Don Bosco, en Varazze. Previendo que la cosa iba para largo y que los hermanos de Varazze, cargados de ocupaciones, no hubieran podido atenderle sino a costa de enormes sacrificios, hizo que telegrafiaran a Don Miguel Rúa para que hiciese ir allá a Enria. En el proceso de beatificación de Don Bosco, el buen Coadjutor se refirió a este momento diciendo: «Yo partí en seguida, dando gracias a Dios de haber escuchado mi deseo, manifestado años y años antes, de poder asistir a Don Bosco en sus enfermedades, dispuesto a dar mi vida para que él reconquistase la salud». Hablaba así porque había tenido ocasión de conocer los muchos males, generalmente ignorados, que padecía Don Bosco.

Apenas llegó a Varazze, voló junto al lecho del enfermo,

que le acogió con inmenso gozo. Pero, ¡cuál no fue su dolor al verlo bastante más grave de lo que se había imaginado! Se repartieron la asistencia él y el clérigo Guida-zio, robusto y ya adulto, que en los días anteriores había estado velando a Don Bosco por las noches, mientras que de día tenía que dedicarse a la escuela. Enria escogió para sí las horas del día hasta las dos de la noche; y el clérigo le sustituía hasta las seis de la mañana. Así, durante dos meses.

Enria enviaba con frecuencia cartas a Buzzetti, dándole noticias detalladas, que se recibían con ansia en el Oratorio. En el proceso afirmó: «A veces, teniéndole que hacer algunos servicios repugnantes. Mira, Enria —le decía— a qué estado he quedado reducido; hazlo por amor de Dios. Y él: Pero ¿qué dice, Don Bosco? Si no es nada lo que yo hago para poder pagarle todo el bien que me ha hecho. ¡Cuántos de mis compañeros se considerarían felices si pudieran estar en mi lugar!».

En la noche de Navidad, mientras los demás estaban en la función de iglesia, Enria escribió a Buzzetti y a todos los «amigos, hermanos e hijos de Don Bosco», páginas llenas de ternura, en las que desahogaba todo su gran deseo de estar con ellos para recibir al Niño Jesús, y terminaba diciendo que rezasen con fervor para que el Señor los hiciera felices devolviéndoles la salud del buen Padre. Al terminar el año, las alegrías fueron sustituyendo a los temores. El 9 de enero escribía a Buzzetti: «No es preciso que te explique el afecto que siente mi pobre corazón al rezar junto al lecho de nuestro amadísimo Padre. ¡Ah, querido José! Cuando se ama a un Padre tan bueno como Don Bosco, no se pueden contener las lágrimas viéndole tanto tiempo enfermo. Es verdad que comienza a mejorar, pero va tan despacio...».

La lenta, pero progresiva, mejoría le permitió levantarse el día 14 algún rato. Y Enria escribe a Buzzetti: «¡Qué alegría, qué consuelo! ¡Don Bosco se encuentra mucho mejor!». Las noticias se fueron haciendo cada vez más tranquilizadoras. El día 30, Don Bosco partió para Alassio. Desde Savona «permaneció con el solo y afortunado Enria». El 15 de febrero, por la mañana, llegaba al Oratorio en medio de un indescriptible júbilo general.

Pasó directamente a la iglesia para dar gracias a la Santísima Virgen, seguido de todos. Luego, cuando estaba en el comedor, Enria permanecía arrodillado en el presbi-

terio; parecía extasiado. Buzzetti corrió a buscarle, le tomó por un brazo y le acompañó hasta Don Bosco, quien, al verlo con los ojos llorosos, le preguntó: «¿Por qué lloras? ¿No te sientes contento?». Contestó: «¡Demasiado contento!». Y no pudo frenar el llanto, al tiempo que los ojos de Don Bosco se inundaban de lágrimas. Pasada la primera emoción, Enria se abandonó, como todos los de la Casa, a la alegría.

Algunos días después, se reincorporó a sus ocupaciones ordinarias. Se alejó del Oratorio otras tres veces. En mayo de 1872 se festejaba en Mondoví el tercer centenario de la muerte de San Pío V, que había sido Obispo de aquella ciudad. Por invitación, acudieron los músicos y cantores del Oratorio, en número de cien, y con ellos el famoso Gastini y Enria. Los dos promovieron un escándalo. La comitiva se hospedaba en el seminario. Una noche, durante el recreo, Gastini apareció disfrazado de manera irreconocible y se puso a cantar una escena de «Crispín y la Comadre». Los nuestros entonces le reconocieron y se reían a carcajadas. No así los Superiores, que estaban al completo. Creyeron que se trataba de un loco y estuvieron a punto de llamar a los empleados para echarlo fuera. Pero Enria, con voz de falsete, escondido entre los jóvenes, comenzó a hacer el papel de la comadre. ¡Imaginarse los Superiores, que creían que andaba por allí una mujer! El equívoco se aclaró y todo terminó en paz y alegría.

Aquel mismo año, en el mes de julio, Don Bosco no se encontraba todavía bien del todo y se fue con Enria a pasar unos días al colegio de Alassio. Presentía que podría tener necesidad de su fiel enfermero. Varias noches, en efecto, se quedó a asistirle.

Finalmente, en octubre de 1873 estuvo fuera dos meses. Uno de los estudiantes, muy querido de todos, por sus buenas dotes, soprano de voz angelical, cayó gravemente enfermo. Don Bosco le mandó a Nizza Monferrato, a la villa de la Condesa Corsi en Balbo, acompañado de Enria, con la orden de asistirlo hasta la curación completa. Se conservan algunas cartas de aquella temporada, dirigidas a Enria desde el Oratorio. Una es de Don José Lazzerio, que estaba con los artesanos, cantor a su vez, y le daba noticias de la fiesta de Santa Cecilia: «Faltaba Enria, quien, sin cumplidos, es el alma de la brigada en tales circunstancias. Tus alumnos músicos te esperan impacientes». De nuevo tuvo que asistir a Don Bosco, enfermo durante el

mes de abril de 1878 a su regreso de Francia, en Alassio. Escribía Enria a Buzzetti: «Tengo la gran suerte de poder servirle de nuevo, como ya lo hice en Varazze en 1871. Y con qué alegría se sirve a este amoroso Padre, que se hace querer tanto que uno daría la propia vida a cambio de la suya».

Gracias a Dios, Don Bosco sanó y alegraba a la comunidad el día de Pascua con un nuevo «alleluia».

En el otoño de aquel mismo año, se abrió la Casa de Este; y Don Bosco mandó a Enria como personal. Ocho años trabajó allí como encargado de compras y maestro de música, hasta que Don Bosco sintió nuevamente necesidad de Enria, en otra enfermedad que presagiaba la cercana muerte. Por consejo de los médicos, en el verano de 1887, pocos meses antes de morir, se trasladó a Lanzo y quiso a Enria a su lado. Este le acompañaba, sentado él Santo en una silla de ruedas, por el prado del colegio, en conversaciones confidenciales con él.

Y llegó la última enfermedad de Don Bosco, que sirvió para que Enria manifestase una vez más su inmenso amor a Don Bosco. Este se metió en cama el 20 de octubre. Enria velaba día y noche, atento al más pequeño movimiento de Don Bosco o a la menor indicación.

«¡Pobre Enria, ten paciencia... te tocará pasar muchas noches...!», le dijo Don Bosco. El contestó que estaría dispuesto a dar su vida a cambio de su curación, como tantos otros compañeros de Valdocco. Al acercarse la muerte, el buen Padre, en la noche del 30 de enero de 1888, volvió la cabeza hacia él, balbuciendo con dificultad: «Di... pero... pero... te saludo». Era el último saludo de despedida a su hijo querido, el cual, no pudiendo contener la emoción, apoyó la cabeza sobre su brazo y se deshizo en lágrimas secretas. La muerte del Padre le dejó abatido: terminó para él la jovialidad y un velo de tristeza ya nunca se retiró de su rostro. Attendía a sus deberes, pero con señales de luto.

Vivió diez años después de la muerte de Don Bosco. Su mayor consuelo consistía en pasarse horas en el santuario de María Auxiliadora y llegarse hasta Valsalice para rezar ante la tumba de Don Bosco. Enfermó en 1897, con un mal que le clavó diez meses en la cama, con grandes dolores y espasmos. El vivo recuerdo de la paciencia de Don Bosco le infundía ánimos, tranquilidad y resignación. Conocía bien su lema: «Hacer, sufrir, callar». Así lo había

referido él en el proceso de Don Bosco: «Durante la enfermedad, como no podía hacer, sufría y callaba». Murió el 21 de junio de 1897, con cincuenta y siete años de edad.

Pedro Enria pasa a la historia de la Congregación como uno de los Coadjutores que más han querido a Don Bosco.

#### 4. ANDRES PELAZZA

Nos encontramos ante uno de los más significativos Coadjutores formados por Don Bosco, por Don Bosco en persona. Su entrada en la Congregación data de los primeros tiempos. En las Actas del Capítulo Superior se lee que el 8 de mayo de 1863, Andrés Pelazza fue admitido a la Congregación con otros cuatro compañeros.

Había nacido en Carmagnola y tenía veinte años cuando profesó. Había conocido a Don Bosco frecuentando el Oratorio festivo de Valdocco, donde poco a poco fue sintiendo crecer en sí el deseo de una vida más perfecta. Por fin, se decidió a quedarse con Don Bosco para siempre, hasta la muerte.

En enero de 1862, Don Bosco había distribuido a cada uno de los moradores de Valdocco un «aguinaldo» que, aseguraba, provenía de la Virgen. Se trataba de una cantidad de papelitos escritos, con el nombre de cada destinatario y con un consejo o una exhortación. «Hace muchos años que vengo pidiendo a la Santísima Virgen esta gracia, y, por fin, la he alcanzado», había dicho Don Bosco en unas «buenas noches». Y añadía: «Os ruego que nadie me pregunte cómo ha sido la cosa, porque me pondría en un serio aprieto». Los muchachos acudieron con ansia a la puerta de su habitación para recibir el propio aguinaldo. Pelazza, que ya vivía en el Oratorio, recibió su billete, donde se leía: «Búscate un buen amigo y, cuando lo hayas encontrado, escúchalo en todo lo que te dice». No es demasiado suponer que Don Bosco le explicara que tal amigo debía ser un confesor estable.

El santo educador, como era costumbre en él, estudiaba al recién llegado, poniéndole en cargos y encomendándole tareas de las que pudiera deducir las disposiciones de ánimo y sus aptitudes. Con este fin, colocó a Pelazza, primero, como ropero, igual que había hecho con José Rossi, y vio que era un muchacho diligente y trabajador. Vio que tenía buena voz y buen oído musical y le

hizo aprender música. Así llegó Pelazza a ser uno de los cantores salesianos que daban solemnidad en las funciones de iglesia y alegraban las diversiones de la Casa. Se hizo famoso, hasta el punto de que le ofrecieran contratos para compañías de teatro, asegurándole un brillante porvenir. El respondió siempre y sin ambages que se encontraba muy bien donde estaba y que no cambiaría su condición por todo el oro del mundo.

Al marcharse del Oratorio el caballero Oreglia di Santo Stefano, en 1869, Don Bosco propuso a Pelazza —ya en 1870— que le sucediera en la tipografía. El manifestó sus temores de no servir para tanto; pero, puesto a la prueba, las cosas funcionaron tan bien que se mantuvo al frente de ella durante treinta y cinco años seguidos. Fue, pues, testigo y actor de la ampliación y del perfeccionamiento de aquella escuela tipográfica, con su inteligencia y docilidad a los grandes ideales de Don Bosco en un ramo de actividad que el Santo amaba con predilección. No reducía su papel a formar técnicamente a sus alumnos, sino que se preocupaba de la formación cristiana, los seguía paternalmente incluso cuando ya habían salido del Oratorio hasta que se aseguraban un porvenir.

Don Bosco solía aprovechar las salidas de casa, cuando iba a visitar a algún bienhechor o a resolver algún asunto, para charlar con los hermanos; se hacía acompañar y, durante el camino, hablaban. A Pelazza le llamaba con frecuencia y, en aquellos coloquios peripatéticos, el hijo informaba al padre sobre la marcha de la tipografía y el padre le daba las oportunas sugerencias sobre el modo de conducirse en todo.

Esto contribuyó no poco a hacer de Pelazza un hombre distinguido. Su carácter delicado no le permitía descender a correcciones que no cupieran dentro de los límites de la bondad propia del sistema preventivo de Don Bosco. Corregía con serenidad y paciencia. Incluso con los clientes, a quienes a veces no lograba satisfacer en sus prisas, se esforzaba por razonarles y hacerles comprender las situaciones. Nunca respondió a insistencias fuera de tono, sino con modales dignos y correctos.

En una ocasión, no pudo contentar a Don Julio Barberis, primer maestro de novicios y compañero suyo, que tenía en prensa su Historia Antigua. Después de repetidas observaciones, terminaba él: «Ten, pues, paciencia; y con-

sidera justo el retraso, razonable por parte nuestra, pensando que todos estamos unidos para llevar adelante las cosas con el mismo espíritu a mayor gloria de Dios».

Sus cartas de negocios son verdaderamente dignas de un religioso. Se carteaba con autores, editores, proveedores, gente muchas veces nada fácil de contentar. Siempre exponía con claridad su pensamiento y en términos llenos de cortesía. En cierta ocasión, un célebre profesor de universidad que imprimía sus publicaciones en la tipografía salesiana, molesto por una nonada en su amor propio, escribió a Don Bosco algunas cartas violentas contra el pobre Pelazza. Este no se dio por ofendido, sino que, aconsejado por Don Bosco, se humilló, mandándole una carta de excusa. Poco a poco fue pasando la borrasca y volvió la serenidad. Si hubiera procedido diversamente, la Casa habría tenido un enemigo irreconciliable.

En el modo de llevar los registros era irreprochable. La empresa se había complicado bastante, sobre todo cuando tuvo que interesarse también por las dos nuevas tipografías de Sampierdarena y de San Benigno Canavese, que estaban consideradas como filiales de la salesiana de Turín. Manejaba el dinero con escrupulosidad, como quien, por haber hecho voto de pobreza, sabe que no dispone de cosa propia; por eso cuidaba atentamente la economía y no hacía gastos fuertes sin consultar a los Superiores y a ellos rendía cuentas de todo. De este modo, y aprendiendo de sus humanos errores, y gracias a su talento y experiencia, hizo que la tipografía salesiana de Turín —La Salesiana, como la llamaban en el mundo librero— no tuviera nada que envidiar a las mejores casas editoras de la ciudad.

A los fastidios tipográficos se añadieron en 1878 los de una fábrica de papel. Don Bosco la había comprado el año anterior en Mathi Torinese. Era una empresa difícil; pero él la consideraba necesaria para independizarse en el suministro del papel que requerían sus tipografías. Colocó allí un pequeño grupo de Coadjutores, para velar por el trabajo de los obreros, y un sacerdote que cuidase la vida moral y religiosa de unos y otros. Tras haber escogido a uno de confianza como jefe técnico, nombró director a Pelazza, el cual, residiendo en Turín debía tener los pies en dos estribos, por así decir, y él no ahorró esfuerzos y sacrificios con tal de lograr lo que Don Bosco pretendía. Su actividad no era vista por todos, pero se percibían los efectos. Recordemos dos de mayor importancia. El pri-

mero fue la muestra presentada en la Exposición Nacional de 1884 en Turín. En aquella grandiosa exposición, la curiosidad del público se centraba sobre todo en la galería de Don Bosco. Los visitantes asistían a todo el proceso, partiendo de trapos hasta llegar al libro terminado: fabricación del papel, composición, impresión, encuadernación. A Pelazza le tocó dirigir la operación preparatoria, poner en orden el material, asegurar el buen funcionamiento de las máquinas, escoger los alumnos artesanos y estar sobre ellos para que todo resultase sin fallos y cuidar mil otros detalles. Colaboraban con él, es verdad, otros Coadjutores, como José Rossi y José Buzzetti; pero él era el principal responsable, aunque no se le viera allí demasiado, porque sabía dirigir desde su despacho. Grandes fueron los elogios del público, que acudía al pabellón de Don Bosco en grandes masas, cada vez más numeroso y con mayor afluencia que a los otros pabellones. Todo esto hacía suponer una organización escolástico-profesional sólida y paciente en el Oratorio de Don Bosco.

Notable fue también la otra prueba de 1901, en la Exposición general de las Escuelas Profesionales Salesianas, organizada por primera vez por Don José Bertello, como lo exigían nuestros Reglamentos. En tal circunstancia, la tipografía del Oratorio supo hacerse honor, quedando la primera por encima de todas las demás tipografías hermanas que tomaron parte en el concurso. El jurado, compuesto por técnicos conocidos por su competencia, después de haber tributado en el veredicto final altos elogios, se creyó en el deber de «señalar de manera particular al distinguido administrador de ella, Antonio Pelazza, que desde tantos años pone toda su inteligencia a disposición de la Dirección General».

Era un trabajador extraordinario. Fuera de los tiempos dedicados a las prácticas de piedad y breves intervalos de recreo, pasaba largas horas en su despacho, encerrado y ocupado en mil asuntos. Y en su despacho le sorprendió el mal que le llevó a la tumba. Ya él había notado algunos síntomas alarmantes, desde hacía varios meses. Pero siguió al pie del cañón hasta el fin. El 23 de septiembre de 1905, un ataque apoplético le abatió sobre la mesa. Vivió todavía desde las once hasta las cuatro y media. Recibió los sacramentos rodeado de sus Superiores. Era un sábado, día en que solía confesarse: lo había hecho aquella mañana.

Su fin fue plácido, grande el dolor de los hermanos y de los jóvenes, como de los numerosos amigos que dejaba.

## 5. JOSE DOGLIANI

Uno de los méritos de Don Bosco consistió en saber descubrir las dotes y los talentos de las personas; de jóvenes aparentemente mediocres él forjó eminentes personalidades para los diversos ramos del saber, para las actividades civiles y para el apostolado.

Dogliani fue un ejemplo. Este chico había ido al Oratorio de Valdocco con aspiraciones de carpintero; pero pronto se vio que disponía de facultades excepcionales para la música y Don Bosco le orientó por ese camino, por donde llegó a metas altísimas.

La lectura de la *Vida de Domingo Savio*, escrita por Don Bosco, le había movido a dejar su pueblo, Costiglione, para irse a Turín, al Oratorio donde había vivido Domingo Savio. Entró el 15 de abril de 1864, siete años después de la muerte del santo jovencito. El, entonces, contaba quince años, y soñaba con encontrar en aquel ambiente una buena cantidad de muchachos con los mismos ideales de Savio; pero, cuando tropezó con compañeros de taller, de talante muy diverso, estuvo tentado de volverse a su pueblo. Don Bosco le hizo comprender la realidad de las cosas y le tranquilizó.

Mientras tanto, fue entrando en el reino de la música. El Oratorio era una verdadera escuela de música. Ya hemos dicho, en páginas anteriores, que existían cuatro clases nocturnas de canto, dirigidas por Don Juan Cagliero (83 cantores), otras seis de canto gregoriano bajo la dirección de Don Víctor Alasonatti (161 cantores) y una de música instrumental con 30 músicos obedientes a la batuta del SC José Buzzetti. Al caer de la tarde, cantos y sonidos instrumentales resonaban en todo el Oratorio: ensayos y ejercicios, escalas y canciones, sonos monótonos de los incipientes y sinfonías de los proyectos. Era una preciosa confusión general de música indescriptible.

Dogliani anhelaba poder entrar en aquel mundo; y lo logró en el otoño de aquel mismo año. Después de dos meses de estudio y pruebas, comenzó a tocar instrumentos, sobresaliendo en el fiscorno bajo, tanto que el maestro De Vecchi compuso para él un *Concierto de Fiscorno bajo*,

con el que se lució de verdad. A sus diecinueve años era capaz de montar una orquestina; escribió su primera marcha para banda, titulada «*Un embrollo cualquiera*», todo lo cual estaba diciendo a Don Bosco que tenía en sus manos un auténtico genio. Encargó a Don Juan Cagliero que le iniciase en el piano y le hiciese estudiar armonía y composición.

En rápido camino ascensional, en 1872 sustituyó a Don Juan Cagliero, ya que éste tenía que ausentarse muchas veces por sus numerosas incumbencias. En la fiesta de María Auxiliadora de 1876 —Don Juan Cagliero se encontraba ya en Argentina— Dogliani tuvo que responder de toda la parte musical y lo hizo de maravilla. Interpretó el famoso «*Saepe dum Christi*» de Cagliero, que evocaba la batalla de Lepanto.

Aquéllos eran años de entusiasmo: la Sociedad Salesiana, aprobada por la Santa Sede, comenzaba a ser objeto de admiración general y el número de los que solicitaban entrar en ella crecía continuamente. Dogliani, que sentía un profundo amor a Don Bosco, pidió ser admitido. Hizo su noviciado, profesó y, seis años después, emitió los votos perpetuos, en 1876.

Toda la vida recordará la confianza de que fue objeto por parte de Don Bosco. El mismo, ya anciano, narraba episodios interesantes. Cuando el buen Padre estuvo enfermo en Varazze, en 1871, Dogliani escribió a Enria, el enfermero que cuidaba a Don Bosco: «En algún momento en que el querido Don Bosco no se encuentre muy fatigado, aproveche para deseárselo de mi parte un feliz año nuevo. Le diga que no se olvide de aquel “*raposillo*” al que él ha hecho tanto bien». Don Bosco solía llamarle así porque Dogliani llevaba en su abrigo una solapa de piel de zorro.

El temía que Don Bosco le olvidase, ya que en una carta escrita a los Coadjutores de Valdocco había nombrado a todos menos a Dogliani; por eso, éste añadía en sus letras a Enria: «Paciencia; pero yo conozco a Don Bosco y él me conoce; ya con esto me siento feliz». Y concluía: «Tenga la bondad de besarle la mano a Don Bosco y decirle que también yo rezo por él y que espero que él no me olvide».

Era Dogliani el joven que, una noche, servía la cena a Don Bosco tras haber estado muchas horas confesando a sus muchachos. El cocinero, a quien ya conocemos, echó

en el plato un poco de sopa fría. Y Dogliani le dijo: «¡Que es para Don Bosco!». Y el cocinero: «Don Bosco es uno como los demás». Mortificado Dogliani, presentó la sopa y se retiró. Un clérigo que llegó a saber la cosa se lo contó a Don Bosco; y el Santo contestó: «Tiene razón el cocinero; es verdad».

Este episodio nos sirve para explicar otro. Un día había invitado Don Bosco a varios forasteros a su mesa; el mantel estaba sucio. Y regañó a Dogliani, haciéndole ver que era una falta de respeto hacia los huéspedes. El joven se sintió apenado y angustiado. Por la noche escribió una cartita a Don Bosco diciéndole que era la primera vez que le había visto enfadado. Don Bosco se humilló y leyó la carta al Capítulo; y, cuando encontró a Dogliani, le cogió la mano y, apropiándose la frase del cocinero, le dijo: «¿No sabes que Don Bosco es un hombre como todos los demás?».

Por aquellos años, el teatro no funcionaba a gusto de Don Bosco: o lo que se ponía en escena no entraba en sus criterios, o el modo de representarlo tampoco le agradaba. Aquellos dramas grandiosos, aquella ostentación de vestuario, los cambios de horario, la cena de los actores después del teatro, el no haber al frente un salesiano suficientemente enérgico y vigilante, eran causa de muchos inconvenientes. Don Bosco llamó a los Coadjutores Barale y Dogliani, se los llevó un día de paseo por Turín y les manifestó su pensamiento: «El teatro ahora no tiene el espíritu que yo deseo que tenga; por eso, os encomiendo a vosotros su dirección. Deseo que se representen cosas sencillas y morales; pero, sobre todo, que yo sepa antes qué es lo que se piensa representar...». Los dos Coadjutores hicieron cuanto pudieron para contentar a Don Bosco, sabiendo que luchaban contra corriente. Aquel mismo año (1876), Don Bosco suspendió un drama titulado «*Los pobres de París*», a pesar de estar ya distribuidos los papeles. En enero de 1877, cuando estaban para comenzar las funciones de teatro, escribió desde Roma a Don Miguel Rúa: «Mira cómo va el teatro. Habla con Don José Lazzerio y haz de modo que se destierren las escenas trágicas, los duelos y la profanación de palabras sagradas. Tal vez quienes te pueden ayudar mejor serán Barale y Dogliani».

Se dice y se ha escrito que Don Bosco fue el fundador, entre otras cosas, de las clases de música, un precursor. Esto hizo que el canto y la música tuvieran siempre en el

Oratorio un puesto distinguido. Y se alcanzó tal fama que acudían peticiones e invitaciones para asistir a las fiestas de muchos lugares. Citamos sólo la participación de Valdocco en la inauguración del templo del Sagrado Corazón en Roma, en mayo de 1887. La *schola cantorum* del maestro Dogliani estuvo a la altura de las circunstancias. Seis días cantaron los chicos de Turín, con verdadera maestría: misas polifónicas, vísperas y motetes ensalzaron las ceremonias, tanto que el Papa León XIII, en la audiencia, elogió debidamente a Dogliani, quien, a pesar de ser tan joven, había dado prueba de ser un maestro consumado. Su presentación en Roma sirvió para ayudar a entrar en el movimiento de reforma de la música sacra, treinta años antes de que Pío X promulgase su famoso *motu proprio* que tendía a desterrar de los templos las músicas profanas, sustituyéndolas con el gregoriano y la polifonía clásica.

Un mes después de las fiestas romanas, se celebraba en Valdocco el último onomástico de Don Bosco. Dogliani lo preparó con cariño. Puso música a un himno en el que un coro cantaba cuatro estrofas y otro coro repetía dos del himno que se había cantado en 1849, cuando se celebró la primera fiesta del Padre: «Vamos, compañeros, / Don Bosco os espera: / de gozo se llena / vuestro corazón». Los extremos se tocaban: la primera y la última fiesta de Don Bosco.

Cuando el Santo murió, su sucesor, Don Miguel Rúa, quiso dar todavía mayor importancia a la banda del Oratorio y se la encomendó a Dogliani. Este, poco a poco, fue renovando el instrumental y transformando el repertorio, haciendo que los jóvenes, que dedicaban sólo los tiempos libres a la música, alcanzaran una gran perfección.

Quiso más Don Miguel Rúa. Envió a Dogliani a América, en 1900, cuando se iban a celebrar allá los veinticinco años de la llegada de los primeros salesianos, con el fin de que dirigiese la música en los mayores festejos, organizara las clases de música en varias partes, probara varios órganos nuevos, diera lecciones a varios maestros de banda y de canto, y enseñara a interpretar bien el gregoriano. Todo ello contribuyó a la esplendidez que siempre tuvieron las bandas y los coros en las Casas salesianas.

A su regreso, una sorpresa. En Turín la *schola cantorum* del Oratorio había llevado el peso del canto en los funerales del rey Humberto, en la catedral. A Dogliani se le concedió la Cruz de Caballero de la Corona de Italia.

Pocos años más tarde, en 1903, Turín salesiano brillaba en fiestas por la coronación de María Auxiliadora. Dogliani preparó su parte: 250 voces resonaron en el santuario, con melodías sublimes. La crítica habló con grandes elogios del gran maestro.

Iban pasando los años, con sus achaques y consecuencias. En 1914, los ex alumnos le hicieron un homenaje, al cumplirse los cincuenta años de su entrada en el Oratorio. El siguió trabajando, pero iba pasando sus batutas a otros más jóvenes, que habrían de continuar la hermosa tradición musical de Valdocco.

A la muerte de Dogliani, Don Alberto Caviglia, que había sido alumno suyo, escribió en el «Boletín Salesiano»: «El transformó la escuela: tanto por la educación de las voces blancas (sopranos y contraltos), como por el adiestramiento de las masas corales que llegaron a contar con más de 400 cantores, entre los cuales había entre doscientos y trescientos niños. Y, cuando se piensa que, con esos medios, logró introducir en la iglesia la música clásica, y aquellos coros, de aquellos muchachos, fueron capaces de interpretar, sin un solo fracaso, páginas musicales difícilísimas, se tiene el metro para valorar el trabajo del paciente maestro salesiano, que sacaba fuerzas de la oración para obtener, pacientemente, aquellas maravillosas ejecuciones que él ofrecía como homenaje a María Auxiliadora».

A esto hay que añadir sus dotes de buen educador salesiano. Era sereno, paciente y bondadoso; sabía corregir con oportunidad de tiempo y de modo; muchas veces le bastaba una mirada o un gesto; luego, en particular, se acercaba al culpable y le decía la palabra justa. ¡Cuántos deben su vocación salesiana a este gran educador!

Breve fue su enfermedad, suficiente para darle tiempo y modo de recibir los últimos sacramentos fervorosamente. El 22 de octubre de 1934, a los ochenta y cinco años de edad y sesenta y cuatro de profesión, cambiaba la tierra por el cielo y se iba a escuchar otras melodías que nunca tendrán fin ni nunca cansarán.

## **6. MARCELO ROSSI**

Cuando llegó al Oratorio, no era un chiquillo: contaba veintidós años. Había debido esperar a la mayoría de edad, porque antes no pudo disponer de sí. Procedía de

familia humilde y poco instruida, pero tenía los dones de la gracia y la ciencia de los santos.

Entró en Valdocco en la vigilia de la fiesta de la Inmaculada de 1869. No le había sido fácil superar las dificultades que se oponían a su vocación, pero luchó con constancia y, en su día oportuno, lo dejó todo y se presentó a Don Bosco.

Apenas llegó, se le colocó en la librería, donde, por medio de los libros y del trato frecuente con personas instruidas, comprendió la necesidad de «desbastarse». Poseía una mente abierta y aprovechó todos los medios a su alcance para enriquecerse de conocimientos, al tiempo que aprendía de Don Bosco a irse santificando, trabajando sólo por el Señor. De esta manera, al terminar el año de noviciado, hizo los votos trienales, sin pensar que, por fuerza mayor, tendría que adelantar su profesión perpetua. De complejión débil, cayó gravemente enfermo en los comienzos del año 1873 y entonces pidió y obtuvo la gracia de emitir sus votos perpetuos; porque, decía, quería morir de amor de Dios. Pronunció la fórmula con un hilillo de voz, dejando la impresión de que le quedaba poco para expirar, tanto que corrió la voz de que había muerto. En cambio, a la mañana siguiente, el médico constató que se encontraba perfectamente curado.

Se le destinó luego a asistir a los encuadernadores. Don Anacleto Ghione, catequista de los artesanos, recordaba muchos años después las santas industrias que ideaba Rossi para hacer el bien a sus asistidos, algunos de los cuales, hechos ya hombres y acordándose de los felices días lejanos del Oratorio, iban a visitarle llenos de gratitud para con su buen asistente.

Aquella asistencia duró poco más de un año: tuvo que cambiarla haciendo un acto heroico de obediencia. Hoy no se tiene idea de lo que eran las máquinas tipográficas de entonces, que funcionaban haciendo girar una gran rueda con las propias fuerzas. Pues bien, a falta de alguien que hiciera ese oficio, Don Miguel Rúa puso los ojos en Marcelo Rossi. Probablemente pensaba que, habiendo sido bra-cero, estaría en condiciones de resistir un trabajo tan pesado. Rossi, aún sintiéndose inferior a lo que se le pedía, obedeció y puso manos a la obra. Pronto se pudo observar que no disponía de fuerzas para aquel encargo y se le volvió a colocar en el taller anterior. Con aquel acto de sumisión había dado a conocer el temple de su espíritu.

Tampoco duró mucho en el taller. Allá por el año 1875, le sobrevinieron abundantes vómitos de sangre, quedando reducido a un esqueleto. El sexto día de sus violentas hemorragias, Don Bosco le dio su bendición. Hacía varios meses, en enero, que Don Bosco había anunciado que cinco chicos del Oratorio morirían durante el año. Algunos ya habían partido para la eternidad. Marcelo le preguntó si le iba a tocar también a él. Don Bosco le miró con cariño y le respondió que podía estar tranquilo, porque tendría que seguir ayudándole. De hecho, sanó de aquella nueva enfermedad, pero cambió de ocupación, dando así inicio a un segundo período de su vida, más largo y más característico que el anterior.

A Don Bosco le gustaba tener en sus Casas porteros hábiles y de mucha conciencia. En Valdocco lo necesitaba: por la puerta de la Casa eran muchísimos los que entraban y salían. El creyó encontrar en Rossi el hombre adecuado. Pero no quiso encargárselo definitivamente sin hacer antes una prueba para ver hasta dónde llegaban sus fuerzas físicas y su disposición de ánimo. Por eso le dijo que se ocupase de la portería «provisionalmente». Tal fue la consigna; la realidad es que permaneció en aquel cargo durante cuarenta y ocho años, que discurrieron poco a poco como si se tratara de un encargo simplemente «provisional».

Quien vio en la portería al señor Marcelo, como se le llamaba, nunca olvidó su figura, siempre la misma: acogedora sin afectación, de pie, con traje negro, una mano sobre la otra, sus ojos serenos y prudentes, rostro lleno de bondad y reservado, en actitud de escucha atenta, hablando moderadamente y sin enfados. ¡Ay, si se le hubiera podido recoger en una cinta cinematográfica, cuando, como solía suceder, le rodeaban tantas personas, cada una con su pregunta particular y todas impacientes, mientras él atendía impasible una a una, por orden, y sin perder nunca la calma! Los visitantes recibían la impresión de haber encontrado una Casa en perfecto orden.

Sus jornadas siempre eran iguales. Prácticas de piedad tempranísimo, apenas se abría la iglesia a las 4,30; luego, limpieza de todos los rincones de la entrada; después, ocupar su puesto en la portería y, a través de la ventanilla, estar atento a cuanto sucedía a su alrededor, dirigiendo su palabra a quien se presentaba allí. Dentro de aquel re-

ducido espacio permanecía clavado horas y horas, mañana y tarde.

¿Y no le venían ganas de irse a tomar un poco de aire? No lo sé; pero se solía decir en el Oratorio que Marcelo sólo conocía tres caminos: el de la iglesia, el del comedor y el de su habitación. Nunca salía de paseo. Su único paseo consistía en ir todos los años a Valsalice o a Lanzo para hacer los ejercicios espirituales. Cambiaba entonces la gorra por el sombrero, hasta su regreso, cuando volvía a guardar el sombrero en el armario. En sus momentos de tranquilidad, leía, escribía, rezaba o... educaba. Así duró la vida de Marcelo casi durante medio siglo.

Se sintió responsable de la función que Don Bosco le había encomendado: hacía de centinela del Oratorio. No había peligro de que entrase quien no debía entrar. Sabía descubrir como por encanto a los malintencionados, por lo que se le llamaba «el gris», aludiendo al misterioso perro que defendió a Don Bosco. A veces se le presentaban individuos que le decían impertinencias o le insultaban. En tales casos, Marcelo era Marcelo: sin perder los estribos, los hacía marcharse.

Obedecía las órdenes y mantenía los criterios de sus superiores sobre entradas y salidas de Casa. Esto le atraía ciertas antipatías, pero él insistía: «Esta es la orden del Superior». Y nunca se dejaba «comprar». A las palabras duras, respondía con lenguaje moderado pero inflexible; y nunca dejaba de mostrarse sonriente y alegre.

Su vida espiritual podía presentarse como ejemplar. No le faltaron angustias de espíritu que le hacían sufrir bastante; pero disponía de tan buenos confesores como Don Bosco, Don Miguel Rúa y, luego, Don Juan Bta. Francisca. Este, que le dirigió espiritualmente veintidós años, escribió acerca de él: «Yo que tuve la fortuna de conocer años y años la delicadeza de este querido hermano, puedo testificar que no sabría dónde encontrar la más pequeña culpa voluntaria y me atrevo a compararle con las almas más perfectas».

Era hombre de oración. Rezaba en la iglesia, rezaba mientras atendía al desempeño de sus quehaceres, insinuaba elevaciones de la mente en las conversaciones y sabía invitar a rezar a sus ayudantes. Las personas que sentían gusto por las cosas espirituales, al descubrir su espíritu de oración, no sólo se encomendaban a sus oraciones, sino

que le confiaban sus problemas y sufrimientos para recibir de él el bálsamo del consuelo.

Distintivo del cristiano es la caridad. Marcelo dedicaba muchas de sus preocupaciones a resolver problemas de índole material y espiritual. Tal vez parezcan exageraciones las cosas que se cuentan, pero se trata de casos reales. Además de los buenos consejos que daba con finura cuando comprendía que podían hacer falta, tenía el don de saber enderezar ciertas cabezas algo torcidas. Los mismos Superiores le mandaban algunos chicos díscolos, con el pretexto de ayudarle en algún trabajo; otros iban por su propia iniciativa. El se hacía amigo de todos con delicadeza y hasta jugueteando con ellos; les hacía comprender la seriedad del cumplimiento del deber. Cuando parecía que alguno sería ya incapaz de corregirse, con peligro de ser mandado fuera del Oratorio, Marcelo lograba que cambiase de conducta. Muchos de éstos atribuyen a Marcelo, a su oportuna intervención, haber llegado a sacerdotes o religiosos.

A todo esto hay que añadir su clase de catecismo en el Oratorio festivo. La mantuvo dieciocho años, asiduamente, con los muchachos mayores, que le querían muchísimo y constataban el bien inmenso que les hacía.

Desde su puesto de observación, tenía facilidad de conocer muchas cosas que le hacían posible resolver problemas de orden material. Muchachos que salían del Oratorio en busca de trabajo, lo encontraron gracias a Marcelo, que sabía colocarlos al lado de comerciantes o industriales dispuestos a hacerle un favor. Le hablaban a veces de jóvenes abandonados y necesitados que tenían verdadera necesidad de ingresar en algún internado o asilo. Marcelo pensaba cómo poder meterlos en Valdocco; pero antes se arreglaba para encontrar alguna persona pudiente que pagase todo o parte de lo que pudiera costar. Cuando él murió, un antiguo alumno recordaba conmovido que a los diecinueve años, cansado de estar en la tipografía, había sido colocado por el señor Marcelo en la fábrica de papel de Mathi, donde se había hecho un hombre responsable.

Acudían a él muchísimos con diversos problemas: él escuchaba y conservaba todo en su prodigiosa memoria, resolviendo caso por caso sin olvidar ninguno. También a Don Juan Bta. Francesia le hizo el gran servicio de ayudarlo a misa, a las 4,30 de la mañana, nada menos que durante cuarenta años, en la iglesia de María Auxiliadora.

Nunca disfrutó de salud fuerte; pero fue tirando, con sus achaques, sobre todo desde 1920. Su peor enemigo era el frío, aquel frío de Turín, junto a los Alpes, y sin calefacción. El 27 de marzo de 1923 se sintió mal. Se acercó tres veces a la iglesia de María Auxiliadora como si no quisiera separarse de allí. Ayudó a tres misas. Hacia las doce, estando en la portería, sintió un ataque y fue llevado a la enfermería. Mientras lo llevaban, una viejecita, a la que solía dar limosna, se le acercó y así pudo él hacer aquel mismo día su acostumbrada obra de caridad. El diagnóstico del médico hablaba de parálisis progresiva y de broncopulmonía. Recibió en seguida los últimos sacramentos y, tranquilo y sereno, esperó la llegada del Señor, como servidor fiel. Así murió aquel de quien el Cardenal Cagliero había dicho: «He ahí el verdadero monumento de Don Bosco».

## 7. JUAN GARBELLONE

Otra figura de SC que nos hace revivir el ambiente oratoriano de Valdocco. Un hombre capaz de todo, con alegría, con sacrificio, siempre a disposición de Don Bosco y al servicio de los muchachos... Un verdadero *corazón oratoriano*. Y no es que careciera de defectos; pero Don Bosco le había enseñado a sacar provecho incluso de ellos.

Había nacido en Francia, en Crots (Embrun, Altos Alpes), en 1859. De pequeñito lo llevaron sus padres a Pinerolo, con los parientes maternos. Cuando quedó viuda su madre, se trasladó a Turín. Juan frecuentó el Oratorio desde 1870 a 1873, año en que Don Bosco le admitió en su Casa y le encomendó el almacén general, bajo la dirección del SC José Rossi. Tres años más tarde, en unos ejercicios espirituales hechos en el Colegio de Lanzo, comprendió que el Señor le llamaba a la vida religiosa en la Congregación. El quería *estar siempre con Don Bosco*. Comenzó el noviciado aquel mismo otoño. Sin embargo, no se le admitió a la profesión a su debido tiempo: tenía sus rarezas. Escribió una carta a Don Bosco, originalísima e interesante, en la que insistía en ser admitido porque quería salvar su alma y se manifestaba dispuesto a marchar a América como misionero. «Le prometo, querido Padre, hacer cuanto pueda para contentarle, con prontitud para todo lo que se me mande y observando lo mejor posible

las Santas Reglas de nuestra Congregación...». Y, en otra carta a Don Julio Barberis, maestro de novicios, añadía: «Crea que éstas no son palabras vanas que salen de la boca, sino que las he meditado y considerado bien y brotan de un corazón verdaderamente deseoso de salvar la propia alma. He visto que ésta es mi firme decisión y que tengo voluntad resuelta de permanecer siempre con Don Bosco». Antes de que acabase aquel año, Garbellone había hecho su profesión perpetua.

Era alto, imponente, con marcada tendencia a hacerse notar, charlatán de altos vuelos, con cierta dosis de «grandeur»... como buen francés. Quien sólo le conociera superficialmente podía acusarle de vanidad o de ambición; de ahí le vino el apodo de «*gonfianúvole*» o fanfarrón, pero el que llegaba a conocerle a fondo se daba cuenta de que, detrás de aquella fachada, ardía un genuino amor a Don Bosco, rectitud de intención, espíritu de sacrificio, capacidad total de entrega a los muchachos.

Profesó. Pero no marchó a América. Don Bosco lo retuvo en el Oratorio, desde donde prestaría preciosos servicios a la causa de los misioneros, enviándoles paquetes y baúles de mercancías, maquinaria... y preparando todo lo necesario para las expediciones misioneras.

Don Bosco tenía plena confianza en Garbellone. Varias veces le envió a visitar sus obras de los países de Europa y Medio Oriente, desde Francia a Gran Bretaña, desde Suiza a España y Portugal, desde Egipto a Palestina. Pero su auténtico campo de batalla fue el Oratorio festivo, de donde provenía.

Los quinientos oratorianos más bien turbulentos de la periferia de Turín tenían necesidad de bridas y hacía falta la imponente estatura y el ceño fruncido de Garbellone para tenerlos a raya. Si, durante la homilía, se ponían a charlar, él aparecía desde la sacristía, interrumpía con un solemne gesto de mano al predicador, improvisaba una filípica en piamontés y, luego, logrado un silencio sepulcral, devolvía la palabra al frágil orador.

Su sitio más natural era el escenario. Organizaba también paseos y excursiones. Se presentaba al jefe de los ferrocarriles en nombre de Don Bosco y obtenía el alquiler de vagones a precios irrisorios.

Dirigía la banda del Oratorio y la supo llevar a conquistar honores en un montón de manifestaciones civiles y religiosas. No era la banda mejor de la ciudad. Pero, donde

iba, se atraía la simpatía general y el éxito indiscutible. La pieza clave... y rara... de aquella banda estaba precisamente en él: sobresalía entre todos por su estatura y se imponía a la admiración de la gente, con su uniforme guarnecido de condecoraciones como un almirante en traje de gala, el pecho lleno de medallas ganadas en los concursos (acaso con otras añadidas o intrusas) y, en la cabeza, el casco rematado con un vistoso penacho.

Este personaje increíble se hacía creíble cuando acompañaba a la iglesia y los precedía con el ejemplo a los miembros de la banda yendo a comulgar. En un álbum de su archivo personal, conservado con la máxima precisión, figuraban los nombres de los chicos y jóvenes que habían tocado en la banda durante cuarenta años: casi tres mil.

En el Oratorio se reservaba el delicado encargo de preparar a los niños a la primera comunión. Tenía para con ellos atenciones y delicadezas maternas, los reunía aparte, los instruía bien, los inmortalizaba en sus fotografías —era también un gran fotógrafo—. Un grueso volumen de su archivo contiene las fotos de los seis mil niños preparados por él al primer encuentro con el Señor.

Y... hasta echaba una mano en las confesiones. De él se cuenta que los domingos por la mañana acudían los niños con sus pecaditos a confesarse, como enjambres, al confesonario del Director del Oratorio, impacientes por recibir la absolución de sus faltitas... para correr a cometer otras; si el Director, P. Pavía, hubiera tenido que escuchar a todos en confesión, sabe Dios a qué hora hubiera comenzado la misa. Entonces Garbellone decía misterioso a los niños: «Quien tenga pecados gordos se quede aquí, en cola, esperando para confesarse con el P. Pavía; quien los tenga pequeñitos, venga conmigo». La mayor parte de los chiquillos le seguía a la sacristía, él les dirigía palabras oportunas y los mandaba... absueltos.

Era astuto, pero sus astucias y sus bromas provenían de su carácter cordial y resultaban positivas. A veces, para provocarle, le llamaban «Garbellón, embrollón». Y era verdad; pero, como sabían que todo lo hacía con buen corazón y por el bien de los demás, la expresión tenía sentido elogioso para el buen Coadjutor.

En 1925 tuvo lugar en Roma la Exposición Misionera Mundial. Garbellone explicaba a los visitantes el pabellón salesiano. Nadie mejor. Con su facundia desbordante e imaginativa se conquistó la simpatía de todos, incluso de

personajes ilustres, de los Cardenales y del mismo Papa Pío XI. El Papa, cuando lo encontró de nuevo en una recepción, le dedicó palabras de simpatía que le hicieron objeto de la envidia universal y a él le embelesaron.

Al atardecer de su vida, se confiaba así a sus mejores amigos, con cierto dolor en el alma: «He hecho todo lo posible para ser útil a la Congregación; pero no sé si no habría podido hacer más». Y añadía como para confortarse: «Pero la buena voluntad nunca me ha faltado».

Los primeros síntomas alarmantes de su fin se notaron en abril de 1928. La mañana del día 23 comenzó con fervor el mes en honor de María Auxiliadora; el 25 estaba mal; el 26 apareció la broncopulmonía. De poco sirvieron los cuidados del médico en su cuerpo ya gastado, más que por los años, por el exceso de trabajo. Resistió unos diez días, hasta que en la noche del 6 de mayo se marchó al cielo para continuar allí el mes de la Virgen.

Sobre su lámpara, que le iluminaba en las horas de la noche, había escrito: «¡Qué hermoso es el trabajo!». Se lo había hecho precioso, porque lo había sabido santificar con intenciones sobrenaturales y con la obediencia y dirigiéndolo únicamente al bien de todos.

Fue entonces cuando se manifestó la gratitud de muchos para con él. Nadie hubiera podido imaginar que tuviera tantos amigos. Muchachos, hombres ya maduros que ocupaban posiciones elevadas en la sociedad, le visitaron en su gravedad y se marchaban llorando. Algunos, no encontrando palabras, le besaban la mano. El funeral fue un triunfo. Todos comprendieron que Garbellone, siempre alegre, imprevisible y fanfarrón, había sido tomado muy en serio.

Un día había escogido como lema las palabras totalizantes de San Francisco de Sales: «Amar a Dios y hacerlo amar». Con sus originalidades y su modo de hacer tan personal, había realizado plenamente el programa de su vida.

## **8. DOMINGO PALESTRINO**

La vida en Valdocco, con la presencia de Don Bosco, alcanzó alturas increíbles de espiritualidad. En 1857 había muerto como verdadero santo Domingo Savio. Años después, en 1875, entró en el Oratorio otro joven llamado también Domingo: Domingo Palestrino. Los dos son exponen-

tes de una santidad que reinaba en todo el ambiente, donde la delicadeza de conciencia y la presencia del Señor en la vida de sus moradores eran riqueza común. De ahí, especialmente por los casos extraordinarios que solían suceder, surgió lo que se llamó «la leyenda áurea» del Oratorio.

Un día acompañaba Don Bosco a un sacerdote forastero que quería visitar la iglesia de María Auxiliadora. Entraron por el coro y, en seguida, quedaron sorprendidos ante una escena singular: uno de la Casa, elevado en el aire, en actitud de estar de rodillas como adorando a Jesús Sacramentado. Con la llegada de los visitantes, el extático se turbó, fue descendiendo lentamente hasta inclinarse a los pies de Don Bosco y le pidió perdón. «Estate tranquilo» —le dijo Don Bosco—. «Haz lo que tengas que hacer; no es nada». Y luego, volviéndose al huésped, añadió sencillamente: «Se diría que son cosas de la Edad Media; y, sin embargo, suceden también ahora». Aquel joven era Domingo Palestrino.

Había sido pescador hasta sus veinticuatro años. Un día fue a Turín, a Valdocco y encontró a Don Bosco. Desde aquel día se dejó pescar por él. El Santo, apenas le vio, le miró un instante y, como Jesús a los pescadores de Galilea, le invitó: «Ven conmigo». El otro, que había dejado sus cosas en el Cottolengo, cerca del Oratorio, y donde pensaba seguir, corrió a recogerlas, volvió y se quedó con Don Bosco para permanecer en Valdocco nada menos que cuarenta y cinco años, hasta su muerte.

Terminado su noviciado hizo la profesión perpetua: se consagró definitivamente al Señor. Don Bosco, que conocía su preciosa alma, le encomendó el cuidado de la iglesia de María Auxiliadora —donde le sorprendió en el éxtasis que ya hemos referido—. Desde entonces, Domingo tuvo sólo dos afanes: la santificación de su alma y el decoro de la Casa de Dios.

¡Vaya si se santificó! Sus armas fueron tres: el sufrimiento, la oración y el trabajo. A decir verdad, se había conservado muy bueno durante la juventud; pero la vida del Oratorio y la dirección espiritual de Don Bosco le ayudaron a crecer cada día más en santidad.

— *El sufrimiento.* Nunca le faltó. Había padecido varias enfermedades y conservaba dolencias crónicas; se lo dijo a Don Bosco, quien le bendijo; pero le aseguró que

nunca curaría del todo. Y así fue. Llevó su cruz con santa calma, viendo en todo la voluntad de Dios sobre él.

— *El trabajo.* Increíble que con su estado de salud valetudinario trabajara tanto como trabajaba. No se tomaba un descanso. De ordinario trabajaba dieciocho horas al día. Las ocupaciones diarias, por su número y por la diligencia que requerían, le absorbían la mayor parte de su tiempo. En una iglesia tan frecuentada por los fieles y con tantos sacerdotes celebrantes —no existía entonces la concelebración simultánea de varios sacerdotes—, hay siempre mil cosas que hacer para que todo se encuentre en orden. Era el primero en levantarse y el último en irse a dormir. Pocos se daban cuenta de ello, porque él hablaba muy poco y pasaba los días recogido, al mismo tiempo que se mostraba siempre alegre. Él vivía para su iglesia; no existía otro mundo para él, ni sentía necesidad de descanso ni de recreo. Su espíritu de oración le multiplicaba el tiempo y las fuerzas y sostenía su constancia.

— *La oración.* De siempre le había gustado permanecer en oración; por eso abrazó con entusiasmo el oficio de sacristán en el santuario, que le permitiría estar más cerca del Señor y servir mejor a su divina Madre. Allí se sentía contento y feliz. Vivía su fe con sencillez en medio de las ocupaciones, de modo que todo su porte en la iglesia era un reclamo que parecía decir a todos: «Estamos en la Casa del Señor».

Nunca perdió el aspecto de hombre del campo; pero bastaba hablar con él para descubrir que en él se escondía un alma verdaderamente excepcional. Sus expresiones indicaban el grado de su unión con Dios: «Si el Señor quiere, si la Virgen lo permite...».

La profundidad de su fe se puede calibrar por el hecho de que nunca «se acostumbó» al oficio de sacristán, es decir, que, a pesar de estar en la iglesia tantos años, siempre era sensible a la presencia del Señor en ella. De ahí su celo por el decoro de la Casa de Dios... ¡durante cuarenta y cinco años!

Cuando tenía que adornar el templo, según las costumbres de la época, se olvidaba de sus dolores y se sometía a un trabajo excesivo como si se tratara de la primera vez. Por la misma razón, se preocupó de enriquecer el santuario con ornamentos y objetos de culto. Resulta difícil de creer que él, pobre y humilde sacristán, haya dotado a

la basílica de Turín de dos servicios completos de damasco suficientes para ornamentar todo el interior de la iglesia; de otros dos servicios semejantes para los funerales; de seis series de ornamentos completos, tres de los cuales para los pontificales solemnes, con las correspondientes casullas para cada uno de los altares; de siete otros variados equipos completos de casullas para cada uno de los altares; de cálices uniformes para los días diarios y para los festivos, para cada uno de los altares, con candeleros y otros objetos para las diversas ocasiones del año; y de una estatua de María Auxiliadora más elegante y más rica, que substituyó a otra menos decorosa —es la que preside la procesión del 24 de mayo por las calles de Turín—. ¡Quién podría calcular el valor de todo ello! Palestrino se sirvió de mil iniciativas, especialmente proponiendo a los bienhechores la necesidad o la conveniencia de hacer tales adquisiciones y ellos, que tanto le estimaban, reunían las sumas necesarias. Alguien decía que era María Auxiliadora quien le inspiraba aquellas ideas para Su mayor gloria en Su santuario.

No resulta extraño que a un hombre así le concediera el Señor gracias extraordinarias, como la que ha abierto este relato. El mismo Don Bosco decía a otro sacerdote salesiano: «Palestrino me dice a veces algunas cosas que él mismo no entiende, pero yo sí las entiendo; el Espíritu del Señor me habla por medio de él». Por eso, a veces, le pedía que fuera a rezar ante el Sagrario y ante María Auxiliadora para alcanzar determinadas gracias: siempre era escuchado.

Una tarde, Don Bosco se encontraba bastante mal, le faltaba la respiración, creía que se moría. Viendo que no podía resistir más, encargó a su querido enfermero, otro santo Coadjutor, Pedro Enria, que buscara a Palestrino y le rogase que acudiera al Señor y a la Virgen en la iglesia para pedir por él. Enria hizo lo que le mandó Don Bosco; pasó un poco de tiempo y Don Bosco comenzó a sentirse mejor. «Gracias, Enria, Palestrino está rezando; me siento mejor.»

Después de la muerte de Don Bosco, Palestrino se recogió mucho más en la oración y no deseaba nada mejor que volar al cielo cuanto antes. Sobrevivió treinta y tres años a Don Bosco. No pudo asistir a la glorificación del amado Padre, pero ciertamente le habrá acompañado en el cielo aquel glorioso día.

Nunca abandonó su trabajo, a pesar de sus achaques y el tremendo frío del Piamonte, hasta el 21 de octubre de 1921, en que tuvo que resignarse a meterse en cama. Había terminado de colocar aquella mañana todo el ornamento de la basílica para el funeral de trigésima por Monseñor Costamagna; por la tarde lo había ya quitado, subiendo y bajando, bajando y subiendo, por la escalera de mano, lo cual le produjo una excesiva transpiración; por la noche, un escalofrío febril le obligó a acostarse antes de lo normal. A su confesor, Don Juan Bta. Francesia, que acudió a verle, le dijo: «Estoy contento de haber dejado todo en orden; ahora, si el Señor lo permite, descansaré algo para prepararme a la muerte».

Recibió con plena consciencia los sacramentos y, en la mañana del día de Todos los Santos, rodeado de Don Felipe Rinaldi, Don Pedro Ricaldone y otros Superiores —Don Pablo Albera había fallecido dos días antes— expiró serenamente. ¡Buen bagaje se llevaba en su corazón, que sólo había querido amar al Señor y permanecer fiel a sus compromisos religiosos salesianos!

## 9. ALEJO MURRA

Solía ir Don Bosco a Caselle, cerca de Turín, a la casa de su gran amigo el Barón Bianco di Barbania. En Caselle vivía el joven Alejo Murra, que conoció allí a Don Bosco y pronto se convirtió en un amigo más; tanto que en su corazón fue creciendo el deseo de irse a Turín para estar siempre con él.

Don Bosco le habría recibido con los brazos abiertos; pero los planes de Dios le obligaron a retrasar su ida al Oratorio. Ayudó a su padre en la fábrica de papel y cuidó de su madre paralítica. Por fin, en septiembre de 1880, a los veinticinco años de edad, se presentó a Don Bosco. El Santo Fundador apreció en el joven Murra una buena madera para hacer de él un óptimo Coadjutor salesiano y le puso a las órdenes de otro Coadjutor, hecho según su corazón, el señor Audisio, ropero, con el fin de que le fuera formando e iniciando en el espíritu de la Casa.

No resultó difícil, ya que los dos elementos fundamentales de aquel espíritu, la piedad y el trabajo, habían crecido fuertes en el alma del recién llegado.

El noviciado salesiano ya se había trasladado a San

Benigno Canavese; pero Don Bosco retuvo a Murra en el Oratorio, poniéndole bajo la dirección de Don Miguel Rúa como maestro de novicios suyo. Así pasó el curso 1881-82, al final del cual emitió sus votos temporales y, un año después, los perpetuos. Asistía a las conferencias de Don Bosco y escuchaba sus «*buenas noches*» y se confesaba con él.

La actividad salesiana de Murra se desarrolló, principalmente, en tres frentes: ropería, Oratorio festivo y Pequeño Clero.

El lector ya habrá observado que todos los salesianos tenían varias incumbencias, entre las cuales no faltaba algún trabajo en el Oratorio festivo. Y es que Don Bosco infundía, con el ejemplo y con su dirección, el «corazón oratoriano», que funcionaba durante la semana en actividades diversas, según las capacidades y dotes de cada uno; siempre con sacrificio y bondad, con capacidad de mil iniciativas; pero los días de fiesta, el centro estaba en el Oratorio. A los trabajos de talleres, librería, enfermería, ropería, administración, almacenaje, loterías, etc., propios de la semana, con la asistencia y las horas extra de canto y banda, ensayos de teatro, reuniones de grupos, etc., se sucedían en los días festivos los juegos, la santa misa, el catecismo, el teatro... Verdaderamente, todos los hermanos eran educadores, de diversas maneras y con diferentes medios.

Murra fue ropero, al principio con Audisio, cuando la ropería era única para toda la Casa; cuando se dividió en dos, para estudiantes y artesanos, Murra se encargó de la de éstos (1891). En esta nueva etapa, hizo de la ropería su campo de santificación: con gran sentido de responsabilidad, de sacrificio y de caridad, intuía y prevenía las necesidades de los hermanos y de los alumnos, procurándoles de mil formas cuanto pudieran precisar y presentando todo con gran delicadeza y sencillez. Los tiempos obligaban a estrecheces económicas; sin embargo, él parece como si conociera el secreto de multiplicar las cosas que la divina Providencia les enviaba y que se le confiaban a él. Se fijaba mucho en cómo vestían los muchachos; cuando los veía con ropas gastadas o con los zapatos rotos, les llamaba y les facilitaba vestidos o calzado que sabía reservar para estas ocasiones. Les enseñaba a cuidar la ropa, no les permitía ponerse a diario la de los días festivos o de los paseos, los educaba al orden y a la economía, como se sue-

le hacer en las familias ordenadas. Una madre no lo habría hecho mejor. Le ayudaba en todo ello su memoria prodigiosa, con la que nunca olvidaba encargos o problemas que se le confiaban; sabía encontrar solución, con caridad exquisita.

Otro campo de la actividad de Murra fue el Oratorio festivo. La misma responsabilidad y la misma caridad que manifestaba en la ropería, las ponía en juego en el Oratorio. No se sentía dotado de grandes talentos ni se consideró competente para enseñar el catecismo; pero estaba siempre en el patio, asistiendo o sustituyendo al salesiano que tuviera que ausentarse.

Los chicos más pobres gozaban de su predilección; les procuraba ropa y comida. A quienes veía con los vestidos rotos, se los cosía. Tal vez nos haga sonreír el gesto de vestir con una sotanita del Pequeño Clero, en el patio, a algún muchacho desastroso, para que se pudiera quitar los pantalones y se los dejase con el fin de remendárselos en seguida. Pero todo esto demuestra su amor concreto a los pobres y su gran corazón.

Solía privarse, durante la semana, de algunos alimentos, los recogía y los daba el domingo a quien padecía hambre. Aun de anciano se le recuerda en el Oratorio de Turín con una perola donde todos los días, al salir del comedor, llevaba comida a algunos pobres que le esperaban junto a la portería del Oratorio.

También buscaba trabajo con todo interés para muchos carentes de él. ¡Cuántos hablaron de esto con ocasión de su muerte!

Otra predilección suya fue el Pequeño Clero del Oratorio festivo. Y, desde 1891, cuando se hizo la separación de estudiantes y artesanos para asistir a las funciones de iglesia en la basílica de María Auxiliadora, Murra sintió pena al ver a los artesanos sin Pequeño Clero —que antes era de los estudiantes— y comenzó a preparar a cuatro artesanos de modo que el día de la Inmaculada ya aparecieron vestidos de sotana y roquete los nuevos monaguillos. Con el tiempo los fue aumentando y él, con su sotana y roquete, hacía de maestro de ceremonias. ¿De dónde sacaría tiempo Murra para tantas cosas? De su espíritu de responsabilidad, que le hacía sacrificar el tiempo del descanso y del recreo. Murra era uno de aquellos salesianos que se ausentaban del Oratorio sólo una vez al año, cuando iban a hacer los ejercicios espirituales.

Así vivió este santo Coadjutor hasta pocos años antes de la muerte, que fue en 1939. Cuatro años antes cayó con una pulmonía; la superó, pero quedó herido de muerte. Su residencia fue la enfermería; no podía moverse mucho; y, más tarde, tampoco pudo levantarse de la cama. Su estatura moral seguía manifestándose: nunca mostró exigencias de ninguna clase; y, para no dejar de hacer el coloquio mensual con su Director, aprovechaba alguna de las visitas frecuentes que éste hacía a los enfermos y le abría el corazón con la sencillez de un hijo.

Se agravó el día de la Epifanía de 1939; el día anterior se había confesado. Recibió el Santo Viático y, el 10 de enero, mientras daba un beso al Crucifijo, expiró.

En el Oratorio perdura el recuerdo de su humildad, de su espíritu de trabajo y de sacrificio, de su pobreza religiosa, de su apostolado, de su celo por la Casa del Señor, y, sobre todo, de su caridad.

## 10. DIONISIO ANGEL ANDINI

Andini es otro de los santos Coadjutores recibidos y formados por el mismo Don Bosco. Cuando oyó hablar de él ya tenía veintiún años. Ayudaba a su párroco en Lecco, su pueblo natal, donde funcionaba bastante bien un Oratorio festivo. Al saber que en Turín un cierto Don Bosco sonaba como el apóstol de la juventud, le pareció escuchar la voz de Jesús que le llamaba con el «*Ven y sígueme*». Lo pensó y se decidió a dejar todas sus cosas y marcharse a Turín con Don Bosco.

El ojo de Don Bosco sabía descubrir rápidamente la riqueza de las almas buenas, descosidas de mayor santidad y dispuestas a darse al apostolado. Era el año 1883. El 5 de octubre se lo confió a Don Anacleto Ghione, que entonces fungía de maestro de novicios Coadjutores en la Casa de San Benigno Canavese; pero lo retuvo junto a sí, en el Oratorio; si bien hizo sus primeros votos en 1886, en San Benigno, en manos del Santo, y la segunda profesión en manos de Don Miguel Rúa también en San Benigno.

Desde su llegada al Oratorio, Don Bosco le colocó en la tipografía, exactamente en el almacén del papel: ocupación oculta y sacrificada. Lo de oculta, se comprende fácilmente. Y sacrificada pudiera parecer exageración; pero cuando se tiene presente cómo funcionaban entonces las

tipografías, hay que afirmarlo. Le tocaba recibir con frecuencia grandes cantidades de papel para la tipografía, colocarlo en el lugar que iba dejando libre el papel que se imprimía, cortarlo adecuadamente para dar a los tipógrafos la cantidad necesaria según los tamaños que requerían las seis máquinas que no paraban de engullir resmas y más resmas, retirar los impresos para extenderlos —como se hacía entonces— y dejarlos secar antes de amontonarlos, de modo que pudieran estar prontos cuando los clientes los venían a buscar. En este trabajo ininterrumpido permaneció cincuenta y tres años. Comenzaba a las siete de la mañana y terminaba a las siete de la tarde.

Como buen salesiano, tenía alma de educador. A su almacén de papel acudían muchos jóvenes artesanos por motivo del trabajo, para llevar encargos o para retirar los trabajos concluidos; él aprovechaba su situación para dejar caer una buena palabra y orientarles con normas de buena educación cristiana. Asistía en el dormitorio a los mayorcitos; semanalmente hacía con exactitud la revisión de las mesillas para acostumbrar a todos a conservar el orden y evitar que guardasen comida en ellas; y se preocupaba por todos y cada uno de ellos con atenciones diversas y con consejos oportunos. Varios de sus asistidos, que se hicieron luego salesianos, han sabido recordar su figura con respeto y afecto.

Donde resplandecía más aún su celo por el bien de la juventud era en el Oratorio festivo. Tenía la pasión por el Oratorio. El célebre P. Pavía, apóstol del Oratorio de Valdocco, le había confiado el catecismo de los mayores y la vida oratoriana de ellos. Formaban la Compañía de San José y Andini hacía de presidente. Reunía a los socios todos los domingos a las 2,30 de la tarde, con las actividades marcadas por el Reglamento. De entre estos jóvenes salieron abundantes vocaciones para sacerdotes y para Coadutores salesianos. Además, durante veinte años estuvo encargado también del teatro. Quien es práctico en actividades teatrales sabe cuánto sacrificio comportan. Andini jamás pidió que le liberasen de ello, porque estaba convencido de su utilidad en un Oratorio animado por el espíritu de Don Bosco.

El patio constituyó otro de sus ministerios; gozaba al lado de los muchachos como educador salesiano. No le importaban el frío ni el calor; sus manos, en el invierno, se hinchaban con sabañones; pero se sentía feliz. Es más,

nunca consintió en encender una estufa en su almacén, donde pasaba tantas horas todos los días.

Hubo temporadas en que jóvenes intrigantes y maliciosos intimidaban a los chicos del Oratorio festivo, cuando por la noche regresaban a sus casas. Andini se convertía en ángel tutelar y los acompañaba hasta que se ponían al seguro. A veces había que pasar bajo una lluvia de pedradas de aquellos energúmenos, que un domingo le hirieron en la cabeza, causándole una herida no leve. Muchos oratorianos, llegados a edad adulta y a padres de familia, nutrían estima y veneración por Andini y no dejaban de expresárselo en mil ocasiones.

Subrayemos todavía, en este Coadjutor ejemplar, su fidelidad a las Santas Reglas. Sobresalió en la pobreza. Su habitación contaba lo estrictamente necesario y sus vestidos y objetos personales se reducían al mínimo indispensable. Le dolía sobre todo el que se pudiesen estropear las cosas, la comida, el pan, todo. Y procuraba evitarlo, por ejemplo, recogiendo los trozos de pan que encontraba por el suelo y que, luego, se comía; hasta que se le prohibió por razones de higiene.

Ya hemos hablado del frío. Nunca se quejó. Pero, cuando tenía ya setenta y cuatro años, los Superiores le cambiaron de ocupación y le colocaron en un ambiente menos frío. Padecía reumatismo en las piernas; y ya no podía seguir ayudando la misa de las 5,30 de la mañana en el altar de María Auxiliadora.

Veía que la muerte se acercaba. A las felicitaciones de Navidad del año 1938 contestaba con este pensamiento: «Lo que yo deseo es la gracia de una santa muerte». El año siguiente ya no celebró la Navidad en la tierra. El 8 de noviembre, al salir de la conferencia del Ejercicio de la Buena Muerte, no se tenía en pie. Había cogido una broncopulmonía galopante. Recibió los sacramentos con plena lucidez de mente. Y en la tarde del 12 su alma volaba a unirse a las de tantos otros santos Coadjutores que le habían precedido en su vida de fe y de entrega a Don Bosco. Tenía setenta y siete años.

\* \* \*

Al concluir este capítulo, en que hemos recordado a algunos de los muchos Coadjutores de la primera hora, vienen espontáneas dos ideas.

Una es que todos los SC formados por Don Bosco brillaron por la santidad salesiana, es decir, por una santidad hecha de amor a Dios, de unión con Dios, de celo por las almas, sacrificados, generosos, dispuestos a todo, alegres, con diferentes funciones —desde la dirección de los talleres, a encomiendas de grande confianza, como administración, almacenes, exposiciones, viajes; desde los oficios domésticos, imprescindibles donde se quiera vivir una auténtica pobreza, a los diversos quehaceres del Oratorio festivo—, pero siempre con la convicción de que entre todos tejían la tela de la misión educativa de la juventud pobre, con la cultura, el trabajo, la alegría, la piedad, el sentido de responsabilidad. Realmente, en todos ellos ardía muy vivo el «*corazón oratoriano*». No todos fueron maestros; pero todos ellos tenían un corazón semejante, forjado por Don Bosco y a imagen de él.

La otra idea, evidente a los personajes presentados, la queremos tomar de San Francisco de Sales, cuando dice que los religiosos no sacerdotes realizan también un gran apostolado. «También las personas religiosas que no han recibido el sacerdocio están en grado de ejercitar algún trabajo apostólico, haciendo al Señor diferentes servicios, promoviendo la gloria de Dios al modo de los Apóstoles. Debe ser para ellos motivo de alegría el saber que Dios quiera servirse de tales funciones para una obra tan excelsa como es aquélla para la que cada uno es llamado. Aún sin predicar ni administrar los sacramentos, esas acciones miran a dar a conocer la perfección de su Instituto y a hacer amar la observancia, particularmente a las almas juveniles, muchas de las cuales, atraídas por sus ejemplos, abrazarán la vida religiosa. Es una gracia singular la que Dios hace a estas almas religiosas, haciéndolas apostólicas, no por el sacramento, sino por sus trabajos y por sus méritos. No predicán, pero no dejan de ejercitar el apostolado, comunicando a otros su género de vida.»



## **OTRAS FIGURAS ILUSTRES DE SALESIANOS COADJUTORES**

Después de haber contemplado diez de los primeros SC, formados por el mismo Don Bosco, en los que destacan tantos elementos que hacen ver la enorme variedad de formas de actividad, a la vez que muestran su absoluta unanimidad en cuanto al amor de Don Bosco y de la Congregación, juntamente con una vida interior y una fe arraigadísima, con una esperanza en el Premio eterno a toda prueba, con una dedicación incondicional al trabajo por las almas, latiendo en todos ellos un gran corazón oratorio, pasamos a conocer a otros muchos SC más cercanos a nosotros, en el tiempo y en la geografía —o la lengua—.

Ellos forman la segunda generación de SC, muy semejante a la primera en la diversidad de funciones y en la unidad de espíritu salesiano, vivido muchas veces en medio de grandes dificultades, sólo superadas gracias a su amor fiel a la Congregación y la vida interior que supieron cultivar.

### **SUS CARNETS DE IDENTIDAD**

#### **1. Joaquín Dalmau**

Nacido el 31-1-1882, en Tortosa (Tarragona), profesó en Utrera el 23-8-1902 y murió en San José del Valle (Cádiz) el 8-8-1941.

Se formó en la Casa de Sarriá; fue destinado a Andalucía,

al dividirse las Inspectorías de España. Trabajó en la Escuela de Artes y Oficios de Málaga y, luego, en Sevilla. Fue un Salesiano completo, enciclopédico: tipógrafo, librero, administrador, cerrajero, mecánico; músico, director de teatro; encargado del Oratorio festivo.

## **2. Santos Mantarro**

Nacido el 15-3-1880, en Casalvecchio (Sicilia), profesó en San Gregorio (Catania), el 28-4-1920 y murió en Shillong el 1-8-1971.

Después de servir a la patria, en la primera guerra mundial —era corneta del ejército—, marcha al Assam (India). Allí se convierte en constructor de iglesias, escuelas, residencias misioneras, estudiantado. Encuentra tiempo para estar dirigiendo el Oratorio, con juegos, música, catequesis. Condecorado por Italia como «Caballero de la República».

## **3. Carlos Conci**

Nacido el 18-3-1877, en Malé (Trento), profesó perpetuamente en 1897 en San Benigno Canavese y murió en Rosario (Argentina) el 19-11-1947.

Jefe de la tipografía, se encarga también de los antiguos alumnos y se dedica a las cuestiones sociales, como dirigente y organizador. Fundó diarios y revistas para difundir el pensamiento cristiano en materia social; siempre fiel al magisterio del Papa. Fue llamado el «Ketteler de la Argentina».

## **4. Juan Bautista Ugetti**

Nacido el 1-1-1886, en Susa (Italia), profesó el 20-10-1932 en Palestina y murió el 18-11-1965 en Belén.

Segundo de doce hermanos, tuvo que dedicarse al oficio de panadero para ayudar a su padre; a los pobres les daba pan y cariño. Terminada la guerra europea y arreglada la situación familiar, entra en la Casa misionera de Ivrea en 1930, para hacerse salesiano y misionero. Va destinado a Palestina, a Belén, donde será panadero. Hombre de profunda vida interior, queda

ciego y paralítico («las dos grandes gracias de la Virgen»): el «ciego de las vocaciones».

#### **5. José Fermín Corso**

Nacido el 17-7-1899, en Valencia (Venezuela), profesó en Mosquera (Colombia) el 17-1-1921 y murió en Caracas el 4-1-1935.

Desde niño siente fuertemente la vocación; hubiera deseado ser sacerdote. Fue un estupendo educador por medio de la escuela —se llamaba «el Maestro Corso»—, el Oratorio, la catequesis, la entrega a todos con gran espíritu de servicio. Su predilección, la catequesis y la preparación de los niños para la primera comunión.

#### **6. Jacinto Pankeri**

Nacido el 27-4-1857, en un pueblecito cerca de Trento, profesó el 31-8-1889 en manos de Don Miguel Rúa y murió en la misión de Méndez (Ecuador) el 10-4-1947.

De joven había sido albañil y maestro. Admiraba el sistema educativo de Don Bosco y se hizo salesiano, marchando a las misiones del Ecuador. Allí se revela como un gran genio: constructor, ingeniero..., levanta casas e iglesias, plantas de electricidad y el acueducto de Quito; hacia el fin de sus días, el puente sobre el río Paute, de casi cien metros de largo, con cables de acero. Sufrió la expulsión de los demás Salesianos del Ecuador; él permaneció y defendió el honor de la Congregación. También sufrió intensamente en su interior por otros motivos. Fue verdaderamente un enamorado de la Congregación.

#### **7. Vicente Huambutzara**

Nacido en 1920, en Chiviaza (Ecuador), hijo del cacique de Indanza, profesó el 2-11-1947 y murió en accidente de aviación el 9-5-1949.

Es el primer Salesiano jíbaro o shuar. Se convirtió de sus costumbres salvajes y se amansó imitando a Jesucristo. Una vez convertido, permaneció fiel y pidió ser Salesiano. Aprendió carpintería. Era servicial y ayudaba mucho a sus paisanos, los jíbaros.

## **8. Francisco Fernández**

Nacido en Béjar (Salamanca), el 4-4-1891, frecuentó el colegio salesiano y profesó el 13-9-1910 en Carabanchel y murió en el Brasil el 23-12-1977.

En 1922 marchó para el Brasil, entre los bororos. Con ellos hacía de todo: profesor, músico, administrador, meteorólogo, agricultor. Participó en exploraciones; estuvo a punto de ir acompañando a los padres Fuchs y Sacilotti, cuando fueron asesinados por los chavantes en Río das Mortes. En otras expediciones con el padre Colbacchini, logró la amistad y el comienzo de la conversión de esta tribu. Nunca volvió a España desde su ida en 1922: «Mis parientes son mis indios chavantes».

## **9. Gaspar Mestre**

Nacido el 10-3-1888, en Forcall (Castellón, España), profesó en Sarriá el 8-9-1905 y murió allí mismo el 14-1-1962.

Entró en la Casa de Sarriá a los doce años; le entusiasmaba la vida salesiana y pidió entrar en la Congregación. Fue un gran dibujante y se especializó en el arte de la talla. Son incontables sus obras maravillosas, retablos, estatuas, muebles... En la guerra civil española logró evitar el incendio de la Casa de Sarriá, en el primer momento.

## **10. José María Sabaté**

Nacido el 9-3-1887, en Sabadell (Barcelona), profesó el 30-8-1905 en Sarriá y murió el 23-12-1962 en Vigo.

Tenía nueve años cuando comenzó a estudiar en la Casa de Sarriá; se empapó del espíritu de la Congregación y se hizo salesiano. Fue un gran educador, propagador de la devoción a María Auxiliadora, alma de los Oratorios festivos de Madrid-Atocha y Vigo. Recibió varias condecoraciones oficiales. Fue muy querido y admirado por todos.

## **11. Pedro Martínez**

Nacido el 14-5-1896, en Zaragoza, profesó en Carabanchel el 25-7-1915 y murió el 14-8-1981 en Barcelona.

En 1908 entra en los Talleres de Sarriá y aprende el oficio de cerrajero. Fue un artista renombrado en el arte del hierro, con obras estupendas. Se mantenía al día, leyendo y estudiando; dejó escrito el «Manual de Cerrajería». Gran educador, los alumnos le admiraban por su profesionalidad, competencia, dotes pedagógicas, preocupación por su formación humana y cristiana. Un gran religioso, de recia espiritualidad, siempre sereno y servicial.

## **12. Elías Esteban Daganí**

Nacido en Bagolino (Italia), el 9-4-1904, comenzó el noviciado en Arequipa (Perú) el 29-1-1925 y murió en accidente el 26-5-1925.

Muy piadoso y de buen carácter, en su juventud leía mucho; del «Boletín Salesiano» y revistas misioneras surgió su vocación. Se sentía feliz en la Casa de aspirantes misioneros de Ivrea; hacía de zapatero, panadero, carpintero, recadero... Y marchó al Perú. Un accidente en la vía férrea segó su vida que tanto prometía.

## **13. José Bonelli**

Nacido el 20-3-1870, en Vicoforte (Cúneo, Italia), profesó el 3-10-1891 en Valsalice con profesión perpetua y murió el 28-8-1936 en La Paz (Bolivia).

Pasó una juventud virtuosa y entró en el Oratorio cuando aún vivía Don Bosco (22-10-1883). Aprendió carpintería. Hizo el noviciado en San Benigno y marchó para Bolivia. Músico, validísimo para mil cosas, se dedicó a preparar las Casas y la fundación de la primera Escuela Profesional de Bolivia, en La Paz. Dirigía taller y Oratorio, enseñaba canto y música instrumental. Solía decir que las prácticas de piedad no son deberes, sino derechos del religioso. Pasó una larga y dolorosa enfermedad, con gran serenidad ante la muerte.

## **14. Gumersindo Cid**

Nacido en Coira-Allariz (Orense), el 15-8-1883, profesó en San José del Valle (Cádiz) el 4-9-1913 y murió el 22-9-1976 en Shillong (India).

La misión del Assam comenzó con la expedición en que iba él con Don Luis Mathías, en 1922. ¡Una misión fecundísima! El lo dio todo, desde irse sin despedirse de su familia, hasta todas sus cualidades de zapatero, catequista, director de escena... Ha sido el último de aquella expedición en morir. Amó y rezó mucho por las vocaciones.

#### **15. Antonio Tarable**

Nacido en Cúneo, el 5-5-1855, profesó en Valsalice (la última profesión que recibió Don Bosco) el 2-10-1887 y murió el 31-3-1935.

Labrador de joven, muy virtuoso, fue presentado por su párroco a Don Bosco. Una vez profeso, marchó con Don Fagnano a Tierra del Fuego. En Punta Arenas y en la Isla Dawson fue un «factotum», sacrificadísimo y generoso: vaquero, carpintero, agricultor... Fue elegido como miembro para el Capítulo General de 1904. Bastaba que le hablasen de Don Bosco para echarse a llorar emocionado.

### **1. JOAQUIN DALMAU, «EL MAESTRO»**

¡Qué figura tan completa de Salesiano Coadjutor ofrece la Inspectoría de Sevilla, en los orígenes mismos de su fundación, en la persona del maestro Dalmau!

Había nacido en Tortosa (Tarragona) —31 de enero de 1882—, donde el Ebro enriquece al Mediterráneo con las imágenes del Pilar que trae de Zaragoza. Su padre es naviero; su madre, una santa mujer, fuerte para el dolor y profundamente cristiana.

Joaquín recibe de sus padres la vida de la fe, que crece día a día con sus buenos ejemplos y con la lectura de vidas de santos; así despunta en él el ansia de ser misionero: sólo cuenta siete años. No pierde tiempo; a los ocho ya se encuentra en el Seminario Menor de Tortosa dispuesto a estudiar para sacerdote.

#### **Le entusiasmaron los Coadjutores**

El mar, muchas veces apacible, otras es cruel. El barco «San Jorge», capitaneado por su padre en busca de pesca-

do, se ve zarandeado y hundido; parece la tripulación. Joaquín comienza a gustar el sufrimiento de la vida humana. Su madre hace frente a la situación económica en que ha quedado, precaria, pues el barco servía de aval para la adquisición de material y pago de los obreros. Vende tierras, paga deudas y sabe acomodarse a una vida social más pobre. El chico sale del Seminario para ayudarla.

En Barcelona vive un hermano de la viuda Dalmau; y a él acude. Con toda la familia se traslada a vivir en Barcelona. Joaquín entrará en los talleres de Sarriá, que dirigen los Salesianos desde 1884. Estamos ya en 1898.

La estampa primera de Sarriá nunca se borrará de los ojos de Joaquín: tantos jóvenes, alegres, con unos Superiores que siempre estaban con ellos, la acogida del Director a su madre y a él... Y se estipula el contrato: el muchacho se quedará en Sarriá gratuitamente y su madre se lo ofrece al Director para lo que él quiera. Ella concluye con estas palabras: «Hijo mío, que seas bueno y obediente a cuanto exija el Padre de ti. A ver si logras que yo llegue a ser un día la madre de un santo».

Funcionan en Sarriá tres secciones: *artesanos* —artes gráficas, madera, hierro, vestido—, *estudiantes* —primera enseñanza y bachillerato— y los «*Hijos de María*» —aspirantes a salesianos—.

No resulta fácil para el recién entrado, con casi diecisiete años, el primer examen; va retrasado en estudios. Y va gustoso a la sección de artesanos, comenzando con el oficio de encuadernador.

La vida de aquella Casa le encanta. Ni siquiera en el Seminario de su ciudad había visto unas misas tan bien oídas, una frecuencia tan grande de comuniones, tanta comodidad para las confesiones; una vida de familia en que los Superiores y los alumnos hasta juegan juntos en el patio; la posibilidad de ir al despacho del Director para conversar con él... Tanto que renació en él la vocación de consagrado al Señor, no ya para misionero, sino para la juventud obrera. ¡Le ha impresionado la noble y simpática figura de aquellos que llaman Coadjutores y quiere ser como ellos! Con esta ilusión en su alma pasa a la sección de los Hijos de María y pone todo empeño en superar dificultades con gran tesón y constancia.

«Señor Director —le dice un día—: Si usted quisiera permitirme, en vista de que ya conozco bastante bien mi

oficio, que me aplicase a aprender un poco otros, siquiera para iniciarme y hacerme más apto y ser el día de mañana más útil...». «Con gusto, con tal de que ello no sea en perjuicio de tu especialidad, ni de tu vida espiritual, ni de tu salud.»

De este modo, el que un día será «El Maestro» pasa por todo el ramo del libro —cajas, máquinas, encuadernación—, luego recorre la cerrajería —lima, forja, motores—, con el fin de prepararse para ser en el futuro mecánico y buen jefe de talleres.

## **De Barcelona a Sevilla**

España cuenta todavía con una sola Inspectoría. Los novicios se forman en Sarriá. El año de Dalmau, los novicios clérigos residen en San Vicente dels Horts y los Coadjutores en Sarriá. Si el maestro de novicios, Don Antonio Balzario, vive en San Vicente, los Coadjutores disponen de Don Juan Tagliabúe, aunque Don Balzario va todas las semanas a Sarriá para el «coloquio» con cada uno de los novicios. Treinta Coadjutores hacen el noviciado, comenzado el 12 de junio de 1898. Al final del mismo, suelen ir destinados a las Casas, donde posteriormente hacen los votos.

El Sr. Inspector, Don Felipe Rinaldi, ha ido a Turín para resolver la creación de nuevas Inspectorías en España; a su regreso, se hace la división de la única Inspectoría en tres: la Tarraconense (Barcelona), la Céltica (Madrid) y la Bética (Sevilla). Es el año 1902. Con la división de las Inspectorías, lógicamente ha de hacerse la distribución de los novicios. Dalmau va destinado a la Bética, y concretamente a las Escuelas Profesionales de Málaga, obra popular que acoge a muchachos huérfanos.

El carácter andaluz, abierto, simpático, agudo, encanta a Joaquín. El se entrega al taller, juega en el patio con los chicos, sabe encontrar el momento oportuno para decir una buena palabra o dar el consejo adecuado; funda la banda de música que da al colegio mayor notoriedad, pues la ciudad y los pueblos la solicitan con ocasión de sus fiestas religiosas. Cuando algún músico se enferma y no puede participar, Dalmau se prepara la noche anterior y logra sustituirle.

La sede inspectorial, Sevilla, está en pleno desarrollo

y necesita buenos SC para su crecimiento. Dalmau tiene que trasladarse a Sevilla, con harta pena de los huérfanos malacitanos. Y va a ampliar los talleres. Comienza por la encuadernación, que atrae pronto a numerosos alumnos; sigue con todo el proceso del libro, perfeccionando la producción y consolidando la librería y la editorial, fundadas por Don Pedro Ricaldone. Crea nuevos talleres, como el de cerrajería y forja, que más tarde se convertirá en mecánica.

Como buen salesiano, no se contenta con esto: se ofrece para ser el despertador de la comunidad, abre la iglesia —la llave está siempre en su poder—, reza a solas antes de que lleguen los demás; y, en todo momento, es el hombre disponible, el «factotum». «He de ir todos los días a la cama —escribe en sus propósitos— rendido de cansancio; y, cuando no sea así, me acusaré de ello y daré cuenta a mi Director como de una falta grave.»

Culmina esta etapa con la profesión perpetua, el 19 de septiembre de 1905. La primera trienal la hizo en Utrera, el 23 de agosto de 1902.

### **Salesiano enciclopedia y a tiempo completo**

No ha cumplido aún los veinticuatro años; ya es de Dios para siempre; y quiere vivirlo en plenitud. Le entusiasma su vocación de SC, con la que dispone de tantas posibilidades para hacer el bien a la juventud obrera. El maestro Dalmau sirve para todo: es tipógrafo, editor, librero, administrador, cerrajero y mecánico; estudia los datos para la nueva instalación de agua en toda la Casa; arregla el reloj electromecánico de la torre; enseña música instrumental y vocal; ensaya teatro, cuelga los decorados, prepara los juegos de luces, prueba el vestuario, caracteriza a los actores, apunta los papeles cuando él no sale en escena; se encarga de los deportes de los muchachos, de las excursiones; no falta a los paseos con ellos...

Alguna temporada hace de enfermero, sobre todo con los más ancianos y con el clérigo ciegucecito José Freixas.

Considera el Oratorio festivo como lo más característico salesiano, la obra preferida por Don Bosco. El de Sevilla tiene todos los días festivos un catequista en el maestro Dalmau, un animador de la piedad, un organizador de los juegos, un director de escena, un maestro de canto.

En los veranos, las colonias. Fuenteheridos no puede olvidar al Sr. Dalmau. Cuando no hay sacerdote, él da el catecismo, organiza la procesión de María Auxiliadora, da las «buenas noches», habla con los niños, con los ayudantes; se preocupa de todo, desde la comida al horario. Uno de aquellos buenos colaboradores recuerda, tras haberle oído unas «buenas noches» sobre la presencia de Jesús en el Sagrario: «Así llegué a comprender plenamente que el móvil de aquel dinamismo incansable de Don Joaquín era la vida interior que enardecía su espíritu. Su oración por la mañana, practicada con verdadera convicción de su valor, y sus continuas visitas, plenas de recogimiento y compostura, acabaron de convencerme de que sus palabras de aquella noche no eran un tópico ocasional, sino una realidad vivida».

Para los antiguos alumnos conserva todo el afecto con que se les ha educado en el colegio. En momentos de crisis de la Asociación, crea para ellos un orfeón y una orquesta, cosechando grandes triunfos en aquellos lejanos años de 1920 a 1930; representa con ellos funciones teatrales de la Galería Dramática Salesiana, como «Los dos Sargentos», «Los molinos de Roma», «Hay Providencia», «La casa de la fortuna»... y las zarzuelas «Los dos ciegos», «La marcha de Cádiz», «El maestro Canillas»... y los simpáticos sainetes, como «El terrible Pérez»... Con todo ello ofrece a los ex alumnos un medio muy salesiano y muy andaluz, que los une y les facilita una mayor formación. Inaugura para ellos círculos de estudio, da conferencias sobre Domingo Savio —¡aquellos Círculos de Domingo Savio, verdadera escuela de dirigentes!—, prepara las Horas Santas y las Vigilias de María Auxiliadora y de la Inmaculada y otras fiestas y veladas...

Comprende la importancia de la Asociación de Padres de Alumnos, como colaboradores en la educación de sus hijos, y trabaja en ella con sumo interés.

Asume la dirección del Colegio Salesiano de Utrera, cuando en los difíciles años de la República española, no se permite que los colegios estén en manos de «curas ni frailes»; es nombrado Secretario técnico del colegio, y lo salva, con la Junta Directiva, de caer en manos ateas.

Todo este cúmulo de cualidades y actividades no turba la serenidad del santo Coadjutor; él sabe conservarse sencillo y fiel, valiente y humilde, emprendedor y obediente. Tiene su secreto: es un hombre de Dios, de gran espíritu

de oración, de vida interior, de amor a Jesús Sacramentaldo y a la Virgen Auxiliadora, de total confianza en sus superiores, de sacrificio... «¡Cuán hermoso es el cielo por la salvación de las almas! —deja escrito en sus notas—. Tú, Joaquín, no descanses nunca para que no digan que trabajan más los malos que los amigos de Dios. Las dos banderas están desplegadas; procura tú que la de Jesús sea conocida y practicada».

### **Corazón salesiano**

Todo lo salesiano encuentra eco en su corazón; es lo suyo, desde joven. Tiene la suerte de visitar *los lugares de Don Bosco* —Turín, I Becchi— y recibe el impacto saludable de personas, locales y objetos que tuvieron contacto con el Santo. Los Superiores le hacían comer en su refectorio: allí estaban Don Miguel Rúa, Don Felipe Rinaldi, Don Pablo Albera, Don Juan Bta. Lemoyne... y él, confundido de tanta amabilidad. Visita también Roma y se emociona en la audiencia del Papa y visitando las catacumbas.

El año 1929 se inaugura en Sevilla la Exposición Iberoamericana, en el Parque de María Luisa, con la participación de España, Portugal y veinte naciones americanas. Al término de su visita, cuando le preguntan qué es lo que más le ha gustado, responde: «¿A mí?... Dos cosas: el salón destinado a nuestras Escuelas de Sarriá y las colecciones exóticas de nuestros misioneros de Macao».

Obsesión permanente del maestro son las vocaciones, particularmente de Coadjutores. Su convicción de la necesidad de buenos Coadjutores para la educación cristiana de los obreros le mueve a buscar, animar, cultivar estas vocaciones. La Casa Inspectorial de Sevilla llega a hospedar una docena de aspirantes Coadjutores —como él había visto en Sarriá— y él los cuida, los acompaña, los lleva de paseo, les distribuye las ocupaciones, vela por ellos en los talleres, les habla y les da clases de catecismo. Divulga la hojita «El Coadjutor» entre los jóvenes. Y sueña con un Aspirantado en regla para los Coadjutores.

### **«De lo de Dios, cuanto más, mejor»**

Los años le han envejecido; padece algunos achaques y tiene que pasar días enteros en la cama. Si se siente algo

mejor, se levanta y corre a los talleres. Se le traslada a San José del Valle, lugar más fresco, al lado de los novicios. Allí hace un gran bien a los futuros salesianos, con su ejemplo y sus palabras que respiran salesianidad aquílatada.

El Director le dice que todos los días le dará la Bendición de María Auxiliadora; y él contesta: «De lo de Dios, cuanto más, mejor». «Rece por las vocaciones.» «Ya lo hago, Padre, ya lo hago; y Dios sabe con cuánto cariño.»

Se le comunica la gravedad de su enfermedad. «Usted sabe mejor que yo el estado en que me encuentro. Estoy dispuesto a todo y sólo deseo que se cumpla en mí la santa voluntad de Dios.»

Luego, en su silencio, sonrío cuando se le susurran los nombres de María Auxiliadora y Don Bosco.

«Adiós, me voy... ¡Madre mía!...»

Y pasó al cielo, con Don Bosco, el hijo santo de la viuda de Tortosa. Era el 8 de agosto de 1941.

## **2. SANTOS MANTARRO, CONSTRUCTOR EN LA CASA DEL PADRE**

En la 61.<sup>a</sup> expedición misionera salesiana, parte hacia la India este buen SC, nacido en 1890, en Sicilia, y salesiano en 1920.

Le han dicho a Mons. Mathias, Obispo de Shillong (India) que este salesiano laico de casi cuarenta años —sin estudios particulares, pero con enorme inteligencia natural— sabe hacer de todo; y el Obispo le va a poner a prueba.

Corre el año 1929: hace falta construir una iglesia para la misión de Jowai (a 64 Km. de Shillong), de cemento armado para que resista a los terremotos y a las voracísimas hormigas blancas.

Santos Mantarro se remanga los brazos y acomete una empresa realmente ímproba: no hay carretera suficiente para el transporte del material; hay que llevar todo a hombros y a lomo de mula a través de la floresta. El no conoce todavía la lengua local khasi, no conoce el inglés, sólo sabe hablar decentemente el siciliano; pero habla con las manos y con el ejemplo; se pone a la cabeza del grupo de indios khasi que le ayudan y trabaja más que nadie. Mons. Mathias les ha dado la consigna para fabricar los

ladrillos: se llena con las manos, se prensa con los pies, luego se pone al fuego y el bloque está hecho. Tres años dura el trabajo; al fin, la iglesia de tres naves —único edificio en mampostería en muchos años por aquellas tierras— ha quedado verdaderamente bonita, los khasis dicen «hermosa como el paraíso».

Sí, Santos Mantarro es un fenómeno, sabe construir; y su llegada a la India es una providencia, porque, mientras tanto, la catedral de Mons. Mathias se ha incendiado; el fuego la ha devorado.

El daño material es mínimo, porque lo que se ha quedado ha sido un montón de madera; sólo que aquel montón de madera era la catedral de Mons. Mathias. Un ingeniero ha trazado ahora el nuevo proyecto de material sólido y Santos Mantarro con sus ayudantes khasi lo llevará a realidad, detalle a detalle, bloque a bloque.

### **Más importante que plantar coles**

¿Cómo le ha venido la idea, a este campesino de Sicilia, de hacerse salesiano y de ir con los salesianos hasta el fin del mundo? De muchacho ha dejado pronto los libros por el trabajo del campo y ha crecido sano y robusto. Un día llega a su pueblecito —San Fratello— durante una de sus peregrinaciones apostólicas, un predicador famoso en Sicilia: el pintoresco y fogoso salesiano Don Fasulo. Habla a la población con vehemencia pentecostal, y Santos, muy atento, decide que en su vida ha de hacer algo más importante que plantar coles. También él se hará salesiano.

Dicho y hecho. Entra en la casa de formación de San Gregorio; pero antes de militar en las filas de Don Bosco tendrá que hacerlo en las del ejército: dos años de servicio militar, luego vuelve a San Gregorio para hacer el noviciado. Ni tampoco ahora: estalla la guerra de Libia y a él le toca partir. Al final, vuelve y comienza de nuevo el noviciado. Tampoco ahora: estalla la primera guerra mundial y la patria tiene otra vez necesidad de él.

Santos toca bien la corneta, le ponen en la banda de la división; la banda recorre la zona del frente para animar a los soldados. Un día se encuentran rodeados del enemigo —«ta-pum» por todas partes—, es preciso rendirse; y acaban todos prisioneros en Alemania. Santos ha perdido

todo menos la corneta y, según las órdenes recibidas, continúa salesianamente alegrando a los soldados.

Finalmente, llega la paz. Cumplido su deber por la patria terrena, es hora de militar en serio por la patria celeste. El noviciado, la petición para ir a misiones, su destino para Shillong... donde ha ardido la catedral.

Después de la catedral, hay que levantar el Estudiante para los salesianos jóvenes en Mawlai. Tampoco aquí hay caminos y falta hasta el agua; pero él ya sabe expresarse en una mezcla de lengua siciliano-khasi y logra construirlo. Después, otras ocho iglesias (entre las cuales la de Cherrapunjee, la localidad más lluviosa del mundo), el hospital de Shillong y muchas escuelas y residencias misioneras.

Tiene buena salud y gran resistencia a la fatiga. Comienza su jornada salesianamente con la misa y meditación antes de la salida del sol; dedica mañana y tarde a las construcciones. Terminado el trabajo, llega la hora del Oratorio. Una nube de muchachos impacientes espera su llegada: juegos, teatros, ensayos de gimnasia, canto, catecismo. Oraciones de la tarde y unas largas «buenas noches»; luego, los muchachos se van gritando su cordial «khublei», hasta mañana. Toma un bocado y vuelve al Oratorio, donde ahora le esperan los jóvenes y los adultos, y la banda.

### «Pienso»

Llama la atención su erudición. «Santos —le preguntan— ¿cómo haces para saber tantas cosas?» Contesta inocentemente: «Pienso».

Pero asombra todavía más cómo logra unir los corazones. Los muchachos le quieren a rabiar; luego crecen, se hacen hombres, se casan y él sigue siendo elemento vital en sus existencias, estrechamente emparentado con todos.

Su habitación es un cuchitril de chamarilero, abarrotado de mil cosas útiles en mil circunstancias diversas y sin el más pequeño confort. Se viste con las ropas que mandan de Europa para los pobres, todas de segunda mano, y las remienda con trozos de segunda mano. No es capaz de gastar para él ni un céntimo. En sus cuarenta y dos años

de la India no ha vuelto ni una sola vez a su antigua patria. Pero... ¿qué patria? El se siente ya indio.

Y cuando brota la segunda guerra mundial, le tratan como a un indio. Los otros misioneros italianos son internados en el campo de Dohra Dun; las autoridades hacen con él una excepción y le dejan libre. Pasada la tempestad, vuelve a construir. En 1971 le llaman al Consulado italiano de Calcutta para decirle que el Presidente de su patria lejana le ha nombrado «Caballero de la República».

Un día de fiesta, Santos se encuentra en la iglesia para dar culto con los demás al Señor. Se siente mal, se desmaya, mientras un hilo de sangre sale de su boca. Le llevan urgentemente al hospital de Calcutta y el diagnóstico es tremendo: un tumor se ha apoderado de su pulmón derecho, hay que operar de urgencia. La intervención es desesperada; en un momento el corazón deja de latir; pero el quirurgo logra reactivar la circulación. Santos deja en la sala operatoria su pulmón enfermo y, con el que le queda, se pondrá de nuevo, dentro de poco, a construir las iglesias de la India.

Hay que terminar la catedral de Shillong, con sus ampliaciones laterales; y él quiere hacerlo. Se da cuenta de que el tiempo le va a faltar, pero llega a ver cubiertas con el techo las partes nuevas. Luego le conducen al hospital, a «su» hospital de Shillong. Dos horas antes de morir todavía da sus últimas instrucciones sobre los trabajos que quedan por hacer. El domingo 1 de agosto de 1971, siete mil personas, todos amigos suyos, le acompañan al cementerio cristiano. Santos Mantarro, constructor en la Casa del Padre. Era uno de esos hombres que el buen Dios manda de vez en cuando a la tierra para enseñar a los demás el uso de las cosas de aquí abajo, para construir una escalera que conduzca hasta allá arriba.

### **3. CARLOS CONCI, EL KETTELER DE ARGENTINA**

Hubo en Alemania —Maguncia— un obispo famoso por sus batallas sociales. Hasta su nombre sonaba a guerrero: Wilhelm Emmanuel von Ketteler (1811-1877). Eran los años de Marx y él saltó en defensa de los desheredados, con la pluma y la acción. El Don Carlos de quien hablamos aquí, apellidado Conci, se mereció el sobrenombre de «Ketteler de Argentina» por sus luchas en el campo so-

cial. No era Obispo ni tampoco sacerdote: era un Salesiano Coadjutor. Su aspecto presentaba una mandíbula robusta como de luchador fuerte, pero sus ojos despedían una luz dulce y sus labios se abrían a una sonrisa pícaro y cordial.

### **Objeto de preocupación: la miseria**

Nace el mismo año en que muere Ketteler —el 18 de marzo de 1877— y recibe el bautismo el mismo día de su nacimiento. En su familia, la fe se toma en serio; tres sacerdotes y un Cardenal patriarca de Venecia son parientes suyos.

De muchacho trabaja como tipógrafo y tiene la intención de hacerse capuchino. La lectura de los «*Cinco lustros de historia del Oratorio*», donde se narra la epopeya de Don Bosco, le decide a entrar como SC en la Congregación Salesiana.

Profesa en 1897 y le dijeron: «Hacen falta maestros de taller». Y él se convierte en maestro de taller. Sueña con partir para las misiones y parte ese mismo año —él ha cumplido los veinte— para la Argentina.

El Colegio «Pío IX», de Buenos Aires, le recibe como jefe de las artes gráficas. Clases, trabajos y, naturalmente, los fines de semana, los Oratorios festivos de la periferia. De noche, a robar horas al sueño para estudiar.

Le preocupa la miseria que él ve a su alrededor cuando recorre los barrios pobres. Toma parte en reuniones en que se debaten los problemas sociales, busca libros para comprender las causas y los remedios; libros que presentan la «doctrina social de la Iglesia», que él va haciendo suya.

En 1907, el Director del Colegio, Don Luis Pedemonte, le confía la animación de los ex alumnos. Carlos acoge el encargo como una misión y les organiza ejercicios espirituales, peregrinaciones, colonias de verano, deportes... Y, sobre todo, los arrastra tras de sí en su preocupación social.

Monta una biblioteca especializada en cuestiones sociales y, luego, los va lanzando a la acción. Como primer compromiso, sencillo, les propone la difusión de la buena prensa en gran escala. La comunidad italiana de Buenos Aires, numerosísima, suele leer un semanario anticlerical

que llega desde Italia: «El Asno», que —dice su cabecera— «Rebuzna los domingos». ¿Qué hacer? ¿Dejarle rebuznar impunemente? Mas he aquí que en Bolonia aparece otro semanario, «El Mulo», igual pero opuesto al anterior, como se lee en el subtítulo: «Semnario anticanallesco».

Carlos lo hace llegar de Italia y lo difunde por kioscos y amistades: cinco mil copias. Y se dice de él que es «el hombre que introduce en Argentina cinco mil mulos por semana». En su imprenta edita un suplemento que añade a cada copia de «El Mulo», con el nombre de «La Semilla».

Con la biblioteca como base, crea un «Centro de estudios sociales», para preparar a los más decididos y capaces a dar conferencias y celebrar comicios en teatros y plazas. En 1908 se funda en el país la «Liga social argentina», destinada a «organizar a los católicos». Dos años después se le pide a Carlos que la instituya en su zona: llegará a ser uno de los centros más activos.

### **En español macarrónico con acento napolitano**

Carlos —Don Carlos— sufre por el estado de abandono espiritual e intelectual en que se encuentran los emigrantes italianos; juzga necesaria la creación de un periódico. Lanza la idea en 1912, la ve bien acogida. Las negociaciones no son breves ni fáciles; pero se llega a fundar una sociedad, de la que él pronto será vicepresidente. Consigue la maquinaria y dedica al periódico todo su tiempo libre. Sale en 1913, con el título de «Italia», en lengua italiana, «diario político de la tarde». Nunca tendrá mucha tirada y la primera guerra mundial le pondrá en crisis y acabará matándolo. Con tristeza de Don Carlos, porque se ha entregado a esta tarea en cuerpo y alma.

Entre tanto, van tomando mayor auge los «Círculos Obreros», en el campo de las asociaciones católicas. Fundados en 1892, tienen ahora un nuevo jefe en el sacerdote De Andrea, capaz de reanimarlos. Don Carlos, que no acaba de ver clara la «Liga social argentina», comienza a colaborar con los Círculos Obreros.

Un día el P. De Andrea le propone dar una conferencia. No acepta: se siente impreviado, no apto para hablar en público. Su *cocoliche* —español macarrónico con acento napolitano— habría hecho reír a la gente. Al fin, tiene que aceptar. Su primer discurso no es gran cosa,

pero el segundo le sale bien y, desde entonces, no se volverá a acobardar. El dispone de lo más importante: muchas cosas que decir y un gran fuego dentro.

En 1915, Mons. De Andrea —ya es Monseñor— le propone un cargo directivo en la Junta Central de los Círculos Obreros. El confiesa que tiene que oír a sus Superiores. Desde Turín —centro de la Congregación— se le da vía libre, con la exhortación a desempeñar bien su parte. Don Carlos se ve obligado a dejar su escuela tipográfica, donde se encuentra tan a gusto entre sus muchachos, para comenzar a aprender el difícil oficio de dirigente.

Mons. De Andrea le confía la presidencia de la «Comisión de acción social y propaganda»; él se mete de lleno a consolidar las estructuras de la organización, a potenciar el sistema mutualista entre los socios, etc. Funda nuevos entes e interviene con valentía en las duras luchas de aquellos años difíciles.

Huelgas y manifestaciones turban el país. Y él se mezcla entre la gente para oír y hablar. Otro joven sacerdote, el P. Dionisio Napal, ha creído conveniente dar nueva vida a las «Conferencias populares itinerantes». La primera se tiene en un barrio peligroso: Avellaneda. Al principio no hay nadie en la plaza, a pesar de que la banda del colegio salesiano ha venido a tocar con todas sus fuerzas. Pero luego la gente ha ido acudiendo y, el día siguiente, hasta los periódicos menos favorables deben reconocer el éxito de la empresa. Y, tras la primera, otras y otras...

## **Don Carlos tenía una brújula**

¿Cuál es su secreto? Una brújula. En aquellos años, el debate ideológico está al rojo vivo. Los católicos deben medirse con dos fuerzas extremas, potentes y en contraste entre ellas: por un lado, el liberalismo capitalista con sus conexiones con la masonería; por otro, las fuerzas agresivas marxistas con sus consecuencias anárquicas. Pero lo peor es que hasta los mismos católicos se hallan divididos entre sí y Don Carlos se ve obligado por las circunstancias a escoger entre las diversas facciones. Menos mal que, en medio de tantos escollos, su navegación procede segura; y es que dispone de una brújula infalible: la palabra del Papa, el conjunto de principios que constituyen la llamada «doctrina social de la Iglesia».

En sus lecturas privadas ha leído y releído los documentos pontificios, los discursos y las encíclicas de los Papas; ha sabido entresacar los puntos fundamentales y se sirve de ellos como orientación personal y como guía para los demás, para los jóvenes que crecen a su lado y que aprenden de él.

En 1920, Don Carlos es elegido presidente de la Junta Central de los Círculos Obreros. Tres años antes, los Obispos argentinos han decidido unificar todos los movimientos católicos en la «Unión Popular Católica» —que más tarde dará los mejores hombres de Acción Católica— y Don Carlos ha apoyado plenamente tal proyecto.

Mientras tanto, sus compromisos siguen creciendo: al trabajo normal de la organización y de las conferencias, se añaden artículos y opúsculos; es director, algún tiempo, del diario católico «El Pueblo». Pero sufre viendo que no se logra la unidad de las fuerzas católicas. Mons. De Andrea, ahora Obispo y puesto al frente de la Unión Popular, es consciente de las incomprensiones y de la enemistad de muchos hacia él. Muere el Arzobispo de Buenos Aires en 1923; el Gobierno argentino habría visto con satisfacción a Mons. De Andrea como su sucesor; pero la Santa Sede no resuelve y deja a Buenos Aires sin pastor durante tres años. Mons. De Andrea, para facilitar las cosas, presenta su dimisión y Don Carlos cree oportuno seguir su ejemplo.

Es un paso generoso y valiente, en aras de la deseada unión. Pero sus Superiores de Turín juzgan conveniente que Conci deje la Argentina y regrese a Italia. Se encuentra, en estos días, absorbido por la colecta nacional que servirá para levantar casas para obreros; recibe el mensaje, inclina la cabeza y se embarca para su patria. Sin duda, el año 1925 es «el año más amargo» de su vida.

Ese mismo año, para la «Séptima Conferencia Internacional sobre el Trabajo», en Ginebra, el Gobierno argentino logra que Carlos Conci le represente como su delegado oficial. Alguno espera de él una intervención polémica. Pero Don Carlos es un hombre maduro, un religioso convencido y se manifiesta con serenidad y competencia, repitiendo, como es costumbre en él, los principios de la doctrina de la Iglesia, con una adhesión plena al Papa y su magisterio.

Al final del año, puede regresar a la Argentina, su verdadera patria. Se le aconseja que trabaje sólo en la obra

salesiana, y él, obediente, se dedica a enseñar a los muchachos y a organizar a los ex alumnos.

En 1931 se conmemora en Roma el cuarenta aniversario de la encíclica «Rerum Novarum»: también para esta ocasión el Gobierno argentino logra mandarle como su representante. Esta vez es el Gobierno de Mussolini el que, recordando su postura en Ginebra, le tiene bajo continua vigilancia como si se tratara de un elemento peligroso.

## **Hasta la muerte**

El año 1934 Don Carlos da su aportación a dos celebraciones: el Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires y los festejos de la canonización de Don Bosco. El año siguiente funda la revista «Restauración social», de alto nivel, destinada a difundir el pensamiento cristiano entre las clases dirigentes. En 1937 deja Buenos Aires —su campo de batalla durante cuarenta años— y marcha a Rosario, donde el Cardenal Caggiano le espera con los brazos abiertos.

Se le confía una seria responsabilidad en la Acción Católica, mientras sigue dirigiendo su revista social. En 1947 ya contaba setenta años y permanece al pie del cañón. En Europa ha terminado la guerra mundial con consecuencias desastrosas, ciudades en ruinas, niños abandonados... Por encargo de su Cardenal, Don Carlos se afana en campañas para recoger medios en favor de los muchachos necesitados de Europa. La muerte le detiene en la mitad de su segunda campaña. «Siempre he deseado morir en una barricada, defendiendo al Papa y a los obreros. Creo que moriré en medio de una montaña de cajones que expedir, para ayudar a los pobres y al Papa.»

El historiador salesiano, Don Juan Belza, sintetiza así su vida: «Fue un organizador extraordinario de masas, un devoto incondicional del Papa y de sus enseñanzas, un intrépido defensor de los pobres y de la libertad». Y el ya citado, el joven y fogoso padre Napal, había dicho en una ocasión a los salesianos de Buenos Aires: «No sabéis qué tesoro poseéis en Don Carlos. Yo no dudo en llamarle el Ketteler de la Argentina».

#### **4. JUAN BAUTISTA UGETTI, PANADERO EN LA «CASA DEL PAN», EL CIEGO DE LAS VOCACIONES**

En Susa, cerca de Turín, existía, a fines del siglo pasado, una panadería a donde los pobres acudían de buena gana porque recibían gratis un pan reciente y una palabra amable. El dueño de la panadería, José Ugetti, formó en esta escuela de caridad cordial y concreta al entero ejército de sus hijos, nada menos que doce. Su segundo hijo, Juan Bautista, pronto comenzó a ayudarlo en cocer el pan, venderlo y darlo a los pobres con la sonrisa en los labios. Juan Bautista es despierto y activo. Ha aprendido a levantarse en el corazón de la noche y se ha hecho un buen panadero, «el primer panadero de Italia», dice con garbo y, a los excépticos, les explica que quien baja desde Francia por el valle, la primera ciudad italiana que encuentra es Susa y, por lo tanto, a él como primer panadero.

Desde niño, alumno de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, siente deseos de darse a Dios en la vida religiosa; pero tiene tantos hermanitos detrás de él que se ve en el deber de trabajar por ellos.

Ya llegará el día... ¡No puede sospechar cuántos años tendrá que esperar antes de ver realizados sus sueños; ni, mucho menos, prever su suerte de ir a amasar el pan junto a la cuna de Jesús, en Belén, nombre que en hebreo significa «Casa del pan».

#### **El momento de las decisiones valientes**

Sabe esperar la hora de Dios hasta los cuarenta y cuatro años —había nacido el 1 de enero de 1886—. Mientras tanto, pertenece de joven a la Acción Católica y es uno de los fundadores de la «Unión de Hombres Católicos» de su ciudad. La panadería funciona bien, la nidada de sus hermanitos va creciendo; pero el padre... José Ugetti muere en 1913; Juan Bautista tiene veintisiete años y viene a ser, de hecho y de derecho, el cabeza de familia.

Durante la primera guerra mundial ha de servir a la patria, con su gorro verde-gris y con la pluma negra de los soldados alpinos. Entre sus conmlitones desarrolla un apostolado sencillo, el del buen ejemplo, de la amistad, de la alegría. Entre sus papeles se ha encontrado una carta, amarillenta por el tiempo, que se remonta a los años trein-

ta. Dice: «A Juan Bautista Ugetti, hombre de Jesús. Te agradezco tu recuerdo. Sabía que querías entrar en una casa religiosa; sea cual sea tu decisión en el seguir la voz de Dios, siempre te acompañarán mis mejores deseos. Siempre te querré y rezaré por ti, amadísimo Bautista. Y tú no dejes de rezar por mí. Tu siempre buen amigo, el General».

El simple soldado Ugetti se había conquistado la amistad incluso de su general, amistad que duró años y años.

Juan Bautista se decide en 1930 a dar el gran paso. En ese momento, hasta sus hermanos más pequeños han salido del cascarón y son capaces de vivir por su cuenta. Les deja el gobierno de la casa y él se presenta al Director del Aspirantado misionero salesiano de Ivrea, poniéndose a su disposición. Ha puesto la mano en el arado y no piensa volver la vista atrás. Le entrega una buena suma de dinero, se deshace de la gruesa cadena de oro del reloj —«podrá servir para dorar los cálices»— y se compromete a no fumar más cigarros —¡Dios sabe con cuánto sacrificio!—. Todo con una sorprendente desenvoltura, como si no costase la renuncia, y pasó, de ser el dueño de una panadería, a encargarse de la huerta y de los animales de la granja.

Admitido al noviciado, es enviado a Palestina, a la tierra de Jesús y de María, como él solía decir, para prepararse durante un año a entrar en la Congregación Salesiana. Desde el día que pisó Cremisán, su casa de noviciado, su vida tomó un ritmo creciente de esfuerzo hacia la santidad. «Por su edad avanzada —escribe su maestro de novicios— Ugetti era un verdadero modelo: piadoso, trabajador, dócil... Novicio “pro forma”, porque las leyes así lo mandan; pero él ya poseía todas las cualidades del religioso observante».

### **En la «casa del pan»**

Profesa el 20 de octubre de 1932 y sigue en Cremisán como hortelano y repartidor, a las diversas comunidades religiosas y clientes de Jerusalén, del vino que se produce en el noviciado. El viaje a Jerusalén se hace siempre a lomo de asno o de mulo. Ugetti lo recorre rezando el rosario, cantando; en compañía, como él decía, de la Sagrada Familia. San José es su compañero predilecto de via-

je; nutre para con él una devoción del todo especial. Al regreso, rinde cuentas de todo a su Superior y se retira a la capilla, donde, absorto en oración, espera la llegada de la comunidad para la lectura espiritual y la bendición.

El 19 de octubre de 1935 profesa perpetuamente. Y, poco después, es mandado a Belén, la «casa del pan», para fabricar el pan que habrán de comer los huérfanos y la gente del lugar. Hasta 1954, cuando perderá la vista; pero seguirá allí hasta su muerte.

Es un período largo de casi veinte años de vigili- as, ora- ciones y apostolado. Y es que la gente acude a su horno no sólo para adquirir un pan exquisito, sino también atraí- da por su delicadeza y su caridad ingeniosa. Cuece el pan con rara habilidad y nunca deja de iluminar y caldear los corazones con un pensamiento de fe, con frases originales y agudas, en una lengua árabe no muy de acuerdo con las reglas gramaticales, pero siempre conformes con la regla suprema de la caridad que supera y manda en todo género de lenguas.

Quien se le acerca, nota en seguida que se encuentra delante de un hombre infatigable y con un corazón de enorme altura espiritual, que se alimenta de oración inin- terrumpida y de amor de Dios más que de pan material. La primera misa en la Casa salesiana se celebra a las cinco de la mañana y Ugetti llega a ella con el activo de varias horas de trabajo en la panadería. Estaba todavía en vigor la ley antigua y severa del ayuno eucarístico; y él todas las mañanas comulga después de haber estado varias ho- ras delante del horno en medio de un duro trabajo, a una temperatura entre los 30 y los 35 grados, sin haber bebido ni una gota de agua.

Luego, poco a poco, su salud de hierro se va debilitan- do. La vista se le torna cada vez más débil, hasta que en 1954, el Año Mariano, el 24 de septiembre —fiesta de la Virgen de la Merced—, pierde completamente la luz de sus ojos: ciego de improviso y para siempre.

## **El ciego de las vocaciones**

Ugetti llama aquella desgracia de la ceguera total «una gran gracia de la Virgen». No pierde el sentido del humor. Con finura y con decisión, declina la propuesta de volver a Italia para ponerse en manos de especialistas. «Cuando

entré en la Congregación —dice a sus Superiores— prometí a Don Felipe Rinaldi que no volvería a Italia. No tengo motivos para dejar de cumplirlo.»

Desde entonces se convierte en «el ciego de las vocaciones», como lo definió, con feliz expresión, Don Renato Ziggotti en una de sus circulares a la Congregación Salesiana; así se lo ha escrito Ugetti en una carta que el Rector Mayor cita en su circular. Todo lo ofrece por las vocaciones salesianas. Sigue levantándose a la misma hora y, con la ayuda del bastón, se dirige a la iglesia y se sumerge en profunda oración. Reza de día y de noche. «De noche no puedo dormir, pero estoy contento porque así tengo la posibilidad de rezar siempre.»

«Yo soy el mendigo de las gracias» —dice. Reza por todos los hermanos. Sabe de memoria los nombres de todos los salesianos de su Inspectoría, la del Medio Oriente, y reza por cada uno de ellos. Al comienzo de cada año procura enterarse de los cambios de personal y pone al día su larga lista impresa en la memoria, para poder llegar a todos con su recuerdo ante el Señor.

Y le sobreviene la «segunda grande gracia de la Virgen» —como él la llama— es decir, una artrosis deformante. Con la sonrisa en los labios asiste al triste espectáculo de sentirse deformando poco a poco, entumeciéndose sus miembros con la parálisis. Se trata de una tortura indecible y sin descanso, sin esperanza alguna de curación. Su oferta a Dios, tan sincera y total, ha sido grata al Señor. Ugetti, el panadero salesiano de Belén, el de las pupilas apagadas, el paralítico, el «ciego de las vocaciones», se está transfigurando y se levanta a una altura moral y espiritual que toca, sin duda, las cimas del heroísmo cristiano.

Un día, conversando con su Inspector, le dice: «Como Pablo, cegado en el camino de Damasco, así también yo, cuando vino Don Renato Ziggotti a esta tierra de Jesús, me puse de rodillas ante él, que era nuestro Rector Mayor, y él me dijo: Querido Ugetti, estás ciego, pero puedes trabajar y hacer más que nosotros. Te llamaremos “el ciego de las vocaciones”. Sí, lo soy, y me siento feliz con este título. Y no será un simple título, sino un compromiso sagrado. Mi alma tiene hambre y sed de Dios. Igual que para San Pablo, para mí mi vida es Jesucristo. Sufrir por El y con El en favor de su Iglesia y de su Vicario, para la salvación de las almas, es mi gozo y mi felicidad».

En otra ocasión: «Si el Señor me dijera: ¡Ven!, mi

respuesta sería: Aquí estoy, estoy preparado para morir, vengo en seguida».

El 17 de noviembre de 1965 recibe la comunión como viático; sonrío a todos y se despide: «Gracias. Ahora puedo morir contento».

Al día siguiente —18 de noviembre—, la gente de Belén clama con admiración: «¡Ha muerto el salesiano ciego! ¡Ha muerto el panadero santo!».

La Directora de «Caritas» suiza en Belén envía a los salesianos este billete: «¿Tengo que presentar mi pésame por la pérdida de este santo varón, o más bien mi felicitación?».

## 5. «EL MAESTRO CORSO» (JOSE FERMIN CORSO)

José Fermín Corso, venezolano, hubiera deseado ejercer el ministerio sacerdotal. Los destinos del Señor iban por otros caminos. Y «el Maestro Corso» quedará como modelo de SC, en su función docente y en la animación del Oratorio festivo.

Nace en Valencia (Venezuela) el 17 de julio de 1899. La familia ha emigrado de Italia llevando consigo el bagaje de las virtudes cristianas sinceramente practicadas. Son todos de constitución sana, trabajadores, consagrados al hogar, amigos de la iglesia. En la casa se vive el sentido de Dios. No por nada en aquella familia —por parte de la madre, María Devenz— se cuentan quince religiosos y sacerdotes.

### Comienza con un milagro... o casi

Jugando, de pequeño, con unos granos de maíz —nos lo narra su hermana Teresa, religiosa Sierva del Santísimo—, de pronto empieza a llorar y cuando mamá se da cuenta y le llama, él contesta: «No puedo, mamá, tengo un grano en la nariz y no quiere salir». Vienen los médicos, le observan, le aplican remedios y no aciertan. Pero el chiquillo sufre mucho de la nariz y respira mal. Hasta en la escuela sus compañeros se apartan de él, «porque le huele mal la nariz». Se encomienda a la Sma. Virgen, a San José y a San Antonio, para alcanzar la curación; hace los trece martes del santo de Padua y, el último día, dice

el niño con enorme fe: «Mamá, hoy San Antonio me va a hacer el milagro y me va a curar». Se pone a conversar con el Santo y estando en diálogo con él, sale el grano de maíz que ya llevaba cuatro años consigo.

Sueña siempre con el sacerdocio: hace altares y celebra misas; festeja a la Virgen en el mes de mayo; reúne a los niños del barrio y les repite el catecismo que aprende en su casa. Bajo el emparrado de su huerto coloca una gruta de Lourdes y fomenta el culto a la Virgen, rezando el rosario y haciendo novenas.

Su papá le enseña a ayudar a misa y se lo lleva todos los días a la capilla de las Hermanitas de los Pobres, como monaguillo. No tiene más que siete años; pero ya estudia latín con el capellán del convento.

Con la reforma litúrgica del Papa Pío X, el párroco busca el modo de mejorar el canto de su iglesia. Por fortuna, Don Juan Corso, el papá de José Fermín, sabe sacrificar sus horas libres y acude a aprender cantos y misas según las nuevas disposiciones; tiene una voz potente y su hijito, tiple, le acompaña con gran éxito. Luego se forma un coro de niños y la voluntad del Papa se va convirtiendo en realidad en Valencia.

## **El Colegio Salesiano**

Don Juan Corso ha conocido el Colegio Salesiano y quiere llevar allí a su hijo, como externo; el Director preferiría meterle interno, porque «la calle tiene siempre sus peligros»; le tranquiliza, sin embargo, la condición tan cristiana de la familia Corso. Y José Fermín asiste al colegio como alumno externo.

El 18 de diciembre de 1910 recibe la primera Comunión; ya entonces el niño dejó constancia, en un cuaderno, de sus propósitos: «1. Mi modelo será Domingo Savio: antes morir que pecar.—2. Mis amigos serán Jesús y María.—3. Me confesaré todas las semanas.—4. Todas las mañanas diré al despertarme: Todo por Vos, Sacratísimo Corazón de Jesús.—5. Obedeceré en todo a mis superiores y rogaré todos los días por ellos y por mis padres y hermanos». Y concluye encomendándose a María Auxiliadora: «...Haced que sea siempre vuestro... hacedme morir mil veces antes de que tenga la desgracia de cometer un solo pecado».

La educación salesiana va penetrando en su corazón, reforzando lo que ya trae él de su familia. La base que José Fermín pone a su futuro no puede ser más acertada y más provechosa.

El pobre chiquillo sufre una crisis de tristeza, que afecta incluso al corazón y a los pulmones. La causa se descubre en los mimos que la criada tiene con él, proporcionándole todos los gustos, regalos y golosinas. Con calma se reflexiona y la familia decide que el niño entre interno en el colegio. Los caminos de Dios son así.

En el colegio se siente feliz; va a su casa los domingos y, cuando recibe algún dinero para dulces o juegos, lo guarda y lo entrega a los Superiores para los niños pobres del Oratorio festivo.

Es alegre en los patios, y sabe quitar algunos minutos a sus entretenimientos para correr a visitar a Jesús en el Sagrario y a María Auxiliadora. Se esfuerza por imitar a Domingo Savio en sus comuniones, en el apostolado entre los compañeros, consolando a los tristes, animando los juegos y aconsejando ir a ver al P. Director con confianza...

### **Despunta su vocación**

En su mente brilla ya una idea obsesionante: ser sacerdote; no tanto ser salesiano. Tiene la certeza de que el Corazón de Jesús le llama; y se lo dice a su padrino, Monseñor Granadillo; éste al papá; y éste al Director del Colegio, P. Enrique Deferrari. Corso recibe de su Director un consejo: «Espera un poco todavía... Vamos a rezar al Espíritu Santo y a María Auxiliadora para que nos hagan ver la voluntad de Dios». El muchacho obedece y... «luego fui amando más y más a Don Bosco hasta que me decidí por completo a seguir por ese camino, pero sin dejar de desear ser sacerdote».

La decisión está tomada: Salesiano; sacerdote o coadjutor podría resultar cosa secundaria, aunque intenta ser sacerdote. Y pide permiso a su padre por carta: «Que vaya donde El quiera y haga lo que El desee de José Fermín».

Los nuevos aspirantes salesianos se ponen en camino hacia Caracas: es el 21 de noviembre de 1914; luego, a

Mosquera (Colombia), que se encuentra lejos, con clima frío. Corso alienta a todos en sus momentos de nostalgia: «El apóstol tiene que saber sacrificarse como el Corazón de Jesús y por El». El mayor martirio lo sufre él; le faltan estudios de humanidades y de latín; se le dan cursos especiales... pero hacen falta cuatro cursos de latín antes de recibir la sotana anhelada; lucha, se esfuerza, vigoriza su carácter con energía y con gran sentido práctico; y sabe sobrenaturalizar todo: «Mis principales consejeros fueron siempre Jesús Sacramentado y María Auxiliadora».

Al final, tiene que rendirse a la evidencia: no le entra el latín. Y ve cortado su ideal sacerdotal. Su fe le hace comprender cuál es la voluntad de Dios y la acepta: será Coadjutor. Sus Superiores le muestran las riquezas de esta vocación, que él prácticamente desconocía y se entrega de buena gana. Mons. Granadillo, desde Venezuela, le ofrece el Seminario. Se le deja en libertad de opción. Piensa, reza, pide consejo; y concluye pidiendo entrar en el noviciado. Ante todo, quiere ser salesiano; preferiría como sacerdote; pero está contento con ser Coadjutor. En Mosquera comienza el noviciado a finales de noviembre de 1919 y profesa el 17 de enero de 1921.

Pronto siente la alegría de dedicarse al apostolado. Se le destina a Bogotá como encuadernador. Le cuesta, no le gusta demasiado. Y reza: «He pedido a Jesús que me haga un apóstol en este ministerio de enseñanza profesional que nunca he pensado». Nuestra Escuela Profesional de Bogotá destaca en el ramo del libro entre todas las de Colombia. En ella se ha formado la mayor parte de los impresores y encuadernadores del país. Corso se prepara a conciencia. Sus alumnos le estiman por su cultura y su competencia; y por su entrega total: deportes, clases, formación cristiana, festivales, veladas...

A los tres años, hace la profesión perpetua, el 17 de enero de 1924. No ha disminuido en él la voluntad de santificarse. «Quiero hacerme santo. Obedecer sin chistar, en todo lo que me manden mis Superiores. No apegar mi corazón a nada. Gran amor a la pureza... Sinceridad en todo. Docilidad en todo. Rogar por los niños y trabajar por ellos mirando a Dios».

Pasa a la Casa de Medellín, que necesita un buen SC en la sección profesional. Corso se gana la estima de los alumnos por su dedicación, su cariño, su alegría: todo su día es para ellos. Donde más se nota su presencia es en el Ora-

torio festivo: hace de todo, pero especialmente cuida las clases de catecismo.

### **De vuelta a su patria**

Al dividirse la Inspectoría, nace la de Venezuela; los venezolanos van regresando a las Casas salesianas de su patria. Corso visita a su familia y corre a la Casa de Caracas, donde se ha abierto una «escuelita» y un Oratorio, todo para gentes pobres; los talleres llegarán más tarde. El es «el maestro». La escuela tiene tres grados, pronto se le añade el cuarto. Corso se reserva el último curso: sus clases son ordenadas, se manifiesta comprensivo con los niños, los quiere y se hace querer, los respeta y se hace respetar; los forma muy bien, con paciencia y con disciplina para que adquieran hábitos de estudio y de responsabilidad; los estimula con premios y certámenes. Todo, con una dosis constante de sacrificio.

Sin duda, su predilección está en el catecismo. Se prepara las clases a conciencia y rezando; pide al Señor le ayude a enseñar bien la religión. Prepara catequistas que dan las clases a los oratorianos, los reúne, les comunica su experiencia de maestro...

Los domingos da el desayuno a los oratorianos, para que puedan ir en ayunas y comulguen; organiza los patios, campeonatos, carreras, gimnasia... El busca los medios, busca bienhechores del Oratorio. Y va viendo que nada le falta cuando se trata de hacer el bien a los muchachos necesitados.

Una virtud hay que hacer resaltar en José Corso: la completa disponibilidad; tiene siempre el SÍ en los labios; jamás dice NO a un favor que se le pide. Le encargan desde otras ciudades que busque o compre tal cosa; que organice una función de teatro o una sesión de cine; que arregle la iglesia para una fiesta; que preste los aparatos de gimnasia a otra Casa; que haga la instalación eléctrica para la procesión de la Virgen... ¡Sí, sí, sí!... Sale del corazón, sale de los labios y sale de su persona y de su tiempo con la alegre sonrisa de quien ama cuando da.

El 8 de diciembre de 1934 vive la fiesta de la Inmaculada. A una bienhechora del Oratorio le dice: «Tenemos que hacer muy bien esta fiesta, porque será la última que

preparo». «¿Cómo? ¿Piensa volver a Colombia?» «O allá arriba.» Y se va con los niños.

Uno de esos días, en clase, anima a los alumnos: «Pórtense muy bien, porque no quiero llevarme de ustedes malos recuerdos». Y se aprieta el pecho como quien siente un dolor.

Pasa las Navidades derrochando esfuerzos; con su maquina de cine da varias funciones en casa, en el hospital y en otros institutos. El 1 de enero se nota indispuerto; no aciertan los médicos con su enfermedad; los tratamientos no dan resultado; el mal se agrava; le llevarán al hospital para una intervención de urgencia. ¡Todo tan rápido! El Director le dice que se encuentra muy grave y él se abandona a la voluntad de Dios, como siempre ha hecho en toda su vida. Llama a su confesor, se confiesa y parte para el hospital. Le anestesian y, en seguida, falla el corazón. Son las 9,30 del 4 de enero de 1935.

« ¡Era un santo! »

« ¡Cómo quería a los niños! »

« ¡Cuánto bien hacía a todo el mundo! »

« ¡Cómo vamos a sentir su falta! »

Con solos treinta y cinco años de edad, este SC dejaba una estela luminosa en Caracas y para todo el mundo: un modelo de Coadjutor salesiano.

## **6. JACINTO PANKERI, MISIONERO, EXPLORADOR, INGENIERO...**

A principios de junio de 1886 llega a Turín un joven de veinticinco años, ansioso de conocer a Don Bosco y de recibir un consejo para su porvenir. El Santo le escucha más de media hora y concluye: «Le aconsejo que se quede con nosotros... Tenemos necesidad de buenos Coadjutores. A su tiempo será misionero y, en lo referente a la salud, dejémoslo en manos de la Virgen».

### **Maestro elemental, salesiano y misionero**

Se llama Jacinto Pancheri —por razones de pronunciación en América se cambia en Pankeri— y ha nacido el 27 de abril de 1857, cerca de Trento. Terminada la escuela elemental, sus padres le colocan como albañil; no le agra-

da mucho, sobre todo por la compañía de ciertos obreros escandalosos. Interviene el párroco y Jacinto saca el título de maestro elemental, en 1882. Durante cuatro años enseña en un pueblecito, intentando copiar el Sistema Preventivo de Don Bosco, leyendo con interés el «Boletín Salesiano» y estudiando la Sagrada Escritura por su cuenta.

Estatura alta, tipo espigado, serio, de ojos y rostro inteligentes y de un carácter lineal. Va a Faenza, a fines de junio de 1886, y se encarga de la dirección técnica de la Escuela de Artes y Oficios. El 31 de agosto de 1889, hace sus votos salesianos en las manos de Don Miguel Rúa. Siente ya la vocación misionera. Partirá para el Ecuador en diciembre de 1892.

El Congreso Nacional Ecuatoriano había llamado a los Salesianos, en 1885, para dirigir el «Protectorado Católico», que se destinaría a Escuela de Artes y Oficios para la educación de los hijos del pueblo. No pudo Don Bosco contentar entonces aquel deseo. El 7 de agosto de 1887, el mismo Don Bosco, ya cerca de su ocaso, preparó la expedición misionera para Quito, la última de su vida. Los salesianos tomaron posesión de la Escuela, que era a la vez salesiana y gubernativa, llegando a tener en 1895 —año triste— 240 alumnos pobres internos en 16 talleres.

La expedición misionera de Pankeri desembarca en Guayaquil, continúa a caballo por la terrible ruta de la Cordillera de los Andes y tiene que soportar los fríos de la montaña con la desgracia de la bronconeumonía que en veinticuatro horas segó la vida de Don Angel Savio. El 25 de enero llega a Quito y es acogida con verdadera alegría en la Escuela de Artes y Oficios, propiedad del gobierno. Pankeri dirigirá la Escuela, aunque sólo hasta el mes de agosto. Va luego a Cuenca donde también se han establecido ya los salesianos.

### **La Misión de Gualaquiza**

El 9 de octubre de 1893 salen, a caballo, Don Joaquín Spinelli y Don Jacinto Pankeri a explorar la región de Gualaquiza, base primera del nuevo Vicariato salesiano. Recorren más de 150 kilómetros, atraviesan la cordillera de los Andes a más de 3.000 metros de altura y llegan a Gualaquiza, donde son bien recibidos por los «Jíbaros»

—hoy Shuar— de los alrededores y por 24 familias de colonos que forman un pequeño pueblo.

Gualaquiza es un valle fértil, cubierto de selva, circundado por cadenas de montes y surcado por el río homónimo y por el Bomboiza. Ya anteriormente se había tentado la evangelización de esta zona, en 1816, por obra de un franciscano, y en 1870 por algunos jesuitas. Cuando la visitan nuestros exploradores, se halla abandonada espiritualmente.

Durante un mes se dedican a visitar las familias de los colonos y un buen número de cabañas Shuar, muy distantes unas de otras, penetrando en la selva por los valles de Calagrás, Bomboiza, Cuyes y Chuchumbleza, entablando contacto con personas, con el modo de hablar, con las costumbres y cultura e impartiendo los primeros rudimentos de Catecismo. Luego, los dos salesianos, regresan a la base de partida.

El 1 de marzo de 1894, los hijos de Don Bosco se establecen definitivamente en Gualaquiza: dos sacerdotes y dos coadjutores —entre los cuales, Pankeri—. Antes de terminarse el mes, Pankeri parte con dos robustos Shuar hacia el sur y el este de Gualaquiza, con el fin de completar el mapa de la República Ecuatoriana y presentarlo en el Congreso Nacional. A su vuelta, Pankeri alterna los trabajos del arreglo de la misión con interesantes excursiones apostólicas y científicas. Su ingenio formidable le lleva a construir una sierra hidráulica, trayendo el agua del río Gualaquiza; diseña el plano de la población; monta un pequeño observatorio meteorológico...

### **La noche triste**

Y llega el año 1895 —año triste— en que la política ecuatoriana está cambiando de sentido: el liberalismo masonónico ha iniciado una revolución para hacerse con el poder, empleando todos los medios a su alcance. La Obra salesiana de Quito, salesiana-gubernativa, corre peligro. La prudencia aconseja pensar en una Casa propia en la capital. Se logra comprar unos lotes de tierra en Quito, como también en Cuenca y en Sangolquí. En pocos días, Pankeri prepara los planos de un colegio dedicado a Don Bosco y de una iglesia en honor de María Auxiliadora; y se lanza al trabajo.

Mientras tanto, el nuevo gobierno ataca a los salesianos, deja de pasarles los sueldos y las becas de los alumnos, como los gastos de las máquinas ya compradas; realiza registros e inspecciones policiales, amenaza a los salesianos y mueve una campaña de insultos y provocaciones. ¡Triste noche la del 23 de agosto de 1896! Todos los que visten sotana son conducidos a la Comisaría. De nada valen las protestas. Más de cuarenta soldados escoltan a sacerdotes y clérigos hasta el palacio de la policía. Hacia las cuatro de la mañana, montados en caballos, se ponen en marcha hacia un destino misterioso. Otro piquete asalta el noviciado de Sangolquí; y un tercero al colegio Don Bosco, todavía en construcción y donde duerme vigilante Pankeri. Sale a la puerta y se encuentra con ocho hombres armados que entran en la Casa para ver si hay sacerdotes. El comprende la situación y corre al Instituto; los pobres muchachitos están asustados; corre a la Policía, pregunta por los salesianos: «Han salido», le contestan. Grita, protesta. ¡Al calabozo! Por la mañana se le conduce al colegio; se anuncia que funcionará con personal laico; que, si quiere, puede formar parte de él. «Soy religioso». Esta confesión le vuelve a conducir a la Policía. Le dejan en libertad tras dos días de cárcel; corre a Sangolquí para consolar a los 24 novicios y aspirantes, que están solos... Los salesianos siguen su calvario y corren peligro de ser linchados por el populacho: ¡se salvan de milagro! Tienen que escapar al Perú.

Pankeri se ha quedado solo en Ecuador: todo pesa sobre él: las iras del gobierno, la construcción del colegio Don Bosco con la iglesia y la defensa del honor de los salesianos. No dispone de medios, pero pone en juego su capacidad de valor, de sufrimiento, de tenacidad y de fe.

El Arzobispo le encarga la dirección técnica de los trabajos de construcción de la grandiosa Basílica Nacional del Sagrado Corazón de Quito y la del Santuario de la Virgen de Quinche, el más famoso del Ecuador. De este modo iba logrando medios para seguir levantando el edificio salesiano.

## **Un largo calvario**

En octubre de 1908 viene de Turín un Visitador extraordinario de los salesianos. Conoce la obra de Pankeri y

su situación solitaria como sus incumbencias y trabajos. La admira; pero no condivide ese modo de actuar. Habla con él y le exige que suspenda toda actividad fuera de casa. Pankeri le hace observar que no es posible hacerlo de golpe, cuando están en marcha obras de gran importancia. El Visitador, más para atemorizarle que para sentenciarle, le dice: «Usted ya no es salesiano. En nombre del Rector Mayor yo le borro de la Congregación». A la distancia de veintiocho años, Pankeri recordaba así aquel tremendo momento: «¡Sólo Dios sabe lo que sucedió en mi interior al oír aquella terrible sentencia! Creo que si en aquel momento se me hubiera caído la casa encima, lo habría sentido menos. Sólo puedo decir con toda verdad que fue el peor de todos los días de mi vida. Corrí en seguida a la iglesia y me desahugué con lágrimas y sollozos...». Promete a María Auxiliadora y a Don Bosco que sería un buen Cooperador Salesiano y conduciría una vida de estilo religioso.

¡Misterios de Dios! Pankeri creará durante muchos años que no pertenece a la Congregación de Don Bosco; sufriendo en el alma un drama que intuimos todos, sin poder explicarlo. Pero, en realidad, él es salesiano: se vencerá de ello diecinueve años después.

### **Obras ingeniosas de Pankeri**

Clandestinamente entra en Ecuador en 1899 un sacerdote salesiano para encargarse de la dirección del Colegio Don Bosco, de nombre Don Guido Rocca. Pankeri y Rocca saben mirar al futuro —como solían hacer los hombres formados por Don Bosco—. Lo primero que urge es la traída de agua y la instalación de la electricidad. Pankeri estudia y decide: hay que zanjar, con instrumentos rudimentarios y a fuerza de brazos, una colina hasta el nivel de 700 metros para traer agua cristalina de una fuente y la energía motriz del río Machángara, con un sistema de poleas, turbinas, cables de acero y bombas hidráulicas. En agosto de 1908 se inauguran los servicios de agua y de luz para el colegio y para todo el barrio de La Tola.

De Quito se traslada a Ibarra, donde implanta un buen servicio de electricidad y construye una Escuela de Artes y Oficios.

Intelectualmente inquieto, descubre restos de un fa-

moso «pucará», o fortaleza de los antiguos incas. Con esta ocasión se funda la «Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos» y Pankeri dirige los trabajos de investigación prehistórica.

En 1927, tras haber realizado obras y obras, fruto de su extraordinario ingenio, regresa a la Misión de Gualaquiza. Entonces se entera de que siempre ha sido salesiano; da gracias al Señor y recobra la paz de su alma. Tiene setenta años. Todavía se siente con ánimos para construir un puente sobre las aguas del río Paute que obstaculiza el avance del Evangelio y la prosperidad de la pobre gente. Cuatro años le lleva la empresa. Todas las mañanas se carga sus alforjas con herramientas y lleva en la mano una olla para calentarse su comida; camina más de un kilómetro y, en plena selva, con paciencia de chinos, va uniendo cables y cables, en una longitud de 98 metros y a una altura de 40 sobre las aguas del río, hasta que el puente abre nuevos caminos a los misioneros.

## **Alma religiosa**

Asombra la capacidad creadora de este buen Coadjutor, con sus trabajos y sus cruces. ¿Qué hay detrás —como en el famoso personaje del sueño de los diez diamantes— con suficiente fuerza para sostenerle?

A las 5,30 de la mañana todos los días, de rodillas, se recoge en oración y meditación. Al final de la jornada, se retira a su pobre y pequeña habitación, donde ha hecho una ventana que da al Sagrario de la iglesia de María Auxiliadora: pasa ratos prolongados de coloquios íntimos, de diálogo y de holocausto. Cuando comienza el trabajo, reza y hace rezar a sus colaboradores; por la tarde dirige el Rosario y les dice una palabra buena o les enseña el catecismo.

En carta al Rector Mayor, Don Pablo Albera, el 31 de julio de 1913, escribe: «Don Miguel Rúa me aseguró una vez que yo tenía que prepararme a sufrir todavía mucho. Hágase lo que Dios quiere». Y a un amigo y bienhechor ecuatoriano, también perseguido por las ideologías del tiempo, le dice: «Dios remediará todo, lo quieran o no lo quieran los hombres. Dios es caridad y no puede abandonar a sus criaturas, de manera especial a los que confían en El... El mismo Dios nos ordena estar alegres cuando

nos odian y nos persiguen: Sursum corda! (¡arriba los corazones!), para que el diablo no te muerda».

Ha cumplido noventa años. «Todo lo que deseo es morir en las manos de Dios.» Es un placer estar con él y escucharle: se tiene la convicción de estar ante un hombre excepcional.

El Viernes Santo de 1947 recibe el sacramento de los enfermos. El 10 de abril marchaba a la Casa del Padre.

Pankeri fue verdaderamente un hombre de Dios, un Salesiano Coadjutor ejemplar.

## **7. VICENTE HUAMBUZARA, EL PRIMER SALESIANO JIBARO**

El 9 de mayo de 1949 había salido del aeropuerto de Quito un «Douglas 507», con provisiones para Tupini, campo avanzado del Oriente ecuatoriano, donde se encuentra la floreciente misión salesiana de los jíbaros —hoy Shuar—. En él viajaban once personas: seis de la tripulación y cinco pasajeros; entre éstos, un Salesiano Coadjutor, el primer salesiano jíbaro, Vicente Huambuzara, de veintinueve años. La falta de visibilidad, por causa de la niebla, hizo que el avión se estrellara contra el gigantesco volcán Tungurahua (5.087 metros), a 15 kilómetros de Baños.

El Vicario Apostólico de aquella misión, Mons. Domingo Comín, es quien nos ha dejado las siguientes notas acerca de este buen hermano.

«Vicente Huambuzara, auténtico hijo de la selva, nació en 1920, en Chiviaza (Ecuador). Era hijo del cacique de la zona de Indanza, Caiapa. Como todos los hijos de su tribu se había ejercitado en tirar flechas, en el conocimiento de los venenos más poderosos y estaba preparado para cortar las cabezas de sus enemigos. Después de vagar por varios lugares, perseguido por los enemigos de su tribu, vino a parar a las manos de Don Conrado Dardé, que le llevó a la misión de Indanza.

En 1941, rota la paz entre los jíbaros y los blancos a los lados del río Zamora, se le mandó a Méndez y a Macas, donde cumplió el catecumenado y recibió el bautismo. Después de bautizado supo mantenerse siempre fiel, manifestándose de índole bondadosa y dulce, muy amante del culto. Todas las veces que yo partía de la misión me rogaba le llevara alguna cosa para su iglesia.

En la misión aprendió también el oficio de barbero. Una vez, antes de hacerse salesiano, queriendo dar su óbolo para la jornada misionera mundial y no teniendo nada que ofrecer, se ofreció a cortar el pelo a los soldados de la guarnición del lugar. Toda su ganancia la entregó al Director de la misión: "Esto es lo poco que he ganado; acéptelo como donativo mío para las misiones".

Un día me pidió que no le dejara nunca volver a vivir entre los jíbaros de la selva: "¡No me abandone!", decía conmovido.

Descubrimos en él buenas cualidades y le mandamos a Cuenca, a la Casa Central de las misiones, donde aprendió el oficio de carpintero. Se aplicó con diligencia y llegó a ser subjefe del taller. Rindió exámenes ante la Comisión gubernamental con soltura y con éxito brillante.

En esta casa de estudio y trabajo, Vicente aprendió especialmente a vivir como buen cristiano, hasta el punto de sentir vivo deseo de consagrarse a la vida religiosa y misionera; de modo que un día se presentó a mí y me suplicó que no le permitiera volver al mundo.

Después de serio examen, quedó admitido como novicio Coadjutor.

El maestro de noviciado admiró siempre su conducta. Al final del año de prueba, emitió los votos religiosos y se sintió feliz. Era el 2 de noviembre de 1947. Aquel día de fiesta y de dicha, Vicente escribió en un cuaderno: "Saludo con gran cariño a la revista 'Juventud Misionera' que tanto me ha servido para abrir mi alma a la luz del santo Evangelio y a la vida salesiana".

Y terminaba, en buen castellano, con esta oración: "Gracias te doy, Dios mío. ¡Qué dicha la mía de ser salesiano! Tú me sacaste de la selva, para ser el primer jíbaro religioso. Bendice, Señor, a mis hermanos del Oriente ecuatoriano; quiero ser apóstol entre ellos".

Después de su profesión religiosa fue destinado a la misión de Méndez, donde ejercía su oficio y se prestaba a dar clases a los jibaritos de la misión, gozando de gran ascendiente entre todos los alumnos y coetáneos.

Manifestó siempre una piedad exquisita y una obediencia a toda prueba, cosa excepcional para la indómita raza jíbara. Se le envió al «Colegio Mehan» de Cuenca, para perfeccionarse en la carpintería. Enfermó de la vista y fue a Quito para ser tratado por especialistas. Recuperado, fue a la misión de Sucúa, para instalar una central eléctrica.

Pero Dios pensaba de otra manera: en el viaje aéreo le sorprendió la muerte para llevárselo al cielo. Por la mañana, antes de embarcarse, había ayudado la santa misa y comulgado.»

## **8. FRANCISCO FERNANDEZ, MISIONERO ENTRE BOROROS Y CHAVANTES**

Este humilde bejarano —nacido en Béjar (Salamanca)— misionero en Brasil, es un personaje admirable, digno de catalogarse entre los hombres de leyenda. Su nombre no desmerece de los de otros grandes misioneros de vanguardia, virtuoso como el que más, siempre fiel a sus compromisos religiosos.

La industrial ciudad de Béjar le ve nacer el 4 de abril de 1891, bajo la sombra de la Virgen del Castañar, a quien Francisco atribuirá siempre su vocación salesiana. Desde 1895 ya están allí los salesianos, dedicados al trabajo con las clases populares; en su contacto se siente atraído hacia la salvación de las almas y pide entrar en la Congregación de Don Bosco. Su deseo es llegar a ser sacerdote.

Comienza el noviciado en Carabanchel en 1909 y profesa el 13 de septiembre de 1910. El latín le presenta dificultades insuperables para él y debe dejar de soñar con el sacerdocio. Con gusto será Coadjutor y, cuando Dios lo quiera, misionero.

Trabaja en Ciudadela (Baleares) como maestro muy querido. Sus Superiores dan de él un juicio muy favorable con ocasión de la admisión a los votos perpetuos —que emite en Sarriá el 19 de agosto de 1915—: «Espíritu religioso bueno; no falta jamás a las prácticas de piedad y con frecuencia se le ve haciendo visitas a Jesús Sacramentado».

### **Misionero en Brasil**

El año 1922 Francisco ve realizados sus deseos de ir a misiones. Va destinado al Brasil, al Mato Grosso, a la ciudad de Corumbá. Quince días de navegación para atravesar el Atlántico y... dos meses para llegar hasta Corumbá por vía terrestre y fluvial; así contaba él para hacer comprender las dimensiones del país brasileño.

Con cierto dolor por parte suya, se queda en Corumbá,

donde ya no hay indios que civilizar. Pero Dios se manifiesta de mil modos; y el buen Francisco padece unos forúnculos que le obligan a cambiar de clima; y va a parar a la Misión del Sagrado Corazón, entre los bororos.

Se entrega a esta gente con alegría salesiana y con todas sus cualidades. Es maestro de música, dirige la banda, hace de profesor y de administrador, de meteorólogo y de agricultor. «Yo no entendía mucho de agricultura, pero aprendí pronto por amor a mis indios.»

Los bororos ya estaban bastante civilizados y Francisco desea indios salvajes. Por aquellos años se preparaba una expedición de salesianos para tomar contacto con los indios chavantes, enemigos encarnizados de los bororos y con merecida fama de crueldad. Los padres Juan Fuchs (suizo) y Pedro Sacilotti (brasileño), después de una rápida exploración en 1933 por el río Das Mortes, se van a acercar más a los chavantes en 1934. Llevan consigo a un bororo, a un muchacho brasileño y a un holandés. Fernández pide unirse a la comitiva, pero se sentía su necesidad en la misión de los bororos.

### **Martirio frustrado**

Mientras van bajando por el río, el bororo descubre a dos indios bebiendo; pero, éstos, al ver a los forasteros, huyen. El P. Fuchs no se da por vencido y, con el bororo, intenta seguirlos. El bororo se sube a un árbol para poder ver mejor la situación y comunica que cerca hay unos 30 indios chavantes. Los padres Juan y Pedro se aproximan al poblado —los demás se han quedado atrás— llevando regalos; pero los indios dan muestras de desagrado por la visita. Rodean a los dos misioneros y los matan. Es la fiesta de Todos los Santos de 1934. Los chavantes huyen y el holandés acude a sepultar los cadáveres.

El año siguiente, 1935, el famoso padre Colbacchini va a la tumba y desentierra los cuerpos de los mártires, llevándoselos a Araguaiana, donde son colocados en una digna sepultura. Por el momento se abandona la idea de atraer a los chavantes a la religión cristiana. Se dejan pasar otros dos años y se intenta de nuevo. Los héroes se llaman P. Chovelón y el SC Francisco Fernández; la exploración dura desde 1937 a 1939. Podemos imaginar las mil peripecias y peligros. Lo narra así nuestro Francisco:

«Fue una expedición peligrosa, pues los ánimos de los salvajes estaban muy soliviantados por unos cuantos aventureros que se habían adentrado en la selva buscando la caza del indio y las pepitas de oro de sus ríos. Los salvajes no distinguían entre misionero y aventurero: sólo veían en ellos al blanco, el odiado enemigo de su raza. Tuvimos un encuentro amistoso que pudo terminar en tragedia. Probablemente interpretaron mal algunos de nuestros gestos y nos atacaron: pude agacharme a tiempo y la flecha pasó rozando mi cabeza; iba derecha al corazón. Otra se clavó en el antebrazo del P. Chovelón cuando estaba comiendo tranquilamente.» Se ve que los tiempos no habían madurado todavía bastante.

Y nuestro Fernández regresa entre sus bororos.

### **Por fin, con los chavantes**

«Cuando me enteré en 1949 de que el P. Colbacchini era trasladado a Chavantina, colonia abierta en el límite de las tribus de chavantes y bororos, pedí ir en su compañía. En 1951 tuvimos el primer encuentro amistoso con los chavantes del cacique Eribocuá, y otro con los del cacique Jorurá. En 1953 tuvimos otro encuentro, llamado el «de la laguna», porque los chavantes habían construido su aldea junto a un hermoso lago. Estos últimos indios son los que forman ahora las misiones de San Marcos y de San José de Sangradouro.» Cuando los chavantes se convencen de la bondad de los misioneros, se abren a su amistad y a su acción benéfica; los encuentros se repiten con mayor confianza y se comienzan a establecer puestos de misión entre ellos, con influjo positivo en una raza tan indómita y dura. El misionero representa para ellos una figura digna y respetable.

Una anécdota nos hace comprender mejor la transformación de esta raza. Es siempre Francisco quien nos la relata. «Hace algún tiempo salieron a cazar en la margen derecha del río Das Mortes. Para cobrar las piezas, emplean un método primitivo pero eficaz: rodean la caza con un círculo de fuego. Ocurrió, pues, que, sin querer, un garimpeiro —o buscador de diamantes— se vio envuelto en el cerco de fuego. En otros tiempos, nuestros chavantes lo hubieran dejado morir alegrándose incluso por tratarse de un blanco, siempre odiado enemigo. Pero en esta

ocasión, apenas se dieron cuenta, atravesaron el círculo de llamas con peligro de sus propias vidas, para atender al garimpeiro. Una vez libre, le dieron de comer y de beber y le condujeron a la Misión diciendo: "Hemos encontrado a este civilizado que estaba a punto de morir quemado vivo, pero sabiendo que vosotros, los misioneros, no queréis que matemos a ninguno, porque así lo ordenan los mandamientos, lo hemos traído hasta aquí". El pobre hombre no tenía palabras para dar gracias a los chavantes que le habían salvado la vida.»

### **«He elegido mi tumba»**

Vive hasta los ochenta y seis años de edad. Siempre en las misiones. Nunca ha vuelto a su patria desde que salió de ella en 1922. «Mis parientes ahora son mis indios chavantes, a quienes quiero y quienes me quieren mucho.»

«Les he dicho que deseo morir entre ellos y ya les he señalado el lugar donde quiero ser enterrado en nuestro humilde cementerio. Con los indios soñé en mi juventud; a ellos dediqué todo el vigor de mi madurez y a ellos estoy consagrando los achaques de mi vejez. Quiero que mis huesos sean mi último legado para esta tribu, a la que tanto he amado, con el fin de permanecer entre ellos hasta el día de la resurrección.»

Francisco muere santamente el 23 de diciembre de 1977. Ha sido un buen ejemplar de fidelidad a Don Bosco y a la Congregación, a la que sirvió con alegría y amor. Su nombre pasa a la historia de las misiones salesianas por haber sido, con el P. Colbacchini, quien se dio el abrazo de amistad y de paz con los indios chavantes, haciendo así posible la evangelización de este indómito pueblo.

## **9. GASPAR MESTRE, TALLISTA CONSUMADO**

La Casa salesiana de Sarriá (Barcelona), en su famoso taller de escultura y decoración, alcanza las más altas cumbres con el SC señor Mestre. Igualmente debe colocarse entre los SC ejemplares de la Inspectoría de Barcelona, por su vocación clara, su amor incondicional y heroico a la Congregación, sus virtudes auténticamente salesianas. Arte y santidad: arte en la madera y filigrana en el espíritu.

## El primer 24 de mayo del siglo

Nace en Forcall (Castellón de la Plana), el 10 de marzo de 1888 —año de la muerte de Don Bosco—. Su pueblo tiene dos mil habitantes, dos conventos de monjas, abejas que fabrican miel, gente hacendosa que teje paños y un paisaje encantador entre dos riachuelos y rodeado de montes. Sus padres quieren asegurarle un porvenir y le envían a la Casa de Sarriá (Barcelona), con el consejo de «ser bueno y aprender bien un oficio».

Entra en Sarriá el 24 de mayo de 1900 —fecha significativa en el mundo salesiano. Tiene doce años. Saluda al Sr. Director y al Sr. Inspector, que es el futuro Rector Mayor y Siervo de Dios Don Felipe Rinaldi.

Pronto descuella entre sus compañeros: es bueno y sencillo, alegre y sereno, inteligente y aplicado, magnífico dibujante, tallista sin par. Se comienza a llamarle «el Domingo Savio de Sarriá». Su maestro en arte es otro gran Coadjutor: Don José Recasens.

Termina sus cuatro años de aprendizaje y, con dieciséis años de edad, se decide a entrar en la Congregación Salesiana, atraído por el género de vida tan generoso y tan de Dios de los Hermanos de aquella comunidad. ¡Cuántas vocaciones proceden de Sarriá!

Allí mismo hace el noviciado y profesa el 8 de septiembre de 1905, fiesta de la Natividad de María Santísima. Sarriá será su casa para siempre. Sólo un año lo pasa en Campello y el período de la guerra civil (1936-1939) que forzosamente le obliga a vivir fuera.

## En los años difíciles

El 19 de julio de 1936 comienzan a arder algunos conventos e iglesias en Barcelona; siguen los saqueos y asesinatos. Los alumnos de Sarriá, terminado el curso, marchan a sus casas... los que viven en aquella zona; los otros, internos, van a quedar sin amparo. El 21, un grupo de milicianos invade la Casa. Hay que imaginarse toda la escena, el barullo, las amenazas, el asalto a la iglesia, a las clases, rompiendo y quemando... Están dispuestos a quemar el «convento». El Sr. Mestre, dueño de sí, se les acerca y les invita a visitar el edificio antes de prenderle fuego. Los acompaña por diversas dependencias, por los talleres, ex-

plicándoles la labor de las escuelas en favor de los hijos del pueblo y ablandándoles el corazón. Sarriá no será incendiada. Pero los salesianos tienen que marcharse; los muchachos quedarán en manos de los invasores...

Empieza entonces una época dura y dolorosa para todos los salesianos de Sarriá (como de otras ciudades de España; en otro capítulo de este libro, al hablar de los SC mártires, se describe aquella situación).

El Sr. Mestre, inteligente y hábil, va a demostrar su gran amor a la Congregación y a sus hermanos. Se deja crecer el bigote, para pasar desconocido; se arma de documentación falsa e intenta salir de España; al no lograrlo, se queda en Gerona y se dedica a proporcionar facilidades a otros para que pasaran a la zona «nacional». ¡Cuántas veces ha expuesto su vida! ¡Cuántos hermanos deben a su trabajo el haber podido salir al extranjero, asegurándose la vida! Constantemente organiza el paso de la frontera; casi siempre le salen bien las cosas; alguna vez no. Le busca la policía y él sabe esconderse en los sótanos de las Hermanitas de los Pobres unos días, para refugiarse luego en un pueblo perdido.

Al término de la contienda, regresa a su Casa de Sarriá, deshecha en los últimos días del dominio rojo: hay que reconstruirla. El Sr. Mestre se ingenia para que los hermanos puedan comer. Unidos todos, con grande fe, con inmenso espíritu de sacrificio, cargados de paciencia, la Casa de Sarriá vuelve a erguirse y a funcionar, poco a poco, con la misma fama y el mismo prestigio de antes.

### **Aquel taller mundialmente famoso**

En todo el mundo se conocen las imágenes de la Virgen Auxiliadora de Sarriá; y las de Don Bosco, y crucifijos; y altares de estilo gótico, con sagrarios preciosos...

Aquel taller ha ganado enorme altura cuando realizó, por los años 1922 y 1923 el Salón del Trono, de puro estilo Luis XIV, en el Palacio Real de Pedralbes; y los dos vestíbulos del mismo, uno de estilo barroco y otro renacentista; ha conquistado medallas en la Exposición Universal de Montjuich (1927); ... aquel taller ha sido desmantelado, volado con dinamita.

El Sr. Mestre, humildemente, se reorganiza en un rincón, con maestros, oficiales y alumnos; va adquiriendo

máquinas, materiales y modelos; y resurge un verdadero conjunto de arte sacro: ebanistería, talla, escultura, vaciado, orfebrería, dorado, pintura... Allí está el Sr. Mestre, alma del famoso taller.

De toda España, especialmente de Cataluña y de Aragón, llegan pedidos; de parroquias, de colegios, de santuarios; piden sagrarios, imágenes, altares, retablos... No se pueden omitir dos altares singulares: el de Nuestra Señora de la Gleva —que rehizo estudiando microscópicamente las fotografías del anterior para imitar hasta los más pequeños detalles— y el de la iglesia parroquial de Almendralejo (Badajoz), del que dijo el Marqués de Lozoya: «Es lo más grandioso y notable que se ha hecho después de la guerra».

Son años heroicos y muchos los personajes que contribuyen al éxito; pero ciertamente el primer papel siempre lo representa el Sr. Mestre.

Quien visita la Casa de Sarriá puede contemplar otra joya del mismo taller: la Capilla de San Juan Bosco. Lo que fueran las habitaciones de Don Bosco en su visita a Barcelona, en 1886, se han convertido en riquísima capilla. Todo ha sido idea del Sr. Mestre: el plano, la ornamentación, la distribución, los materiales, las vidrieras, las pinturas.

Tampoco se puede aquí omitir el Tibidabo: allí está plasmada su mano en los cinco altares de la cripta y en sus imágenes.

¡Con razón sus ex alumnos se empeñaron y lograron que el 23 de diciembre de 1950 se le concediera la Medalla del Trabajo!

## **Ultima etapa**

Artista en la madera y en el barro, ha sabido también modelarse a sí mismo como salesiano modelo. El Domingo Savio de su juventud ha seguido creciendo en él, con la piedad sencilla y profunda que le hace ser siempre puntual y multiplica sus visitas a Jesús Sacramentado.

Cuatro años de aprendizaje y estudio para llegar a ser maestro brillante en el arte sacro. Un año de noviciado le ha bastado para ponerle en el camino de la santidad. En ambas profesiones, con el ejercicio continuado y con gran precisión.

Los últimos años pierde la memoria. No puede ya dibujar ni esculpir. Se prepara al gran paso. Puede estar tranquilo: ha trabajado para la gloria de Dios y forjando hombres cristianos para la nueva sociedad.

## **10. JOSE MARIA SABATE, EL ORATORIANO**

Entre las diferentes actividades del SC José María Sabaté, destacamos en el título la del Oratorio festivo, conscientes, sin embargo, de pecar por defecto: muchos otros apelativos, igualmente merecidos, podríamos aplicarle, como el gran educador, el entusiasta de la devoción a María Auxiliadora, el condecorado por organismos civiles, el enamorado de la Congregación Salesiana.

### **De alumno a novicio**

Nace este buen Coadjutor en Sabadell (Barcelona) el 9 de marzo de 1887. La familia es de las que saben manifestar la fe que profesan y la inculcan en sus hijos como el bien supremo.

Tiene nueve años cuando ingresa en el colegio de Sarriá, en 1896; bebe aquel ambiente tan salesiano y siente que el Señor le llama como a los hermanos que trabajan para él en aquella Casa. Desde un principio aspira a ser Coadjutor. Año 1903: dieciséis años.

Comienza el noviciado allí mismo, con el P. Antonio Balzario como maestro. José María se deja llenar —abierto como ha ido— del espíritu salesiano. Las doctrinas del P. Balzario encuentran inmediato ejemplo en los hermanos de la Comunidad. Sabaté se centra en un ferviente amor a Jesús Sacramentado y a María Auxiliadora, en el sistema educativo de bondad y de celo apostólico y en un gran entusiasmo por la Congregación de Don Bosco. Profesa el 30 de agosto de 1905. Y la primera obediencia le destina adonde está: Sarriá.

No cuenta sino con diecinueve años y se le encarga el Santuario de María Auxiliadora de Sarriá, nada menos que hasta 1920, ¡catorce años! La obediencia le gusta: tiene una ocasión preciosa para extender el culto y la devoción a nuestra Madre, sobre todo con la incipiente Archicofradía de María Auxiliadora; le cabe el mérito de

haber iniciado en Barcelona las primeras capillas domiciliarias, por medio de las cuales la Virgen visita todos los meses muchas familias.

Tampoco se puede omitir su celo en la preparación de los niños a la primera comunión y en el esmero con que lleva el Pequeño Clero. La iglesia brilla por su limpieza y por la belleza de los ornamentos.

En el año 1920 recibe el encargo de cuidarse directamente de los aspirantes Coadjutores, que residen allí mismo. Se entrega a ellos con verdadero afán, les enseña cuanto él sabe de vida interior y de espíritu salesiano, reza con ellos, los lleva de paseo, se preocupa de cómo van en las clases y talleres, se prepara a conciencia todos los días las «buenas noches»...

### **En el Oratorio festivo de Atocha**

Dos años más tarde, pasa a la Casa de Madrid-Atocha, como maestro y responsable del Oratorio festivo. Quien ha conocido a Don José María Sabaté lo tiene que recordar inseparablemente unido al Oratorio. Maestro de clases elementales y animador del Oratorio: miles de muchachos le quieren con toda su alma, porque sabe enseñar con paciencia, alienta siempre, es el amigo en el patio, organiza sus juegos, busca el momento oportuno para la buena palabra.

En esta Casa le sorprende la guerra civil española. Como en Sarriá, también aquí hace de sacristán y, previendo lo que iba a suceder, evita con su Director la profanación del Sagrario. Pasa las horas tremendas del arresto y del paredón. Y, con los demás salesianos, es echado fuera de casa. Se refugia en una pensión amiga, en compañía de otros salesianos y alumnos.

Las circunstancias difieren tanto de las de una Casa religiosa: no hay comunidad, no hay facilidades para las prácticas de oración; se vive, por el contrario, en clima de hostilidad y de amenaza. Don José María, hombre maduro de cuarenta y nueve años de edad, lleva una vida profundamente religiosa a pesar de encontrarse en un ambiente tan diferente. Un sacerdote salesiano, Don Ernesto Armeles, refugiado en otra pensión, le facilita una cierta cantidad de hostias consagradas y él las conserva en una cajita como Sagrario; así puede comulgar casi a diario. Se

confiesa con frecuencia, ya que donde él está vive también un canónigo de Toledo.

### **Sueña con Don Felipe Rinaldi**

Narra el mismo Don José María Sabaté que el 24 de septiembre de 1937, cuando vive en otra pensión, tiene un sueño, en el cual varias veces Don Felipe Rinaldi —que había sido su confesor en Sarriá cuando era niño y a quien escribía con frecuencia— se le aparece y le insiste para que se marche de allí, porque corre peligro su vida. No sin dificultades se traslada a otra parte y «yo creo firmemente —dice— que si no hubiera salido de esta pensión me hubieran detenido, porque era objeto de continua vigilancia y estaban buscando la ocasión para acabar con nosotros. Varias veces nos habían amenazado».

El Sr. Inspector Don Felipe Alcántara, desde la clandestinidad, le logra todos los salvoconductos para salir de España, con dirección a Marsella y de allí a Irún. Llega felizmente a Pamplona, al campo de concentración, de donde le saca el Sr. Obispo salesiano, Monseñor Marcelino Olaechea. Sabaté va destinado a Vigo.

La ciudad marítima de Vigo se convierte en su nuevo campo de trabajo. Como en Atocha, es maestro muy estimado. Los niños le asaltan en el patio, le estrujan cariñosamente, no se separan de su lado. «Era un salesiano integral —dice un ex alumno— con toda la carga de bondad, de alegría, de dedicación total y emocionada a los niños como quería Don Bosco. ¡Cuántos chicos vigueses, de los que hoy ejercen profesiones liberales, se sientan en oficinas, bancos o integran una plantilla de taller, pasaron por el aula donde Don José Sabaté daba sus lecciones y principalmente su lección imborrable de amor.»

Son significativas, llenas de delicadeza y ternura, las fotografías que él conservó siempre, rodeado de los niños que había preparado a la primera comunión.

Cumple los setenta y cinco años y que no le hablen de jubilación: al pie del cañón mientras dispone de salud; maestro incansable hasta el fin; o... hasta el principio de sus achaques, que no le faltarán. Le viene minando una arteriosclerosis, le deja ciego, sordo, paralítico: tres años en cama. Se mantiene consciente y contesta amablemente a los gestos que le llegan y puede interpretar. El 23 de di-

ciembre de 1969, a los ochenta y dos años de edad y sesenta y cuatro de profesión religiosa, cambia la tierra por el cielo.

En su haber, varias condecoraciones: de Caballero del Mérito Militar (1925), del Ayuntamiento de Madrid (1956), de la Cruz Roja Española (1961). Reconocía que tales distinciones no se debían a méritos propios, sino a su condición de salesiano; que pertenecían a la gran familia salesiana.

En el necrologio salesiano permanece escrito su nombre como un verdadero modelo de SC.

«Estaba dotado de un alma buena —escribe Monseñor Olaechea—; tan buena se la dio el Señor, pura y sencilla, que era imposible no quererle. Para nadie tuvo hiel. Su nombre entra muy dignamente en el catálogo de los santos hermanos Coadjutores —la idea más genial de Don Bosco— que yo he ido conociendo.»

## **11. PEDRO MARTINEZ, ARTISTA DEL HIERRO**

A la sombra de la Virgen del Pilar de Zaragoza nace este SC, el 14 de mayo de 1896.

«El 2 de mayo de 1908 ingresé en el Colegio Salesiano de Sarriá, como alumno interno y aprendiz en la sección de cerrajería; como el aprendizaje duraba cinco años, lo terminé en 1913.» Así nos describe en sus notas los primeros contactos con los salesianos, que iban a constituir desde entonces, desde sus doce años de edad, su propia familia.

Los grandes salesianos de la comunidad de Sarriá van destilando en su alma joven y serena las características del espíritu de Don Bosco: la piedad, el sacrificio, el método de educar en cristiano, la alegría, la bondad... Las visitas de Don Miguel Rúa, Don Pablo Albera, Don Felipe Rinaldi y Don Pedro Ricaldone, corroboran la autenticidad de la vocación salesiana. Pedro Martínez se decide: «Como mi ideal era poder llegar algún día a ser Coadjutor Salesiano y dedicarme a la enseñanza de los jóvenes obreros, hice mi primera prueba como aspirante en Sarriá en 1913».

Pasa a Carabanchel para su año de noviciado y profesa en 1915, por tres años, tiempo justo para comenzar el servicio militar en 1918. Por suerte en el sorteo, le correspon-

den sólo tres meses de soldado, incluso viviendo en la Casa salesiana de Sarriá. Al término, hace su profesión perpetua el 22 de enero de 1919, en las manos de Don Pedro Ricaldone, que se encuentra de Visitador en España.

## Un gran maestro

A partir de los años veinte, la Escuela Salesiana de Sarriá experimenta un gran empuje y desarrollo, en todas sus secciones, haciéndose famosa en España y en América; Pedro Martínez, joven maestro, es el alma de la forja y cerrajería artística. Las exposiciones en que participa hacen ver el valor de su profesionalidad y de su arte.

Una de las notas características de este SC es, precisamente, su profesionalidad. Sabe sacar tiempo, con sacrificio, para estar siempre al día: busca los mejores tratados de su oficio, los lee, los conserva con esmero, los aplica y... los mejora.

El hierro en sus manos, al rojo de la fragua, martilleando con arte, se convierte en filigrana: lámparas, balconadas, apliques, imágenes... Sus alumnos se transforman en famosos artistas y guardan de él un agradecido recuerdo y una admiración indiscutible.

Tal vez usa el mismo sistema para forjar las almas y los corazones de sus muchachos: el fuego lo proporciona él, con su gran espíritu de fe, vivido con sencillez y continuidad, luminosamente; los golpes de martillo están en la constancia, en la formación de la voluntad, hecha al estilo de Don Bosco, de modo agradable, con la bondad del corazón y la palabra de aliento siempre. «En la escuela —dice un ex alumno— se dedicaba plenamente a nosotros, vigilaba todos los detalles de nuestras prácticas de taller y nos animaba siempre, saliera bien o mal el trabajo. Para animarnos al estudio y aprovechar todas las circunstancias para aprender, nos contaba que él, siendo muy jovencito, allá por el 1908, aprendió mucha forja de un obrero sin estudios que hizo una puerta para el templo del Tibidabo y que trabajaba en una empresa de poca importancia.»

Pedro Martínez pasa a la historia como un verdadero competente en su arte. Fruto de sus experiencias, de su tesón y de su dedicación es un «Manual de cerrajería» que usa él primero como simples apuntes, luego se imprime y

entra más tarde en la «Tecnología mecánica» de la colección de textos para Escuelas Profesionales.

Alma de artista, se muestra siempre delicado en todo su porte: siempre va limpio, aseado, sin caer en vanidades; cuida las plantas, tiene en orden su habitación, trata a todos, niños, jóvenes y mayores, con gran delicadeza y cariño; las penas de los demás le llegan al alma y llora con ellos.

De esta manera, dejando por doquier huellas de hombre excepcional y de perfecto religioso, acude a donde le envía la obediencia, para potenciar la mecánica o la forja en diferentes Casas. Todas le reciben como una bendición del cielo. Cuando va a la Residencia para niños pobres de Huesca, siente la pena de no tener ni siquiera espacio para poner el taller. Es interesante escucharle a él: «Por mi parte estuve bastante tiempo desorientado y desanimado, de la miseria del local y la falta de toda clase de elementos y herramientas. Poco a poco me fui recuperando de la mala impresión, haciendo un esfuerzo titánico para poner el taller-escuela en condiciones, como escuela de mecánica. Me abstengo de comunicar el adelanto efectuado por los alumnos durante mi permanencia y el buen comportamiento en su aprendizaje de la mecánica, de tal forma que los pequeños empresarios me los pedían con insistencia, antes incluso de terminar su aprendizaje, en muy buenas condiciones de trabajo. Después de once años de apostolado con estos muchachos, fui destinado a Ripoll para fundar la Escuela de Mecánica. Dejé Huesca con mucho sentimiento mío, la obediencia por delante; pero marché muy satisfecho por dejar la mecánica en buenas condiciones como escuela».

Las Casas de Pamplona y los Hogares Mundet de Barcelona testifican maravillas semejantes. Los alumnos aprenden mecánica y se convierten, muchos de ellos, en artistas del hierro. Estando en Huesca, las autoridades civiles, conocedoras de cómo se formaban aquellos niños acogidos a la beneficencia en la Residencia de la Diputación Provincial, invitaron al Ministro de Educación, en visita a la cercana Zaragoza, para que se llegara hasta Huesca y viera las piezas de tales aprendices. Acude el Ministro, gran amigo de los salesianos, y, después de recorrer la exposición —trabajos de mecánica, carpintería y sastrería— exclama: «Les felicito. Yo ya lo sabía. No me extraña que aquí no se expliquen lo que están haciendo. Yo ya sé que los sa-

lesianos son capaces de hacer estas cosas con los chicos. La Congregación triunfa una vez más. ¡Les felicito!»

## **Siempre sereno**

Este gran trabajador se distingue por su inalterable serenidad; todo le parece bien, sabe tolerar y perdonar. En medio de las mayores dificultades sabe sacar fuerzas de flaqueza y su esfuerzo es mayor que las mismas dificultades.

«En los años de la postguerra —recuerdan sus ex alumnos— en que se carecía de todo, él se ingeniaba para que no faltase lo indispensable en el taller, a fin de que aprovechásemos bien el tiempo, pues necesitábamos recuperar los tres cursos perdidos por causa de la guerra.»

Serenidad auténtica, sin concesiones fáciles que pudieran turbar su paz interior. Un episodio del período de la guerra, en Barcelona, confirma esta imagen de Don Pedro. Al salir de la Casa de Sarriá, se coloca en la empresa de autobuses Roca como mecánico. Pronto se gana la simpatía de los compañeros, por su trabajo, su comportamiento y su colaboración y ayuda. Hay uno, sin embargo, que sospecha de su posible condición de religioso: «No es como los demás, no blasfema, no fuma, no va con mujeres»; a lo que otro responde: «Pero tiene buenas manos para el trabajo, nos gana a todos; mientras que los frailes no saben trabajar».

Quienes le han tratado con intimidación aseguran que «el gran secreto de toda su personalidad residía en su recia espiritualidad... Se calentaba cada día con el fuego del Amor y se moldeaba con el martillo de la mortificación: con sencillez, con alegría, con la heroica convicción de que no hacía más que cumplir con lo que libremente había prometido a Dios y a los hermanos, cumplir con su deber, sin precipitaciones ni pausas indebidas, con precisión de artista consagrado a Dios y a los hermanos pequeños y grandes».

El 14 de agosto de 1981, de manera callada, como había vivido siempre, se marchó al cielo para celebrar la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen. Se había levantado como de costumbre, hecho la meditación, todo; el desayuno. Hacia las diez de la mañana se siente indispu-

to, se le lleva a la Residencia Sanitaria urgentemente. El diagnóstico dice: infarto irreversible. A las doce de la mañana besaba el crucifijo y se nos iba al cielo.

Otro gran Coadjutor de verdadera calidad.

## **12. ELIAS ESTEBAN DAGANI, NOVICIO Y MISIONERO**

Junto al lago de Idro, en el pueblecito italiano de Bagolino, vive una familia santa: madre cristiana y educadora al estilo de mamá Margarita y padre íntegro y ejemplar. La gente es sencilla y se dedica al pastoreo. En el pueblo ejercen gran influencia la Acción Católica, el Apostolado de la Buena Prensa y el de las Misiones Extranjeras. Los habitantes son 5.000.

Elías Esteban Dagani nace el 9 de abril de 1904. Recibe la primera comunión a los ocho años de edad, bien preparado y con gran conciencia de lo que hace. Siempre llevará consigo la medalla de aquel día como recuerdo del primer encuentro con el Señor y estímulo para su fidelidad.

En las clases se revela como chico inteligente, amante del estudio: aún antes de sentir su vocación misionera, aprovecha el tiempo leyendo muchos libros; pasea leyendo.

Terminadas las escuelas elementales, se pone a trabajar con su padre, que es carpintero; prefiere, después, aprender otros dos oficios: el de panadero y el de zapatero, colocándose con la familia Schivalocchi, óptima igualmente. Todos acaban queriéndole, por su buen carácter, por el interés que se toma por las cosas. No manifiesta nunca el deseo de un jornal, se contenta con el «premio» que su buen padre le da de vez en cuando. Sin embargo, aún estas pequeñas cantidades las guarda como ahorros que, en su día, entregará a sus padres.

Duerme poco: de día trabaja como zapatero, de noche en la panadería; las horas libres las dedica al estudio del latín. Un compañero suyo afirma que, en aquella época, dormía una sola hora cada día.

### **Vocación misionera**

Elías está viviendo su juventud en un pueblo moralmente sano. El frecuenta la iglesia en los límites preceptuados; le gusta dedicar algún rato a jugar a las cartas. Lee

revistas cristianas, como el «Boletín Salesiano», «Nigrizia», «Italia Misionera»... y les va tomando cariño. Todo esto y el trato con su párroco contribuye a mejorarlo. Sin duda ninguna, en su interior se traba una batalla secreta entre él y el Señor; porque Dios suele pedir «todo» y, naturalmente, cuesta decir un SI totalizante.

Cuando va descubriendo con claridad que se trata de la llamada del Señor, se presenta un día al párroco, a las cuatro de la tarde. «¿Qué te sucede a estas horas?» No responde; se echa a llorar. «¡Animo!, no tengas miedo, dime qué es lo que te pasa.» Y responde el joven: «Me doy cuenta... de que he pensado demasiado en mi cuerpo y casi nada en mi alma. Querría ser misionero...; mientras tanto, deseo que me abone a esta revista». Y entrega el dinero para suscribirse a «Nigrizia».

La idea de las misiones se apodera de él; habla mucho de ellas, comulga los domingos para pedir por los misioneros; y, soñando en que un día lo tiene que ser, se vuelve caritativo, generoso, humilde. Se decide a decírselo a su patrono, que es ahora también su padrino de confirmación, cooperador salesiano, el cual le aconseja con sentido cristiano y le anima; hasta le acompaña a Turín para exponer el caso a los salesianos. Queda aceptado como aspirante en el Instituto Misionero Cardenal Cagliero, de Ivrea.

Sus padres, verdaderos hombres de Dios, se alegran y le razonan: «Debes pensarlo bien; la cosa es dura, hay que estar seguro». Y él: «Desde luego, con la oración y el consejo voy viendo la voluntad de Dios sobre mí. He trabajado mucho para el cuerpo, ahora tengo que hacerlo para el alma, que es la primera». Los buenos padres dan el consentimiento, no sin lágrimas: «Yo lloro, hijo mío, es verdad —dice su padre—; pero dirás a tus superiores que mis lágrimas no son sólo de dolor, sino también de alegría».

No falta quien le reprende como si careciera de corazón, ya que está dispuesto a dejar la familia. Elías contesta: «...Aún estando lejos, se puede amar; el pensamiento vuela y para él no hay distancias...; y, cuando Dios habla, hay que obedecerle...».

## **En el aspirantado misionero**

Entra en la Casa de Ivrea en septiembre de 1923; tiene diecinueve años. Se ha ido a despedir de la Virgen de su

pueblo, ha comulgado, ha pasado por Turín donde ha podido visitar el monumento de Don Bosco, la basílica de María Auxiliadora y los otros lugares santos salesianos. Comprende que Don Bosco le ha visto también a él en sus «sueños» misioneros. Reza delante de su cuerpo, en Valsalice. Y se dirige a Ivrea.

Hay aquí más de cien muchachos con sus mismos ideales. Saluda al Director y de rodillas le pide su bendición; desde el primer momento nota el calor de la bondad de un Director salesiano. Y escribe a su familia: «Me encuentro en una familia santa, en la que tengo un Director que es, verdaderamente, un padre cariñoso».

Aprende tres palabras que considera claves para su preparación a la vida misionera: trabajo, oración, templanza. El ya las ha vivido, sobre todo en los últimos tiempos. Ahora las acrisola más aún. Hay una cosa que le cansa: el estudio; le vence la impaciencia de marchar a las misiones. Y solicita dejar los estudios y ponerse a trabajar y hacerse Coadjutor.

Ejercita entonces los oficios que ha aprendido: zapatero, panadero, carpintero; va al correo, hace recados... Y todo lo realiza alegre y cantando.

El 11 de octubre de 1923 visita el Aspirantado el Cardenal Cagliero. Les habla con entusiasmo de las misiones, los anima a perseverar en la vocación.

Elías está resuelto. Escribe a sus padres que le dejen marcharse a las misiones; de Ivrea partirán aquel año de 1924 veinticinco. Uno es Arduino, que va para la China; también Dagoni es destinado a la China; pero luego se le cambia y se le dirige hacia Perú. La despedida en casa siempre es dolorosa; se piensa siempre que se trata del último adiós. Pocos días y Elías regresa trayéndose a otros cuatro jóvenes al Aspirantado.

## **Despedida en la basílica de María Auxiliadora**

Es el 5 de octubre; se celebra la inauguración del cincuentenario misionero salesiano. De Turín van a partir cien nuevos misioneros. Don Santos Garelli, que marcha a la China, dirige el sermón; habla de la importancia de los Coadjutores en las misiones. El Vicario Apostólico de Kenia bendice los crucifijos; habla del trabajo y del sacrificio, como programa de todo misionero; recuerda que la

Madre del cielo siempre estará a su lado: «Desde este momento, Ella os toma en sus brazos»...

Don Felipe Rinaldi, Rector Mayor, entrega los crucifijos, diciendo a cada uno una palabra de aliento.

Elías va a pasar unos días con la familia, pocos, antes de irse al Perú. Cuando se despide, desde el coche, da un beso al crucifijo y señala el cielo: «¡Adiós, adiós! ¿Me entendéis? ¡A...dios!».

El 25 de octubre de 1924 salen de Marsella los misioneros que navegan hacia América.

El barco hace escala en Barcelona, y Elías tiene el gozo de saludar al Sr. Inspector, Don José Calasanz; se detiene en las Canarias y en Venezuela; por el canal de Panamá cruza las Américas y arriba a Guayaquil; de allí a Lima. La Casa salesiana de Lima acoge a unos 600 muchachos, en sus aulas y sus talleres.

En tren viaja a Arequipa, ciudad que parece un oasis en medio del desierto, a 2.000 metros de altura. La Casa de Arequipa alberga a 30 aspirantes, 11 filósofos y nueve novicios, todos europeos menos dos americanos; funciona el Oratorio festivo con unos 300 chiquillos. «¿Qué más puedo desear?», escribe a sus padres.

### **Cuatro meses de noviciado**

«Hemos comenzado el noviciado el día de San Francisco de Sales, el 29 de enero (1925)», escribe Elías a sus padres. No puede imaginar que para él, el noviciado va a durar sólo cuatro meses.

Coincide su año de novicio con el Año Santo de 1925. En su cuaderno va escribiendo sus impresiones y van madurando sus propósitos: «Los cuatro frutos que tengo que sacar del noviciado: 1. Un sumo horror a todo pecado y a todo defecto deliberado. El segundo fruto que debo lograr y que debe durar toda mi vida religiosa es la adquisición de un ardiente deseo de perfección. El tercer fruto que tengo que conseguir sólidamente es un gran amor a la Cruz. El cuarto es la perfecta conformidad a la voluntad de Dios, con la renuncia de la mía y de todas las demás cosas terrenas».

Sus compañeros testifican que trabajaba seriamente en su propia formación, sin ahorrar fatigas.

¡La voluntad de Dios!

Salen de paseo el 26 de mayo. Dos días antes han celebrado solemnemente la fiesta de María Auxiliadora. El 26 es el onomástico del Rector Mayor, Don Felipe Rinaldi; y hay alegría y paseo, por la tarde. Cuatro novicios salen con el asistente, camino de un pueblecito campestre; toman la ruta de la vía del ferrocarril y van caminando por ella. Sin que se den cuenta, unas ruedas de tren, llegando traidoramente por la espalda, los arrastran y los hieren gravemente. Dos mueren en el acto; Dagani, al día siguiente.

Antes de morir, exclama: «Me siento completamente tranquilo y contento; y tranquilo y contento me ofrezco al Señor». Encarga que consuelen a sus padres y que les envíen la medalla de su primera comunión y el crucifijo de misionero.

«El querido Dagani vino a este noviciado entusiasmado y con el único ideal de trabajar por la juventud pobre y abandonada, que, si abunda en todas partes, abunda de una manera especial en estas regiones. En sus pocos meses de noviciado fue modelo y ejemplo del verdadero Coadjutor salesiano, en todo y siempre.»

### **13. JOSE BONELLI, FUNDADOR DE LAS ESCUELAS PROFESIONALES DE BOLIVIA**

#### **Encuentro con Don Bosco**

En 1883, con trece años de edad, ingresa en el Oratorio de Valdocco el muchachito José Bonelli. Viene de un pueblecito de la provincia de Cúneo; ha perdido a su madre cuando él vino al mundo. Su madrastra, junto con su padre, le educan en la fe y en la virtud. Se interesa el párroco y les da a conocer la obra de Don Bosco.

Es un muchacho en el que la gracia de Dios ha hecho ya progresos. El mismo ha dejado escrito su viaje a Turín, entre lágrimas por dejar a su buen padre, pero dispuesto a aceptarlo todo para satisfacer sus aspiraciones.

«Llegué a Turín en la mañana del 25 de octubre de 1883. Hacía mucho frío... caminaba de prisa por las calles... De mis gastos me habían sobrado dos liras. En mi imaginación infantil se acumularon muchos proyectos, que fui examinando uno por uno... Llego delante de una iglesia abierta; eran las ocho de la mañana. Entro, me adelanto hasta la sacristía donde un sacerdote estaba rezando. “Re-

verendo, ¿podría usted rezar una misa por mi madre difunta?” “Con mucho gusto; ahora mismo, si quieres, la voy a rezar.” “Me siento feliz. Aquí tiene usted la limosna de dos liras y yo mismo le ayudaré la misa.”»

Después, al Oratorio. A los tres días de estar ya allí, «después del desayuno, estaba yo vagando algo desganado por el patio... cuando me siento tocar levemente en la espalda. Era Don Bosco. “Buenos días.” “Buenos días, mi amiguito, ¿cómo te llamas?” “José Bonelli.” “¡Ah! ¿Eres el recomendado por el párroco de Vicoforte?” “El mismo”». El diálogo continúa y Bonelli manifiesta a Don Bosco que no le gusta el taller de encuadernación en que le han colocado. «“Es fácil el remedio. ¿Qué oficio te gustaría?” “Carpintero.” “Pues serás carpintero.” “Gracias, Don Bosco, gracias.” Y le besé la mano efusivamente.»

Se le encomienda a otro buen Coadjutor, Antonio Bergese, quien le va enseñando el oficio, le corrige sus trabajos con gran bondad, le sabe dar buenos ejemplos y consejos. «Confieso que debo al carísimo Bergese mi formación profesional y mi amor a la vida religiosa; mi vocación surgió espontánea porque quería ser tan buen religioso como él.»

En 1889, muerto ya Don Bosco, va a San Benigno para hacer el noviciado. La primera profesión religiosa de Bonelli es para siempre, perpetua, el 3 de octubre de 1891, en Valsalice, junto a la tumba de Don Bosco.

La Casa de La Spezia le recibe como recién profeso. En su mente, sin embargo, lleva grabadas las despedidas de los misioneros en la basílica de María Auxiliadora de Turín; y presenta su petición formal de ir a misiones. Se le destina a La Paz (Bolivia), para fundar la primera Escuela Profesional del país.

## **Los músicos viajeros**

Gracias a Dios, disponemos de los apuntes de Bonelli y nos podemos enterar de mil peripecias que acusan la simpatía de este Coadjutor a la vez que describen los pasos primeros de una historia.

Son cuatro los salesianos que se han embarcado hacia Bolivia; todos músicos y de diferentes instrumentos. Desembarcan en Argentina y visitan algunas Casas salesianas, en neto desarrollo. Luego tienen que cruzar los Andes, en dirección a Chile, para llegar por fin a Bolivia. Mientras

esperan en Mendoza el momento de ponerse en marcha hacia los Andes, dan algunos conciertos en las calles. Un empresario de circo que funcionaba allí aquellos días intenta contratarlos para que se queden con él. «Oigamos su propuesta», dice Bonelli, haciendo un guiño a sus compañeros. «A los otros músicos les pago, según sus habilidades, de 40 a 75 pesos mensuales, más el alojamiento y la comida.» «Señor, nosotros no vamos a despreciar el arte por tan miserable sueldo. Tenemos ofertas mucho mejores. Le seré franco: estamos contratados para ir a Bolivia; mañana pasaremos la cordillera y en la cumbre daremos nuestro último concierto argentino a los angelitos del cielo.» «¿Y cuánto ganarán ustedes dándoles concierto a los ángeles?» «Esto corre por nuestra cuenta. Estamos acostumbrados a trabajar gratis, por amor a Dios, que sabrá recompensarnos...»

El 17 de febrero de 1896 llegan a La Paz, en una diligencia de mulas. La ciudad disfruta del último día de carnaval. Nuestros músicos se unen al jolgorio general con sus sones.

El colegio que está para entregar el gobierno no se ha concluido todavía. Bonelli se entrega al trabajo con gran ahinco: puertas y ventanas y mil detalles más, en una semana, quedan listos para que los salesianos lo puedan habitar: 24 de febrero de 1896.

El 2 de marzo se abre la Escuela Profesional, la primera de Bolivia.

Bonelli sólo tiene veintiséis años; su seriedad y sacrificio superan las deficiencias de sus pocos años; y, en poco tiempo, la incipiente Escuela se gana la admiración de todos. El trabajará aquí durante cuarenta años como ebanista.

## **Taller y Oratorio**

Los salesianos intentan reproducir lo que han visto en Valdocco. Se vive todo el día, durante la semana, para los jóvenes de la escuela o del taller; y los días festivos, como descanso, se hace funcionar un buen Oratorio, con todos los elementos formativos, experimentados por Don Bosco.

En La Paz, a 3.800 metros de altura, asisten al colegio unos 250 alumnos y al Oratorio más de 400. El personal está compuesto por dos sacerdotes (el Director es Don San-

tiago Costamagna, futuro Obispo), tres SC y tres clérigos. El 23 de mayo —a tres meses de distancia de la llegada de los salesianos— ya se celebra la primera Conferencia salesiana, en preparación a la fiesta de María Auxiliadora. El 24 comulgan más de 200 niños, hay un coro de cantores, reina la alegría de la primera fiesta de la Madre. En agosto se da nuevo impulso a la Escuela Profesional. El taller de Bonelli dentro de poco irá recibiendo diplomas y condecoraciones, como la de 1931, del Vaticano y firmada por el Cardenal Pacelli, futuro Pío XII.

Con su talento natural y su preparación como carpintero y buen dibujante, tiene que dedicarse también a construir Casas y Colegios: La Paz, Tupiza, Huancayo (Perú).

En el Oratorio, abierto para los chiquillos, que no encuentran sitio donde divertirse los días festivos, se da catecismo, se hace teatro, se cultivan los deportes. «Honrado con el nombre de misionero —escribe Bonelli—, yo sería indigno de él si me limitase a ser maestro carpintero o de banda. Si fuimos llamados a América con la vocación especial de misioneros de Don Bosco, fue para que más eficazmente trabajáramos en la gran obra de la salvación de las almas, eficaces colaboradores de Jesús.»

### **«Derechos, no deberes»**

De conducta lineal, de coherencia exenta de traiciones, Bonelli está entregando su vida día a día; trabaja mucho y no pierde nunca el buen humor; construye y da clases, enseña catecismo y prepara teatros, es Presidente de la Compañía de San José y dirige la banda de música. No se apropia un solo minuto para él.

Sabe que su vocación es de educador de la juventud; hace vivir las fiestas patrias y estimula a hacer vital la fe cristiana. Dice que lo que más necesita Bolivia son hombres profesionales con conciencia cristiana: legiones de artesanos y obreros expertos en sus respectivos ramos, sanos de cuerpo y de alma, laboriosos y morigerados, conscientes de sus derechos y deberes. Inculca el ahorro, explica la cuestión social a los alumnos, el sentido de las leyes; les habla del divorcio, del Papado, del protestantismo; cuenta la vida de Don Bosco; hace ver la importancia de la prensa; se preocupa de las vocaciones... ¡Un educador cabal!

Le brota todo eso de su corazón, simple y puro; tiene claras las ideas. Escribe, por ejemplo, hablando de las prácticas de piedad: «Derechos, no deberes... Las prácticas de piedad se nos deben facilitar para poder ayudar a nuestra flaca naturaleza. Todo el día estamos trabajando para los chicos: enseñanza, talleres, ministerio, asistencia; pero la Regla, que nos impone esos deberes, nos concede como especie de recompensa anticipada las prácticas de piedad».

Da gran importancia a las pequeñas mortificaciones «que no debemos desperdiciar a la espera de cosas grandes que no se nos ofrecerán nunca o casi nunca... El hábito de las pequeñas mortificaciones como el de las jaculatorias son los secretos de la continua unión con Dios...».

Estima las lecciones del dolor: con él llegaremos a despreciar esta vida y a desear la otra; el que vive bien, se olvida de la otra. La enfermedad y el dolor nos abren a la realidad...

Dios debió de tomarle en serio. Bonelli recibe del Señor, en regalo, una úlcera de estómago rebelde a todo remedio; con grandes dolores. El la sabe aprovechar bien: es una larga enfermedad. En agosto de 1936 se agudiza la crisis; siente necesidad de ser asistido de noche y pide ser llevado al hospital, para no aumentar los trabajos de los hermanos. Una semana antes de morir, se siente mejor y se viste para volver a su colegio; quiere ver de nuevo a los muchachos. En el camino le faltan las fuerzas y le recoge un buen amigo y le conduce al hospital. No verá más su amado colegio. Consciente del paso a que se aproxima, repite la preparación que hace cada mes en el ejercicio de la buena muerte y se abandona a la voluntad de Dios.

Da gracias a Dios por todo lo que ha hecho con él, conmoviendo al Director y a los hermanos. Termina su himno de acción de gracias y expira feliz.

Tenía sesenta y seis años; cuarenta y cinco de salesiano; cuarenta en Bolivia.

#### **14. GUMERSINDO CID, MISIONERO EN EL ASSAM**

Tal vez ninguna misión salesiana haya alcanzado los frutos que en pocos años ha logrado el Assam. «Cuando

llegamos los salesianos —dice Don Gumersindo Cid—, a primeros de enero de 1922, tan sólo había 6.800 católicos. Hoy, después de cincuenta años de trabajo, aquella primitiva Prefectura Apostólica se ha convertido en una Archidiócesis con cuatro diócesis sufragáneas y los católicos pasan de 300.000.» ¡En cincuenta años se ha pasado de menos de siete mil a más de trescientos mil; con una Iglesia floreciente en vocaciones nativas y una vida cristiana ejemplar!

### **No se despidió de sus padres**

Gumersindo nace en un pueblecito gallego, en Coira-Allariz (Orense), el 15 de agosto de 1893. En 1911 comienza su noviciado en San José del Valle (Cádiz) y hace su primera profesión religiosa el 4 de septiembre de 1913. Utrera recibirá sus votos perpetuos en 1921.

En su ánimo se ha despertado la vocación misionera y pide a los Superiores ir a tierras de misión. El sabe, como todos los salesianos, que todos los años se organiza, desde 1875 hasta hoy una —al menos— expedición misionera, con salesianos voluntarios que marchan a diferentes destinos, del Occidente y del Oriente. La basílica de María Auxiliadora de Turín da el adiós a los misioneros.

En la India se espera a los hijos de Don Bosco para la región del Assam, año de 1922. La Congregación de Propaganda Fide ha insistido ante el Rector Mayor de los salesianos, Don Pablo Albera para que se encarguen los miembros de su Sociedad de todo el Noroeste indiano, del Assam.

Don Pablo Albera vence toda dificultad y prepara la expedición: seis sacerdotes (entre ellos dos españoles: Don Manuel Bars y Don José Gil). Don Luis Mathias, futuro Obispo de Shillong, va a la cabeza del grupo. Dice a Don Pablo Albera que se requieren también Coadjutores, necesarios en toda tierra de misión. Pronto se hace la lista de cinco nombres, entre los cuales van otros dos españoles: Gumersindo Cid y Laureano Santana.

Gumersindo había salido de su familia en 1905 para ir al Aspirantado y desde entonces no había vuelto a visitarla. Al marchar para la India, a finales de 1921, tampoco se atreve a ir, temiendo que las lágrimas de sus seres queridos le hagan «arrepentirse» de su decisión.

El 23 de octubre de ese año se hace la solemne despedida de la expedición; la última de Don Pablo Albera, que morirá sólo cinco días después. Los misioneros hacen un retiro en I Becchi, lugar nativo de Don Bosco: Don Luis Mathias les deja estos recuerdos: 1. Hacer honor a la Congregación siempre; 2. Difundir la devoción a María Auxiliadora; 3. Perseverar en la observancia de los votos.

Al día siguiente zarpan ya de Marsella: es el 24 de diciembre. La Navidad y el Año Nuevo este año se celebran en el barco. El día de Reyes —6 de enero— llegan a Bombay; y el 13 a Gauhati. En esta ciudad no hay más que 19 católicos. ¡Se requiere valor y mucha fe!

### **Se parte de cero**

Gumersindo se va a encargar, por lo pronto, de poner al día la maquinaria vieja y estropeada de la escuela profesional de los salvatorianos, que nos entregan todo antes de irse. Así se comienza nuestra obra en Shillong, con nada, pero con una inmensa esperanza. Pocos días más tarde, escribe Don Luis Mathias a Don Felipe Rinaldi diciéndole que la región es vastísima y «muy prometedor, porque entre los Khasi particularmente hay una buena propensión al cristianismo... Los Khasi, cuando se convierten a la santa fe son fervorosos, óptimos, como lo prueba su asiduidad a las funciones sagradas».

En la Escuela Profesional de Shillong transcurre casi toda la vida misionera de Gumersindo. No disimula su felicidad, se encuentra realizado por completo; no le importan los cambios de trabajo: en todo se siente a gusto. Su entusiasmo y optimismo son contagiosos; no se cansa de hacer cosas, sonríe siempre, ayuda a todos, quiere mucho a los muchachos.

Hace funcionar el taller de zapatería, su especialidad; al tiempo que el señor Santana dirige la sastrería. Es consolador leer en una carta de Don Luis Mathias a Turín: «La imprenta, la zapatería y la sastrería funcionan». Realmente, el misionero sabe que no se encuentra en Europa, donde hay de todo; tiene que arreglarse, ser creativo, paciente, optimista. Gumersindo lleva una vocación misionera salesiana a toda prueba.

## **Teatro, vino y catequesis**

Todos los resortes de la pedagogía salesiana se ponen en juego. Dejemos hablar a Gumersindo: «El teatro fue un medio que empleamos desde los primeros tiempos para atraer al público y darnos a conocer. Al principio improvisábamos funciones que dieron mucho éxito al trabajo misionero. Después traducíamos y adaptábamos a la mentalidad de estos pueblos los dramas bíblicos o de las persecuciones romanas que gustaban muchísimo. Uno de los que más éxito han tenido fue el drama español de ambiente aragonés "Hay Providencia". Lo traduje al khasi y yo mismo hice el papel de Patricio, haciendo reír mucho a los chicos y a los grandes... Traducíamos sainetes y zarzuelas: a su representación acudían millares de personas. Ciertamente su preparación nos costaba largas horas de la noche, después de una jornada ya sobrecargada de trabajo, escribiendo a la débil luz de una lámpara de petróleo. Pero el bien que se hacía recompensaba nuestros sacrificios».

En la India impera la ley seca, que prohíbe las bebidas alcohólicas. ¿Cómo poder disponer de vino para la santa misa? Gumersindo sabe apañarse: con uvas pasas llevadas de Calcutta hace sus pruebas y le sale un vino superior.

«Durante muchísimos años me dediqué a recorrer las aldeas cercanas a Shillong los sábados por la tarde acompañado de un sacerdote. Solíamos hacer unos 20 kilómetros a pie y, al llegar a la aldea, organizábamos nuestro trabajo. Mientras el padre oía confesiones, yo escuchaba las penas de aquellas buenas gentes —hablo perfectamente el inglés, el khasi, el urdu...—; trataba de resolver sus problemas y finalmente les enseñaba cantos sagrados y les daba catequesis. Cumplida nuestra misión en el pueblo, regresábamos a pie a Shillong.»

Estar con los muchachos, hablar con ellos, ayudarlos es su mayor felicidad; ellos le quieren y con gran espontaneidad se le acercan y se manifiestan alegres a su lado.

## **De jubilación, nada**

Los años pesan. Cumple los ochenta, pero que no se le hable de jubilación. El trabajo es siempre para él una

«misión», un medio para ser útil a los demás, y la realización de la obediencia.

Procura atender a los ancianos enfermos, cuida la bodega, arregla el calzado de todos; sigue alegre como siempre.

En su última enfermedad, los jóvenes van a verle y se afanan por hacerle algún favor; dice al Sr. Inspector que regresa de visitar el Estudiantado de Bangalore: «Diga a los clérigos que los quiero, que los quiero mucho. Que rezaré por ellos».

Le hubiera gustado curar para continuar en la brecha; pero... «quiero sólo hacer la voluntad de Dios; nada más; estoy dispuesto a hacer lo que Dios quiera. Una sola cosa es necesaria, perseverar hasta el fin».

El 22 de septiembre de 1976 moría en la paz del Señor, a los ochenta y tres años de edad y sesenta y tres de profesión. Con él se cierra una era en las misiones del Assam: era el último superviviente de la primera expedición misionera salesiana a aquel país.

## **15. ANTONIO TARABLE, EN LA TIERRA DEL FUEGO**

En la historia salesiana, las primeras misiones (1875) representan el salto de la vocación salesiana a América, con heroísmos misioneros que se pueden presentar siempre como logros de la capacidad evangelizadora del espíritu de Don Bosco.

En la expedición de misioneros de 1875, la primera, iba un sacerdote cuyas gestas en la zona del Estrecho de Magallanes sobrepasan lo humanamente creíble: Don José Fagnano.

Uno de sus proyectos consistió en salvar a los indios, onas y alacalufes, de la persecución de los blancos. El año 1887 explora la isla Dawson, no sin riesgos. Pide los debidos permisos y obtiene que dicha isla sea cedida a los salesianos por un plazo de veinte años, con el fin de elevar cultural y socialmente a los indios, con escuelas, casas, hospitales... En 1888 instala allá a los primeros salesianos. En febrero de 1889 fleta la goleta «Fueguina» con materiales de construcción, desde Punta Arenas a la isla Dawson.

En 1890 se unen a los salesianos las Hijas de María Auxiliadora, que atienden a las mujeres y niñas indias, con sus escuelas y toda clase de servicios.

Los nombres de todos aquellos salesianos merecen veneración; y, en este libro, cada uno de aquellos SC tendría derecho a ser mencionado. Escogemos a uno, entre tantos: Antonio Tarable.

### **«Don Bosco me dijo: Irás a la Tierra del Fuego»**

Nace Antonio cerca de Cúneo (Italia) el 5 de mayo de 1855. Se ocupa, hasta la edad de veintisiete años, en trabajos del campo, creciendo en él la virtud de manera admirable. Su párroco, movido por las circulares de Don Bosco que pedía jóvenes buenos que tuvieran deseos de ir a misiones, le lleva a Turín. Y, desde el primer momento, Tarable se decide a quedarse con Don Bosco. En 1884, el día de Navidad, hace su profesión en manos de Don Bosco; tres años después, en Valsalice, la profesión perpetua: fue la última que recibió Don Bosco (2 de octubre de 1887).

Solía repetir Tarable que Don Bosco le había dicho: «Irás a la Tierra del Fuego con Monseñor Fagnano, trabajarás mucho, vivirás siempre allí... y cuando te llegue la hora de morir, yo mismo iré por ti para llevarte al Cielo».

Don José Fagnano, que ya ha fundado la misión de Punta Arenas, ha regresado a Turín para preparar otra expedición de misioneros, de acuerdo con Don Miguel Rúa, que entonces sucede a Don Bosco. Van seis salesianos y cinco Hijas de María Auxiliadora. Parten de Génova el 3 de noviembre de 1888. Entre los misioneros viaja Antonio Tarable, a la edad de treinta y tres años.

En Punta Arenas, Tarable es un verdadero «factotum»: cocinero, portero, sacristán, panadero, etc.

### **Un recuerdo para Silvestro**

Se está instalando —ya lo hemos dicho— la misión de la isla Dawson. Mons. Fagnano ha llevado material de construcción y gran cantidad de ganado, vacas y ovejas, en la goleta «Fueguina». El se ve obligado a ir y venir, atendiendo a las diversas partes de su Prefectura Apostólica; pero en la citada isla hay un grupo de salesianos y obreros permanentemente. Con ocasión de unas fiestas, los obreros regresan a Punta Arenas y se quedan solos un sacerdote y un Coadjutor; éste se llama Juan Bautista Silvestro.

Hay un indio alacalufe que trae muchos quebraderos de cabeza a los misioneros, el «Capitán Antonio». Al darse cuenta de la soledad de los dos salesianos, soborna a otros indios con intención de matarlos. Una mañana, mientras el padre Pistone y el señor Silvestro se hallan en el taller-cito de mecánica de la Misión, preparando material para los edificios, irrumpen los indios sobre ellos; los hieren y se dan a la fuga. Silvestro ha llevado la peor parte. El padre Pistone logra embarcarlo y embarcarse en un cúter que providencialmente ha llegado a la isla y parten hacia Punta Arenas. Se desencadena una furiosa tempestad —cosa frecuente en aquel estrecho— y el cúter es zarandeado por las olas, yendo a dar contra la costa oeste de la isla. En un bote auxiliar intentan salvarse los dueños y Silvestro, nuestro herido. El bote acaba por sumergirse y Silvestro, herido en un brazo, parece ahogado a pocos pasos de la playa. Con su sacrificio, la Misión de Dawson acaba de recibir el bautismo de sangre.

Tarable va a sustituirle, en medio de una vida sacrificadísima y heroica. No dispone de muchos talentos, ni de dotes físicas, pero sabe dar todo lo que es y tiene en beneficio de los salvajes. Y logra mucho, porque lleva consigo un gran amor de Dios, un gran amor a la Congregación y un gran amor a las almas. «Un misionero salesiano debe obedecer y sufrir», había escrito Don Bosco a un misionero, y Tarable hace de estas palabras su programa de vida.

Cuida la huerta, fabrica el pan para los 500 indios y las comunidades salesianas; atiende al ganado, ordeña y hace queso con la leche sobrante. En 1895, Mons. Fagnano instala una serrería y Tarable trabaja en ella con empeño. Desde 1893 está encargado —además— de proveer de carne a la misión, ocupación que requiere capacidad de sacrificio grande, pues le obliga a vivir semanas enteras recorriendo toda la isla para encontrar bueyes salvajes. Muchas noches las pasa a la intemperie, envuelto en mantas, despertándose, alguna vez, medio sepultado por la nieve.

### **Miembro del Capítulo General de 1904**

En 1904 debe celebrarse en Turín el X Capítulo General de la Congregación. Los hermanos de Dawson eligen a Tarable como Delegado para el Capítulo Inspectorial, acompañando a su Director; y el Capítulo Inspectorial lo

elige como Delegado para el General, acompañando a Monseñor Fagnano.

Y aquí tenemos a Tarable votando a los Superiores del Capítulo Superior para el siguiente sexenio. Tal vez fue en esta ocasión cuando Tarable, para mostrar su amor a Don Bosco, escribió en la papeleta de elección de algún capitular el nombre de Don Bosco. Y es que cuando oía hablar de él, se conmovía. En sus últimos años bastaba preguntarle por Don Bosco y pedirle que contara algo de él, para que se echara a llorar.

En Dawson, a pesar de sus trabajos, nunca le faltaba tiempo para la oración. Su Director de entonces declaraba que Tarable era modelo de vida de oración, de espíritu recogido, de amor al sacrificio. Asiste siempre a los indios de la Misión; en los recreos no les abandona; si alguno se escapa, va en su busca sin temor a los peligros y no descansa hasta que lo encuentra. Pequeño de estatura al lado de los indígenas, jamás recibe de ellos ninguna ofensa, porque le profesan un grande afecto.

### **Dawson se deja**

En 1911, personas interesadas en que los salesianos se vayan de la isla, los acusan de explotadores de la «Perla del Estrecho». Monseñor decide abandonar la isla, puesto que el plazo de los veinte años ha caducado; así evita calumnias de la prensa sectaria. Parte de los indios es trasladada a nuestra Misión de Río Grande y parte vuelve a su vida nómada para caer víctima de la codicia de los blancos.

Tarable regresa a Punta Arenas y desempeña el papel de portero del Colegio San José; con su prodigiosa memoria, su prudencia y sus dotes de buen fisonomista, se hace famoso como «el tesoro de la Casa», según la expresión de Don Bosco cuando define al portero de toda Casa salesiana.

En 1929 pasa a Magallanes: tiene setenta y cuatro años. Si a esto se añade que un día recibe, inadvertidamente, una sacudida eléctrica, comprendemos que su fibra robusta se vaya debilitando. Un temblor continuo le aqueja, cada vez más fuerte, hasta dejarle inepto para cualquier cosa. Es una circunstancia que manifiesta la gran virtud que hay dentro de este SC. Sufre, calla, reza y ofrece, procurando evitar molestias a los demás. Don Felipe Rinaldi le escribe: «Tú ofrece al Señor tus dolores y achaques y haz

lo que puedas para ser útil a los demás; y quédate tranquilo... La unión con Dios en el sufrir y en el trabajo sea la regla constante de tu vida y te encontrarás contento especialmente en la hora de la muerte».

Esta llega el 31 de marzo de 1935, con Don Bosco ya canonizado, que se acercaría a las tierras de sus sueños para recoger el alma de su queridísimo hijo Antonio Tarable.

## VEINTISEIS SALESIANOS COADJUTORES, SIERVOS DE DIOS, MARTIRES EN ESPAÑA

### SUS CARNETS DE IDENTIDAD

#### **Tomás Alonso Sanjuán**

Nacido en Vitigudino (Salamanca), el 13-3-1892; primera profesión en Sevilla, el 4-9-1915; muerto en Málaga, el 31-8-1936.

Se dedicó al bien de la juventud obrera como tipógrafo en las Escuelas Profesionales de Sevilla y Málaga. Murió fusilado. Tenía cuarenta y cuatro años.

#### **Emilio Arce Díez**

Nacido en Ubierna (Burgos), el 31-10-1908; primera profesión en Carabanchel (Madrid), el 16-7-1926; muerto en Madrid, el 23-7-1936.

Trabajó en los Colegios de La Coruña, Astudillo y Madrid. Fue jefe del taller de sastrería, dirigía el teatro y animaba a los antiguos alumnos. Murió fusilado. Tenía veintiocho años.

#### **Antonio Bertrán Font**

Nacido en Aguiló (Tarragona), el 18-11-1877; primera profesión en Sarriá (Barcelona), el 25-9-1904; muerto en Barcelona, el 26-7-1936.

Estuvo al frente de la cocina del Colegio de Sarriá, hasta la

muerte, con espíritu de sacrificio. Murió fusilado. Tenía cincuenta y nueve años.

### **José Blanco Salgado**

Nacido en Souto (Orense), el 13-11-1892; primera profesión en San José del Valle (Cádiz), el 21-8-1914; murió en Morón de la Frontera (Sevilla), el 21-7-1936.

Fue un religioso ejemplar, muy querido de todos. Murió fusilado con otros tres salesianos en Morón. Tenía cuarenta y cuatro años.

### **Jaime Buch Canals**

Nacido en Bescanó (Gerona), el 9-4-1889; primera profesión en Sarríá (Barcelona), el 5-9-1909; murió en Valencia, el 31-7-1936.

Modelo de salesiano, enseñó en los colegios de Valencia y Alicante y se encargaba de los antiguos alumnos. En la quema del colegio de Alicante (1931) fue maltratado y herido por defender el colegio. Fue fusilado en Valencia. Tenía cuarenta y siete años.

### **José María Celaya Badiola**

Nacido en Azcoitia (Guipúzcoa), el 24-2-1887; primera profesión en Carabanchel (Madrid), el 5-1-1906; murió en Madrid, el 9-8-1936.

Era un gran «factotum»; fundador de una comunidad en Cuba (1917); paciente y alegre. Valiente frente a los asaltantes de la Casa de Mohernando. Murió en la cárcel, a consecuencia de los malos tratos. Tenía cuarenta y nueve años.

### **Antonio Cid Rodríguez**

Nacido en Calsadoira (Orense), el 15-4-1890; primera profesión en Sevilla, el 8-12-1909; murió en Bilbao, el 25-9-1936.

Fue un gran pedagogo, alegre y entregado, en los colegios de Sevilla, Baracaldo, Salamanca, Madrid y Santander. Fue fusilado. Tenía cuarenta y seis años.

### **Juan Codera Marqués**

Nacido en Barbastro (Huesca), el 25-5-1883; primera profesión en Carabanchel (Madrid), el 24-7-1919; murió en Madrid, el 25-9-1936.

Tras haber trabajado de todo en el mundo («speaker» de cine mudo, empresario de toros) se hizo salesiano. Cuidó de enfermos y hacía de recadero; muy afable, cordial y alegre; piadosísimo. Mientras atendía a un enfermo fue detenido. Murió fusilado. Tenía cincuenta y tres años.

### **Ramón Eirín Mayo**

Nacido en La Coruña, el 26-8-1911; primera profesión en Mo-hernando (Guadalajara), el 10-10-1930; murió en Madrid, el 15-12-1936.

Se perfeccionó en Italia como carpintero y enseñaba este oficio en la Escuela Profesional de Madrid-Atocha, con espíritu de trabajo, alegría y buen ejemplo de vida religiosa. Visitaba a los Salesianos que habían sido detenidos. Confesó ser religioso y murió fusilado. Tenía veinticinco años.

### **Agustín García Calvo**

Nacido en Santander, el 3-2-1905; primera profesión en Sarriá (Barcelona), el 28-8-1923; murió en Valencia, el 9-12-1936.

Se entregaba a sus deberes con verdadero espíritu de perfección y con toda sencillez. En la misma cárcel realizó un gran apostolado entre los presos. Murió fusilado. Tenía treinta y un años.

### **Eliseo García García**

Nacido en El Manzano (Salamanca), el 25-8-1907; primera profesión en Gerona, el 19-9-1932; murió en Barcelona, el 19-11-1936.

Ya había sufrido los incidentes de Campello en 1931. Trabajó en la Casa de Sant Vicenç dels Horts (Barcelona) ejemplarmente. Durante la persecución se acercó un día a ver dicha Casa y fue detenido y fusilado. Tenía veintinueve años.

### **Esteban García García**

Nacido en El Manzano (Salamanca), el 28-11-1901; primera profesión en San José del Valle (Cádiz), el 12-9-1926; murió en Málaga, el 24-8-1936.

Siempre trabajó en la Escuela Profesional de Málaga, como jefe de sastrería. Detenido con los demás salesianos, le quisieron hacer blasfemar; a lo que se opuso. Fue fusilado. Tenía treinta y cinco años.

### **Mateo Garolera Masferrer**

Nacido en San Miguel de Olladels (Gerona), el 11-11-1888; primera profesión en Carabanchel (Madrid), el 26-7-1916; murió en Madrid, el 2-10-1936.

Había sido pastor y labrador. De Salesiano hizo de cocinero, daba catecismo en el Oratorio festivo, visitaba a los bienhechores. En él «no había dolo». En la cárcel demostró una verdadera santidad. Deseaba el martirio. Murió fusilado. Tenía cuarenta y ocho años.

### **Anastasio Garzón González**

Nacido en Madrigal de las Altas Torres (Ávila), el 7-9-1908; primera profesión en Carabanchel (Madrid), el 15-8-1929; murió en Paracuellos del Jarama, el 6-9-1936.

En Italia se perfeccionó en mecánica; era un excelente maestro, muy querido de sus alumnos. Trabajaba en Madrid-Atocha, cuando la Casa fue asaltada. En la cárcel vigilaba la puerta de la celda donde se celebraba la Misa. Fue fusilado. Tenía veintiocho años.

### **Valentín Gil Arribas**

Nacido en Rábano (Valladolid), el 14-2-1897; primera profesión en Carabanchel (Madrid), el 26-7-1916; murió en Paracuellos del Jarama, el 27-11-1936.

Trabajó con sacrificio en la cocina en Alicante, Sarría, La Coaña, Astudillo, Mohernando y Madrid. En los veranos, con las

colonias de los chicos. Fue detenido en Madrid y fusilado en Paracuellos del Jarama. Tenía treinta y nueve años.

### **Pablo Gracia Sánchez**

Nacido en Lérida, el 28-3-1892; primera profesión en Carabanchel (Madrid), el 25-7-1920; murió en Madrid, a mediados del 12-1936.

Se distinguió por su gran amor a la vocación salesiana; trabajó como hortelano; muy piadoso y trabajador. No disimuló su condición de religioso ante sus verdugos. Murió fusilado. Tenía cuarenta y cuatro años.

### **Francisco José Martín López de Arróyave**

Nacido en Vitoria, el 24-9-1910; primera profesión en Moherando (Guadalajara), el 12-10-1933; murió en Paracuellos del Jarama, el 9-11-1936.

Había sido seminarista en Vitoria; prefirió hacerse Coadjutor Salesiano. Decía: «No soy digno de ser sacerdote». Tenía muchas dotes, era artista (pintor, músico, escritor), de carácter abierto. Fue detenido en Madrid-Atocha y soportó todo con gran serenidad. Fue fusilado. Tenía veintiséis años.

### **Jaime Ortiz Alzueta**

Nacido en Pamplona, el 24-5-1913; primera profesión en Geroña, el 15-8-1932; murió en Barcelona, el 27-7-1936.

Provenía de la Escuela Profesional Salesiana de Pamplona; alumno difícil; se puso a trabajar en fábricas. Y Dios le llamó para defenderle de tantos peligros. Se perfeccionó en Italia como mecánico. En Sarriá era jefe de taller. Fue detenido, torturado y fusilado. Tenía veintitrés años.

### **José Rabasa Bentanachs**

Nacido en Noves de Segre (Lérida), el 26-6-1862; primera profesión en Sarriá (Barcelona), el 7-12-1892; murió en Barcelona, el 4-8-1936.

Fue otro buen cocinero salesiano. Había conocido a Don Bosco

en Barcelona, en 1886. Trabajar y rezar era para él una sola cosa. Estuvo en Barcelona y Villena. Fue detenido, reconocido como religioso y fusilado. Tenía setenta y cuatro años.

#### **Angel Ramos Velázquez**

Nacido en Sevilla, el 9-3-1876; primera profesión en Sarriá (Barcelona), el 23-8-1897; murió en Barcelona, el 11-10-1936.

Tenía buenas aptitudes para la pintura y se dedicó al taller de decoración y dibujo en los Talleres de Sarriá; formó buenos maestros. Trabajaba en el teatro. Muy buen religioso. Fue delatado y detenido. Murió fusilado. Tenía sesenta años.

#### **Heliodoro Ramos García**

Nacido en Monleras (Salamanca), el 29-10-1915; primera profesión en Mohernando (Guadalajara), el 23-7-1936; murió en Guadalajara, el 6-12-1936.

Se hizo Coadjutor con decisión firme de ser un santo religioso. Se le transparentaba la inocencia en sus ojos. Apenas profesó, fue detenido, encarcelado y fusilado. Tenía veintidós años.

#### **Gil Rodicio Rodicio**

Nacido en Requejo (Orense), el 20-3-1888; primera profesión en Sarriá (Barcelona), el 31-8-1908; murió en Barcelona, el 4-8-1936 (?).

Siempre afable, observante y generoso, fue durante veinticinco años el panadero de la Casa de Sarriá. Fue detenido en casa de un antiguo alumno y se ofreció espontáneamente como religioso. No se supo más de él. Entonces tenía cuarenta y ocho años.

#### **Rafael Rodríguez Mesa**

Nacido en Ronda (Málaga), el 5-7-1913; primera profesión en San José del Valle (Cádiz), el 10-9-1933; murió en Málaga, el 24-9-1936.

Había aprendido el oficio de ebanista, siendo alumno de la

Casa salesiana de Málaga; allí fue mandado después de la profesión; y allí fue detenido y fusilado. Tenía veintitrés años.

### **Nicolás de la Torre Merino**

Nacido en Béjar (Salamanca), el 4-3-1892; primera profesión en Sarriá (Barcelona), el 18-3-1910; murió en Madrid, el 8-8-1936.

Se distinguió por su perfecta vida religiosa. Fue jefe del taller de zapatería en Sarriá, Valencia, La Coruña, Vigo y Madrid. Estaba en Madrid-Cuatro Caminos el año 1936 y visitaba a los bienhechores. Fue detenido y llevado a la cárcel. Murió fusilado. Tenía cuarenta y cuatro años.

### **Dionisio Ullívarri Barajuán**

Nacido en Vitoria, el 9-10-1880; primera profesión en Sarriá (Barcelona), el 1-3-1901; murió en Aravaca, el 30-8-1936.

Trabajó como encuadernador; fue luego a fundar una Casa en Cuba; al regreso hizo de administrador en Madrid y Salamanca. Fue detenido en Madrid y fusilado. Tenía cincuenta y seis años.

### **Esteban Vázquez Alonso**

Nacido en Carrizo de la Ribera (León), el 27-6-1915; primera profesión en Mohernando (Guadalajara), el 23-7-1936; murió en Guadalajara, el 6-12-1936.

Había estudiado con jesuitas y capuchinos; acabó siendo Salesiano. Se distinguía por su bondad y por un gran amor a las misiones. Apenas profesó, fue detenido. Murió fusilado. Tenía veintinueve años.

\* \* \*

Todos ellos son «Siervos de Dios»; es decir, de todos ellos se ha iniciado el Proceso de Beatificación y Canonización. Toca al Papa, asesorado por los Cardenales, declarar si sus muertes merecen en verdad el calificativo de «martirio», condición indispensable para poder llegar a ser beatificados.

## VEINTISEIS SALESIANOS COADJUTORES MARTIRES EN ESPAÑA

A casi medio siglo de la guerra civil española y cuando los esfuerzos de todos se dirigen a superar la barrera famosa de las «dos Españas», abatiendo el muro de separación, para construir, en verdadera fraternidad, una nueva España, no es nuestra intención aludir siquiera a las dos «zonas» en que apareció dividido el territorio español el 18 de julio de 1936. Prescindimos, por lo tanto, de todo matiz «político».

Este capítulo sólo pretende presentar una serie de SC que supieron confesar con fortaleza su fe cristiana y su condición de religiosos, incluso hasta dejarse matar. Podemos darles con razón el nombre de «mártires de la fe», si bien dejamos a la Madre Iglesia que sea Ella la que, asistida por el Espíritu Santo, estudie y declare si en estos casos se cumplieron las condiciones del verdadero martirio. Ella lo sabe hacer. ¡Cuántos miles y miles de «mártires» están inscritos en el «Martirologio cristiano»! No hace mucho, dos Salesianos, Monseñor Luis Versiglia y Don Calixto Caravario, tras haber sido declarados mártires por Pablo VI (1976), fueron beatificados por Juan Pablo II (1983); como lo fue María Goretti por Pío XII, y tantísimos en la historia de la Iglesia. Una declaración de martirio dice sólo relación entre el mártir y el verdugo, juzga sólo «el odio contra la fe» del verdugo y la «voluntad de fidelidad hasta la muerte» del mártir; dejando a un lado el contexto político que pudiera salir bien o mal parado de semejantes sacrificios.

«Mártires son los que, con tal de permanecer fieles a la Palabra de vida eterna, aceptan que el odio del mundo llegue hasta arrebatarnos la vida terrena», dijo Juan Pablo II en la homilía de la Beatificación de los dos Salesianos citados. Y añadió: «El martirio supone en los asesinos odio contra la fe; por razón de ella se le inmola al mártir».

Con estos ojos vamos a mirar el heroísmo de muchos de nuestros hermanos por mantenerse fieles a su fe cristiana, por la que ya habían entregado su vida al Señor, en cuerpo y alma, el día de su profesión religiosa. Ellos pensaban consumarla día a día, gota a gota; pero el Señor se la pidió de una sola vez, de golpe, cruentamente. Y ellos dijeron también que sí.

Aunque el martirio es una «gracia» especialísima de Dios, que enriquece al mártir de una fortaleza superior a las meras fuerzas naturales, dándole una capacidad de amor a El por

encima de todo bien creado, sin embargo parece lógico pensar que, de ordinario, tal «gracia» no se suele conceder sino a quien ha sabido corresponder a otras gracias más normales. Con otras palabras: suele suceder que el que acaba muriendo mártir, había ya vivido una vida —larga o corta no interesa— de gran fidelidad al Señor. Como ejemplo bastaría leer las biografías de Monseñor Luis Versiglia y de Don Calixto Caravario para convencerse de ello. Y éste es el caso ordinario; aunque caben las excepciones.

Hablar de 26 Coadjutores mártires significa, por lo mismo, afirmar que, en general, su vida de salesianos discurrió por caminos de santidad. ¡Lástima que no se pueda escribir aquí abundantemente el período anterior a su martirio! Sepa el lector *dar valor* a las breves y lacónicas indicaciones que se le ofrecen en estas páginas; porque, por fuerza, en este capítulo tenemos que tratar de ellos en cuanto mártires.

## El motivo del martirio

Hoy se emplea demasiado fácilmente el título de «*martirio*»; y reciben el nombre de «*mártires*» quienes sufren por «*cualquier causa*». Quien sufre en un campo de concentración, en una prisión política, en el destierro; quien es asesinado por enemigos personales o políticos; la esposa que sufre el abandono o la traición de su marido, etc.: a todos ellos se les da el nombre de mártires. En lenguaje cristiano, «*mártir*» es un testigo de la fe, uno que confiesa la fe cristiana, hasta el punto de dar la vida por ella. En los casos anteriores se puede hablar de sufrimiento; pero no de martirio. Es más, cabría estar en esas situaciones y carecer de la fe cristiana: ser un prisionero o un asesinado *ateo*.

Así, pues, el «*motivo*» que se requiere para el verdadero martirio es la fe. Y quien «*mata*» al mártir, le mata precisamente «*por odio contra la fe cristiana*».

Los SC de quienes hablamos en este capítulo fueron sacrificados «*por odio contra la fe cristiana*». Y es que en aquel ambiente se respiraba odio contra la Iglesia de Cristo; se había afirmado la incompatibilidad entre el catolicismo y la república española. En febrero de 1936, el Komintern, para alcanzar el objetivo de la soviétización del país, daba el orden de «destrucción de las iglesias y de las casas religiosas». En agosto, uno de los dirigentes presentaba con lirismo el designio ateo de la revolución: «La destrucción de la Iglesia es un acto de justicia. Matar a Dios, si existiese, al

calor de la revolución; cuando el pueblo inflamado de justo odio se desencadena, es una medida muy natural, muy humana».

Al final de la fase más despiadada de la persecución, otro dirigente aseguraba durante un comicio en un teatro de Barcelona: «El problema de la Iglesia lo hemos resuelto totalmente, de raíz. Hemos suprimido los sacerdotes, las iglesias y el culto». Y, en 1937, otro personaje importante de la Tercera Internacional afirmaba en Valencia: «En las provincias bajo nuestro control, la Iglesia ya no existe. España ha superado con creces la obra del Soviet, porque la Iglesia está aniquilada».

Sirvan estos botones de muestra para convencernos del porqué se perseguía a los sacerdotes y a los religiosos; y, entre ellos, a los Salesianos, sacerdotes y Coadjutores.

Fueron aquellos años, efectivamente, de angustias y de incertidumbres, de vida escondida, de persecuciones, de denuncias, de huidas; y de generosidad en el ayudarse, de valor en el sacrificio, de firmeza en la fe. A los SC, que Don Bosco había querido en mangas de camisa, podía resultar fácil el no aparecer como religiosos; es más, algunos de ellos, cuando los sacerdotes debieron abandonar los colegios y las escuelas, se pusieron al frente de los institutos y lograron en cierta manera hacerlos funcionar. Sólo momentáneamente. Porque todas las casas religiosas quedaron incautadas, cambiaron de finalidad o fueron destruidas.

La Iglesia padeció una de las más furiosas persecuciones de su historia. Obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas, seglares de toda edad y condición, martirizados *por el odio contra la fe cristiana* (evidentemente no incluimos, por lo dicho anteriormente, a cuantos no fueron sacrificados por este motivo, sino por motivos políticos o de otro género), constituyen un grupo nutrido que, como ha sucedido con los mártires del Japón o de Uganda, algún día serán expuestos a la veneración de los fieles en la Gloria de Bernini de la Basílica romana de San Pedro como Beatos Mártires de la fe de Cristo. La Congregación Salesiana tiene en lista a 88 miembros que sufrieron el martirio; de ellos, 26 eran Salesianos Coadjutores.

### **Ambiente de terror**

Se vivía en clima de espanto, de ambiente de terror. Ya se sabía que bastaba ser religioso o sacerdote para estar

condenado a cárcel y a muerte. Todos lo sabían. Y los «perseguidores» gozaban de inmunidad cuando se trataba de denunciar o de torturar o matar a alguno de ellos. No había lugar seguro: ni las pensiones donde se pudieran hospedar, ni las casas de los amigos o parientes, ni los lugares de trabajo, ni la misma calle... En cualquier sitio podía suceder la acusación y la detención.

Todo ello da la talla de la grandeza de espíritu de nuestros hermanos; tanto más que algunos de ellos ya habían presenciado el incendio de nuestras casas, colegios e iglesias en años anteriores, sufriendo agresiones en sus propias personas. Realmente eran conscientes del peligro que corrían sus vidas.

Vamos a imaginarnos, con datos tomados de la realidad, qué sucedió entonces.

La vida de las Casas salesianas se está desarrollando casi normalmente. En unas partes se ha terminado el curso y funciona el Oratorio; en otras, todavía hay alumnos internos, preparándose para volver a sus familias. Con ellos se encuentran los Salesianos, en el patio, en el comedor, en el dormitorio. Grupos de Salesianos están reunidos, en diferentes Casas, haciendo sus Ejercicios Espirituales anuales.

Sin previo aviso, aunque se tenía la seguridad de que se realizaría, se presentan en las diferentes Casas grupos numerosos de milicianos armados, sin ningún respeto hacia personas ni lugares, con hambre de incendio, saqueo y sangre. Penetran a la fuerza, entre gritos y disparos para atemorizar, entre blasfemias y amenazas. Convocan a los Salesianos, los reúnen, de cara al paredón y con las manos en alto apoyadas en el muro; se les apunta con los fusiles. Mientras tanto, otros corren por toda la Casa, dicen que buscan armas, revuelven habitaciones y armarios, saquean la iglesia, incendian todos los objetos sagrados (por fortuna, en casi todos los casos, preventivamente, se había retirado el Santísimo), deshacen las estatuas, cuadros y viacrucis... «¡Apunten todos; y, cuando dé la señal, dispáren, para que no quede ni uno para semilla!», grita alguno de los jefes del asalto; «no bajen las manos o los asamos». Los Salesianos sufren el cacheo personal y, luego, son detenidos y llevados a la cárcel.

Se suceden los interrogatorios; y, tras ellos, el encarcelamiento o la libertad, una libertad que deja todavía visos de esperanza.

Quienes son puestos en libertad, buscan alojamiento en

alguna casa de amigos o bienhechores, de antiguos alumnos o parientes, en alguna pensión. Siempre con el miedo de ser conocidos por los vecinos, por los porteros. Por eso, y para no poner en peligro la vida de sus huéspedes, cambian frecuentemente de domicilio. Los documentos que poseen los delatan como religiosos; intentan hacerse con otros, no sin dificultad.

Durante el día, unos viven más escondidos que otros; los más atrevidos buscan trabajo, en un hospital, en un comercio, en el campo, como jardineros... La comida es de hambre; a veces, ni en las pensiones dan de comer; hay que ir a alguna taberna, con el consiguiente peligro de no saber estar «a la altura» de la chusma y despertar sospechas. Más o menos, unos saben los domicilios de otros; van a visitarlos, se dan las noticias que saben de los demás, piden la confesión y la comunión, se animan recíprocamente.

Y, de ordinario, se vuelve a caer en la cárcel. No faltan delaciones. «¡Frailes, frailes!», gritan unos muchachos cuando los reconocen. «¡Es un cura!» El «fraile» ha quedado descubierto y se ve otra vez en prisión. Nuevos interrogatorios. Y, a la celda, donde fácilmente encuentra a otros religiosos o Salesianos.

Allí se ayudan todos como hermanos, se reparten lo que tienen, rezan juntos, a veces celebran la Misa a escondidas, estando alguien a la puerta para «vigilar» por si se acerca el peligro. Se habla de martirio, como se habla de esperanza en una posible y deseada liberación. De vez en cuando, los milicianos carceleros leen una lista de presos que van a ser «*liberados*». Estos ya saben el sentido de ciertas palabras. Por eso, al salir, se abrazan y se despiden con una mirada que significa el adiós definitivo. Suben a los camiones, cruzan determinadas calles y se detienen en un cementerio, o en campos donde ya se han preparado zanjas enormes para enterrar a cantidades de personas fusiladas. Bajan los presos, se les hace acercar a la zanja. Una ráfaga de ametralladora corta las vidas de aquellos seres indefensos. Entre ellos, nuestros hermanos. Los sacerdotes han dado la absolución a todos, invitándoles antes a hacer un acto de dolor de sus culpas. Y se ofrece la vida al Señor, gritando: *¡Viva Cristo Rey!*

## **Pinceladas significativas**

El mundo en que se movían nuestros hermanos, en aquellos años, no admitía fácilmente la presencia de cronistas ni fotógrafos. Los datos que se han podido recabar provienen de compañeros de pensión, o de cárcel, o de Salesianos que tuvieron con ellos algún contacto; pero... ¡cuántos momentos importantes se han quedado sepultados para siempre sin que ningún testigo los haya querido o podido revelar! A nosotros nos bastan, para el fin que pretendemos, con estas páginas, breves pinceladas, rápidos «flash», ya que ahora conocemos el ambiente en que se movían los Salesianos. Pinceladas significativas, que nos dan la talla espiritual de sus almas, la prueba de su profunda religiosidad, el estilo de su vocación salesiana, su disponibilidad para el martirio... previsto, deseado, aceptado y soportado, por amor de Jesucristo.

Los presentamos en orden alfabético de las Casas donde se encontraban cuando sucedió todo esto...

### **Sarriá (Barcelona)**

Tras el asalto a esta importante Casa de Barcelona, la única de España que hospedó a Don Bosco, allá en 1886, los Salesianos fueron echados de ella, dejando a estudiantes y artesanos internos en manos de quienes se habían incautado del colegio. Un SC, José Enseñat —que sobrevivirá a la guerra y luego se ordenará sacerdote—, se encuentra ya con un pie en la calle; pero se vuelve atrás, pensando en los artesanos que permanecen dentro. Se atreve a preguntar a los asaltantes: «¿Y ya no volveremos a ver a estos chicos?». «Sí, hombre; la casa estará abierta a todas horas. Ven cuando quieras, si no te fusilamos antes.» Le permiten ir a recoger su chaqueta. Al verle los muchachos del patio, le piden que se quede con ellos. El se dirige a los jefes y les pide licencia para quedarse allí. Un miliciano no deja de apuntarle con una pistola. «Si les parece bien, como ustedes no conocen la casa ni los chicos, yo podría quedarme con ellos.» «¿No eres cura?» «No.» «¿Dispuesto a ser leal con nosotros?» «Sí.» «Puedes quedarte.» Y le dan un salvoconducto. Al verle entrar de nuevo en el patio, los muchachos gritan contentos: «¡Viva el señor Enseñat!».

Es un rasgo de un SC que no murió mártir.

*Gil Rodicio Rodicio*, con sus cuarenta y ocho años, que ha fabricado el pan del colegio muchos años, es uno de los echados de Sarriá por las turbas. Se refugia en la casa de un antiguo alumno, donde reza y se mantiene oculto. Cuando sabe que un sacerdote Salesiano se encuentra en casa de amigos y celebra la Santa Misa en secreto todos los días, allá se va para poder comulgar.

Los servicios de información de los perseguidores le descubren.

Llaman en la puerta de su residencia, abre él la puerta y comprende en seguida. «A mí podéis prenderme y hacer lo que queráis; pero de aquí no toquéis nada ni hagáis mal a nadie, pues ellos nada tienen que ver conmigo.»

Se lo llevan. No se volvió a saber más de él.

*Angel Ramos Velázquez*, de sesenta años, gran decorador de la escuela profesional de Sarriá; profesor de dibujo; motor del teatro, director de escena..., todo, todo, para hacer felices a los muchachos.

Al ser arrojados a la calle, monta pronto una especie de taller de diversas actividades con el fin de ganar algo con que sustentarse y ayudar a los Salesianos que se hallan en necesidad, en la cárcel y fuera de ella. El vive muy pobremente, no gastando un céntimo más de lo que le es absolutamente indispensable.

En su misma pensión hay guardias de asalto, milicianos y empleados; gente humilde, entre la cual se encuentra bien; se gana su simpatía. Los dueños de la fonda le aprecian mucho. En las horas libres de su trabajo, se encierra en su habitación y hace sus rezos con fidelidad.

Los domingos va a comer a casa de unos grandes amigos de los Salesianos, donde se explaya en comunicar sus noticias y el dolor que siente por no poder vivir en comunidad. Un domingo, el segundo de octubre, es la última vez que comerá allí. Pasa un buen rato de conversación, contando cómo hace para comulgar con frecuencia y cómo se ve tratado en la pensión.

Pero, aquella misma mañana, cuando él está ya fuera de la pensión, dos autos con milicianos se presentan en la puerta; los ha guiado allá un mozalbete antiguo alumno que ha sido expulsado del colegio por su mala conducta. Éste ha sabido dónde vive el señor Ramos y ha llevado hasta allá a los milicianos. Lo esperan dentro de casa, ya que les dicen que ha salido. A su regreso, a eso de las 8,30 de la

noche, la dueña de la pensión no puede reprimir un grito de espanto: «¡Oh, Don Angel! ...». Los milicianos le detienen y el delator confirma: «Sí, éste es Don Angel Ramos. Es un fraile de Sarriá. Le conozco bien». El señor Ramos le reconoce y le dice con dulzura: «Y ¿qué mal he hecho para que me denuncies?». «Usted, ninguno; pero otros de la Casa de Sarriá, sí; y usted lo va a pagar por todos.» El, sobreponiéndose a todo otro sentimiento, le dice: «Hijo, que Dios te perdona como yo te perdono».

Se lo llevan. No se volvió a saber más de él.

*Jaime Ortiz Alzueta*, joven, con sólo veintitrés años de edad, navarro, alumno del colegio de Pamplona, obrero en fábricas, Salesiano Coadjutor. Se ha preparado en Italia como mecánico y ha tenido la suerte de asistir en Roma a la Canonización de Don Bosco en 1934. Ahora, en Sarriá, es maestro mecánico, asistente, pieza clave en el Oratorio festivo: Salesiano a tiempo pleno.

En el mes de mayo de 1936 escribe una carta a los suyos, cuando el cataclismo se está preparando: «Seguimos trabajando regularmente, tanto los muchachos como nosotros, con tranquilidad, sin preocuparnos de lo que nos pueda suceder; quiero decir, sin dejarnos abatir por el pesimismo». Es su última carta.

Al salir de Sarriá, él y otro salesiano se recogen en una pensión con un alumno de ellos. Han pasado sólo seis días allí. Los milicianos acuden a la pensión en busca de los frailes. El joven, único superviviente y testigo, dice que les interrogan; ellos contestan con gran serenidad, sin ocultar su condición de salesianos, «es más, lo declaran con santo orgullo». Los asaltantes registran todo y encuentran una foto del clérigo, el otro salesiano, vestido de sotana. «¿Qué necesidad tenemos de otras pruebas?» Los conducen al Comité, apuntados por las armas. Durante el trayecto, los salesianos hacen comprender a los milicianos que el joven no es sino un alumno y que no tenía nada que ver con ellos; no resulta difícil comprobarlo y le bajan de la camioneta.

¿Qué va a ser de ellos? La dueña de la pensión ha preguntado a los milicianos qué les iban a hacer. La respuesta la ha dejado asustada: «No quiera para usted lo que vamos a hacer con ellos».

Por la mañana del día siguiente, aparecen los cadáveres en el Clínico. En el de Jaime hay un número, el 4.026, y en el registro se lee: «Contusión craneal con salida de la masa

cerebral». También en su cuello y en el pecho hay heridas sangrantes.

*José Rabasa Bantanach*, leridano, con setenta y cuatro años. Había conocido a Don Bosco en Barcelona y se había consagrado al Señor como SC.

Se encuentra ahora en la Casa de Sarriá y hace de cocinero. Piadoso, pobre y fiel.

Al convertirse esta Casa en hospital, tras el asalto de los milicianos, allí se queda este buen Coadjutor con otro sacerdote como enfermeros. El hospital cambia de lugar y ambos se ven despedidos en la calle; ambos enfermos.

Con la ayuda de un antiguo alumno, se preparan a obtener el pasaporte con el que habrían de llegar a Turín.

Sin embargo, no acuden a la cita en el lugar ni a la hora convenidos. ¿Qué ha sucedido? Sienten deseos de volver a Sarriá para ver cómo está la Casa y poder recoger algo de sus ropas —imprudencia temeraria—, contra el parecer de su amigo que les prepara todo lo relativo al viaje. De vuelta, en el tranvía, alguien los reconoce como «frailes», «curas», de los Salesianos de Sarriá. Y, sin más, tienen que bajar del tranvía y se ven obligados a caminar adonde quieran los forajidos. Se oyen inmediatamente unos disparos.

En el Hospital Clínico hay un cadáver, entre otros, que corresponde a José Rabasa. La ficha dice: «Un hombre de unos sesenta años, viste pantalón negro y guardapolvo caqui... Ulceras varicosas en ambas piernas. Presenta heridas de armas de fuego en el tórax y cortantes en cuello y cabeza».

Torturado y martirizado... por ser «cura».

## **Atocha (Madrid)**

Como en los restantes sitios, la Casa de Atocha fue asaltada. Era la tarde de un domingo, cuando se estaban acabando las actividades propias del Oratorio festivo. Los niños se encontraban todavía en el patio y se dirigían a la calle. Un SC, portero, Don Andrés García, abre la puerta ante los golpes que se están oyendo.

Una bala le pasa rozando la cabeza y va a desportillar la estatua de Domingo Savio que preside la entrada. Todos los salesianos son conducidos al patio, a la pared, puestos con las manos en alto y bajo la amenaza de fusilamiento. Incendios y saqueo. Los salesianos, protegidos por los guardias

de asalto, son puestos en la calle; el colegio queda incautado. Cuatro: el Director, dos SC y un clérigo, permanecen en el colegio.

*Emilio Arce Díez*, en plenitud de fuerzas, con veintiocho años de edad, es el jefe del taller de sastrería, encargado del teatro —que goza de tanto prestigio—; se ha quedado para guardar el colegio en aquellas circunstancias. Pronto debe marcharse. Y va a parar a una pensión, presentando su cédula de chófer. Allí confluyen otros salesianos.

Emilio no mide el peligro. Y se atreve a volver al colegio para ver cómo se encuentra; varias veces. Una tarde se encuentra con un antiguo alumno: «¡Adónde va, Don Emilio?». «Voy a ver a la Virgen.» «La Virgen está bien; vamos a dar un paseo.»

Unos chiquillos los reconocen y gritan: «¡Salesianos, salesianos!». Y sigue la detención.

Parece ser que se le conduce a la Casa de Campo para ser fusilado. El grita tres veces: «¡Viva Cristo Rey!», y cae víctima de una descarga.

*Ramón Eirín Mayo*, de veinticinco años de edad, maestro de carpintería, después de haberse preparado bien en Italia. Tiene un carácter agradable, un buen espíritu de trabajo y es muy piadoso.

Se hospeda en una pensión con otros dos salesianos; una hermana suya le proporciona otra más segura. «Sale poco a la calle; con frecuencia se le ve leer un libro de pastas negras y rezar el santo rosario.» Sale de vez en cuando para visitar a otros salesianos, principalmente para oír la santa misa y comulgar.

Busca un trabajo en el Asilo de Ancianos de la calle de Atocha, donde no es bien recibido por parte de otros empleados de izquierdas. Y es que la condición de religioso no se disimula fácilmente: el vocabulario no suele ser el mismo del de los enemigos de la fe.

Un pariente suyo le aconseja que emplee expresiones más vulgares; pero él responde: «Yo no niego la verdad; cuando me pregunten, confesaré lo que soy».

Llegan al asilo unos milicianos para llevárselo a la comisaría. «¡Es un buen pájaro!», dicen. Y no se vuelve a saber más de él.

*Mateo Garolera Masferrer*, tiene ya cuarenta y ocho años. Había sido pastor y labrador en sus tierras catalanas. Luego

se consagró al Señor en la Congregación Salesiana. Trabaja en la cocina de las Casas donde le envía la obediencia. En Atocha se encarga de cobrar los recibos de los bienhechores de las Obras salesianas, casa por casa; todos le aprecian, siempre cuenta cosas de la vida de Don Bosco. Se dice de él que es «un verdadero israelita en quien no cabe dolo».

En el asalto a la Casa de Atocha, él es arrestado y puesto al muro, como todos los demás. Saca su rosario y se pone a rezarlo. Uno a su lado le dice que tenga cuidado. Y él: «¿Qué importa que me maten? Más pronto iré al cielo».

Puesto en libertad, se aloja en casa de unos bienhechores, con los que vive unos veinte días. Ellos dicen de él: «Era un verdadero santo. Se pasaba el día rezando... Nos hablaba con frecuencia del cielo; manifestó deseos de ser mártir, pues decía: ¿Qué más da hoy que mañana?»...

Se le aconseja que no salga a la calle. El no tiene miedo: «¿Qué más da, si de todos modos me van a matar?».

Lleva siempre el rosario atado a su muñeca: «Nunca me separaré de él».

Cambia de residencia para no poner en peligro la vida de otros. Y es detenido, juntamente con otros religiosos. «¡Hasta en el hablar se le conoce que es fraile!».

Días más tarde, una señora pregunta por él —y por los otros religiosos— al juez de la checka de Fomento donde había estado detenido. Se le contesta: «Eran curas. No le conviene hacer averiguaciones sobre su paradero».

*Anastasio Garzón González*, paisano de Isabel la Católica, nacido en Madrigal de las Altas Torres (Avila), va a cumplir veintiocho años.

Sale del colegio de Atocha y le da cobijo un alumno en su casa; de allí se aleja cuando ve que la familia del chico puede correr peligro. Le piden la documentación y en su célula está escrito: «*Religioso salesiano*». La incultura de los milicianos le salva, pues ellos leen: «*Siciliano*». Y le dejan en libertad.

Ya en otra pensión, le registran: «¿Eres Anastasio Garzón?» «Sí.» «Documentación.» El la muestra. «¿Qué haces tú en Madrid.» «Vengo a buscar trabajo.» «Mentira, tú eres el salesiano que conducía el coche de Carabanchel.»

Buscan en la habitación, sin encontrar nada comprometedo. Se lo llevan. El no protesta. Da una mirada a los de la pensión, como queriendo decir «adiós, hasta la eternidad» y se lo llevan.

Va a parar a la Cárcel Modelo, con el consuelo para él de ser destinado a la celda 498, donde se hallan otros religiosos, entre ellos un padre claretiano. Es éste quien testimonia sobre Garzón: «En la celda se colocó espontáneamente en la situación de mayor humildad; se creyó servidor de todos, pero con una bondad, naturalidad y exquisitez que nos encantaba, siendo por ello muy querido de todos... Se asociaba devoto a nuestros rezos, las tres o más partes del rosario, a las horas santas y a las misas que clandestinamente decíamos en la celda 498. En estas ocasiones le designábamos para la custodia de la puerta, a fin de evitar sorpresas desagradables. Era el guardián de sus hermanos... y de Cristo... Lo tengo por un verdadero santo. Como a tal lo venero».

Pasa a otra cárcel, de la que sale hacia Paracuellos del Jarama, con otros tres salesianos y muchos más, para ser fusilado.

El joven maestro de mecánica, santo religioso, es martirizado.

*Francisco José Martín López de Arróyave*, de veintiséis años, todos ellos dedicados al Señor. Desde niño comprende que el Señor le llama y se marcha al Seminario de Vitoria, donde cursa la Filosofía y la Teología. Antes de ordenarse sacerdote, siente deseos de entrar en una Congregación religiosa, en la Sociedad Salesiana. Deja a un lado su primer anhelo de ser sacerdote y pide ser SC. Cuando se le pregunta el motivo, responde: «No soy digno de ser sacerdote».

Tiene un carácter envidiable, unas cualidades excepcionales, que las disimula con su gran humildad. Es artista, así, artista por naturaleza: pinta, toca varios instrumentos de música, escribe bien; creador de iniciativas para hacer gustar a sus alumnos las diversas materias de clase y para atraerlos en los días de vacación.

En el asalto de los milicianos a Atocha, él sale fuera libre; pero, al ver que dentro quedan bastantes muchachos, vuelve sobre sus pasos para estar a su lado. Es detenido y llevado a la Dirección General de Seguridad. Y, de allí, a la Cárcel Modelo.

Deja huellas de hombre sereno y servicial, piadoso y buen religioso, optimista y jovial. Algunos de sus antiguos alumnos le visitan y él tiene siempre palabras de consejo y orientación como buen educador salesiano. Predica la hermandad con el sacrificio.

Su celda se encuentra cerca de la famosa 498, donde un padre claretiano celebra misa a escondidas. El ayuda y comulga; con frecuencia se confiesa; todos los días se reza el santo rosario.

Un día le dicen que se puede romper su ficha en la oficina de la cárcel, para suprimir su condición de religioso. No quiere: «Sea lo que Dios quiera. Si es voluntad de Dios que muera, no quiero oponerme a ella».

Le llega el momento de salir de la cárcel «*destinado*» a Paracuellos del Jarama. Se despide de los compañeros de celda, sereno y animoso. Ya en el locutorio, con los otros condenados a muerte, le atan las manos, le empujan al autocar y viaja pensando que la palma del martirio la tiene ya en su poder. Un *¡Viva Cristo Rey!* corona la vida de este santo salesiano de veintiséis años.

### **Carabanchel (Madrid)**

Entre los salesianos que vivían en Carabanchel, con un grupo numeroso de aspirantes, hay dos SC que contar en el número de los mártires salesianos.

*Juan Codera Marqués* tiene ya sus años, cincuenta y tres, con una vida anterior muy simpática. Es aragonés, de Huesca. Ha hecho de locutor de cine —cuando las películas eran mudas—; ha sido empresario de toros y le gustaba torear. A los treinta y cinco años comienza su noviciado en Carabanchel, donde profesa en 1919. Las Casas de Madrid-Carabanchel y la del Paseo de Extremadura le reciben como enfermero y recadero; siempre cariñoso, infantil y bueno, alejador de penas, derramando simpatía y cordialidad. Muy piadoso, amante de Jesús en el Sagrario, a quien visitaba con frecuencia.

No tiene miedo de confesar su fe. Las turbas del asalto a Carabanchel, cuando llevan a los salesianos al Ayuntamiento, le quitan el rosario que lleva entre los dedos, recibiendo un violento empujón. Está deseoso de sufrir el martirio. Cuando conoce los padecimientos de otros salesianos, en aquellos mismos días, arañados por las uñas de las mujeres del barrio, hasta hacerles sangrar, él contesta con cierta envidia: «Lo mío no llega a martirio. ¡Aún no he derramado sangre!». Y pide al Señor le conceda la gracia de ser mártir. «Sí, lo mejor es morir —dice un día a un

sacerdote—. Si debían haberme matado en la plaza de Carabanchel. ¿Qué hacemos ya en este mundo?»

Cuando se le concede la libertad, visita con frecuencia a otros salesianos, les levanta el ánimo. Va un día a comprar ropa y, al volver, lo cuenta a los compañeros: «Me han preguntado que quién era yo; he contestado que era fraile y no me han creído».

Suele ir a un cerro cercano a la cárcel, donde se encuentran presos varios salesianos. Desde allí les hace señas para darles noticias a la hora del recreo. Se le hace notar lo peligroso de todo ello. Y contesta: «No te preocupes; si me matan, ¿qué mejor ocasión para morir mártir?».

El 25 de septiembre es detenido en las cercanías de la cárcel. Luego, desaparece toda pista del animoso señor Cordera.

*Pablo Gracia Sánchez*, con cuarenta y cuatro años, ha profesado como salesiano en 1920, en Carabanchel. Y en la misma Casa le sorprende la detención. De oficio, hortelano; proveniente de Lérida. Su distintivo, la piedad y el trabajo. En la oración sabe encontrar, para las duras horas de la prueba, toda la fortaleza necesaria.

Es largo su itinerario desde Carabanchel, donde es detenido, hasta la muerte. Pasa por varias pensiones, trabaja donde puede como recadero o mozo. Si le hospedan en sus casas algunos amigos, no quiere permanecer para no ponerles en peligro.

Jamás niega su condición de religioso, ni abandona su vida de piedad. Se le acusa de «fraile» y él lo confirma.

Es llevado a la cárcel, exactamente a la checa instalada en el Palacio Episcopal de Madrid, y sometido a nuevos interrogatorios. Al día siguiente, un miliciano anciano dice a una religiosa que preguntaba por Pablo Gracia: «El ya está bien; ya nada le duele».

## **Estrecho (Madrid)**

*Nicolás de la Torre Merino* es de la edad de Pablo Gracia: cuarenta y cuatro años. Maestro de zapatería en varias escuelas profesionales salesianas de España, se encuentra ahora en el colegio de Estrecho. Aquí se dedica a cobrar los recibos de los bienhechores que se han comprometido a ayudar a las Obras salesianas. Estalla la revolución y él,

ya en la calle y en mil peligros, sigue cobrando recibos; y va a dar cuenta de todo lo recogido a su superior, que está en una pensión de amigos.

En este quehacer es detenido. Le delata también un documento que lleva consigo, donde consta su condición de religioso salesiano. Nadie duda ya que se trata de un «fraile». Poco después es fusilado. El delegado del Comité va a la cárcel y pide «ver al fraile». Se le contesta: «Déjale; de ése ya no hablemos más».

La fotografía de su cadáver se halla en la Dirección General de Seguridad.

### **Paseo de Extremadura (Madrid)**

*Dionisio Ullívarri Barajuán*, de cincuenta y seis años, de Vitoria. Había entrado en la Casa de Sarriá cuando tenía catorce años y aprendió el oficio de encuadernador. Allí hizo el noviciado y profesó en 1901.

Se le cuenta entre los que marcharon a Cuba para la fundación de una Obra salesiana. A su regreso, desarrolló su labor en Madrid y Salamanca. La revolución le sorprendió en Madrid. Sus cualidades le convierten en un gran administrador, a la vez que le dejan tiempo para dirigir la banda de música y el teatro en las diferentes Casas salesianas.

Vive en una pensión con un sacerdote salesiano. Los domingos va a visitar a un buen amigo, en cuya casa se reza, se dice la santa misa y se comunican noticias. Unos milicianos llegan a tiempo para cazarlos en clima religioso. Se los llevan a todos, cinco en total, entre seculares y religiosos. «Bajan la escalera sin un solo temblor, sin un ademán de pánico, antes al contrario, con una entereza digna de mártires cristianos», dice un testigo presencial.

Una vez en el portal, comentan los milicianos con cinismo: «¡Cinco tíos, y diciendo misa que estaban!».

En la checa nuevos interrogatorios. «Los interrogatorios de las checas tenían por objeto arrancar la confesión de creencias religiosas e ideas políticas, cuya existencia daban por cierta los interrogadores.»

Aquella misma noche caía el señor Ullívarri asesinado en el cementerio de Aravaca.

*Valentín Gil Arribas*, vallisoletano, de treinta y nueve años, fue monaguillo de pequeño y, más tarde, ingresó en

el colegio salesiano de Carabanchel con la idea de hacerse salesiano. Contaba catorce años. Siempre se distinguió por su generosidad y por su amor a la vocación. Sin embargo, no podía con los estudios y renunció a caminar hacia el sacerdocio. Hace el noviciado en Carabanchel y profesa el año 1916. Desde entonces, su vida es un continuo sacrificarse por los demás desde su puesto de cocinero; en medio de las mil dificultades del tiempo y con su capacidad de trabajo, siempre resuelve todo problema.

Ya en la pensión donde se refugió, los milicianos en un registro le encuentran indocumentado. Sus preguntas les llevan a la averiguación de que es un religioso. Y le detienen.

Pasa por dos cárceles hasta que los tribunales populares le condenan a muerte. Su «orden de libertad» —que significaba pena de muerte— consta en archivo, con la palabra «cumplimentada».

Paracuellos del Jarama es testigo de su martirio.

## Málaga

Tres SC dio la Escuela Profesional de Málaga, una de las Casas dedicadas a los muchachos más pobres, y seis sacerdotes. ¡Mucha sangre salesiana!

*Tomás Alonso Sanjuán*, salmantino, de cuarenta y cuatro años, jefe del taller de imprenta de la escuela. El, como todos los salesianos de Málaga, sufre el terrible asalto al colegio, las amenazas, el colocarse en el paredón, la ida al cuartel, entre una chusma que pedía sangre. En la prisión, continuas amenazas de muerte; y, entre ellos, los presos religiosos, el recíproco animarse al martirio.

«Nada; antes de morir, diremos: Viva Cristo Rey; cuatro tiros y al cielo derechitos.» Gracejo andaluz para palabras llenas de fe. «¿Y si nos dan un martirio lento? Lo sufriremos por Dios.»

Comienza la etapa de las matanzas: cada noche, cincuenta. En la del 31 de agosto, derrama su sangre Tomás Alonso, de cuarenta y cuatro años.

*Esteban García García*, salmantino también, encargado del taller de sastrería. Tiene treinta y cinco años. Maestro de los huérfanos malacitanos, que lloran su segunda orfandad cuando se ven sin sus salesianos del colegio.

El diálogo de Esteban con un grupo de milicianos recuerda el del protomártir San Esteban.

« ¡Tú eres un cura! » « No lo soy. » « ¡Tu traje y tu porte nos dicen que eres cura! » « Os digo que no soy cura. » « Si no eres lo que digo, blasfema de Dios y de su Madre. » Todos aprueban la propuesta y sugieren blasfemias insolentes. « ¡Jamás, jamás! » « Te dejaremos libre. » « Ese Dios no me ha hecho ningún daño para que yo le maldiga. » « Entonces te fusilaremos. » « ¡Aquí tenéis mi vida, pero no blasfemo! » « Camina adelante... », gritan los verdugos simulando una muerte que el santo Coadjutor ya desea.

Pero no era aquel el momento que Dios le tenía reservado. Al volver a la cárcel, lo cuenta a sus hermanos y añade que en aquel instante se arrepentía en su corazón de haber cogido unas almendras en un campo cercano, porque sentía hambre... ¡Delicadeza de conciencia!

El 24 de agosto —día 24— cae entre otros cincuenta mártires.

*Rafael Rodríguez Mesa*, rondeño, iba a morir en su provincia, con sólo veintitrés años de edad. Ebanista de profesión, se entregaba a los muchachos huérfanos para hacer de ellos unos hombrecitos honrados.

Rafael cierra la comitiva de los salesianos al ir del colegio a la prisión. Los insultos le suenan más cercanos; y él se siente más indefenso. En un momento, recibe un fuerte golpe en la nariz y en la boca que le derriba al suelo y le hace sangrar. Lo tolera con paciencia, como primicia de su sacrificio.

Pasa la vida en la cárcel con sus compañeros de religión. A él le toca la palma del martirio el 24 de septiembre —día 24— en la provincia que le ha visto nacer.

## **Mohernando (Guadalajara)**

El 23 de mayo, el Cardenal Primado había hecho una visita al noviciado salesiano de Mohernando. Presagiaba la tempestad que se aproximaba y animó a todos a perseverar en la fe. Aquellos hermanos prometieron... En julio, ejercicios espirituales, el asalto a la Casa por las turbas de milicianos y la conducción de varios a la cárcel de Guadalajara. Entre ellos, dos SC que acaban de profesar el 23 de julio: *Heliodoro Ramos* y *Esteban Vázquez*. Tienen los dos veintitún años.

Por fortuna para ellos, les acompañan el Director y cuatro jóvenes salesianos estudiantes de Filosofía. El resto de la numerosa comunidad espera nuevos peligros; serán llevados a Madrid, a la cárcel de Ventas.

*Heliodoro y Esteban* viven con sus hermanos una vida intensa de comunidad; van dejando ejemplo de su sencillez, su servicialidad, su oración. De noche permanecen varias horas en oración; todos los días se reza el rosario, incluso con otros presos, procurando evitar que los carceleros lo noten. Un día se descubre y reciben amenazas e improperios. Acabada la reprimenda, de nuevo solos, se continúa el rezo.

El 6 de diciembre... el asalto a la cárcel por las turbas ebrias de odio y sangre. El único testigo de aquella tragedia lo cuenta con detalles: «Una descarga nutrida, cerrada que, seguida de otra y otras muchas, sonó allí cerca, en el recinto de la prisión... Los asesinatos continuaron hasta avanzada la tarde... A las tres de la madrugada acababa la descomunal tarea».

*José María Celaya Badiola*, de Azcoitia y con cuarenta y nueve años; enfermo, con parálisis progresiva que solamente atajaba gracias a un medicamento eficaz. También él había ido a fundar una Obra salesiana en Cuba, con el señor Ullívarri. Después, era un precioso «factotum» donde la obediencia le colocase.

Su enfermedad le permite permanecer en Mohernando cuando el asalto. Va a la capilla y se pone a rezar. «¿Qué hace usted aquí?», le preguntan los milicianos; «mejor sería que se ocupara en cosas de provecho». «Estoy pidiendo a Dios que tenga misericordia de ustedes», responde con sencillez. El pobre enfermo tiene que presenciar el expolio y la quema de libros y de objetos religiosos.

No oculta en ningún momento su condición de religioso; al contrario, saca su rosario y lo reza ante todos. El viaje a Madrid, con los demás salesianos de Mohernando, le deja mal parado. En la Dirección General de Seguridad todos están de pie, cara a la pared y manos atrás. El enfermo pide le dejen tomar la medicina que lleva en su maleta: permiso denegado. De allí pasan a la cárcel de Ventas.

Su mal estado de salud hace que le trasladen a la enfermería; se agrava rápidamente. Soporta todo con paciencia y en silencio. La carencia de su medicina le ha llevado al extremo. Cinco días en la cárcel y le sobreviene la muerte.

Su cadáver abandonado en el patio de la enfermería re-

cibe aún insultos y burlas groseras por parte de los milicianos.

No cayó por las balas; la muerte le sorprendió camino del Calvario.

### **Morón de la Frontera (Sevilla)**

Aquel domingo no se abrieron las puertas del Oratorio festivo. A las diez de la mañana, golpes en la puerta, vocerío de los milicianos que querían tomar el colegio... Entran, se adueñan de todo, buscan armas en vano... Y los salesianos son llevados a la cárcel. « ¡Amarradlos para mayor vergüenza! », grita el jefe. Los sacerdotes van con el hábito talar; la casa comienza a arder. Un niño tiene la feliz idea de ir al Sagrario y recoger todas las sagradas hostias, las lleva a su casa y convierte en tabernáculo uno de los muebles.

Allí hay un santo Coadjutor, *José Blanco Salgado*, de cuarenta y cuatro años, gallego, maestro muy querido de sus alumnos. Mientras caminan hacia el cuartel, alguien dice que se les queme vivos. Por fortuna no se le hace caso.

En plena calle una ráfaga de metralla de todos los calibres hace caer muertos a los presos; luego viene el tiro de gracia para los que todavía conservan un hilo de vida.

José Blanco, herido de muerte, en uno de los momentos de mayor confusión y con el pecho atravesado por una bala, corre como alocado en busca de un socorro para su herida, metiéndose en una de las casas de la calle próxima, que desgraciadamente estaba deshabitada. Allí, en la parte superior de la escalera, se le encontró algunos días después muerto en un charco de sangre.

### **Santander**

*Antonio Cid Rodríguez*, orensano, de cuarenta y seis años, había comenzado su vida religiosa en Andalucía: era salesiano desde 1909. Se le estimaba porque era buen maestro, alegre, gran educador cristiano de niños, humilde, exacto como religioso.

La época de nuestros mártires le coge en Santander. Dispersados los salesianos, marcha a Bilbao, donde tiene parientes.

Lleva siempre consigo el rosario, devoción que ya le

caracteriza de siempre. Oye misa mientras las iglesias se han abierto al culto. Sus vecinos no ignoran su condición de religioso; saben que es salesiano, pues ha estado algún tiempo dando clases en el colegio de Baracaldo.

Una noche, los milicianos llaman a su puerta. El está en cama y descansa. La dueña de la pensión abre y oye que le preguntan por Don Antonio. Entran en su habitación. Al levantarse, los milicianos clavan los ojos en un crucifijo que pende de su cuello. Hacen un registro minucioso y encuentran objetos religiosos, medallas, un misal, estampas... Celebran el hallazgo con sonrisas maliciosas. Y le invitan a seguirlos.

Una mirada del religioso a sus familiares y marcha tras los forajidos, sin manifestar el más leve síntoma de nerviosismo.

El título camuflado de su muerte fue: «Rigurosamente incomunicado».

### **San Vicente dels Horts (Barcelona)**

Esta Casa había sido noviciado hasta 1903, año en que la España salesiana se dividió en tres Inspectorías. Tuvo luego una época de escasas actividades, hasta que en 1931, por el incendio del Aspirantado de Campello, se convirtió en Aspirantado de la Inspectoría Tarraconense (hoy dividida en Barcelona y Valencia). Desde entonces albergó a los aspirantes.

Al comienzo de nuestros sucesos, los que terminaban sus cursos y marchaban al noviciado de Gerona, se despedían de sus compañeros con un paseo al Tibidabo que les llenó todo el día. ¡Día de alegría y de entusiasmo!

Al regreso, los salesianos tienen noticias de cuanto está sucediendo en Barcelona, tan cercana. Y, dos días más tarde, comienza el saqueo de la iglesia parroquial del pueblo con la quema de estatuas, retablos, bancos y objetos de culto; vino después la expulsión de unas monjas de su convento... Y llegó el turno de los salesianos. El Comité del Pueblo aseguró su tutela sobre los niños, los aspirantes; y exigió que ningún salesiano se ausentase. Todo parecía que iba a discurrir tranquilamente. Se sumieron todas las sagradas hostias del Sagrario, para prevenir profanaciones. Hubo visitas de otros grupos de milicianos, nerviosos y airados, que terminaron corteses.

Pero pronto se supo que el párroco y su vicario habían sido asesinados por las milicias. Los aspirantes, con sus superiores, procuraban mantenerse serenos, rezaban y comulgaban. La última misa se celebró el día de San Lorenzo, 10 de agosto. Muchos niños regresaban a sus casas, con sus padres que habían ido a buscarlos. Quedaban pocos, con algunos superiores. Así hasta el 10 de noviembre, en que el Comité expulsó a todos, llevando a los aspirantes a la Casa del Pueblo. En un coche metieron a los cuatro salesianos que todavía estaban en San Vicente y los condujeron a Barcelona.

*Eliseo García García*, salmantino, de veintinueve años de edad. Prefiere permanecer en San Vicente, con otros tres salesianos, para cuidar de los niños y de la Casa. Hasta que los milicianos los echan a todos.

El 19 de noviembre va a hacer una visita al colegio para ver cómo se encuentra. Los milicianos se dan cuenta y, en compañía del guarda de la Casa, gran amigo y óptimo cristiano, los acusan de no sé qué cosas y se los llevan a las costas de Garraf, donde desaparece todo rastro de este buen Coadjutor.

*Antonio Bertrán Font*, tarraconense, con cincuenta y nueve años. No pertenece a la Comunidad de San Vicente, sino a la de Sarriá, donde era cocinero. Pero un día se acerca a San Vicente para ver a los hermanos, que todavía no han sido expulsados, y, a su regreso, en Molins del Rey, es detenido, registrado y... eliminado.

## **Valencia**

En plenos ejercicios espirituales se encontraba la Casa salesiana de Valencia, con el señor Inspector, P. José Calasanz, al frente.

Una noche perciben todos, los 40 salesianos ejercitantes, los primeros síntomas del asedio: disparos, griterío, amenazas. Se reúnen todos en la galería, retiran el Santísimo del Sagrario, reciben la absolución general, comulgan y se preparan interiormente a lo que Dios pudiera pedirles.

Los milicianos asaltan la Casa, las escuelas, la iglesia, el teatro; saquean, destruyen, incendian...

Los salesianos van a parar a la cárcel, esperando el «juicio». A media noche del 28 de julio les declaran libres; y

les obligan a salir a la calle. Se obtiene poder esperar a que se haga de día. Y quedan en la puerta aquellas horas de la noche. El Coadjutor Jaime Buch se había preocupado de buscar casas de cooperadores donde pudieran ir los salesianos, bien distribuidos.

Y se van marchando, despidiéndose del P. Calasanz, el cual anima a todos a confiar en la divina Providencia.

*Jaime Buch Canals*, geronés, de cuarenta y siete años, maestro óptimo en Barcelona, Valencia y Alicante. Hombre que servía para todo y a nada se negaba; le bastaba ver una necesidad para acudir a remediarla. Hacía de despensero, refitolero, recadero, ecónomo, consiliario de antiguos alumnos...; realmente un salesiano de pies a cabeza. Siempre servicial y sacrificado, nunca pensaba en sí, sino en los demás.

Ha preparado la posible salida de sus hermanos de la Casa de Valencia; ha procurado a cada uno una dirección donde acogerse y una cantidad de dinero para las primeras necesidades. Ya tiene la experiencia de la quema del colegio de Alicante, en 1931, cuando sufrió golpes y desprecios.

Jaime sale de la cárcel acompañando a un sacerdote, pasa todo el día vagando por las calles, comiendo en casa de amigos y la noche en una clínica de otro amigo médico. Uno duerme en la camilla, el otro en un sillón. A la mañana siguiente, tempranito, Jaime sale para comprar algo de desayuno y para canjear el documento del sacerdote por otro menos comprometido.

Pasa el tiempo y no regresa. No se vuelve a saber nada de él. Probablemente ha sido confundido como si fuera el sacerdote del documento: le habrán registrado, habrán visto un papel con el nombre de Feliciano Unzu, sacerdote, y le matarían. De hecho, entre los enterrados en el Cementerio Municipal de Valencia figura Feliciano Unzu, que, por suerte suya, seguía vivo cuando se hicieron las debidas pesquisas.

*Agustín García Calvo*, santanderino, de treinta y un años, profeso desde 1923. Fue destinado a Valencia, donde trabajó hasta la muerte.

Se encargaba de la primera clase elemental y del teatro. Todos le querían mucho, por su buen carácter y su alegría. En el teatro era maestro de escena, actor, tramoyista: todo a un tiempo. Y actuaba casi todos los domingos y fiestas.

Nos lo imaginamos durante el asalto a la Casa de Valen-

cia, la estancia en la cárcel, la libertad. Con otro Coadjutor, se dirige a Manises; en la estación de Mislata, unos milicianos les detienen. Los llevan a la sede del Comité local, donde se encuentran también el P. Calasanz y otro sacerdote salesiano. Petición de documentos, registro de las maletas —en la del P. Inspector se halla su sotana— y, por sus palabras persuasivas, recobran la libertad. Un jovenzuelo no está de acuerdo: son curas y hay que matarlos. Este mozalbete, con un grupo de milicianos, les da alcance, se apodera de los salvoconductos y los rompe. Los hacen subir a una camioneta y se ponen en marcha. El jovenzuelo apunta con su arma al P. Calasanz. Al pasar por el puente de San José, sobre el Turia, un disparo, y el cuerpo de Don José Calasanz cae envuelto en sangre. Carcajadas de los milicianos. Llevan el cuerpo a un dispensario. Agustín ayuda a bajar el cadáver del mártir. En el Gobierno Civil se les obliga a ir al calabozo; al día siguiente, a la cárcel.

Cuatro meses permanece en ella Agustín, siempre alegre y servicial, conquistándose la simpatía y la confianza de todos. Los jóvenes de la cárcel acuden a él como moscas a un panal. Y él los lleva a confesar, y les reparte cuanto él mismo recibe de comida que le llega de fuera.

Siempre dispuesto a que se cumpla sobre él la voluntad de Dios.

En la noche del 8 al 9 de diciembre, con otros salesianos, sale de la cárcel para conquistar la verdadera y eterna libertad, con la palma del martirio.

### **Nota importante**

No se crea que los SC mártires de España son los únicos de la Congregación Salesiana. Al haber alcanzado ésta una extensión universal, en todas partes donde la persecución ha sobrevenido contra la Iglesia, también ella ha dado la sangre de sus hijos.

Los destinatarios de este volumen y los límites impuestos al mismo impiden detenernos en la presentación de otros SC mártires, que serviría para corroborar la calidad religiosa de tantos hermanos nuestros, en todo el mundo salesiano, confirmando así que la vocación del SC es, ante todo, una vocación —y crecimiento continuo— de auténtica santidad; que, a veces, demuestra con el martirio el significado de la entrega total que se ha hecho a Dios en la profesión religiosa.

## DE NAZARETH HA SALIDO ALGO BUENO (Siervo de Dios Simón Srugi)

### CARNET DE IDENTIDAD

**Simón Srugi**, Salesiano Coadjutor, Siervo de Dios.

**1878.** Nace el 27 de junio, en Nazareth, conciudadano de Jesús. Sus padres son Aazar es Srugi, guarnicionero de profesión —también la palabra srugi significa lo mismo—, y Dallèh Ibrahim el Khàuali, católicos de rito greco-melquita. Oriundos del Líbano, tendrán diez hijos, el último de los cuales será Simón.

**1882.** A los cuatro años de edad, Simón ha perdido ya a sus padres; vivirá con su abuela.

**1888.** Tiene diez años cuando, en diciembre, entra en el Orfanato de Belén, dirigido por el sacerdote Antonio Belloni, fundador de la Congregación «Hermanos de la Sagrada Familia». Termina sus estudios elementales y comienza a prepararse para sastre.

**1891.** El sacerdote Belloni, con su Congregación y todas sus obras, pasa a formar parte de la Sociedad Salesiana. De esta manera, Simón conoce a los primeros Hijos de Don Bosco.

**1894.** Simón se encuentra en Beit Gemàl como aspirante salesiano y completa su formación escolar. En 1895 es novicio; en 1896 emite sus votos religiosos como Salesiano Coadjutor. Y se quedará en Beit Gemàl hasta su muerte.

**Sus actividades.** Fue «maestro, asistente, sastre, portero, encargado de una tiendecita de comestibles y quincallería a beneficio

de la gente del lugar; y, sobre todo, molinero y enfermero». Muchas de estas incumbencias las desempeñaba contemporáneamente. Como enfermero, estaba al frente del ambulatorio y a él acudían gentes de unas cincuenta aldeas, con más confianza en él que en los médicos. Como molinero, siendo su molino el único en un radio de 30 kilómetros, molía el grano de todos los labradores de la comarca; se fiaban de él a ciegas. «Después de Alá, está Srugi», decían los musulmanes.

**1915.** A consecuencia de la guerra, la Casa de Beit Gemàl es requisada, durante cierto tiempo, por los soldados turcos; Simón y los demás Salesianos se ven obligados a irse. Cuando regresen, encontrarán la Casa saqueada.

**1938.** La Casa salesiana se ve implicada en la guerrilla: el Director es asesinado. Gracias a Srugi, con su ascendiente, se evitan males peores.

**1940.** Estalla de nuevo la guerra; Srugi estuvo detenido algunos días.

**1943.** Muere en Beit Gemàl, el 27 de noviembre, a la edad de sesenta y seis años. Uno de los jefes musulmanes exclama: «¡Lástima que fuera cristiano! Si fuera musulmán, lo haríamos uno de nuestros santones».

**1966.** El 28 de noviembre se inicia su proceso de beatificación y canonización. Es declarado Siervo de Dios.

Un día estaba Jesús reclutando a sus apóstoles: llamó a Pedro y Andrés, llamó a Felipe, y le siguieron. Luego, Felipe encontró a Natanael y le dijo: «Hemos encontrado al Mesías prometido: es Jesús de Nazareth». Pero Natanael respondió: «¿Nazareth? ¿Puede salir algo bueno de Nazareth?».

Al antiguo escepticismo de Natanael se puede responder con un SI, puesto que algo bueno ha salido de Nazareth en estos últimos tiempos: ha salido Simón Srugi.

Simón, hijo de Aàzar, hijo de Tannùs, hijo de Faddùl, hijo de Girges, hijo de Jùssef... Si continuásemos la genealogía —con documentos en la mano— llegaríamos hasta 1550 y encontraríamos al primer cabeza de la familia, de nombre Faraòn, habitante en el Hauràn, la Auranítides de los anti-

guos romanos, la Siria meridional actual. Los Srugi proceden de aquella región.

Y si siguiéramos el curso de la emigración de esta familia a través de los siglos, se pasaría —entre no pocas aventuras y desventuras— por el Líbano, donde una rama de los Faraón tomó el nombre de Srugi, para bajar lentamente a Palestina, hasta Nazareth, donde en 1878 nació el pequeño Simaàn, es decir, Simón, último de diez hijos.

La Tierra Santa de aquel tiempo —más aún, desde hace siglos— formaba parte del Imperio Turco, u Otomano, como se decía entonces; pero era siempre la sugestiva patria de Jesús, nacido en Belén, que vivió precisamente en Nazareth con José y María.

Quien nace en Nazareth, aunque sea veinte siglos después, se convierte en un conciudadano de Jesús. Y Simón, poco después de nacer, se convirtió además, por los sacramentos del bautismo y de la confirmación, recibidos al mismo tiempo, en hermano y testigo de Cristo. Allí todo debía de hablarle del Señor, comenzando por el «pozo de la Virgen» y por la «gruta de la Anunciación», que él habrá ido a visitar, de muchacho, quién sabe cuántas veces. Aun hoy los peregrinos que entran en la cuenca verde de olivos y almendros donde se recuesta Nazareth, cuando ven a un niño con su madre o su padre por aquellas callejuelas empedradas, se dejan llevar por la fantasía y piensan en la Sagrada Familia. En aquel ambiente tan sugestivo creció en su fe nuestro Simón.

Se le recuerda delgadito como un hilo de hierba, pero obediente y bueno. Y, al mismo tiempo, despierto y alegre, feliz de jugar con los compañeros, hábil para organizar los juegos. Pero el dolor vino a visitarle demasiado pronto; y a madurarle.

El padre Aazar había construido en el barrio latino, junto a la basílica de la Anunciación, su casita de piedra, con dos salas separadas por un corredor, cubiertas por una terraza de tierra batida, que todos los años había que repasar antes de la temporada de las lluvias, para asegurar su impermeabilidad. Había abandonado su antigua profesión de guarnicionero, cambiándola por otra más rentable, la de comerciante. Y de improviso, en 1880, le sorprendió la muerte. Dos años después, moría también la mamá Dàlleh. Simón, con cuatro años de edad, se había quedado huérfano.

Fue acogido en la casa de la abuela y de una tía paterna, donde creció no sin una sombra de tristeza en el fondo de sus ojos. Los rumorosos juegos por las callejuelas de Naza-

reth y la gozosa alegría de sus compañeros no lograron borrar aquella sombra. Aquel muchachito grácil y tímido sentía una imperiosa necesidad de cariño. Y la Providencia, que velaba sobre él, ya le tenía preparado un padre de corazón grande y bueno: el Abuliatama.

## **1. EN BELEN, CON EL «PADRE DE LOS HUERFANOS»**

Había muchos huérfanos en Palestina: bastaba pasar por las calles estrechas de cualquier aldea para darse cuenta de que muchísimos niños, harapientos, no tenían a nadie que se cuidase de ellos. Y Don Antonio Belloni, un sacerdote italiano del Patriarcado Latino de Jerusalén, fue para ellos un verdadero padre; fue el Abuliatama, el padre de los huérfanos. Todos le llamaban así.

Había llegado a Tierra Santa en 1859, como profesor de Teología del seminario, y cuatro años después se percató de que había capitalizado sus ahorros por un total de 20 liras. Le pesaba en la conciencia tener aquella suma inutilizada y creyó que podía invertirla en el mejor de los negocios. Encontró a un chico semiabandonado, le vistió de la cabeza a los pies, le encontró un puesto de trabajo, comenzó a darle clase. Poco después, este chico le llevó algunos otros compañeros suyos, a los cuales siguieron otros y otros; y así surgió un orfanato.

En sus viajes a Europa, Don Antonio Belloni convenció a algunos sacerdotes y laicos a que le siguiesen; luego abrió otras obras en Beit Gemàl, en Cremisan, en Belén; y fundó con ellos una congregación diocesana, con el nombre de «Hermanos de la Sagrada Familia».

En Turín aún vivía Don Bosco; y Don Belloni, que tenía continuamente puesta la mirada en el apóstol de Valdocco, procuraba imitar sus empresas y copiar su sistema educativo basado en la paternidad.

### **La «casa del pan»**

El 8 de diciembre de 1888 llegaba a Belén, que significa «casa del pan», el muchachito Simón Srugi. Un religioso de la Sagrada Familia había pasado por Nazareth y la tía paterna de Simón, ante el temor de que el sobrino acabase yendo como su hermana Zahra a un orfanato protestante, se lo había confiado como un tesoro que se debía custodiar con cuidado.

En Belén, en la casa de Don Antonio Belloni, Simón se encontró como un rey. Había tantas cosas nuevas y maravillosas que ver en aquel gran edificio de severas bóvedas ojivales. Pero lo que valía más era el P. Belloni en persona, que parecía realmente una imagen encarnada de la paternidad. Estar con Don Antonio Belloni y crecer en la sabiduría y en la bondad era la misma cosa. Allí se aprendía un oficio y se adquirían las nociones que, en aquellos tiempos, eran prerrogativa sólo de los privilegiados. Quien salía de aquella casa era un buen cristiano y un ciudadano válido, preparado para enfrentarse con la vida.

Y ¿por qué abandonar una casa en la que el aroma del pan estaba tan compenetrado con el de la familia, hasta confundirse en una sola cosa? Los años iban pasando también para Simón; pero éste no tenía ganas de abandonar a su bienhechor. Por otra parte, el P. Belloni se había hecho ilusiones y esperanzas sobre aquel muchacho, el mejor de todos por la bondad. Tenía dieciséis años; la tela era buena. ¿Por qué no hacer con ella —como había hecho Don Bosco con Domingo Savio— un «hermoso vestido para el Señor»?

### **Ahora, no; más tarde, sí**

Don Antonio Belloni intentaba unir su familia a la de su gran modelo. Le empujaba a ello la necesidad de asegurar la duración de su institución y la de injertar en el sólido tronco de la espiritualidad salesiana el frágil vástago que había hecho nacer entre las áridas rocas de Palestina.

«Ahora, no; más tarde, sí», había respondido Don Bosco en 1887. Pero, en 1890, poco después de la muerte de Don Bosco, aquel «SÍ» se estaba convirtiendo en una realidad. Llegaban de Italia, como borbotones de sangre oxigenada, los primeros salesianos, de la talla de un Salvador Puddu, de un Mario Rosin, de un Santiago Mezzacasa, hombres que en el futuro habrían de hacerse famosos. Y así, Simón Srugi, que precisamente en aquel año se había decidido a quedarse con el P. Belloni, perteneció a Don Bosco para siempre.

## **2. CON DON BOSCO EN LA CASA DE GAMALIEL**

Las cosas grandes se deben hacer con calma y bien. Igualmente la vocación de Simón Srugi, brotada en el plantel

de Belén, debía madurar su fruto. Se le mandó a Beit Gemàl, que era un orfanato-escuela agrícola fundado por el P. Belloni, donde las últimas colinas de la Judea van declinando, entre un paisaje eminentemente bíblico en la histórica llanura del Shefèlah.

Beit Gemàl —llamado antiguamente Caphargamala— significa con mucha probabilidad «casa de Gamaliel». Según la tradición, sería la propiedad de Gamaliel, doctor de la Ley y maestro del apóstol Pablo. Allí el célebre doctor había hecho llevar el cuerpo de San Esteban para darle digna sepultura.

Había sabido la cosa un cierto sacerdote Luciano, párroco de Caphargamala en el siglo v, cuando por incuria de los hombres se había perdido el recuerdo del ilustre sepulcro. Cuenta la tradición que Gamaliel, apareciéndosele en sueños varias veces, le habría dado indicaciones precisas para poder encontrar el sepulcro. Las excavaciones hechas en el 415 en el «Valle de los hombres fuertes» dieron como resultado el hallazgo del cuerpo del santo protomártir. Milagros abundantes habrían demostrado la autenticidad del descubrimiento.

Pero en los tiempos de Don Antonio Belloni nadie sabía con certeza que Beit Gemàl tuviese un pasado tan glorioso. El torbellino destructor del persa Cosroes (rey desde el 590 al 628), y, más tarde, la invasión musulmana del siglo vii, habían hecho perder, con tantas ruinas, el recuerdo de la antigua grandeza. El P. Belloni no pretendía sino encender, en la colina de Beit Gemàl, un faro de luz que irradiase sobre aquella zona completamente islamizada el encanto de su caridad cristiana.

### **Como una abadía antigua**

La casa de Beit Gemàl se encontraba situada en lo alto del monte como una abadía benedictina. Se bastaba a sí misma para vivir: tenía su horno propio, la prensa para la aceituna, las cantinas, los graneros... Abajo, en la llanura, había que resanar los campos de la malaria; junto a la imponente construcción con su torre almenada, se amontonaban las casas de los campesinos musulmanes. Estos, a la sombra del convento, disponían de lo necesario para vivir y todos los beneficios de una existencia civilizada.

Beit Gemàl era un centro de cosechas: todos los pueblos

cercanos, más de cincuenta, gravitaban a su alrededor. Allí, el trigo de toda la región se transformaba en blanca harina y la aceituna en aceite oloroso. Y se esparcía el misterioso fermento de la caridad, que unía los corazones como en una única familia.

El 25 de agosto de 1894, Simón llega desde Belén a Beit Gemàl, con el fin de completar su preparación para la vida salesiana. Y él se convertirá, durante medio siglo, en el alma de toda aquella caridad.

### **Cada vuelta de la rueda, un acto de amor de Dios**

Simón se presenta débil, de estatura mediana, con ojos negros y vivos, mirada profunda y penetrante, voz fina y moderada, índole afable y mansa, aunque no tímida. Es siempre delicado en el trato, alegre y sonriente. Lleva gorra de visera, chaqueta alta y cerrada en el cuello. «Sólo con verle, nos sentíamos inclinados a quererle.»

Le definen «el Domingo Savio de Beit Gemàl» y el tiempo hará ver que no tenía nada de retórico. Ha sabido adquirir, gracias al dolor, una madurez en sus acciones que hace pensar: «Este muchacho lo hace todo a la perfección; no es como los demás».

El 27 de julio de 1895 es admitido al noviciado. Para Simón no se trata sino de continuar un camino espiritual ya comenzado, intensificando su donación. Si remienda la ropa de sus compañeros —en Belén había aprendido el oficio de sastre—, lo hace por amor; si tiene que llenar a fuerza de músculos la pila del lavadero, con una bomba a mano, lo hace por amor. Más, «cada vuelta de la rueda debe ser un acto de amor de Dios», como explica con sencillez a sus compañeros. Simón ha comprendido rápidamente que la vida es un don que se hace a los demás por amor de Dios; y que en esto consiste la esencia de la vida cristiana.

Sólo le falta continuar avanzando a grandes pasos por aquel camino. Este es el secreto que le da fuerzas para cumplir sus deberes, aunque resulten fatigosos, como trasladar, encorvado y en silencio, barriles y barriles de aceite o de esencia de tomillo, días enteros. En el silencio y en el trabajo, le parece que lleva mejor y con mayor fruto la cruz de su Señor.

## **«Me he vendido por completo al Señor»**

El 31 de octubre de 1896, Simón Srugi, con la profesión religiosa, se convierte en Salesiano Coadjutor. «Me he dado, me he consagrado, me he vendido por completo a mi Dios. Por eso, ya no debo ser ni mío ni del mundo.»

La vida de Simón desde entonces es una donación continua, sin desalientos y sin arrepentimientos. Por eso, es libre y llena de felicidad aun en medio de las ocupaciones más absorbentes. Estas le vienen una tras otra sobre sus espaldas con la naturalidad propia de las situaciones concretas que, para resolverse, tienen necesidad de encontrar al hombre capaz de afrontarlas con buena voluntad.

Y ahí le tenemos, el más madrugador de todos, dando el toque del Angelus; luego, ayudando misas, dirigiendo la meditación, asistiendo a los muchachos en la iglesia y en el patio. Ni deja de correr a la enfermería para atender a los enfermos.

Luego comienza la escuela, que exige paciencia y delicadeza con todos, sin distinción entre cristianos e hijos de musulmanes. Más tarde le toca el momento de despachar en una tiendecita donde los campesinos, que viven lejos de los centros habitados, pueden encontrar las cosas de primera necesidad. Tiene que atender también al molino, al horno... ¡Hacen falta tantos brazos en los momentos de punta! Ahí está Srugi que ofrece los suyos, con mejor voluntad que robustez, pero siempre animados por la fuerza irresistible de la caridad.

No hay tiempo que perder. Y Simón no pierde un minuto. Cuentan de él: «Todos los días desempeñaba todas estas ocupaciones en el mejor modo posible, con gran espíritu de laboriosidad y delicadeza». Porque hacer todo con muestras de disgusto, haciendo pesar la propia caridad sobre los hombros de quien nos rodea, es un modo poco delicado de servir al Señor en los hermanos.

## **Tenía el corazón de una madre**

La profesión religiosa definitiva, emitida el 20 de septiembre de 1900, no hace más que confirmarlo en el mismo camino de donación y le da la gracia de prodigarse con energía renovada por el bien del prójimo, afinando las delicadezas del amor que se entrega.

Se da cuenta de ello aquel niño musulmán descalzo y desnutrido, que una vez hacia el mediodía se quedó semidormido sobre el banco durante la clase de árabe. Ni siquiera la campana le despertó. Aquel día los chicos salen de la clase de puntillas... Y cuando el niño se despierta, desencaja los ojos al ver a su lado a Simón, que le espera con un envoltorio de cosas buenas para que se las coma.

Aquel hombrecito, de apariencia ascética y severa, dicen, «tiene el corazón de una madre».

### **3. «TOMAD NOTA DE SUS ACTOS: SRUGI ES UN SANTO»**

Cuando dos santos se encuentran, suele suceder que se entienden y se quieren de verdad. Así sucedió en los encuentros entre el Beato Miguel Rúa, sucesor de Don Bosco, en visita a las obras salesianas de Palestina, y el siervo de Dios Simón Srugi.

La primera vez, en 1895, se miraron cara a cara; pero la segunda, en 1908, se calaron hasta el alma. El joven salesiano le abrió el tesoro de sus ansias apostólicas, y Don Miguel Rúa intuyó su admirable camino hacia la santidad: «Seguir atentamente a este hermano —dice a los otros salesianos—. Tomar nota de sus actos, día tras día. Es un hermano de oro; es un auténtico santo».

En realidad Don Miguel Rúa pedía una cosa muy difícil, porque la vida de Srugi era normalísima, hecha de acciones ordinarias, sin grandes golpes de escena, y logra pasar desapercibido.

### **Todos en el campo de concentración**

En 1912, la casa de Beit Gemàl recibe un don precioso, un director según el corazón de Don Bosco. Se llama Don Eugenio Bianchi. Le había bastado hablar una sola vez con Don Bosco para dejarlo todo y pasarse a sus filas. Había sucedido en 1880: él, joven sacerdote, tenía la intención de visitar las ciudades principales de Italia y para ello había sacado un billete «circular» de tren. Desde Rímini, su ciudad, había ido a Turín como primera etapa, que resultó ser la última: una vez encontrado Don Bosco, decidió no abandonarlo nunca más.

Don Eugenio Bianchi llega a Beit Gemàl con tiempo justo

para trazar sus grandiosos proyectos de desarrollo de la obra salesiana y para dejarlos de lado. En 1914 estalla la primera guerra mundial; y hasta aquel pequeño y perdido rincón del mundo se ve arrollado por ella. Tierra Santa pertenece al Imperio Turco, Turquía se ha aliado con los Imperios Centrales (Austria y Alemania), y pronto se verá en plena guerra con Italia —que abre las hostilidades el 24 de mayo de 1915.

Los superiores de Turín logran hacer regresar a tiempo, desde Palestina, a las salesianas de Don Bosco, las Hijas de María Auxiliadora, todas italianas. Temen también por los salesianos italianos, quieren evitarles posibles vejaciones por parte de las autoridades turcas, y en agosto disponen que desde Beit Gemàl se trasladen a Alejandría de Egipto. Don Eugenio Bianchi y los demás abandonan con dolor su comunidad y alcanzan Jafa en espera de poder embarcarse; pero el permiso tarda en llegar. Es más, nunca llegaría.

Simón los ha visto partir con el llanto en la garganta; son sus amigos más queridos. Desde este momento el trabajo que hay que hacer —hay que suplir también a las hermanas— se ha multiplicado; y él se multiplica por cuatro. Pero, a finales de agosto, las autoridades turcas vuelven a hacerse oír, dando la orden absurda de que todos los salesianos abandonen la Casa y se marchen con los muchachos a otra localidad, Ràmleh, en la llanura cálida, donde les espera un campo de concentración. El éxodo se hace a pie, bajo un sol de fuego. Hay un salesiano que, a lo largo del camino, no se resigna y comienza a lanzar imprecaciones contra las autoridades turcas; pero Simón, que ve siempre todas las cosas a la luz de la fe, le razona: «Mira, San Pablo fue llevado a la cárcel, fue apaleado y maltratado, y sufrió por el Señor. Nosotros también debemos sufrir todo y soportarlo con paciencia, por amor a nuestro Señor Jesucristo que murió en la cruz».

### **Las vejaciones**

Aquella absurda prisión dura pocos días, lo suficiente para que fuera saqueada la casa de Beit Gemàl. Al regreso, han desaparecido los muebles, los trastos, las provisiones del granero, casi todo el ganado. Se han salvado los escasos dineros de los bolsillos. Algún tiempo después, los salesianos italianos regresan de Jafa sin haber podido embarcarse: al

menos se tiene la alegría de estar juntos todos de nuevo. En tanto, llega otra orden tajante de las autoridades: se requisa el poco ganado que había quedado. ¿Cómo se podrán cultivar los campos?

Y, sin embargo, en octubre se vuelven a abrir las clases, los alumnos regresan, todos unidos soportan la infinita tristeza de los tiempos. Porque los males no han terminado. Las autoridades un día mandan a las tierras de la escuela un rebaño de dos mil cabezas, ovejas y cabras, y, cuando se retiran los animales, en el campo no queda un hilo de hierba. Las aceitunas, en cambio, han madurado bien; a falta de brazos propios se paga la mano de obra externa para recogerlas y, cuando ya están almacenadas, llegan las autoridades y las secuestran.

No acaban las vejaciones. En agosto de 1916 las mismas autoridades ordenan que todos los muchachos sean conducidos a otro colegio y mandan camiones para el traslado. Hay que obedecer y dejarlos marchar; pero, durante el viaje, muchos chicos saltan de los camiones y se vuelven atrás... Al año siguiente, un Salesiano Coadjutor fue acusado de espionaje y arrestado, y tuvo que afrontar un trágico calvario que se concluyó sólo con la muerte.

En todas estas vicisitudes, Simón se mantenía en paz. «Recuerdo —dice un salesiano de aquella comunidad— que nunca le vi inquieto, sino sereno, con la sonrisa en los labios». Era su aportación, casi imperceptible pero heroica, a su comunidad tan probada.

Después, hacia el fin de 1917, las tropas inglesas liberaron el país del dominio turco y la vida pudo volver a iniciarse de nuevo.

## **El nacionalismo, problema de poca monta**

Tras la guerra comienza para Srugi el período más luminoso de su plena madurez. Aun permaneciendo en la sombra, llega a ser en Beit Gemàl el hombre de primer plano. Por lo pronto, aporta su parte para la fusión de la comunidad, donde las aguas, aunque el país ya está en paz, no acaban de serenarse. El nacionalismo y una serie de incomprendimientos recíprocos han creado entre los salesianos, de proveniencias diversas, contrastes que amenazan con radicalizar las divisiones de los ánimos. Los descontentos desearían poder contar también con el pacífico Coadjutor, cuya

autoridad legitimaría sus actitudes. Pero aquel hombrecillo, que parece incapaz de resistir a un soplo de viento, da a todos una lección magnífica: en vez de alinearse con una parte, busca en toda circunstancia lo que une en la figura del Director.

En estas mismas cosas tiene una visión del problema no superficial, sino bien arraigada en la teología: para él, el superior es la presencia amable de Dios en la comunidad; ofender al superior es faltar al respeto a Dios mismo. Por eso, le venera con ternura filial. «Cuando pasaba delante de la puerta del superior —recuerdan los testigos—, solía descubrirse con respeto.»

De hecho había escrito en sus propósitos: «Tendré siempre el máximo respeto para con el superior, porque está revestido de la autoridad de Dios. Y no quiero darle el más pequeño disgusto, porque el que ofende al superior ofende a Dios». Son sus palabras habituales: «En seguida, señor Director». Es tan solícito y exacto en ejecutar cualquier orden, que hay que estar atentos al hablar con él: toma todo en serio y con empeño total.

Evidentemente, en esta visión fuertemente teológica el problema de los nacionalismos resulta de poca monta y hasta fuera de lugar.

### **«Después de Allâh, está Srugi»**

En el período postbélico, se encomienda a Simón el molino de manera definitiva. Un molino que ha sido renovado con material funcional.

Simón se entrega a su deber con entusiasmo, porque siente que estar en el molino significa estar en el corazón de la casa, entrar en el corazón de cada casa. Para vivir hace falta el pan nuestro de cada día; y para hacer el pan se necesita quien muele el trigo. Y Srugi, moliendo el trigo de todos aquellos campesinos de más de cincuenta aldeas cercanas, viene a ser el hombre de familia con quien es grato encontrarse. Un testigo dirá: «En el molino era un padre con todos».

Todos los días llega al molino una caravana de mulos y camellos cargados de sacos de grano. En el molino se arreglan negocios, se reciben noticias, se arman las grescas más solemnes y, para calmarlas, haría falta todos los días un piquete armado de la policía. En cambio, para pacificar los

alborotos y la confusión, basta el hombrecillo de ojos penetrantes y de modales delicados pero decididos.

Escucha siempre, sonrío a todos. Se diría que es incapaz de perder la paciencia. Uno grita porque el vecino alargando la mano ha cogido un puñado de su saco; otro pretende satisfacción por los insultos recibidos; el de más allá intenta colarse a fuerza de codazos y empujones; un insatisfecho quiere regular la molienda a su gusto. A veces pasan de las palabras a los hechos. Entonces se necesita tener valor para meterse entre los contendientes con peligro de recibir una cuchillada... Y Srugi, que bastante tiene con atender a su trabajo, al motor, a las máquinas, tiene que hacer también de guardián, policía y juez.

Pero se fían de él: su palabra devuelve la justicia y la paz. A veces, riñe, y fuertemente; pero no se enfadan con él porque saben que la suya es la corrección de un padre. La harina que él pone en los sacos —nadie lo duda— es la parte justa que toca a cada uno. Dicen: «Srugi es Taman», el hombre perfecto. «Después de Allàh, está Srugi.»

### **«También ellos son hijos de Dios»**

Simón habla siempre bien de estos rudos campesinos, con el máximo respeto. Cuando oye a algún salesiano decir frases poco respetuosas en relación con ellos, le llama la atención con delicadeza, recordándole la semejanza divina: «También ellos son hijos de Dios».

Este respeto le hace dueño de las almas y explica las frases atrevidas que los musulmanes pronuncian refiriéndose a él: «Es como un ángel, es como Dios». O éstas: «Trataba con mucha delicadeza»; «era un hombre que desde hacía mucho tiempo estaba a nuestro servicio», como decía con sencillez uno de ellos.

Y le llamaban Muàllen, es decir, maestro; e iban a «Muàllen Srugi» para pedirle consejo, con la certeza de recibir el consejo más justo, dado por amor de Dios.

No se crea que le fue fácil llegar a estas alturas. Tuvo que adquirir un dominio de sí férreo y heroico. Llegar, en las circunstancias en que se desenvuelve su trabajo, a no perder nunca la paciencia, años y años, han dicho los que se le acercaban, «encierra algo de extraordinario». Se manifiesta así la hermosura de la ascética cristiana, que mueve a Simón a escribir: «Pondré toda diligencia en no cometer

culpas leves, especialmente impaciencias y resentimientos». «Sufrir todo en silencio y soportarlo todo.»

¿Resultado? «Cumplía con su deber por amor y no a la fuerza; se veía claramente cuando se le llamaba y acudía en seguida.» «Para él, hacer un favor al prójimo era casi una obligación, porque su caridad le hacía ver a Dios en sus hermanos.»

Por este motivo, ha aceptado el trabajo del molino, como un servicio a los hermanos. Esta es la interpretación justa del Evangelio, el sermón más elocuente: el de las obras.

### **Debemos ocupar el lugar de sus padres**

Un salesiano sin jóvenes es como un pez fuera del agua; y Simón, que se ha hecho salesiano para hacer el bien a los huérfanos de su tierra, no puede estar lejos de ellos. Con tantas ocupaciones sobre sus hombros que le tienen lejos de la vida salesiana normal, debería resultarle difícil comportarse como auténtico salesiano. Pero él sabe aprovechar toda ocasión. Mientras le es posible, durante varios años, da clase, guía los grupos juveniles, cura en la enfermería a los niños enfermos, prepara el pequeño clero y lo dirige en las funciones de los días festivos.

En estas mismas actividades, más que mirar lo que hacía, interesa ver cómo lo hacía. Recuerda un testigo: «Trataba a los chicos como a ángeles». Es el resultado de su continuo esfuerzo sobre sí mismo, aunque todo parezca natural en él. Su delicadeza es la fuerza que le une a los muchachos. Externamente no aparece rico de dotes humanas; pero le bastan sus ojos de cielo, espejo de un alma en paz con Dios y con los hombres. Y, como los verdaderos santos, es capaz de las ternuras más exquisitas.

Simón sabe que estos chicos huérfanos sienten una imperiosa necesidad de afecto. Algunos llevan indeleble en el corazón la escena desgarradora del martirio de sus padres ante sus propios ojos —así había sucedido a grupos armenios evadidos de Turquía—; el comportamiento indisciplinado y ciertas rebeliones de estos chicos suelen proceder de su estado de ánimo exacerbado, que no siempre logran comprender los educadores.

«Son pequeños, son huérfanos —dice Srugi—. Nosotros debemos ocupar el lugar de sus padres. Debemos ayudarlos y corregirlos cuando se equivocan, pero sin irritarlos, para

que no sientan la nostalgia de sus padres y les venga el pensamiento de escaparse. Debemos educarlos sin usar el palo, ni las manos, ni los pies, ni siquiera la lengua mordaz...»

El se comporta así, con delicadeza extrema. Un día recordará Mohàmmèd Abu Làban, alumno suyo: «Nos afilaba los lapiceros. No he visto a nadie que lo hiciera mejor que él. Cuando nos enseñaba caligrafía guiaba nuestra mano con tanta dulzura que ningún padre le habría igualado».

### **«Era la sombra de la presencia de Dios»**

Junto a él, los muchachos entran de golpe en una dimensión sobrenatural. Simón es un hombre de oración, está siempre inmerso en Dios: un Dios que sabe hallar en la Iglesia; que señala a la comunidad cuando toca la campana; que anuncia en la lectura espiritual hecha con garbo; que lleva a todos a encontrarle en el misterio, cuando hace de maestro de ceremonias en los ritos litúrgicos. A los chiquillos más pequeños les enseña con paciencia las oraciones, les explica cómo han de ayudar la misa, los prepara a la primera comunión. Enseña a rezar, rezando.

Cuando aparece en el patio, los chicos corren a su encuentro, porque siempre tiene cosas interesantes que contar. Cuenta las mil aventuras de Don Bosco. Y habla también del Señor y de la Virgen. Ha recordado uno de aquellos muchachos: «Cuando hablaba de la Virgen y de Dios, lo hacía con gracia y sin darse tono, como si fuera una cosa ordinaria y natural para él. A nosotros no se nos hacía pesado; el señor Srugi lo sabía hacer». Otro dice: «Cuando el señor Srugi pasaba por el patio con su aspecto recogido, y se dirigía a la iglesia, nosotros espontáneamente dejábamos los juegos y le seguíamos como pollitos detrás de la clueca...».

Ninguna coacción, ninguna imposición: «Con Simón Srugi se hacía así, era precioso hacer así». «Ver a Simón y acordarse del Señor era una sola cosa.» «Dios estaba también en el patio... Los muchachos se comportaban con él con el respeto que se merece el mismo gran Omnipresente.» «Su presencia era como la sombra de la presencia de Dios.»

## El sepulcro de San Esteban

Por lo demás, Beit Gemàl, en su pequeñez, es capaz de hacer sentir la presencia de lo sagrado. Es tierra de mártires y la comunidad salesiana se encuentra pronto tras las huellas de San Esteban, el primer mártir cristiano. Todo comenzó por casualidad, precisamente cuando la comunidad tenía mayor necesidad de fuerzas espirituales: durante la primera guerra mundial.

En octubre de 1916, mientras se realizan algunos trabajos en un patio, allí donde la colina empieza a declinar hacia un valle llamado en árabe «Valle de los Hombres Fuertes», el azadón descubre algunas piedras bien talladas y de colores nítidos: piezas de un mosaico. El Director, Don Eugenio Bianchi, llama a expertos, los cuales aconsejan hacer excavaciones con método. Un Salesiano Coadjutor, Angel Bormida, se mete de lleno y saca a la luz «un pavimento en mosaico de rara belleza y de colores vivos: podría remontarse al siglo v». Luego van apareciendo los basamentos de varias columnas, las señales de una nave lateral, los restos de la central, de un ábside... La emoción llega al colmo cuando, bajo el pavimento de la nave lateral, señalado por una cruz roja como la sangre, aparece un sepulcro, al que se llega por medio de una escalera labrada en la roca...

Todo corresponde a las descripciones de la tumba de San Esteban, que el párroco Luciano de Caphargamala había hecho en una carta del año 415. En aquella ocasión se habían encontrado las reliquias del primer mártir y de sus compañeros Gamaliel, Natanael y Abibón. Imaginarse la alegría de Simón y de todos los demás. Por prudencia, tras el consejo de los expertos, Don Eugenio Bianchi hace cubrir de nuevo todo con tierra, esperando tiempos mejores...

Cuando volvió la paz, se reanudan las excavaciones y los estudios, que confirman la autenticidad del descubrimiento. Y sobre las ruinas de la antigua iglesia se construye una nueva. Srugì, que siempre ha amado aquella su Casa, ahora la aprecia mucho más. No le parece verdad que venga tanta gente a ver el sepulcro y a rezar, y su gozo es grande cuando puede dirigir como maestro de ceremonias las funciones solemnes. Sí, el Señor está en todas partes; pero, sobre todo, en aquella tierra bendita. Y Simón se siente feliz pudiendo glorificar en los ritos sagrados al Señor y a sus fieles mártires.

#### 4. «CURABA, Y ALLAH GUIABA SU MANO»

Cuando Jesús pasó por esta tierra, no podía frenar los impulsos de su corazón misericordioso: ver enfermos y dolientes era para él una invitación a procurarles el alivio de la salud del alma y del cuerpo. Pero el sufrimiento se prolonga también hoy en el mundo, y todo cristiano debe tener los mismos sentimientos de Jesús.

Simón lo entendió muy bien, él que vio tanta miseria en la pobre gente de su molino, esperando el propio turno: hombres, mujeres y niños acurrucados al sol, mostrando llagas supurosas, con los síntomas de la malaria que los devoraba. Por aquellos lugares, lejos de los centros habitados, no hay médicos. En cambio, la malaria reina a sus anchas, la desnutrición debilita los organismos, la falta de higiene favorece cualquier enfermedad. Simón siente todo esto y piensa que hay que hacer algo por esta pobre gente. El es ya el enfermero de su pequeña comunidad y, a partir de los años de la primera guerra mundial, se hace también enfermero de la población de las aldeas.

Pone a disposición de ellas sus conocimientos médicos, por completo empíricos —pero tiene ojo clínico y difícilmente se equivoca—, cura con remedios muy naturales, y ofrece de corazón sus pobres medicinas. Ordinariamente quien puede, paga —una bagatela que, sin embargo, educa el sentido de la justicia y de la gratitud—. Los más pobres le recompensan con un «¡Viva Jesús!» —su saludo preferido— que en la boca de los musulmanes produce un efecto especial.

Le pagan también con un nuevo título, el de «Haqim», doctor. Para ellos es ya «muàllem», maestro; pero también «tamàn», es decir, hombre justo, y hasta «nabi», profeta.

Pero le recompensan con algo más. Al volver a casa, antes de entrar, Srugi se sacude con las manos toda la ropa, para quitarse de encima las únicas cosas que aquellos pobres poseen, y en abundancia, y que regalan sin darse cuenta siquiera: pulgas, piojos y otros insectos del género.

#### «En sus manos, la perfección de Allàh»

Poco a poco su asistencia médica se va organizando. Desde las aldeas de alrededor, en días fijos, serpentea hacia la colina de Beit Gemàl una procesión de sabor evangélico:

enfermos que vienen a pie, sobre un camello, o montados en los impacientes asnos palestinos. Con el correr de los años, aumentan de número, llegan a cien y hasta a ciento veinte al día. Hombres, mujeres y niños vestidos de mil maneras, reflejando en la cara el sufrimiento, y en los ojos un rayo de viva esperanza. Muchas veces no le piden medicinas: les basta que él les toque, les asegure una oración, y se van contentos.

Algunos enfermos vienen de muy lejos, a veces en un estado miserable, después de haber gastado en médicos y medicinas sus escasos recursos. «¿De dónde venís?», pregunta un día un salesiano a un grupo de forasteros evidentemente cansados, mientras esperan que se abran las puertas del dispensario. «De Gaza.» Gaza se encuentra nada menos que en la costa del Mediterráneo. «¿De Gaza? Pero, ¿no tenéis médicos y medicinas en vuestro pueblo?» «Sí, pero hemos preferido venir aquí, porque hemos oído hablar muy bien de este hombre a personas que han sido curadas por él. El es un santo y estamos seguros de lo que hace. En sus manos se halla la perfección de Alláh.»

El Director salesiano contempla con admiración y preocupación aquella estupenda actividad que se va afirmando cada vez más. En Palestina, que desde 1923 se encuentra bajo mandato fiduciario inglés, se van dando pasos de mejoras también en el campo sanitario. Se crean dispensarios aquí y allá, ciertamente insuficientes, pero son oficiales, mientras que el de Simón no tiene más reconocimiento oficial que el de la «ley de la caridad». Y no falta quien tenga algo que decir sobre él. Por este motivo, el Director procuró poner junto a Simón a una Hija de María Auxiliadora, enfermera titulada, sor Tersilia Ferrero. Durante diecisiete años esta buena hermana estará al lado de Simón, para dar carácter jurídico a su actividad y suplir, cuando sea necesario, las lagunas de su preparación; pero, sobre todo, tiene la dicha de vivir junto a él, ser testigo de mil acontecimientos increíbles.

## **El patriarca del desierto**

Un día de calor sofocante —es sor Tersilia quien lo refiere—, después de siete horas de caminar por caminos bien soleados y polvorientos, llega un anciano como de setenta años al dispensario. El local está al completo. El beduino

de larga barba, hablando despacio, dejando caer sus palabras como suelen hacer los patriarcas del desierto, que hacen todo con solemnidad, se dirige a «Muàllem» Srugi: «Hemos oído tu nombre y hemos venido».

Simón está allí, recogido. Su mirada, ordinariamente absorta, no se separa del muchachito, enfermo que el viejo estrecha entre sus brazos.

«¡Es mi hijo!», exclama el insólito visitante, aplicando con libertad oriental al nieto o biznieto el título que expresa toda su ternura para con el enfermo. «He acudido a todos los doctores de Caifa, de Jafa y de Jerusalén... y mi hijo no se ha curado. Ahora es tu hijo. ¡Sánalo!» El tono es suplicante y henchido de confianza.

«Yo no sano a nadie —responde el buen enfermero—. Es Jesús quien le curará. ¿Has rezado a Jesús?» Y sin esperar respuesta porque sabe que su interlocutor es musulmán, visita al niño, le pone una inyección, le prescribe medicinas y, dirigiéndose al final al anciano, le dice: «¿Ves? Por encima del doctor está siempre Jesús que sana. Y, además, está *Sitti Mariam* (la Señora María) —refiriéndose a la Virgen—. ¡Les has rezado?».

«Si no los conozco», responde el beduino. Luego toma al niño y le lleva a la mesa de la hermana asistente: «¡Ea, Sitti! (señora) —le dice suplicante—. Impón tus manos sobre mi hijo y sanará».

Sor Tersilia queda perpleja, pero Srugi la anima: «Esté tranquila, hermana, haga lo que le pide; rece una Ave María y el chiquillo curará».

Rezaron juntos el Ave María. Luego el viejo se marchó. ¿Habrá sanado de veras aquel muchachito? En un clima de tanta fe todo es posible.

## Como Job en el muladar

El dispensario dio un gran paso en 1930, al ser llevado a una sede nueva, construida expresamente para ello. Pero no faltaron las pruebas. Un día un médico poco honrado, que veía con mal ojo el bien que se hacía en Beit Gemàl y buscaba cualquier ocasión para causar molestias, aprovechó la muerte de una mujer destruida por la gangrena. Srugi la había devuelto como incurable y el médico desencadenó una campaña violenta de difamación contra el ambulatorio y contra Srugi. Todos estaban preocupados; sólo él se man-

tenía sereno y tranquilo. ¡Ya pensaría el Señor en la solución! Y Pensó. Aquella campaña indigna acabó pronto, por intervención directa del Alto Comisario inglés en Palestina, que conocía al hombre de Dios y le honraba con su protección.

Mientras tanto, Srugi continúa impertérrito en su trabajo. Hay un joven yemenita pobre y, para colmo, enfermo de muerte. Mientras ha podido trabajar, mal o bien había tirado adelante; pero ahora, atacado por la enfermedad, se encuentra como Job en el muladar, abandonado de todos. De todos menos de uno, el buen samaritano. Srugi se apresura a visitarle, le lleva a casa, le hace las curas más urgentes, luego logra que se le dé un puesto entre los empleados y no le abandona hasta que no se cura del todo. Y, para hacer completa la obra de misericordia, suplica al ecónomo de la Casa que le acepte como pastor.

Srugi es capaz de todas las delicadezas; pero también de todos los sacrificios. ¡Cuántas veces le halla el Director, a altas horas de la noche, en el dispensario, preparando medicinas para sus enfermos! A los reproches cariñosos, él responde: «Señor Director, mañana llegarán tantos de tal aldea y hay que curarlos bien y hacerles regresar en el mismo día, si no queremos tenerlos aquí de noche».

Por lo demás, es aquello lo que hace tantas veces cuando el estado del enfermo y la hora tardía desaconsejan despedirle. Entonces provee todo lo que hace falta: la cama, la comida, y sobre todo, todo el cariño que aquel pobrecillo tal vez nunca ha sentido en toda su vida. Y ni siquiera de noche puede estar tranquilo: de vez en cuando hay moribundos que no quieren morir solos, que quieren a Srugi a su lado.

### **Los casos desesperados**

Cuando le traen los enfermos más graves, se le abrazan al cuello y le besan, como si hubiesen encontrado a un padre en quien depositar una confianza sin límites. El deja hacer. Aquella pobre gente tiene necesidad de mucho afecto y él piensa que les causaría daño si no acepta con serenidad sus caricias.

Sor Tersilia le recuerda ante los casos desesperados. Un día le llevan un enfermo muy grave, y él intima a los parientes a que le lleven urgentemente al hospital. Pero ellos no

quieren saber nada del hospital. Frente a tal obstinación, Srugi le da alguna medicina completamente inadecuada y prescribe: «Rezad a la Sitti Mariam». Dos días después, Srugi, alzando la vista de su trabajo, encuentra de pie, delante de sí, aquel enfermo, completamente curado. Y le apostrofa como de ordinario: «Yo sólo te he dado las medicinas; quien te ha sanado ha sido Jesús».

Pero muchas otras veces, cuando la fuerza del mal resulta invencible, con palabras conmovedoras y llenas de fe, sabe hacer menos duro —y aceptable— el misterio de la muerte.

### **«En este cuerpecito hay una alma inmortal»**

«Estaba lleno de misericordia y de dulzura para con todos, especialmente para con los niños», dicen los testigos. «¡Tan pequeño y ya enfermo!», exclama cuando cura a niños inocentes. «En este cuerpecito hay una alma inmortal destinada a ver a Dios en el paraíso. ¡Qué bueno es el Señor!», exclama conmoviéndose a veces hasta las lágrimas.

La mayor parte de aquellos pobrecillos se encuentran al límite de sus fuerzas, agotados, con más necesidad de alimento que de medicinas. Simón sabe leer en sus ojos el hambre y acude con abundancia en su ayuda, con una caridad que sabe sazonar de sabor delicioso el simple pan que en tales circunstancias distribuye a aquellos «enfermos de hambre».

Para con los niños suele guardar sus dulces y su fruta: era su ración, que la sacrifica con gusto para hacer felices a las madres y a los hijos, que se van bendiciendo al Hombre de Dios con todas las pintorescas bendiciones del buen musulmán.

Tras diecisiete años transcurridos al lado de Simón, sor Tersilia ha resumido su experiencia así: «He aprendido de él qué es la vida religiosa. Quien estaba a su lado se veía obligado a vivir de su inmensa espiritualidad, de lo contrario se habría encontrado como un pez fuera del agua».

## **5. EL «CAMINO SENCILLO» QUE LE LLEVO TAN LEJOS**

El «camino sencillo» —explican los maestros de espiritualidad— es la senda segura de la santidad. Se camina en la humildad, pero se va muy lejos casi sin darse cuenta.

Es el camino recorrido por los santos. Y es tan simple que se confunde con la vida de todos los días. En cambio, está empapado de tal heroísmo que, cuando se piensa, asombra. Se trata de vivir en perfecta fidelidad el «momento presente», con abandono absoluto en las manos del Padre, sin la ambición de realizar grandes cosas. Se trata de aprovechar con alegría todas las ocasiones, aun las más pequeñas, viéndolas como ofrenda incondicional de sí mismo, hasta hacerlas rebosar de amor.

Simón lo ha comprendido; y anima su vida espiritual con principios sólidos: «Las obras del religioso —ha anotado en su cuaderno—, por pequeñas y sencillas que sean, son preciosas y gratas a Dios, cuando se hacen por agradarle». Tal es el secreto de su vida. «Amar a Dios quiere decir no darle el más pequeño disgusto, ni con el pensamiento, ni con las palabras, ni con las obras; sino amar mucho a este Dios mío que me ha amado tanto»; así ha escrito en sus apuntes íntimos. «Vaciar a sí mismo —dice en otro punto— de todo pensamiento, de todo deseo, de toda noticia del mundo, para ser únicamente de Dios, en el tiempo y en la eternidad.»

Así, vacío de sí mismo, se encuentra lleno de Dios. Se intuye en su rostro luminoso y sereno. Esta es la razón profunda que le hace simpático. «Todo lo hacía de manera tan sencilla, aun el dar un caramelo a un niño o el decir una buena palabra, que todo en él parecía natural y facilísimo.»

### **Por qué no fue a Turín**

Como buen salesiano, Srugi tiene el deseo vivísimo de visitar los *lugares de Don Bosco* y rezar ante el altar de María Auxiliadora. Los superiores se lo han ofrecido varias veces; y él, en 1929, ha aceptado con sencillez la invitación. La ocasión es excepcional: la beatificación de Don Bosco. Pero le basta pensar que en Casa hay un hermano más anciano que él y, por lo mismo, más digno de asistir a la beatificación para que él renuncie delicadamente en favor del otro.

En 1934 se canoniza a Don Bosco; de nuevo le preparan el viaje. Todo está dispuesto para partir, hasta el mismo pasaporte; pero, en aquellos días, cae gravemente enfermo el Director y el buen enfermero no tiene el valor de dejarle sin su asistencia.

Por esto, nunca fue a Roma ni a Turín el señor Sruigi. El se consolaba diciendo: «Iré a ver a la Virgen al paraíso». Y continuó sereno como siempre su trabajo de buen samaritano.

## **El encanto de las «floreccillas»**

Su visión espontánea y franciscanamente serena de la vida brilla en episodios que tienen el encanto de las famosas «floreccillas» del santo de Asís.

De vez en cuando, alguien recuerda, bromeando, la pregunta de Natanael: «¿Puede salir de Nazareth algo bueno?». Y él, con toda seriedad: «Es verdad, de Nazareth ha salido de bueno... nada; y ese nada soy yo».

Hacia 1933, una terrible sequía atormenta la Palestina. Los campos están abrasados. Sin agua en las cisternas y sin harina en las artesas, no se puede vivir. El Director, al pasar por el ambulatorio, se lamenta de ello con el buen Coadjutor, recomendándole que rece a la divina Providencia. «¿Ha visto, hermana, qué preocupado está nuestro superior? —dice Sruigi a sor Tersilia—. Pongamos la intención de ofrecer al Señor todo el trabajo de hoy, para atraer sobre nosotros su misericordia y su providencia.»

Los meteorólogos, naturalmente, encontrarían hoy otras explicaciones; pero el hecho es que «al día siguiente se abrieron las cataratas del cielo. Los campos aprovecharon aquella agua preciosa y las cisternas pronto quedaron rebosantes. El rocío luego fue completando la obra de las lluvias y aquel año, contra todo pronóstico, fue realmente el año de la Providencia».

Sruigi sabe ver la mano de Dios en todas partes. «¡Ha nacido un potro y ya está en pie! —dice lleno de alegría una vez, al entrar en el ambulatorio—. ¡Qué buena es la Providencia!»

Otro día, las hormigas han tomado al asalto, en el ambulatorio, el azucarero y la caja de chokolatinas purgantes. Sor Tersilia se muestra visiblemente contrariada ante el lamentable descubrimiento. «¡Creaturas de Dios —exclama Simón— qué simpáticas sois!» Luego se pone a defenderlas contra los que quieren recurrir a medios destructores: «No hay que matarlas, son creaturas de Dios. Déles de comer. Ponga un poco de azúcar a lo largo de la pared». Y siguiendo el hilo de sus imprevisibles pensamientos franciscanos: «Por desgracia, a veces, sin quererlo, aplastamos alguna».

De él dirá un campesino musulmán: «Era un hombre lleno de compasión, muy misericordioso: sentía compasión de los hombres, de los animales, de todas las creaturas».

### «Dios habita en mi alma»

Simón Srugi se va consumiendo como la lámpara ante el sagrario. Vive en la presencia de su Dios en acto de ofrenda continua y de ininterrumpida adoración, incluso en medio de los trabajos más agobiadores. Escribe en su cuaderno: «Dios habita en mi alma con no menor fulgor de luz y de gloria del que tiene en el cielo. Estoy siempre en la presencia de Dios y pertenezco a su cortejo de honor».

Si su comunidad se encuentra recogida en la capilla, él también en medio de su trabajo extraordinario en el molino o en el dispensario se siente unido en espíritu a aquella oración, con el convencimiento de que «la caridad suple a la práctica de piedad». «Dejo al Señor por el Señor», suele repetir sonriendo cuando tiene que alejarse de la oración común para asistir a los chicos, o para atender a los campesinos que riñen, o a sus enfermos.

«Jesús sufre en los enfermos», va repitiendo; y trata de hacer por ellos todo lo que habría hecho si se hubiera encontrado, con María y Juan, a los pies de la cruz del Señor. Los viernes «*siente*» la pasión de Jesús. Ese día guarda más el silencio que de costumbre. Tiene a su Jesús siempre ante los ojos; le *acompaña* en el sanedrín, sube con El la cuesta del Calvario, permanece junto a la cruz... Y le ve en los pobres enfermos que desfilan ante él, uno a uno, para que les cure.

Cuando llega el sábado, se ilumina de alegría. «Que María sea la Madre es algo maravilloso», exclama.

Vive con la atención puesta en las cosas del cielo y no se da cuenta de que todavía se halla en la tierra. Para recordárselo, vienen pronto los días de guerra y de sangre; y de perdón.

## 6. LOS DIAS DE LA GUERRA, DE LA SANGRE Y DEL PERDON

Palestina nunca ha disfrutado de paz. Acabada la larga dominación otomana, le esperaba otra triste experiencia bajo el «mando fiduciario» inglés. La administración inglesa

ha traído un cierto bienestar —carreteras, edificios públicos, escuelas, comercio—; pero introduce también los gérmenes de profundas laceraciones, de odios, rivalidades y guerras todavía no resueltas. Nace entonces la «cuestión palestina».

En 1917, efectivamente, se hace la «declaración de lord Balfour», que propone transformar la Palestina en el centro de recogida de los hebreos esparcidos por el mundo. La propuesta no podía, naturalmente, agradar a los palestinos, que, con la libertad ya lograda, sentían renacer un intenso espíritu nacionalista.

Los hebreos en busca de una patria iban llegando, primero en pequeños grupos; luego, año tras año, cada vez en mayor número, unos autorizados, otros clandestinamente. Los palestinos, a partir de 1936, se oponen con la guerrilla. Bandas de patriotas se sublevan con actos de sabotaje contra los ingleses; luego desaparecen. Toque de queda, ley marcial, terror por todas partes.

Los rebeldes, forzados a vivir como bandoleros, se esconden en las montañas y Beit Gemàl se convierte en lugar de tránsito peligroso. A veces, los guerrilleros se detienen para pedir comida; a veces, llevan allá los heridos y Srugi los cura.

## **El saludo militar**

En 1937, la comunidad salesiana instala el teléfono y el hecho tiene consecuencias trágicas. Los guerrilleros piensan que lo han puesto para avisar a la policía. Algún tiempo después, por aquellos lugares fue capturado un jefe rebelde. ¡La culpa es de los salesianos! En junio de 1938, seis guerrilleros caen sobre la Casa, reúnen a los hermanos, ponen las manos sobre el Director, P. Rosin, le exigen la entrega de cien esterlinas —cantidad desproporcionada que no se tiene en casa—. Buscan por todas partes y sólo logran juntar escasos dineros. Y unos pocos objetos útiles. Decepcionados, pegan al P. Rosin hasta hacerle sangrar.

En esto, llega Srugi. Lleva en el brazo el traje de los días de fiesta, para dárselo a los guerrilleros. El jefe le mira a la cara, le reconoce: «¡Es el Tamàn!» . Y se cuadra ante él. «¡Muchachos! —dice con autoridad a los suyos—: éste es Muàllem Srugi. Hacedle el saludo militar por respeto.»

Luego se van, llevándose cuanto consideraron útil, pero sin hacer daño a nadie más.

## «Nosotros debemos hacer siempre el bien»

Pocos días después, el P. Rosin —sobre el que caen las absurdas acusaciones de los rebeldes— ha ido a Rafat a caballo; allí le espera una comunidad de hermanas. Por la tarde, regresa el caballo solo. Al día siguiente, la policía encuentra el cadáver del P. Rosin bajo un montón de piedras. Los guerrilleros le habían esperado a su vuelta, en medio de los campos de maíz, y le habían lapidado. Quitadas las piedras, el P. Rosin aparecía con los brazos sobre el pecho en forma de cruz y con trozos del rosario entre los dedos.

Es viernes, día de pasión, y Srugi saborea toda la amargura de aquella desolación. La prudencia aconseja cerrar el ambulatorio al menos varios días. Pero Srugi se opone: no quiere dejar sufrir a sus pobres por meras consideraciones humanas.

Días más tarde, cuando se está trabajando con el gentío habitual en el ambulatorio, de improviso se presentan varios jóvenes palestinos con modales bruscos. Sor Tersilia hace señas a Srugi: «Tal vez son ellos los asesinos...». «No se preocupe, hermana.» «¿Cómo no me voy a preocupar? Han matado a nuestro Director.»

Los jóvenes entran dando un empujón que tira al suelo a Srugi. Sor Tersilia le levanta y le reprende. «Hermana —le dice dulcemente Srugi—, nuestro Señor dijo: Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.» Y cura a aquellos villanos como a todos los demás.

Ocho días después, de nuevo un guerrillero. Tiene una herida de arma de fuego que ha recibido en un tiroteo con la policía. Está aterrorizado; sabe que le están buscando. Sor Tersilia llega jadeante y susurra al oído de Srugi: «¡Los ingleses están ahí, en el patio!». Srugi sigue curándole. Y sor Tersilia: «¿Por qué no aprovechamos la ocasión para entregarle a la justicia?». «Y ¿por qué debemos hacerle mal? —replica Srugi—. Nosotros debemos hacer siempre el bien. Si él ha obrado mal, ya se entenderá con Dios. Pero nosotros debemos hacer siempre el bien.»

Y dirigiéndose al guerrillero: «Mira, ahí están los ingleses; pasa por aquí». Le indica la puerta de atrás y añade: «El Señor te acompañe.»

## **Preparativos para una fiesta**

Sor Tersilia es nombrada Directora de la pequeña comunidad de las hermanas. Cuando vuelve al ambulatorio, Srugi le dice: «Madre Superiora, usted aquí representa a la Virgen. Usted es la representante de Dios».

El 10 de junio de 1940, Italia entra en guerra. Al día siguiente, los salesianos italianos quedan detenidos. El arresto recae también sobre Srugi; algunos días después, al saber que no era italiano, le dejan en libertad. Vuelve a la Casa, diezmada de personal, y el trabajo se multiplica. Pero sus fuerzas, consumadas por los demás con tanta prodigalidad, comienzan a abandonarle...

## **7. «TENIA LA CABEZA LLENA DE PARAISO»**

El primer aviso del calvario ya cercano lo había recibido en 1939. Un acceso de malaria y una pulmonía doble le llevaron aquel año al borde de la tumba. Tuvo que ser internado de urgencia en el hospital francés de Belén.

Sorprende a todos su perfecta resignación. Es más, en el dolor parece como si aumentara su alegría. Su cabeza que, según el ayudante árabe, «estaba siempre llena de paraíso», no deja de pensar en el cielo. Y con ese pensamiento vuelve hermosa a la misma «hermana muerte». Para Simón, la muerte se resuelve sobre todo en el encuentro con su Jesús. Ante esta idea, se exalta. Luego, volviendo en sí, concluye sosegadamente y con precisión teológica: «¡El paraíso es Dios!».

Sale del peligro y torna a casa; pero orienta cada vez más su pensamiento al crucifijo. «El crucifijo debe ser tu libro predilecto», anota en sus «Pensamientos». Y añade: «La ciencia del amor no se aprende en los libros: se concede sólo al alma que mira al crucifijo y le habla de corazón a corazón».

## **Todavía la gente le prefiere**

Ha vuelto a casa, pero las fuerzas van disminuyendo. Sufre nuevas recaídas. El 5 de mayo no se puede levantar. El mal parece grave y le llevan otra vez al hospital. También en esta ocasión se repone, pero el cansancio es tal que a duras penas puede subir las escaleras.

Y, sin embargo, hace cuanto le es posible para servir en la enfermería y en el dispensario, donde el gentío es siempre grande. Todavía la gente le prefiere a él, aunque ahora en los pueblos cercanos no faltan médicos ni farmacias. Muàllem Srugí cura con fe y por amor de Dios; y esto, a los ojos de sus pobres, vale más que todas las medicinas del mundo.

Hacia el final de 1943, la debilidad del buen Coadjutor es extrema. Le envían por algún tiempo a la Casa de Cremisán, cerca de Belén, para que se reponga. Está tan agotado que tiene que sentarse en la mitad de la escalera, con la cabeza entre las manos, para tomar aliento. El cuerpo se va desmoronando, pero su espíritu permanece lúcido.

### **Jesús sufrió sed**

En los primeros días de octubre, vuelto ya a Beit Gemàl, no tiene fuerzas para salir de su habitación; aquella habitación testigo de sus coloquios con Dios.

Asma y tos persistente le convierten la jornada en un continuo martirio. «¡Es terrible cuando falta la respiración!», se le escapa una vez, después de una crisis violenta. Pero, en seguida, como arrepentido, añade: «¡No! ¡No! El Señor lo quiere, está bien».

Uno de los últimos días manda llamar al Director y le suplica que le proporcionen hielo. Inmediatamente después de la comida se iría a buscarlo. No habían salido aún del comedor, cuando arrepentido hace llamar de nuevo al Director: «No mande traer el hielo», dice con esfuerzo. Y mirando el crucifijo: «Jesús en la cruz sufrió sed».

El 26 de noviembre apenas puede hablar. Llega la noche. El enfermero le vela largo rato; luego, viéndole tranquilo, se retira. Hacia las dos de la madrugada, vuelve a su lado y le encuentra como sumido en un plácido sueño, con las manos devotamente cruzadas sobre el pecho. Para siempre.

### **«¡Lástima que fuera cristiano!»**

Los primeros en acudir a dar el último adiós al Muàllem Srugí son los campesinos musulmanes. Sucios, infestados, pendencieros, ahora tienen lágrimas en los ojos.

Recuerdan. «Era una madre de caridad. Sufría cuando nos veía sufrir, se alegraba cuando nos veía contentos. Era un hombre fiel a su religión y respetaba las otras. Curaba a la gente y Allàh guiaba su mano. Aunque viniese un médico más experto que él, nadie jamás curará como él. Era como una copa de miel. En su mano estaba la perfección de Allàh. Allàh guiaba su mano. Tenía la cabeza llena de paraíso. Después de Allàh, está Srugi.»

Aquellos musulmanes, estupendos cuando se expresan en sus hipérbolos orientales, cargaron sobre sus hombros el féretro de Srugi y le condujeron en turnos al cementerio.

Hubo discursos oficiales y elocuentes, hoy olvidados. Se recuerda, en cambio, el breve discurso, no oficial, de un musulmán que, al volver a casa, sacudía la cabeza y decía: «¡Lástima que Muàllem Srugi fuera cristiano! Si hubiera sido musulmán, ¡le haríamos uno de nuestros santones!».



## **ERA EL PARIENTE DE TODOS LOS POBRES (Siervo de Dios Artémides Zatti)**

### **CARNET DE IDENTIDAD**

**Artémides Zatti**, Salesiano Coadjutor, Siervo de Dios.

- 1880.** Nace el 12 de octubre, en Boretto (Guastalla, Reggio Emilia, Italia). Sus padres son Luis Zatti y Albina Vecchi, labradores. El es el tercero de ocho hermanos. Este mismo día es bautizado.
- 1897.** Emigra con su familia a Bahía Blanca (Argentina).
- 1900.** Entra en la casa de formación salesiana de Bernal.
- 1902.** Enfermo de tisis, es mandado a Viedma para curarse. Nunca dejará esta ciudad.
- 1904.** Recuperado bastante en su salud, se aplica al trabajo de la farmacia de la Casa salesiana.
- 1908.** Un vez curado, emite los votos como Salesiano Coadjutor.
- 1911.** Hace la profesión perpetua y asume la responsabilidad del hospital y de la farmacia.
- 1913.** Construye el nuevo hospital.
- 1914.** Obtiene la ciudadanía argentina.
- 1915.** Se diploma en farmacia. Soporta, por una curiosa equivocación, cinco días de arresto (él los llama sus vacaciones, las únicas jornadas de descanso en muchos años de trabajo).

1934. Viaja a Italia para asistir a la canonización de Don Bosco. Visita su pueblo natal y, en Turín, el Cottolengo.

1942. Se ve obligado a trasladar el hospital provisionalmente a otro edificio.

1950. El 19 de julio sufre una caída de una escalera de mano. Ya no se recuperará nunca; pocos meses después, descubre en sí mismo los síntomas de un mal incurable.

1951. Muere el 15 de marzo.

1953. El biógrafo salesiano Raúl Entraigas publica en Buenos Aires la vida de Zatti, titulada «El pariente de todos los pobres».

1980. Comienza en Viedma el proceso apostólico para su causa de canonización. Es declarado Siervo de Dios.

## 1. UN POBRE MUCHACHO FRACASADO Y DESAHUCIADO

Casa de los Zatti, en Boretto (Reggio Emilia, Italia). La madre ha ido a trabajar al campo; una hermanita juiciosa cuida del pequeño Artémides. El niño duerme; pero de pronto se despierta y comienza a llorar a grito pelado. Y la madre no llega. La hermanita le canta todas las canciones de cuna que conoce; pero Artémides continúa chillando con todas sus fuerzas. La chiquilla, acudiendo a sus experiencias con las muñecas de trapo, intuye: ¡tiene hambre! Y en el establo está la vaca... La niña toma a su hermanito en pañales, le lleva al establo y le acerca a la ubre de la vaca. Sí, Artémides tenía hambre de veras, chupa golosamente y luego se duerme profundamente.

En sus sueños inocentes hay un porvenir de emigrante a la lejana América; hay una enfermedad que generalmente no perdona, aunque con él hará una excepción; hay un hospital por construir y llevar adelante sin tener un céntimo; hay un montón de trabajo, y unas vacaciones de cinco días en el calabozo; hay una fila interminable de enfermos y de desheredados a quienes atender. Porque son pobres y a él le toca atenderlos; a él, que entre tanto se ha convertido en «*el pariente de todos los pobres*».

Y hay también, en su futuro, un monumento con su es-

tatua, una calle y un hospital con su nombre. Y un proceso en curso, solicitado por los obispos argentinos: un proceso sobre su santidad. Pero, entre tanto...

Entre tanto, cumplidos los cuatro años, Artémides ya va al campo; a trabajar como puede hacerlo a esa edad. En casa, las bocas son muchas, y pocos los ingresos. Recibe algunas nociones de enseñanza primaria; y, luego, a los nueve años, comienza a trabajar todo el día. Sueldo: veinticinco liras al año. Se levanta a las tres, una ración de polenta y al campo. Pero al fin de la semana, cuando regresa a su casa, Artémides lleva siempre consigo un buen paquete de golosinas que la patrona ha hecho al horno para él. Y su mayor satisfacción es ver cómo sus siete hermanos —los más pequeños y los mayores—, rebosantes de alegría, dan buena cuenta de todo aquello.

Esto duró hasta cumplir dieciséis años, cuando la atracción de América resulta ya irresistible para la familia Zatti. En Europa se padece hambre, mientras que en América se puede labrar una fortuna. En Europa se viven años de enorme depresión y las crisis económicas ya resultan *cíclicas*, porque se suceden una tras otra como las olas del mar. En Italia es peor aún. La crisis agrícola se agudiza todavía más, por el *impuesto sobre la molienda*, que sume en la desesperación a los agricultores. Los pudientes se desentenden de los pobretones, faltan máquinas de labranza y los métodos de cultivo son por demás anticuados. Los braceros, mal alimentados, pasan a ser fácil presa del paludismo, de la desnutrición y del cólera. Y muy a menudo se quedan sin trabajo.

Pero los Zatti tienen un tío en la Argentina, que vive en una ciudad todavía en embrión, llamada Bahía Blanca; es capataz de los obreros municipales. Los emigrantes son como las cerezas, que una llama a otra. Irán en busca del tío: en 1897, la familia Zatti lía sus bártulos y parte.

Artémides es un muchacho alto y flaco, alegre y reflexivo. Nadie es capaz de suponer que este pajarraco desgarbado, empujado al exilio por el hambre, pueda un día hacer hablar de sí.

**«¡Antes, piénsatelo bien!»**

En Bahía Blanca, en los umbrales de la misteriosa Patagonia, está el tío esperándolos; y hay trabajo. El padre instala un puesto en el mercado, y Artémides trabaja algunos

días en una fonda; pero el aire que se respira allí no le agrada y entra en una fábrica de baldosas. Más o menos se las arregla: para emigrantes recién llegados ya es algo. La Argentina se halla invadida de italianos de caras forasteras y mísero equipaje, que muy pronto se convierten en ciudadanos a todos los efectos, trabajadores, positivos, realizadores. También esto se cumplirá en los Zatti.

Mientras tanto, llegado el domingo, allí están todos en la iglesia. El ambiente de Bahía Blanca es tremendamente anticlerical y, por lo general, los inmigrantes abandonan la práctica de la religión. La familia Zatti, no.

Tienen cerca de su casa una iglesia, atendida por los salesianos de Don Bosco. Habían llegado a la Argentina como misioneros en 1875; y, desde 1890, trabajan en Bahía Blanca. Casi todos son italianos de origen. Artémides se imagina haber regresado a Boretto. Todas las horas libres que le deja la fabricación de baldosas las pasa en compañía del párroco, Don Carlos Cavalli, hombre sencillo y conversador. Le ayuda a adornar la iglesia y le acompaña en sus visitas a los enfermos. En su biblioteca lee la vida de Don Bosco, queda conquistado y en su mente comienza a tomar cuerpo una idea: «¿Y si yo también me hiciese sacerdote, para dedicar toda mi vida al bien del prójimo?...».

Nunca habrá de serlo; pero Don Carlos le dice que podría intentarlo; va a ver a sus padres y recibe una respuesta llena de fe: «Si es voluntad de Dios, sigue sin más la llamada divina. Pero piénsatelo bien antes de dar el paso, porque no nos gustaría verte un día regresar con el petate al hombro».

El año 1900, los salesianos de Argentina reunieron a todos los jóvenes aspirantes al sacerdocio en una sola Casa, en Bernal, cerca de Buenos Aires. Artémides —diecinueve años, alto y flaco; con sus pies enormes (número 45) como para recorrer todo el mundo a lo largo y lo ancho, y con unas manazas como para distribuir a todos en abundancia— irá a Bernal. Le acompaña su madre y le presenta al Director: «Padre, aquí tiene a mi hijo. Es bastante bueno y creo que será obediente. Pero, si no se porta bien, le pido que no le ahorre el palo».

### **Con sus petates al hombro**

Artémides se encuentra bien en Bernal: una vida disciplinada y austera, con ritmos regulares que ayudan a ma-

durar. Escribe a los suyos: «Estoy contento de encontrarme aquí. Los superiores son bonísimos y los compañeros muy alegres. Los sacerdotes son casi todos italianos. Decid a nuestra madre que no se preocupe por mí...». Pero las pruebas ya le estaban aguardando.

Como bagaje de estudios traía consigo un cuarto grado de primaria, cursado hacía diez años, y ahora tiene que vérselas con el latín.

Es el mayor en medio de los demás y se presta para todos los pequeños menesteres. Bien pronto se convierte en un *«factotum»*. En la clase se aplica todo cuanto puede; pero el camino de los estudios se le hace muy largo y accidentado. Los suyos esperan de él cartas extensas y detalladas; y él les escribe como un políglota en castellano, en italiano, en dialecto y con alguna palabra en latín; pero aquello es un cementerio de faltas. Y en cada carta, para concluir, siempre, un buen pensamiento espiritual. «Lo que no sirve para la eternidad, no sirve para nada.»

Transcurre un año. Artémides se halla más pálido, filiforme. No sabe decir que no a los trabajos. Por esos días llega a Bernal un sacerdote joven, extenuado por el trabajo y atacado de tuberculosis. La humedad del lugar no le ayudará, por cierto, a recuperar la salud. Artémides recibe el encargo de atenderlo.

En los primeros días de enero de 1902, los acontecimientos se precipitan: el sacerdote enfermo muere. Los compañeros de Artémides van a recibir la sotana y esa misma mañana él se ve obligado a guardar cama. Le aqueja una tos continua y la fiebre le devora. «Hay que cambiar de aire», sentencia el médico; y determinan una población perdida en los valles de la cordillera: Junín de los Andes; como ir al fin del mundo.

Con el dinero para el pasaje, le mandan a Buenos Aires; en la Plaza de la Constitución deberá tomar el tren para Bahía Blanca a ver a los suyos. ¿Qué les va a decir? Mientras aguarda el tren, de improviso le sobrevienen unas arcadas. Se produce una hemotisis imposible de contener y, cuando abre los ojos, ve a sus pies una enorme mancha roja. Rápidamente, un barrendero se apresura a cubrirla con serrín.

Sangre. Tuberculosis. Durante todo el viaje de 700 kilómetros, clavado sobre el duro asiento de madera, de segunda clase, Artémides piensa en sus sueños destrozados; en las esperanzas de los suyos desvanecidas. Un fracaso que le

hará avergonzarse delante de todos. Con sus petates al hombro. Y —en aquellos tiempos la tisis no perdonaba— la opresión de una muerte inexorable dentro de poco tiempo.

La madre, al verle, estalla en un llanto deshecho. Lo pone en cama inmediatamente y corre en busca del padre Carlos. «Es un disparate. No irás a Junín de los Andes —le asegura el buen sacerdote—. Irás a Viedma, donde el aire es bueno, y sanarás.» Y le entrega el dinero necesario para pagar el viaje —otros 300 kilómetros— en diligencia.

¿No sería mejor, para este pobre muchacho fracasado y desahuciado, morir allí en casa, atendido por su madre? Artémides inclina la cabeza. Ya ha conocido el valor supremo de la obediencia en nombre de Dios. Irá a Viedma, si Dios lo quiere, a morir. Pero los proyectos del Señor eran bien distintos.

## 2. UN MUCHACHO ENFERMO SE CONVIERTE EN MEDICO

Viedma, casi en la desembocadura del Río Negro en el Océano Atlántico, tiene preparados para Artémides, además de aire bueno y Casa salesiana, una farmacia y un hospital en el mismo colegio. Es todo cuanto se necesita para un enfermo.

Estos extraños apéndices agregados a la actividad escolástica habían surgido de forma insólita en 1889, cuando Viedma era puesto de avanzada misionero. Obreros abandonados a sí mismos, soldados, aventureros, como asimismo los indígenas de los alrededores, morían por carecer de las medicinas más elementales. Monseñor Cagliero, superior de los misioneros salesianos en América, había establecido: «Hay que montar una farmacia». Uno de sus jóvenes sacerdotes, el padre Evasio Garrone, había sido enfermero en el ejército italiano. Al él le encomendó esa misión. Y surgió un establecimiento raro, donde los ricos pagaban y los pobres sólo si podían y hasta donde podían (de cubrir el déficit se ocuparían los cooperadores salesianos).

El padre Garrone había adquirido en el ejército una extraordinaria práctica en materia de medicinas y de enfermos; y, además, poseía un formidable ojo clínico. A falta de otro médico en la zona, todos acudían a él y le llamaban con respeto el «*Doctor*».

Cierto día tomó del brazo al Director del colegio y le llevó a visitar un enfermo. El pobre yacía en una chabola,

se hallaba en un estado que producía náuseas y compasión, y nadie se ocupaba de él. Esperaba la muerte. «¿Podemos dejarlo aquí?», y los dos sacerdotes se miraron a los ojos. Dijeron al enfermo: «Volveremos», y corrieron a ver a Monseñor Cagliariero. «Monseñor, aquí hace falta un hospital.» El Obispo conservaba siempre en la memoria aquel «recuerdo» que Don Bosco les había dado a él y a sus compañeros el día en que zarparon de Génova: «Cuidad especialmente a los enfermos, a los niños, a los ancianos y a los pobres; y os ganaréis la bendición de Dios y la benevolencia de los hombres». Respondió que sí: había que abrir un hospital.

Comenzaron por una caballeriza, la limpiaron cuidadosamente y la desinfectaron. Las hermanas rociaron todo con agua de colonia para quitar el olor de antes. Una cama, un colchón, una silla... y el hospital quedó listo. Entre cuatro levantaron al enfermo y le llevaron a su nuevo domicilio. Un mes más tarde, salía de allí perfectamente sano y sin saber cómo agradecerse a sus bienhechores. Entre tanto, otros enfermos habían ocupado la caballeriza-hospital.

### **El imperdonable error del padre Garrone**

En marzo de 1902, cuando Artémides llegó a Viedma, el hospital había crecido bajo la dirección del «doctor». «Con enorme alegría —escribe a su madre— he encontrado a mis queridos hermanos salesianos aquí. En cuanto a salud, me ha visitado el médico, padre Garrone, y me ha asegurado que dentro de un mes estaré curado.»

Los dos se habían arrodillado a los pies del altar de María Auxiliadora y Artémides había prometido formalmente que si sanaba habría dedicado la vida entera a curar a los pobres. La promesa parece que fue aceptada, pero la curación será muy lenta.

La «tos» —como la llama cuando escribe a casa, aun sabiendo que se trata de una «tuberculosis o tisis en plena forma»— sigue sacudiendo a aquel junco tan débil; pero el descanso, una comunidad acogedora y comprensiva, una vida tranquila y una enorme confianza en el Señor, le ayudan a superar lentamente la crisis. Dos años después, ya está en condiciones de hacer algo en la farmacia. En 1908 emite sus votos religiosos y es salesiano.

¿Será sacerdote? A estas alturas se ha hecho indispen-

sable en la farmacia, es un enfermero experto que el hospital no puede perder. Para colmo, el padre Garrone, en 1911, comete el imperdonable error de morir; y Artémides se encuentra solo al frente de la «Farmacia de San Francisco» y del «Hospital de San José».

El peso es abrumador. Además, hay que tener en cuenta las exigencias de la ley, que, aunque no esté en grado de proveer a las necesidades de los enfermos de Viedma, sí es capaz de poner dificultades a quien trata de hacer algo por ellos.

El superior salesiano, para asegurar el porvenir del hospital, asume un médico que será el responsable legal frente a las autoridades. Pero de hecho el jefe será él, Artémides Zatti; y tendrá que cargar con todos los quebraderos de cabeza propios de un director de hospital.

### **En bicicleta**

En 1913 urgen algunas ampliaciones y se decide hacerlas. Se coloca la primera piedra para la construcción de un nuevo y verdadero hospital. No hay dinero, pero llegará. Se constituyen comisiones, se organizan rifas y ventas de beneficencia. En pocos meses el hospital ya está en pie; no grande, pero sólido y seguro. Los cimientos, en una segunda etapa, soportarán un primer piso y, más tarde, un segundo piso. La sala de operaciones es de lo mejor que se podía pedir en aquellos tiempos.

Entre tanto, Artémides ha aprendido a multiplicarse por cuatro: dirige y paga al personal, estipula contratos, compra leche y verduras para los enfermos, vigila la cocina y la limpieza; y si nadie se encarga de ésta, empuña la escoba y barre él. Su problema mayor —que le angustiará hasta el día de su muerte— es el reunir el dinero para afrontar los gastos, que cada día son más elevados. Porque los criterios administrativos del hospital son los mismos que rigen para la farmacia: quien tiene poco, paga poco; quien no tiene nada, no paga nada. Y estos últimos son los clientes más numerosos.

Según sus registros, en 1915 se hospitalizaron 189 enfermos. Hasta de la cárcel le envían enfermos... porque también en la cárcel hay quien enferma y la enfermería de allá resulta insuficiente.

El, en bicicleta, da vueltas por todas partes para recoger

dinero. La gente ya lo sabe: si le ve pedaleando con el delantal blanco es porque va a curar enfermos; pero si lleva sombrero es porque va al banco o a casa de algún bienhechor.

En 1914 obtuvo la ciudadanía argentina. Se siente orgulloso de ello y feliz, porque ama a su segunda patria no menos que a la primera. Pero en agosto de 1915 tiene que vérselas con la justicia.

### «Sentía necesidad de un poco de vacaciones»

Por orden del juez, habían llevado al hospital a un preso para que allí fuese atendido de sus dolencias. La cura fue tan eficaz que aquella misma noche se evadió. Alguien de Viedma, enemigo de los religiosos, no pierde la ocasión que se le presenta en bandeja para acusar a Zatti de «infidelidad en la custodia de los presos»; como si esa tarea correspondiese a los enfermeros y no a la policía.

La gente contempla, estupefacta y sin creer lo que ven sus ojos, a Zatti entre dos agentes de policía, camino de la cárcel. Y comienza una peregrinación a la prisión: van sus hermanos salesianos, los enfermeros con los convalecientes del hospital, sus amigos del pueblo, los alumnos del colegio. Estos últimos llevan la banda de música y tocan, ante la cárcel, con todas sus fuerzas para que todos lo oigan.

Tres días más tarde, Zatti comparece en el tribunal. La escena, a lo largo de la calles, para llegar al templo sagrado de la justicia es enormemente sugestiva: todos acuden a ver a aquel *delincuente* escoltado por hombres armados de fusiles *mauser* y *machetes*. El, en cambio, tiene el rosario en las manos, reza y sonríe. Idéntica escena al regreso, con una buena cantidad de espectadores más. Tras cinco días de calabozo —«sentía necesidad de un poco de vacaciones»— le ponen en libertad y su vuelta al hospital es triunfal.

Entre tanto, delante del establecimiento, desde hace algún tiempo, se ha abierta una farmacia de verdad, con un farmacéutico diplomado. Este lucha para que la farmacia del hospital sea clausurada; y realmente habría que cerrarla, porque se carece de título legal para que funcione. Pero, entonces, ¿dónde conseguirían los pobres las medicinas a ese precio tan especial para ellos? Zatti entabla batalla; recibe amenazas, paga multas, varias veces le clausuran la

farmacia; pero en 1917 logra echar su as de espadas sobre la mesa: ha ido a La Plata, ha rendido los exámenes requeridos y regresa con su auténtico diploma de «idóneo en farmacia».

### **«¿Respiran todos?»**

Todas las mañanas se levanta a las cinco, cuando no a las cuatro y media. Enciende el fuego y va a la iglesia. Si todavía no hay nadie, se prosterna en el suelo con la frente por tierra, solo, delante de Dios. Luego hace la meditación con la comunidad, asiste a la misa, abre su alma a Cristo que llega en la Eucaristía —todos los días así hasta el fin, salvo los últimos cuarenta y un días que pasó clavado en su lecho de muerte.

Luego va a ver a sus enfermos: un cariñoso saludo cristiano y: «¿Respiran todos?». «Todos, señor Zatti.» «Deo gratias»; y pasa de un enfermo a otro para saber qué necesitan. Después corre al comedor y toma un buen tazón de café y leche; usa una cuchara sopera para terminar antes y acude a satisfacer las demandas de sus pacientes.

Y, a la calle, en bicicleta, para visitar a los enfermos pobres esparcidos por el pueblo —cuando entra en uso la penicilina, se le duplica el trabajo: hay enfermos que quieren una inyección cada dos horas.

A mediodía siempre es puntual —no se sabe cómo— para tocar la campana de su comunidad —toca con devoción: es la voz de Dios—. Todos juntos rezan el Angelus, él con los ojos cerrados, apretando los labios y las manos para concentrarse. Terminado el almuerzo, juega a las bochas con los convalecientes; juega con entusiasmo, pone toda el alma en ello: lo hace por el Señor y quiere hacerlo bien.

### **La merienda para mantenerse fuerte**

A las dos toma de nuevo la bicicleta y reanuda las visitas. Regresa para la merienda, que no se debe dejar: sirve para mantenerse fuerte y trabajar mejor por los demás. Sigue luego en su bicicleta hasta que termina las visitas por los alrededores. O se entretiene con los hospitalizados, pone en orden la contabilidad, efectúa algunas reparaciones en la casa...

Mientras cenan los enfermos, va a la farmacia para preparar recetas y pomadas. Pero inmediatamente regresa al hospital para las oraciones de la noche y para dejar una breve reflexión como «*buenas noches*». Cuenta anécdotas de Don Bosco, comenta algo sobre el santo del día —tras algunos años, llega a conocer de memoria el santoral—, o se entretiene con el personal del hospital que cada año aumenta de número. Da disposiciones, avisos, consejos, y siempre con todo el corazón, con infinita comprensión. Tales encuentros se convierten en una escuela en que se forman sus colaboradores, que van así también ellos madurando en la caridad.

Cena con la comunidad. Luego da una última ojeada a sus enfermos y, si no tiene que salir o no hay otras obligaciones que cumplir, estudia medicina —Zatti no es un practicante superficial; quiere conocer el cómo y el porqué de enfermedades y de tratamientos—. O, si no, lee para su vida espiritual; lee vidas de santos y obras ascéticas que le sugieren ejemplos y normas de vida cristiana. Esto se prolonga hasta la diez o las once. No es raro que le llamen de noche por causa de algún enfermo grave en la población; piden disculpas por la molestia que ocasionan, pero él replica: «Mi deber es ir, y el vuestro es llamarme».

### **El matorral del bigote**

Ya todos le conocen en Viedma, capital del territorio de Río Negro. Y eso, a pesar de que su nombre y apellido verdaderos constituyan un completo arcano y un galimatías para muchísimos. Les resultan de difícil pronunciación y de grafía más problemática aún.

En lugar de Artémides, hay quien dice Artemiro, Artensio, Artemisco; y no falta quien diga Arquímedes. Para el apellido, el asunto es más enredado todavía. Escriben Sati, Sapti, Sacti; y los más *leídos* hasta Zating. Pero no faltan los Zátez o Sates; y los más obsequiosos Donzati... Todos usan el «Don». Sólo que en vez de ateponerlo al nombre de pila, como señal de respeto o de abolengo, todos lo anteponen al apellido. Quieren con ello rendir honor a su persona, como es costumbre en los países de habla castellana; aunque, al revés de lo normal, unan el «Don» con el apellido. Sin embargo, a él ese «Don» la fastidia. Dice: «Llamadme Zatti y basta». Y explica su rechazo con una estrofa de su in-

vención: «Para ostentar el “don”, hay que tener algo de algodón».

De todos modos, la gente ya ha resuelto que él merece el «Don», porque ante sus ojos se ha convertido en un personaje importante.

Y se ha vuelto también macizo y robusto. Un bigote encrespado como un matorral le da un aire severo; pero no logra esconder su perenne sonrisa. De la tos amenazadora y persistente que, durante años, le había desgarrado el pecho, ya no queda ni rastro. Por el contrario, el enfermo incurable de otro tiempo, ahora es el médico de los demás.

### **3. MEDICO DE LOS CUERPOS Y DE LAS ALMAS**

«Querido Don Zatti, hemos recibido el alcohol desnaturalizado que tuvo la bondad de enviar a nuestra pobre casa. Le pagaremos con muchas Avemarías. Saludos cordialísimos a los buenos del Cottolengo de la Patagonia...» Esta carta de 1944, confidencial y festiva, permite entrever algunas sacrosantas verdades sobre Artémides y sobre su obra.

El abrazó el dolor y se desposó con la miseria. No se podría imaginar a Artémides Zatti sino ocupado en curar enfermos; y hasta parece que los enfermos se hicieran tales para que él los pudiera curar. Y, mientras los cura, canturrea para levantarles el ánimo. O charla con mil ocurrencias serenas para distraerlos y aliviarles el dolor. «Como una madre con sus niños», ha dicho uno de sus pacientes.

Una joven llevada al hospital como enferma grave recuerda la sonrisa abierta con que él la recibió: «Al principio creí que se burlaba de mí; pero luego me di cuenta de que era solamente la gran alegría que experimentaba en hacer el bien». Y una vez recobraba la salud, dicha joven se convirtió en enfermera.

Uno de los médicos que vivió muchos años a su lado, afirma: «Don Zatti no solamente era un habilísimo enfermero para practicar las curas, sino que era él mismo una medicina porque curaba con su presencia, con su voz, con sus ocurrencias, con su canto...».

#### **«¿Oye el gemido de los pinos?»**

Prodiga un cuidado especial a los que se hallan aquejados por enfermedades vergonzosas. Los coloca aparte, pues

no quiere que otros se enteren. A los cancerosos, a los que tienen llagas purulentas, los quiere a todos para él. No permite que otros los laven y los curen.

«Don Zatti, ¿no tiene miedo de mis bacilos?» «No, porque los microbios que yo tengo dentro son más fuertes y se comen a los que llegan de fuera.»

Se esfuerza por contentar en todo a sus enfermos. «¿Qué queréis comer hoy?», y lleva del mercado lo que le piden, sabiendo que para algún pobrecillo podrá ser la última pequeña satisfacción de su vida.

Otro tanto ocurre con las medicinas: a veces se requieren medicinas costosísimas y, con tal de proporcionar alivio a sus enfermos, se halla dispuesto a hipotecar el hospital.

Nunca faltan quienes tienen parientes muy lejos y no saben escribir; él se pasa horas con paciencia llenando hojas con los saludos para el primo, para la tía, para los hermanos...

Si visita a domicilio a enfermos muy pobres, al marcharse, deja sobre la mesita de noche, junto a las medicinas, algún dinero.

A veces traen un enfermo y el hospital está lleno hasta el tope. ¿Qué hacer? Lo lleva a su cuarto y le acomoda en su cama. Por la noche extiende una manta en el suelo y se acuesta sobre ella. O se acomoda en una silla, apoya los brazos sobre la mesa y así duerme... Su cama se convierte en la cama de todos.

Una noche muere un enfermo en el hospital. Hay que sacarlo; y Zatti se lo carga al hombro para llevarlo a la habitación que sirve de cámara mortuoria. Pero recuerda que allí ya hay un difunto y que sus parientes lo están velando. Lo lleva a su habitación y lo pone sobre su lecho. A la mañana siguiente le preguntan: «¿Tuvo miedo, Don Zatti?». «Y ¿por qué habría de tenerlo? Dormíamos los dos... A los vivos es a quienes hay que tener miedo, no a los muertos. Estos ni siquiera roncan.»

Pero una noche coloca sobre su cama un enfermo que, en cambio, ronca de lo lindo toda la noche. A la mañana siguiente, Zatti, que no ha podido pegar ojo, sólo logra cumplir su tarea con gran esfuerzo y los demás le reprochan por haber pasado la noche insomne. «Yo me sentía contento cuando roncaba; a cada ronquido, yo pensaba: gracias a Dios, todavía está vivo.»

Se ha desposado con el sufrimiento. Cierta enfermo sufre indeciblemente y él se le acerca: «Reza para que Dios miti-

gue tu dolor. Mira, también los pájaros rezan. ¿Oyes el gorjeo de esos que están cantando en las ramas del eucalipto? Rezan, a su modo...».

Cierta vez, un médico del hospital da muestras de impaciencia, porque un enfermo se está quejando en alta voz. Y Zatti: «Doctor, ¿oye usted el gemido de los pinos? ¿Qué dicen los pinos?». «¡Y yo qué sé!», balbucea el médico sorprendido. «Pues bien, escuche lo que dicen los enfermos. ¡Pobrecitos! Es como el gemido de los pinos...»

En realidad, Zatti, con cincuenta años de práctica de hospital, no logra acostumbrarse al dolor, no alcanza a mantenerse tranquilo ante el dolor. «Delante de los enfermos, aun de los que estaban graves —declara el doctor Sussini—, bromeaba y hasta reía; pero lo hacía para infundir ánimos. Luego, a solas, a escondidas, lloraba.» «Cuando no podía ayudar a su prójimo, le veíamos derramar lágrimas», ha confesado una de las enfermeras del hospital.

### «Se fue sonriendo»

Zatti poseía excelentes dotes de inteligencia. Si hubiese tenido oportunidad de estudiar... Pero no pierde tiempo en lamentarse. De noche, roba algunas horas al sueño para leer temas de medicina.

Cuando en 1917 se presenta en La Plata a rendir exámenes de enfermero, obtiene el título con óptimas calificaciones.

Une a las nociones teóricas una ciencia empírica cada día más vasta y profunda. Le presentan un muchacho de diecisiete años que hasta entonces había sido tratado como tuberculoso. «Mandádmelo al hospital —dice tras haberle dirigido una larga mirada escrutadora—. Este muchacho tiene más cara de hambre que le tísico.» Una vez en el hospital, prescribe la receta: «Sopa abundante, dos filetes, patatas, verdura y fruta; todo abundante; y un buen vaso de vino». Meses después, el muchacho entra a trabajar en una hacienda agrícola perfectamente curado y con una salud a toda prueba.

Juntamente con la ciencia empírica, Zatti posee un envidiable conocimiento del corazón humano. «La medicina ayuda —solía decir—; pero si el organismo no responde, es inútil pedir milagros a los medicamentos.» En la Casa de las Hijas de María Auxiliadora, las religiosas albergan un

grupo de viejecitas que aguardan la hora de Dios; y Zatti las cura muy a menudo con agua azucarada. Ellas la toman con una fe enorme y a la mañana siguiente se lo agradecen rebosantes de felicidad: «¡Qué bien me hizo su remedio, Don Zatti!».

«Era un hombre profundamente espiritual —dice un testigo—; hablaba de Dios a los enfermos, sabía llevarlos a aceptar la voluntad de Dios.» El chófer Nazario Contín, de Viedma, cae enfermo de tifus. Zatti va a visitarle y le asiste en su domicilio durante dos meses enteros. «¿Qué le debo, Don Zatti?» «Y ¿cuánto quieres darme? Nada.» «No, algo tendré que darle...» «Está bien; vete a hacer una buena confesión y así quedará saldada la cuenta.»

En junio de 1936 llevan al hospital, desde muy lejos, a un chicuelo del campo. Muy pálido, apenas se mantiene en pie; tiene un mal que no perdona y que puede llevárselo de un momento al otro. Zatti lo recibe como a un hijo. Le prepara para la primera comunión y le acompaña a la catedral para su primer encuentro con el Señor. Esa misma noche el chico se siente mal, tan mal que corren a llamar a Don Zatti.

«Me muero, Don Zatti», murmura el muchachito con un hilo de voz. Y él, que ha asistido a tantos en el momento extremo, dominando a duras penas la angustia que lo embarga, le dice con toda dulzura: «Bueno, si realmente te quieres morir, haz primero la señal de la cruz. Ahora junta las manos y, luego, contento y feliz te vas al cielo, así sonriendo...». El niño hace uno a uno los gestos que Zatti le sugiere, sonríe, y en aquel momento se corta el hilo de su vida.

A la mañana siguiente, llega el doctor Quaranta. «¿Recuerda, doctor, aquel enfermito? Murió. Pero mire qué cosa... se fue sonriendo.» El doctor Quaranta corre a ver. El niño está muerto y sonriendo; muestra la sonrisa que Zatti imprimió en sus labios.

## La muda

Hay en el hospital una persona que vivirá, por lo menos, tanto como Zatti: una muda. La llevó allá un misionero, el padre Bonacina, en 1894, mucho antes de que Zatti llegase a Viedma. La encontró abandonada en el campo y, a pesar de todas las apariencias en contra, era un ser hu-

mano... Había nacido por equivocación en una familia destrozada y nadie la quería. Cierta día se cayó en un pozo y de resultas del susto perdió el habla. La abandonaron en el campo. Iba detrás de las ovejas y, como ellas, caminaba a cuatro patas.

En el hospital, lo primero que hubo que hacer fue enseñarla a caminar de pie. Durante mucho tiempo hay que vestirla con ropa hecha de arpillera, porque no hay modo de ponerle vestidos de tela común; apenas ve algo de color, lo hace trizas y corre a esconder los trapos para que nadie se los robe. Pero, eso sí, tiene cuidados maternos para su muñeca de trapo. No sólo para ella, sino para todas las muñecas que encuentra, porque corre a robarlas dondequiera que las ve. Cierta día, Zatti lleva a la casa un cubrealtor bordado y con borlas rojas en los extremos. Pues bien, a la mañana siguiente el cubrealtor se encuentra hecho trizas y las borlas han desaparecido. Otro día descubren que una difunta que está en la cámara mortuoria no tiene zapatos; pero, en un rincón, la muda se los está calzando.

No se sabe qué hacer; hay que tomar alguna medida... y le dicen a Zatti: « ¡Sacúdala, grítela de una vez! ». «Y ¿para qué? —contesta él—. Pobrecilla, ya tiene bastante desgracia con lo que le pasa; y nosotros, que tenemos uso de razón, no debemos aumentar sus penas.»

La muda vivirá en el hospital cuarenta y ocho años, expresándose con gruñidos, sin alcanzar a formular por completo ni una sola palabra.

### **Una ropita para un Jesús de diez años**

«Nada hay más grande ni más hermoso que un pobre, cuando en él se ve al Señor.» Estas palabras de San Vicente de Paúl encierran tal vez el secreto de Zatti: él ve de veras en sus pobres enfermos a Jesucristo en persona.

Acude a la hermana que atiende la ropería y le dice: «Hermana, por favor, ¿puede ver si hay una ropita para Nuestro Señor?». Y, luego: «¿No hay una ropa mejor? A Nuestro Señor tenemos que darle lo mejor que tengamos». *Nuestro Señor* es un pobre desdichado que había llegado enfermo y cubierto de andrajos, y que ahora deja el hospital una vez curado por completo.

Le grita a una enfermera: «Hermana, prepare una cama para Nuestro Señor». Ha llegado, desde quién sabe dónde,

un pobre indio harapiento y descalabrado. Otra vez se trata de un chiquillo: «Hermana, ¿tiene una ropita para un Jesús de diez años?».

Uno de los médicos sorprende a Zatti mientras acepta en el hospital a un enfermo que había sido rechazado en otro, por tratarse de un incurable. El médico le dice: «A usted siempre le toca lo peor...». «Para mí es lo mejor», replica Zatti.

Durante años tuvo en el hospital, además de la muda, a un pobre muchacho macrocéfalo. Entre los dos le hicieron pasar las mil y una. Pero un día le llevan a Zatti una grata noticia: si él quiere, puede hacerlos internar en un instituto de la capital federal, donde los aceptarían. «No», responde Zatti. «¿Por qué no?» «Porque éstos son los que atraen las bendiciones de Dios sobre nuestro hospital.»

Entre sus médicos, por muchos años, hubo uno incrédulo. Pero reconoce: «Delante de Zatti, mi incredulidad vacila. Si acaso hay santos sobre la tierra, éste es uno. Cuando me encuentro con el bisturí en la mano y, mirándole a él, le veo con el rosario entre los dedos, siento que el quirófano se llena de algo sobrenatural...».

#### **4. LA PROVIDENCIA Y LA PARTIDA DOBLE**

Sobre sus hombros hay un hospital y una farmacia frecuentados por pobres y, en consecuencia, siempre con un pasivo pavoroso. ¿Cómo equilibrar los balances? Ante todo, Zatti no gasta nada para sí.

Por sus manos, durante casi cuarenta años de administración, pasaron centenares de miles de pesos; pero ni siquiera un céntimo se quedó pegado a sus dedos. Viste como un pobre, con ropas siempre de segunda mano, a veces heredadas de sus muertos. El sombrero de anchas alas con que cubre su cabeza años y años, desde 1907, es la herencia de un enfermo. Le sirve de sombrilla en verano y de paraguas en invierno. Cuando el tiempo es bueno, alza las alas; cuando llueve, las baja. Llega en bicicleta a una casa para visitar a un enfermo y, antes de entrar, deja el sombrero sobre el manillar para que escurra. «Pero, Don Zatti, ¿cómo es que ha venido sin paraguas?» «Y ¿dónde va a encontrar un paraguas mejor que mi sombrero?»

La bicicleta es su medio normal de movilidad. Cuando queda tan desvencijada que ya no le soporta encima, siempre

hay algún amigo que le regala otra. Para los médicos y para el traslado de los enfermos, le convencieron un día de que dotara al hospital de un automóvil, un magnífico Dodge. Pero lo mira de reajo, con cierto fastidio. No hay modo de hacérselo utilizar. Y un buen día lo destina como primer premio de una rifa de beneficencia en favor del hospital. Entonces sí se siente más tranquilo en su conciencia.

En una oportunidad, sus amigos, no pudiendo soportar más el verle pedalear fatigosamente, deciden regalarle un auto pequeño, de pobre: un «topolino». Responde que no y que no. Vuelven a la carga con una propuesta mucho menos ambiciosa: un motorcito *Cucciolo* para aplicarlo a la bicicleta; y la respuesta es la misma: no. Pero esconde su amor a la pobreza con una amable disculpa: «El día que necesite un motor, querrá decir que ya no seré capaz de poner inyecciones ni de visitar a los enfermos».

No tiene apego ninguno al dinero y jamás discute por intereses pecuniarios. Para con los demás, muestra la máxima generosidad. Efectúa gastos prohibitivos para sus enfermos. «El dinero o sirve para hacer el bien o no sirve para nada.» Manda hacer compras de mucho costo; y, cuando el encargado le objeta que gasta demasiado, replica: «Tú compra y no te preocupes, porque la Providencia es rica».

### **El cliente número 226**

Para sostener tantos gastos, debe recurrir a increíbles equilibrios financieros. Sus deudas son ya proverbiales en toda la zona. Pero Zatti aplica el Evangelio al pie de la letra: «Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá». El cree ciegamente en esta estupenda promesa del Señor; y no sólo esto, sino que sus deudas aumentan su confianza en la Providencia.

Por cierto que no espera a que el Señor le envíe del cielo un ángel con un cheque bajo las alas. Sabe que la Providencia exige siempre un buen margen de acción por parte del hombre y, por eso, junta sus manos en oración y también mueve ágilmente los pies por todos los caminos, para buscar los medios necesarios. Solía decir: «Yo no pido al Señor que me mande el dinero; solamente le pido que me haga saber dónde lo hay...». Y, cuando tiene que saldar deudas, deja el delantal, monta en la bicicleta y va a visitar a sus amigos. Si se pone las mejores prendas, es señal de que la deuda asciende a mucho.

El Banco de la Nación tiene una sucursal en Viedma. Zatti se presenta en la ventanilla para solicitar un crédito. El gerente, que no le conoce, le pide como primera condición una declaración de bienes, porque sin la garantía de una cobertura adecuada de bienes, no se puede otorgar un crédito. Zatti se pone serio, se concentra un momento y luego exclama: «¿Mis bienes? Son esas cuarenta criaturas humanas, los pobres, los enfermos de mi hospital. Esos son mis bienes. ¿Acaso una criatura humana no vale más que mil ovejas?». El gerente queda tan impresionado que le otorga el crédito y Zatti se convierte en el cliente número 226 del Banco de la Nación Argentina. De regreso a casa, exclama triunfante: «¿Veis si son importantes los enfermos? ¡Se tienen en cuenta hasta en los bancos!».

Probablemente, el Banco de la Nación jamás ganó un céntimo de su cliente número 226; pero, a buen seguro, que tuvo mil oportunidades para ganar méritos ante la sociedad.

### **Un buen negocio: prestar al Señor**

El procedimiento administrativo de Zatti es más bien curioso. Vence un pagaré y él acude a un amigo. Debe saldar un crédito del banco y él llama a la puerta de un señor acaudalado. Paga las compras de víveres y medicinas con un pagaré y luego levanta el pagaré con un préstamo. Se devana los sesos para equilibrar el balance, a veces al borde de la quiebra; pero, por fin, de alguna manera encuentra el dinero y tapa el agujero.

Tiene una filosofía sobre finanzas que es completamente personal, o más bien original. Se puede resumir así: «Las crisis son el resultado de la restricción del dinero. En cambio, Dios ha creado la riqueza para que circule entre todos. A veces, Dios permite que se inmovilice y, entonces, se originan esas categorías de personas que se llaman ricos y pobres: unos disponen de mucho dinero y otros de muy poco. Cuando los pobres se contentan con lo poco que tienen y los ricos utilizan bien lo que poseen de más, entonces todo marcha del mejor modo; pero si los pobres padecen y los ricos derrochan, entonces todo va muy mal. El dinero debe circular y pasar de mano en mano, de modo que todos puedan gozar de sus beneficios...». Una cosa perfectamente real, en cuanto a Zatti, es que él ha hecho todo

lo posible y lo imposible para poner en movimiento el dinero y hacerlo servir para beneficio de todos.

Zatti logra realizar tan ardua empresa porque conoce también el arte de pedir por amor de Dios. «Don Pedro, ¿por qué no le presta 5.000 pesos al Señor?» «¿Al Señor?», pregunta estupefacto don Pedro. «Sí, don Pedro. Es siempre un buen negocio prestarle al Señor.»

Zatti convence, porque cuando se presenta a pedir hay algo de sobrenatural que le rodea. Cierta día, un señor muy pudiente le responde con malos modales y le despacha a cajas destempladas. Zatti se retira con tal tristeza retratada en el semblante que casi inmediatamente el hombre llama a uno de sus empleados: «Alcanza a Zatti, dile que vuelva en seguida»; y, tras mil disculpas, le da cuanto necesita.

Algunas veces le hacen notar que cierto dinero que llega a sus manos del bolsillo de ciertos ricos no es precisamente «limpio», que él no debería aceptarlo. «No os preocupéis —replica Zatti—. Yo me encargo de purificarlo metiéndolo en el crisol de la beneficencia. La caridad, lo sabéis, es un fuego que purifica todo.»

## La propina de la Providencia

«¡Don Zatti, un día le tendremos que levantar un monumento!», le dicen (y así sucedió). Y él responde: «Mejor es que me lo hagáis pronto, pero en especies: con algodón, gasas, vendas y frascos de alcohol o de agua oxigenada».

A veces, las ayudas llegan de la manera menos imaginable. Cuenta un testigo que cierto día, en que acompañaba a Don Zatti por las calles de Viedma, se le acerca un hombre muy pobre y le dice que tiene que viajar urgentemente a Buenos Aires; pero que no tiene ni un céntimo para sacar el pasaje. ¿Qué hacer? Zatti comienza a hurgar en los bolsillos, uno por uno: encuentra un peso por acá, unos céntimos por allá, hasta que llega a completar la suma. El hombre se marcha feliz y conmovido. Y sucede que, poco más tarde, se le acerca otro señor; agradece a Don Zatti un favor que recibió en el pasado, saca un fajo de dinero del bolsillo y se lo entrega. Zatti cuenta los billetes: la suma que él había dado para el pasaje, con un sobrante de cinco pesos. «¡Es la propina de la Providencia!»

Cuando los pudientes no le ayudan, Zatti recurre a los pobres. Es impresionante el número de personas de condi-

ción humilde que contribuyen con pequeños donativos para el mantenimiento del hospital. ¡Cuántos obreros, labradores, modestos empleados, se ofrecen a dar su firma como aval para los créditos que él solicita! Pero, cierto día, absolutamente nadie quiso ayudarlo...

Le llaman del banco, donde tiene que levantar un crédito por una suma muy elevada. Zatti no tiene un céntimo, ya que nadie ha querido vaciar la billetera por él. El está allí, ante la ventanilla, llorando y rezando. Alguien lo ve y corre a casa del Obispo de Viedma. «Monseñor, Zatti se encuentra con problemas; está en el banco, llorando porque no tiene con qué pagar. Esta vez va a terminar mal...» «¡Siempre el mismo este Zatti!», dice Monseñor Esandi moviendo la cabeza. Llama a su vicario: «¿Hay algún dinero en la caja?». «El dinero para pagar la revista eclesiástica...» «Bueno, lléveselo en seguida con el auto y saque del atolladero a ese pobre hombre...» Diez minutos más tarde, Zatti llora otra vez, pero de alegría.

Entre sus superiores hay quien se inquieta por los métodos de Zatti en su gestión financiera. En 1932 le hablan muy seriamente de la necesidad de llevar la contabilidad por partida doble, y le asignan un contable. Es un señor alemán, muy capaz y extremadamente minucioso; resiste... un año. En 1941, los superiores vuelven a intentar el experimento. Le ponen otro contable, joven y dinámico; y esta vez, aunque parezca mentira, sólo resiste unos meses. Es imposible entrar en los métodos administrativos de su partida doble. Zatti llama en son de broma partida doble a sus dos bolsillos: el de la derecha, en el que pone el dinero que recibe, y el de la izquierda, en el que guarda las facturas que tiene que pagar.

Pero, ¿cómo llevar las cuentas de una administración en la que la Provindencia interviene continuamente y revuelve todos los papeles?

## **5. DON ZATTI ES UN HOMBRE JOVIAL**

Zatti no habla mal de nadie. Para él, todos son buenos. Todos son hijos de Dios. Y delante de Zatti no se habla mal de nadie; de lo contrario, él asume inmediatamente la defensa.

No reprendía jamás. Si alguno de sus colaboradores le ocasiona disgustos, sufre en silencio, los ojos se le llenan

de lágrimas y las deja deslizar como gruesas perlas por sus rugosas mejillas. (Zatti no se avergüenza de sus lágrimas, no las oculta, sabe demasiado bien qué cosa es el dolor.) Pero, como quiera que sea, le resulta imposible reñir a nadie.

Cierto día lleva al hospital un autoclave nuevo, recién salido de fábrica, para esterilizar todo el instrumental de cirugía. Es un aparato moderno y él se siente orgulloso con semejante aporte para su hospital. Le costó 500 pesos, una sangría. Pocos días más tarde, el encargado, un joven descuidado, se olvida de poner agua en el depósito y el autoclave queda reducido a un montón informe de chapas retorcidas. Los demás colaboradores se llenan de indignación. Y esperan que Zatti le eche. Pero Zatti no le dirige ni siquiera un reproche. Dice entre sí las palabras de Job: «Dios me lo dio, Dios me lo quitó; bendito sea el nombre del Señor»; y poco más tarde vuelve a sonreír.

Zatti no puede reprender porque su alegría interior es demasiado grande. La alegría que le bulle dentro es el estado habitual de su alma. Es un hombre feliz, un hombre jovial. Y quien habla con él se siente movido por una necesidad biológica a sonreír. Y es precisamente este hombre quien vive en contacto directo con los sufrimientos más lacerantes.

## Dos relojes

Cierto día, uno de los médicos le pregunta: «Don Zatti, ¿es usted feliz?». «Muy feliz. ¿Y usted, doctor?» «Yo no...» «Vea —prosigue Zatti como confiando un secreto—, la felicidad la lleva cada uno dentro de sí. Usted esté contento y satisfecho con lo que tiene, sea poco o nada; es esto lo que el Señor quiere de nosotros. Y en lo demás, ya piensa El.»

Alcanza a sonreír hasta en el sufrimiento. «El dolor se nos da como algo gratuito, un plus —explica a los enfermos—; por eso no podemos quejarnos.»

En el quirófano tiene dos relojes de pared, prehistóricos, que marchan cada uno por su cuenta. Uno de los médicos, cierto día, le hace notar esa intolerable anarquía; y Zatti: «Y ¿usted cree que si indicasen la misma hora yo tendría dos relojes?».

En otra ocasión, Zatti intenta aplicar una inyección con una aguja torcida y halla dificultad en hacerla entrar en el músculo. «Don Zatti —le reprende el médico—, ¿cómo

quiere poner una inyección con un aguja como ésa?» Y él: «¿Acaso el agua no corre por los arroyos, que son más torcidos todavía?».

Los médicos muchas veces suelen impacientarse; especialmente mientras operan a algún enfermo. Zatti asiste como enfermero. Entra en día en el quirófano durante una operación y, por inadvertencia, deja la puerta abierta. «Zatti, ¡por amor de Dios, cierre la puerta!», le grita el cirujano. Inmediatamente Zatti cierra la puerta y, luego, concluida la intervención, comenta en el corrillo: «¿Ve, doctor? Si yo no hubiese dejado la puerta abierta, usted no hubiese invocado el santo nombre de Dios...».

En otra ocasión, no fue por cierto una invocación la que escapó de labios del cirujano, sino una grosera blasfemia. Zatti calla. Pero, acabado todo, le dice con una sonrisa maliciosilla: «Doctor, el Señor no le escucha cuando usted blasfema...».

### «Mis respetos a su señora»

Con los enfermos se desborda su alegría. A un muchacho cansado de soportar una enyesadura pesada: «¡Animo! Hoy te vamos a sacar del cascarón». A un viejecito internado de urgencia por excesos gastronómicos: «Alégrese, abuelito; ahora le voy a traer un *maticito*». El anciano se pone contento al solo pensar que va a tomarse su *mate*. Pero se ríe de veras cuando Zatti regresa triunfante con un respetable depósito para un enema de dos litros...

Una respuesta de Zatti que se hizo popular nació espontánea al término de una serie de visitas domiciliarias a un enfermo que no tenía ideas muy precisas sobre quién fuese Zatti. Habiendo visto el hombre que Zatti no quería recibir recompensa alguna por todos los cuidados que le había dispensado, al concluir la última visita le dice: «Muchas gracias por todo, Don Zatti. Le ruego presente mis más cordiales saludos y mis respetos a su señora esposa, aunque no tengo el honor de conocerla». «Ni yo tampoco», respondió el jovial Coadjutor Salesiano y montó rápido en su bicicleta.

A veces, sus respuestas las toma del Evangelio y su humorismo se hace teología. Como cuando un joven empresario de pompas fúnebres acude a pedirle consejo. Se halla indeciso sobre si hacerse o no salesiano. Zatti lo escucha pacientemente y luego responde: «Clemente, deja que los muertos sepulten a sus muertos».

Está curando a una enferma; pero la operación resulta dolorosa y, a cierto punto, la pobrecilla exclama: «¡Por Dios, Don Zatti!». «Señora —responde sereno—, recuerde que yo lo hago todo por Dios.»

Llega el día en que los enfermos del hospital se dan cuenta de que Zatti ya está con un pie en la tumba. Uno de ellos, lleno de inquietud, pregunta: «Y desde ahora, ¿quién nos mantendrá alegres?».

## En Italia

A comienzos de 1934 llega a la Argentina la noticia que electriza a los salesianos: el Papa Pío XI ha resuelto declarar *urbi et orbi* (ante Roma y ante el mundo), precisamente el día de Pascua, que Don Bosco es Santo. De todos los rincones del mundo los salesianos querrían correr a Roma. Los de la Inspectoría patagónica determinan enviar como representantes un sacerdote y un Coadjutor; pero, ¿quién será el Coadjutor más meritorio? La respuesta es unánime: Zatti. Además, no ha vuelto a ver Italia desde aquel día de 1897 cuando partió de Génova como emigrante.

Pero Zatti tiene una dificultad: carece de traje presentable y comprar uno lo considera un despilfarro. El doctor Harosteguy, del hospital, le presta el suyo. En cuanto a maleta, la solución es más sencilla: hay en el hospital un misionero viejecito, que solamente aguarda la hora del Señor, y tiene completamente inactiva su resobada maleta negra, con la que durante décadas ha recorrido a lo ancho y a lo largo de la Patagonia. El sombrero es siempre el consabido que heredara de un difunto en 1907. Los preparativos de Zatti terminan todos con esto. En sus ojos de niño brilla una luz febril, sólo velada en parte por la tristeza de tener que separarse durante cierto tiempo de sus queridos enfermos.

Dieciséis días de travesía en el *Neptunia*, y después de treinta y siete años se encuentra nuevamente en Génova. En seguida va a Turín para visitar los lugares en que vivió Don Bosco, sobre los cuales, como buen salesiano, ha leído tanto y ha imaginado mucho más aún: las habitaciones que ocupó el Santo, la basílica que levantó a María Auxiliadora... También visita el cercano *Cottolengo*: las hermanas acompañan a los visitantes y explican lo que hay en los distintos pabellones; pero Zatti no las escucha: él se detiene junto

a los pobres enfermos, habla con ellos y no saldría de allí nunca...

Luego, Roma; y aquel primero de abril, Pascua, que ve el triunfo de Don Bosco. Zatti tiene billetes de entrada especiales; se halla siempre en primera fila, y participa con un entusiasmo que le convierte en espectáculo dentro del espectáculo. Luego, la audiencia del Papa. ¡El Papa en persona; poderlo ver y tocar!...

Y, luego, un salto hasta Boretto, en la provincia de Reggio Emilia, su pueblo natal. Los parientes lo colman de atenciones y agasajos; y él se siente feliz al volver a ver la iglesia en la que el 12 de octubre de 1880, el mismo día en que naciera, recibió el bautismo.

Pero ya ha visto todo y es necesario regresar cuanto antes. ¿Cómo estarán sus enfermos?, ¿el muchacho macrocéfalo?, ¿la muda?... El 28 de abril se embarca en Nápoles, en la motonave *Oceanía*.

Su llegada a Viedma es triunfal. Los enfermos que pueden levantarse se hallan todos alineados a la entrada del hospital. Apenas entra, una explosión de aplausos. Y sucede algo inaudito. La muda, que jamás había pronunciado nada más que sonidos inarticulados, en aquel momento de tensión—forzando todas sus energías físicas e intelectuales— logra gritar, apuntando su índice hacia el recién llegado, una palabra casi enteramente comprensible: «¡...atti!».

## **6. LOS HOSPITALES, COMO LAS COLES: HAY QUE TRANSPLANTARLOS**

Una vez que hubo devuelto la maleta y el traje, Zatti se enfunda en su delantal blanco y vuelve a lo suyo como antes. Días, meses, años. Pero, a fines de 1941, sobreviene el momento del cáliz amargo. Hay que abandonar el hospital: lo demolerán. ¿Cómo es posible?

Desde 1934, Viedma se ha convertido en sede episcopal. El Obispo de entonces ha tenido que vivir en una casona vetusta, nada apta para los fines del caso; y tampoco adaptable. El terreno en que se levanta el hospital es del Obispo y, desde el principio había sido escogido para construir en él, un día, el palacio episcopal. Y, por desgracia, llegó ese día fatal... A fines de 1941, se presentan los ingenieros, los carpinteros, los albañiles, enviados por el Ministerio de Obras Públicas de la nación. Todo se halla listo para cons-

truir; y, antes, es necesario demoler el hospital. Pero todavía antes de eso, hay que encontrar un lugar para los enfermos.

Los salesianos tienen en las afueras de la población un predio que había sido escuela agrícola y que podría albergar a la buena a los enfermos. Le dicen a Zatti que los lleve allá. Pero, ¿cómo va a ser posible, si falta todo? Zatti, hasta el último momento, espera que se den cuenta, que cambien de parecer, que dejen vivir al hospital donde está. Pero el milagro no se cumple. La empresa constructora ha recibido órdenes precisas y en el día establecido manda a sus obreros a demoler el edificio.

Y los hombres actúan en serio. La emprenden con las sólidas paredes levantadas en 1913, las hermosas salas agregadas con tanto sacrificio en 1922, el pabellón para mujeres apenas construido en 1933... Cada golpe de maza parece como si lo dieran en el corazón de Zatti. Va y viene, vuelve sobre sus pasos, desorientado e impotente. No sabe lo que hace. «Le he visto llorar como un niño», recuerda un salesiano que en aquellos días le acompañaba. Una pena tremenda, una agonía. Pero de sus labios no brota ninguna recriminación hacia nadie. Y, cuando comprende que la batalla está inexorablemente perdida, organiza el traslado.

Personas privadas ponen a su disposición coches y camiones. Llegan también otros de la cárcel. De los pabellones, ya invadidos por el polvo, van sacando a los enfermos, los muebles, los enseres. Se carga todo como mejor se puede y se encaminan lentamente, en fila interminable, como un hormiguero, hacia la apartada escuela agrícola.

Zatti contempla la escena abatido, casi aterrado. «Don Zatti, ¿sabe lo que dice la gente?», va a preguntarle un necio sin criterio. «¿Qué es lo que dice?» «Dice que usted cierra el hospital porque está en quiebra...» Los presentes ven a Zatti apretar los puños y los dientes, alzar los brazos al cielo, henchir el pecho como un energúmeno y gritar con voz estentórea: «¡Por favor, no me hagan hablar!». El necio, aterrado, parece hacerse más pequeño. Zatti baja lentamente los brazos, se vuelve y, a pasos lentos, se encamina a la iglesia. Arrodillado, llora. Y reza.

### **«Mirad las coles»**

Poco después, irá a dar una mano a los que cargan los carros. Todavía conserva un gesto de amargura en el sem-

blante; pero llega a sonreír. Carros y camiones van y vienen y, por fin, todo queda cargado. Los obreros de la demolición tienen ya vía libre, avanzan, y él es el último en partir, como el capitán de la nave que se hunde. Y se dirige él también hacia el nuevo hospital.

Las enfermeras, al verle llegar desde lejos, trepado sobre los trastos del último carro, le salen al encuentro. Recogen por el camino ramas y flores y lo adornan como para una fiesta. Cuando llega a la escuela agrícola que se transformará en hospital, sonríe, y su sonrisa es abierta, sincera. Hay que hacerlo todo; pero es para los pobres, sus *parientes*, y entonces vale la pena.

El espacio de que se dispone en los nuevos locales es reducido y, al principio, le imponen la prohibición de recibir enfermos más allá de un número determinado. «¿Y si fuese Jesucristo quien viene en aquel enfermo?» Pero, luego, obtiene autorización para abrir *sucursales* del hospital en casas situadas en distintos lugares de Viedma. Y entonces allá va en bicicleta, de día y de noche, con el calor y con el frío, con la lluvia y con el viento; allá va a visitar a sus enfermos diseminados por todas partes. Ahora debe atender no a una, sino a tres cocinas al mismo tiempo. Pero, ¿qué importa, si los pobres tienen de nuevo un hospital y una casa para ellos?

Poco a poco, las cosas se van organizando. El nuevo hospital tiene la ventaja de hallarse en pleno campo, en medio del verdor. El lo llama un paraíso terrestre; y agrega: «Mirad las coles, que si no se transplantan no crecen. Otro tanto ocurre con los hospitales». Zatti, pues, no ha quebrado. La gente le quiere cada día más. Las madres le llevan sus niños: «Don Zatti, mi niño no está bien; déle la bendición». Al verle rodeado de tanta simpatía, cierto día, un personaje de la política exclama: «¡Quisiera el cielo que también nosotros, los políticos, tuviéramos tanta influencia!».

Y transcurren otros días, meses, años...

## 7. ¿COMO ESTA, DON ZATTI? «PARA ARRIBA, DOCTOR»

En la Patagonia hay días espléndidos; pero la parte más hermosa del día es siempre el atardecer, cuando el cielo se tiñe de púrpura, ópalo y escarlata, y parece que la pampa se incendia... También el día de Zatti ha sido totalmente

hermoso; pero aún más bello es su atardecer. Un tránsito sereno del tiempo a la eternidad. Una vez curado de la tuberculosis en los años de su juventud, ya no había padecido ninguna enfermedad propiamente dicha. Pero cierto día...

Es el 19 de junio de 1950. El tanque del agua situado sobre uno de los pabellones del hospital ha sufrido un desperfecto, pierde agua y hay que arreglarlo. Lluve y hace frío. Después del almuerzo, Zatti arrima a la pared una escalera de mano. «¡Cuidado, que se puede caer! —le advierte una enfermera—. ¿No ve que está lloviendo?» «Un poco de agua refresca la cabeza», responde Zatti y comienza a subir. A cierto punto resbala en un peldaño y para no caer, pasa una pierna por entre dos peldaños. La escalera pierde estabilidad y se separa de la pared. El cae pesadamente al suelo y de espaldas.

Se hiere en la cabeza y pierde el sentido. Las enfermeras corren a pedir ayuda y él, entre tanto, recobra un poco el conocimiento. «No es nada», dice; pero el médico: «Usted ahora se mete inmediatamente en cama». «¿Cómo? ¿Yo, en cama?...» Y no es capaz de conformarse, él que durante cincuenta años ha hecho acostar a los demás.

Tres días después, intenta levantarse. Un dolor sutil en un costado le ocasiona molestia y pide una faja. Le traen una de cinco metros de larga. Se la ajusta bien apretada y exclama: «Ahora sí que estoy bien»; y, apoyándose en la pared, se llega hasta la iglesia: quiere agradecer al Señor el no haber muerto.

## **Madurando como los melones**

Un mesecito después del percance, monta de nuevo en su bicicleta y reanuda como antes sus recorridos para atender a los enfermos.

En agosto regresa a la vida común con sus hermanos, lo mejor que puede. Pero su rostro comienza a colorearse de un extraño tinte verdoso...

Cierto día de octubre, algunas chicas de Viedma, conversando con él, se lo hacen notar. «¿Acaso vosotras no os pintáis? —replica sonriendo—. Pues ya veis que yo también lo hago. Dentro de poco me pintaré de otro color: como el limón, que no sirve hasta que de verde no se vuelve amarillo. Dentro de seis meses lo vais a ver...», y sonríe, mientras las chicas todavía no comprenden la gravedad del veredicto.

Zatti no se engaña. Ha comprendido cuál es su mal y qué es lo que le espera. Se trata de un tumor en el páncreas. La ictericia coloreará de veras de amarillo su rostro y él continuará bromeando sobre tan extraño maquillaje. Hay una sola inexactitud en sus previsiones: le quedan no seis meses de vida, sino cinco solamente. Los médicos del hospital le prescriben tratamientos. «Está bien, los seguiré. Pero sé que no me servirán de nada. Claro que también es necesario obedecer... Hace cincuenta años que llegué aquí para prepararme a morir; y, ahora, que ha llegado el momento, ¿qué más quiero? Toda mi vida me he estado preparando...»

Ya no puede trabajar como antes; ya no puede dirigir el hospital, que, sin él, comienza a caminar a la deriva. «Soy un hierro viejo», murmura; y le ven llorar, porque ya no logra ser de utilidad.

El médico le pregunta: «¿Cómo está Don Zatti?». «Para arriba, doctor, para arriba...», y alza los ojos al cielo.

Cuando sale, siempre encuentra a alguien que le dice: «¡Se está poniendo amarillo, Don Zatti!». «Sí, estoy madurando, como los melones», bromea él.

## **Su última receta**

Los médicos quieren que vaya al hospital de Bahía Blanca, donde tal vez podrán hacer algo todavía por él. A principios de enero de 1951 obedece y va, pero sin ilusiones. Los médicos le visitan y sacuden la cabeza. Zatti los mira sonriente...

Por aquellos días, una sobrina suya, religiosa, va a visitarle: «¡Oh, tío, tío santo! Cuando vayas a morir, me esconderé en uno de tus bolsillos y entraré contigo en el Paraíso! ...».

El 13 de enero ya está de regreso en Viedma y sorprende a enfermos y enfermeras que están rezando por él. Los médicos ahora quieren que guarde cama; pero él no es del mismo parecer. «Sabéis que el mal es incurable —les dice—. ¿Qué gano con meterme en casa? Levantado, por lo menos, puedo hacer algo todavía por mis queridos enfermos.»

El 29 de enero, solemnidad de San Francisco de Sales, pasa su última fiesta salesiana con sus hermanos. Han acudido algunos de lejos y él sonríe tratando de esconder el dolor. La pregunta acostumbrada: «Don Zatti, ¿se está vol-

viendo japonés?». «No; pero hasta aquí he sido un gorrión y ahora me transformo en un canario.» Al finalizar el almuerzo, todos brindan: «¡Por Don Zatti!», y pugnan por esconder detrás de una sonrisa forzada un incontenible deseo de llorar.

El 27 de febrero —guarda cama desde hace varios días— logra que le administren el sacramento de los enfermos. Al toque de campana, se reúnen a su alrededor los salesianos, las enfermeras, los enfermos que pueden estar de pie. Con voz segura, Zatti renueva las promesas del bautismo y los votos religiosos. Acompaña el rito con toda la intensidad del alma y, luego, se dirige de nuevo a los presentes. Agradece a Dios el poder morir como hijo de Don Bosco. Agradece a todos el que hayan rezado por él. Reprende a las mujeres que lloran y se despide de todos, consolándolos como si ellos fuesen los enfermos.

El 8 de marzo escribe en una hoja las medicinas que deberán administrarle en los siete días sucesivos, día por día. Es su última receta y la somete al médico para que la apruebe, como ha hecho siempre. El último día de la prescripción es el 14 de marzo. Muere a la mañana siguiente.

### «No debía morir»

La campana mayor de la torre del colegio, la que anunció el fallecimiento de Sumos Pontífices, Presidentes, Obispos, está lanzando sobre Viedma sus tristes tañidos. Acude el médico y encuentra que el certificado de defunción ya está escrito. Zatti mismo lo había extendido unos días antes, con toda precisión, dejando en la hoja solamente el espacio para añadir el día, la hora y la firma del médico.

Al oír el doblar de la campana mayor, la gente de Viedma y de Patagones se pregunta: «¿Qué sucede?». Alguien lo advina, alguien lo sabe: «Ha muerto Don Zatti». Hay un estremecimiento de angustia; urge correr a ver qué pasa.

El empresario de pompas fúnebres ya está en el hospital: «¿Qué categoría de entierro ponemos?». «Nuestra categoría es una sola: la de los pobres», responde el Director salesiano. El empresario prepara el servicio de primera clase, y gratis. Zatti es colocado en el ataúd y llevado a la capilla del colegio. La gente comienza a afluir.

Una caravana silenciosa llega desde los distintos puntos de la población, a lo largo de las aceras, con flores y ramas

verdes en las manos. Se diría que es una fiesta de primavera, si los semblantes no fuesen la imagen de la desolación. La gente deposita las flores junto al féretro, y el cúmulo crece y ocupa todo el espacio: jamás se habían visto en Viedma tantas flores en una capilla ardiente. No son las hermosas coronas, elaboradas con arte, con lazos de seda y letras doradas. Son las que pueden ofrecer los *parientes* de Zatti, los pobres.

Al verse reunidos en tal número para saludarle, cada uno casi se alegra. Siente que ha llegado el momento del triunfo para aquel extraño *pariente de todos*, que durante su vida les había dado todo a ellos y nunca había querido nada para sí mismo.

Al día siguiente, 16 de marzo de 1951, los funerales. Las autoridades decretan cese de actividades en oficinas públicas, bancos y escuelas. El comercio cierra en señal de luto y también las fábricas, dado que el personal quiere asistir al sepelio. Durante el viaje al cementerio, una multitud sin fin precede la carroza fúnebre; las autoridades civiles y religiosas la siguen de cerca y otra multitud se agolpa en interminable cortejo. Pero una vez en el cementerio, las autoridades se encuentran a más de cincuenta metros detrás de la carroza: alrededor de Zatti se han situado centenares de *sus parientes cercanos*. Se han ido abriendo camino a fuerza de codos.

Después de los discursos, se decide no colocar en seguida el féretro en el nicho, porque muchos vendrán de lejos y querrán saludar a Zatti. «No debía morir», dicen los vecinos de Viedma, mientras se van retirando lentamente.

Más tarde, la gente de Viedma le dedicará una calle de la ciudad, dará su nombre al nuevo hospital y también le construirá un monumento.

Pero esto no era suficiente. Los Obispos de la zona están sometiendo a Artémides Zatti a un meticuloso proceso: el proceso de la santidad. Tal vez un día él volverá a Roma, para aparecer en la Gloria de Bernini.

Había dicho Don Bosco a sus hijos salesianos que partían para América: «Cuidad especialmente de los enfermos, de los niños, de los ancianos, de los pobres, y os atraeréis las bendiciones de Dios y la benevolencia de los hombres».

Tenía razón.



# **CONCLUSION**

**Una pastoral vocacional  
adecuada**



## La crisis

En 1966, cuando la Iglesia se encontraba en los difíciles problemas del Postconcilio, los Salesianos Coadjutores alcanzaban su «récord» numérico. A partir de entonces se inició una inversión de tendencia: lentamente han ido disminuyendo.

Se ha estudiado el fenómeno; abundan los intentos de explicación. *En general*, se ha apuntado a la difusa crisis de fe, a la mentalidad hedonística de la sociedad actual, a la disminución de hijos por familia en muchas partes, sobre todo en Europa; a la acentuada inseguridad que hace que los jóvenes no se decidan a comprometerse en un tipo de vida difícil como es el de la vocación religiosa dentro de la sociedad moderna. Son explicaciones justas que sirven para dar razón de la crisis vocacional en todos los campos de la vida eclesial.

*Respecto de la vocación del Salesiano Coadjutor* más en particular, aparte de las razones indicadas, hay una fundamental que explica su disminución: el desconocimiento del valor de esta figura. El Concilio ha puesto en claro la responsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios, también de los seglares; y éstos, en muchas partes, se han sentido comprometidos en actividades de promoción humana y de catequesis, con santo orgullo. Se conoce bien la figura del sacerdote, también la del sacerdote religioso; se conoce bien la función del «seglar»; pero no se conoce suficientemente la realidad del religioso «laico» y, en concreto, del Salesiano Coadjutor. Quien no llega a descubrir

este tipo de miembro de la Iglesia, cree que sólo se puede elegir entre «sacerdote» —para el ministerio de la evangelización y sacramentalización, con un género de vida celibataria— y «seglar» —para toda actividad que busque la cristianización del mundo temporal y de sus estructuras, incluso con la catequesis en algunos niveles—. No pasa por la cabeza la posibilidad de una tercera figura, la del consagrado como religioso, que vive también en el celibato una entrega total al servicio de la Iglesia, en misiones concretas, como la juventud necesitada que se procura promover por medio de escuelas profesionales, Oratorios, actividades formativas extraescolares, asociacionismo, etc., y, sobre todo, en tierras de misión.

### **Una pastoral vocacional bien precisa**

La falta de vocaciones en el campo específico de la vida religiosa obedece a muchos factores; pero deben destacarse principalmente dos: el desconocimiento de los valores propios de ellas y la sobrevaloración de ciertos antivalores.

Urge dar a conocer los valores de la vocación religiosa laical. El Salesiano Coadjutor no es sólo un hombre bien preparado técnicamente, capaz de situarse muy alto en la sociedad, por su talento y su prestigio; es, ante todo, un consagrado, uno que ha comprendido todo el alcance de la vida de Dios en su persona y, en consecuencia, renuncia al dinero y a las buenas posiciones sociales, para estar completamente libre y poder dedicarse al servicio de los demás, especialmente de la juventud más necesitada. A él le toca edificar el mundo del mañana, educando y promoviendo a los muchachos de hoy, con la competencia, la honradez y la vida cristiana. Cuando todo esto llega a la mente de muchos jóvenes generosos, puede surgir una vocación auténtica de Salesiano Coadjutor.

Urge también presentar en balanza de precisión lo que el mundo actual presenta como «valores», pero que, en realidad, son «antivalores». Se habla de libertad como si se tratara de independencia respecto de todo otro ser; se habla de dinero como si de él dependiera la felicidad; se habla de gozar de todo, como si sólo el cuerpo constituyera la persona humana. ¡Cuántas mentiras! Basta abrir los ojos —¡pero hay que abrirlos!— para comprobar que detrás de esas palabras y modos de vivir se enconde un tremendo vacío

y un egoísmo que destruye toda posibilidad de felicidad.

Y, con la presentación de estos valores vocacionales y de los antivalores de la sociedad actual, se requiere la práctica de la renuncia de los antivalores, para que la experiencia personal de los valores auténticos proporcione, en su pequeña medida experimental, la prueba convincente de que por ahí se camina hacia la felicidad.

Los diferentes personajes que se han asomado a las páginas de este libro, todos, sin excepción, nos han hecho ver su alegría, su dicha, como fruto de su altura espiritual, de su conciencia siempre delicada, de su generosidad y donación completa a los más necesitados.

¿Qué secreto se esconde en la intimidad con Dios, en el sacrificio por los demás, en la vida de pobreza, en el negarse a sí mismo para que los demás sean felices? Gran satisfacción puede sentir el escultor que «crea» una obra de arte; pero es infinitamente mayor la de quien «crea» hombres capaces de construir un mundo más justo.

## **La familia de los Salesianos Coadjutores**

Dispersos por todo el mundo salesiano, dedicados a funciones muy diferentes, los Salesianos Coadjutores constituyen un grupo nada despreciable en la Congregación Salesiana.

En 1983, los SC suman 2.783 en todo el mundo (sin contar los novicios). Su distribución por naciones (citando sólo las once primeras) es la siguiente:

1.	Italia ... ..	815
2.	España ... ..	435
3.	Brasil ... ..	149
4.	India ... ..	149
5.	Alemania ... ..	137
6.	USA ... ..	100
7.	Argentina ... ..	88
8.	Colombia ... ..	72
9.	Francia ... ..	70
10.	Polonia ... ..	69
11.	Portugal ... ..	60

Todos ellos han conocido a Don Bosco y su obra, a través de un Oratorio festivo, de un colegio o una escuela profe-

sional, de la lectura del Boletín Salesiano...; han comprendido que la vida de SC tenía sentido y se decidieron por ese camino.

Unos llegaron en su adolescencia, hasta los catorce-quince años; otros, con sus veinte-veinticinco años; otros, con edad más adulta.

La Congregación les ha dado posibilidades de preparación, religioso-salesiana por una parte, y técnica, profesional, pedagógica..., por otra.

Todos han hecho el año de noviciado, otros años de perfeccionamiento; viven en comunión con sus hermanos sacerdotes; se ayudan mutuamente en la consecución de sus ideales de santidad y de apostolado; y trabajan con alegría sabiendo que sus sudores no se pierden.

Luego, como todo mortal, envejecen; y saben ofrecer a las comunidades su sabrosa sencillez, la serenidad con que afrontan el paso definitivo hacia la Casa del Padre que han deseado y conquistado con su fidelidad religiosa. Al morir, no tiemblan; y los hombres —muchos de ellos han sido ex alumnos suyos o gentes que los ha tratado frecuentemente— lloran como si de familiares se tratara y entonan cánticos de gratitud a su memoria.

# **APENDICES**

- I. Así habló San Juan Bosco**
- II. Libros sobre el Salesiano Coadjutor**
- III. Índice alfabético de los SC citados en el volumen**



## ASI HABLO SAN JUAN BOSCO

*Don Bosco habló y escribió del SC en diversas ocasiones. Todos los textos que han llegado hasta nosotros están recogidos en el volumen de Pedro Braido («Religiosi nuovi per il mondo del lavoro»). A continuación sintentizamos los puntos más significativos de las intervenciones de Don Bosco. Los títulos y las palabras en letra curvada son nuestros.*

### 1. LOS LAICOS EN LA SOCIEDAD

1858-1862. *Durante estos años, Don Bosco prepara el primer borrador de las Constituciones Salesianas. Habla de laicos, sin llamarlos todavía Coadjutores.*

El fin de esta Congregación es reunir a sus miembros eclesiásticos, seminaristas y también laicos, para que se perfeccionen a sí mismos imitando las virtudes de nuestro divino Salvador, especialmente en la caridad hacia los muchachos pobres.

Todos los socios viven en común, unidos solamente por la caridad fraterna y por los votos simples que los hermanan para formar un solo corazón y una sola alma para amar y servir a Dios...

### 2. DIVERSOS SIGNIFICADOS DE LA PALABRA «COADJUTOR»

1867. *En el «Reglamento para la Casa aneja al Oratorio» (texto manuscrito), Don Bosco añade de su puño y letra*

*unas líneas. En ellas aparece por primera vez el término «coadjutor». Pero resulta ambiguo: las disposiciones que se dan parecen aplicables sobre todo a los que más tarde se llamarán «fámulos».*

Los Coadjutores son tres: el Cocinero, el Camarero y el Portero. Estos deben ayudarse recíprocamente en todo lo que sea compatible con sus respectivas obligaciones y ocupaciones.

*1877. En una nueva edición (también manuscrita) del mismo Reglamento se lee:*

Los Coadjutores que pertenecen a la Congregación Salesiana deben cumplir las prácticas de piedad que establecen sus Reglas.

*En este punto ya estaba perfectamente clara la distinción entre los laicos que eran salesianos y los que no lo eran. Pero todavía es poco claro el uso del término.*

*1883. En Turín-Valdocco se celebra el tercer Capítulo General de la Sociedad Salesiana. Entre los puntos tratados en presencia de Don Bosco está el de los «Hermanos Coadjutores». En la redacción final, aprobada por Don Bosco, se lee:*

Se pregunta si conviene o no conservar el nombre de «coadjutores» para los hermanos laicos, o cambiarlo por el de «hermanos» (*confratelli*). Don Bosco y otros muchos opinan que no se debe cambiar; pero se indica la conveniencia de que no se llame «coadjutores» a los fámulos.

*Esta opinión y conveniencia pronto se convertirán en costumbre: el término «Coadjutor» desde ese momento sólo tendrá el significado religioso.*

### **3. RELIGIOSOS PARA EL TRABAJO MATERIAL, SOBRE TODO**

*1872. El 29 de octubre Don Bosco da una conferencia en Valdocco a los salesianos y a los jóvenes que querían serlo. Nos ha llegado una síntesis amplia. En ella no aparece el término «Coadjutor»; pero se habla de artesanos que pueden entrar en la Congregación como laicos. Su presencia se justifica, sobre todo, por la necesidad de los trabajos materiales. He aquí los puntos más importantes.*

El fin de la Sociedad Salesiana es salvar nuestra alma y también las de los demás, especialmente de los jóvenes... ¡Qué finalidad tan noble! ...

*Después Don Bosco plantea esta cuestión:* Algún artesano podría decir: «Está bien que la Congregación se proponga la salvación de las almas. Eso lo podrá hacer un sacerdote, un predicador; pero nosotros...».

*Inmediatamente responde:* En ningún sitio, como en una Congregación, se comprueba la verdad de la Comunión de los Santos, donde todo lo que hace uno beneficia al otro. En efecto, el predicador, el confesor, después de algún tiempo, necesita comer. ¿Cómo se apañaría si no hubiera un cocinero? El docto profesor también necesita vestirse y calzarse. ¿Qué haría si no hubiera un sastre y un zapatero? Sucede como en el cuerpo: la cabeza vale más que la pierna, el ojo más que el pie; pero uno y otro son necesarios al cuerpo. Aquí viene como anillo al dedo la comparación con la fabricación del relojes. Todos los elementos, hechos con exactitud y precisión, se combinan entre sí y sale un reloj perfectísimo. Algunas partes son más delicadas y necesarias; pero intentad suprimir algunas de las menos llamativas: vuestro reloj ya no sirve.

*Y Don Bosco concluye exhortando:* Haced todo bien como se hacen los relojes en Ginebra; es decir, haciendo bien la incumbencia que la Congregación nos encomienda.

#### **4. «SE NECESITA TODA CLASE DE OBREROS»**

1876. *El 19 de marzo Don Bosco dio una conferencia a 205 entre salesianos, novicios, aspirantes y muchachos que se orientaban hacia la Congregación. Volvió a insistir en la necesidad que tienen la Iglesia y la Congregación de colaboración entre las más diversas categorías de personas. Tomó pie del dicho evangélico: «La mies es mucha, los obreros pocos». Se nombra expresamente a los Coadjutores. Don Bosco habla de su importancia en las misiones de Africa y del mundo entero; pero los sigue presentando como ayudantes del sacerdote.*

Por obrero que trabaja en la viña del Señor se entiende todo aquel que de uno u otro modo colabora en la salvación de las almas. Fijaos bien que aquí por obrero no se entiende sólo, como alguien podría creer, el sacerdote, el predicador y el confesor. Evidentemente, éstos se comprometen más y se afanan más directamente en la recogida de la mies; pero ni están solos, ni bastarían. Obreros son todos los que de un modo u otro trabajan en la salvación de las almas;

como obreros en el campo no son únicamente quienes recogen el grano, sino también todos los demás.

Mirad qué diversidad de obreros hay en el campo. Hay quien ara y quien rotura la tierra; hay quien con la azada la arregla y quien con el rastrillo deshace los terrones y nivela la tierra; uno echa la semilla, otro la cubre... Como en el campo, también en la Iglesia se necesita toda clase de obreros; sí, obreros de todas las clases; no hay nadie que pueda decir: «Yo, a pesar de mi conducta irreprochable, no sirvo para hacer nada por la mayor gloria de Dios». No, que no lo diga nadie; todos pueden hacer algo, sea lo que sea.

Los sacerdotes, ¿cómo pueden estar libres para ejercer su ministerio, si no tienen quien les prepare el pan y la comida, o si tienen que arreglarse ellos mismos los zapatos y la ropa? El sacerdote necesita ayuda. Creo no equivocarme si digo que todos los que estáis aquí, sacerdotes y estudiantes, artesanos y Coadjutores, todos, todos podéis ser verdaderos obreros evangélicos y hacer el bien en la viña del Señor.

## **5. LA CONGREGACION ES TAMBIEN PARA LOS ARTESANOS**

*1876. Pocos días después, el 31 de marzo, Don Bosco da las «Buenas Noches» a los artesanos. Es la primera vez que hace una propuesta vocacional explícita. No sólo; proclama con toda claridad la sustancial igualdad entre todos los socios de su Congregación.*

Creo que sabéis casi todos lo que es la Congregación de San Francisco de Sales. No es sólo para sacerdotes y para estudiantes, sino que es también para los artesanos. Es una asociación de sacerdotes, seminaristas y laicos, especialmente artesanos, que desean vivir juntos para procurar así hacerse el bien unos a otros y también a los demás. Por consiguiente, recordad que no sólo pueden formar parte de la Congregación quienes desean ser sacerdotes, sino que también los laicos constituyen una parte considerable. Puede entrar en ella todo el que quiera salvar su alma...

Fijaos, además, en que entre los socios de la Congregación no hay ninguna distinción; todos reciben el mismo trato, sean artesanos, seminaristas o sacerdotes; nosotros nos consideramos todos hermanos; la sopa que como yo, la tienen también los otros; y lo mismo el principio; el mismo vino que se sirven a Don Bosco se le sirve a Don José

Lazzero, a Don César Chiala, vuestro Director, y a todos los que forman parte de la Congregación.

## 6. «MI IDEA DEL COADJUTOR SALESIANO»

1883. *Este año los artesanos tienen un noviciado exclusivamente para ellos en San Benigno Canavese. El 19 de octubre Don Bosco acude a él para dar una conferencia que va a ser fundamental. A lo largo de veinte años de experiencia práctica, Don Bosco ha trazado de manera completa la figura de su Salesiano Coadjutor.*

Quiero deciros dos cosas. La primera es cuál es mi idea del Coadjutor Salesiano. Nunca he tenido ni tiempo ni comodidad para exponerla bien.

Vosotros estáis aquí para aprender un oficio y formaros en la religión y en la piedad. ¿Por qué? Porque tengo necesidad de quien me ayude. Hay cosas que ni los sacerdotes ni los seminaristas pueden hacer. Las haréis vosotros.

Necesito poder contar con alguno de vosotros y mandarle a una imprenta y decirle: «Encárgate de ella y llévala adelante». Mandar a otro a una librería y decirle: «Dirígela de modo que todo vaya bien». Enviar a otro a una casa y decirle: «Te vas a encargar de que aquel taller o aquellos talleres vayan bien y que no falte nada. Procura que los trabajos salgan como tienen que salir». Necesito tener en cada casa a quien se puedan encomendar las cosas de más confianza, el manejo del dinero, los asuntos contenciosos; quien represente a la casa fuera de ella. Necesito que funcione bien la cocina y la portería, que todo esté a tiempo, que no se desperdicie nada, que no salga nadie, etc. Necesito personas a quienes poder asignar todas esas incumbencias. Esos debéis ser vosotros.

En una palabra, vosotros no debéis ser el que hace y se afana personalmente para realizar un trabajo, sino que debéis ser el que dirige. Debéis ser como patronos sobre los demás obreros, no como criados; aunque todo ello con regla y dentro de los límites necesarios. Pero todo lo debéis hacer como quien está en la dirección, como señores de las cosas de los talleres. Esta es la idea del Coadjutor Salesiano.

¡Cuánta necesidad tengo de que vengan muchos a ayudarme de ese modo! Por eso, me alegra veros con ropa conveniente y limpia, con camas y celdas decorosas, porque

no debéis ser criados, sino señores; no súbditos, sino superiores.

Ahora paso a la segunda cosa. Puesto, que debéis ir a echar una mano en obras grandes y delicadas, tenéis que adornaros con muchas virtudes...

## **7. «UN CAMPO VASTISIMO PARA LOS COADJUTORES»**

1886. *Bajo la dirección de Don Bosco, el IV Capítulo General de la Congregación Salesiana se ocupa de los Coadjutores, reconoce su función en la Iglesia y señala las muchas ocupaciones que están llamados a desempeñar como salesianos.*

La historia de la Iglesia nos ofrece muchos ejemplos de laicos que ayudaron poderosamente a los Apóstoles y demás ministros sagrados. La Iglesia en todos los tiempos ha contado con buenos fieles para el bien del pueblo y para la gloria de Dios. En nuestros días, más que en otras épocas, las obras católicas, y entre éstas nuestra Congregación, pueden recabar de los laicos una ayuda efficacísima; incluso en determinadas circunstancias los seglares pueden actuar mejor y con mayor libertad que los sacerdotes.

A los Coadjutores, en particular, se les abre un campo vastísimo para ejercer su caridad hacia el prójimo y su celo por la gloria de Dios, mediante la dirección y administración de las diversas obras de nuestra Pía Sociedad, mediante su actuación como maestros de arte en los talleres, o como catequistas en los Oratorios festivos, y especialmente en nuestras misiones...

## LIBROS SOBRE EL SALESIANO COADJUTOR

### OBRAS FUNDAMENTALES

BRAIDO, Pedro, *Religiosi nuovi per il mondo del lavoro. Documenti per un profilo del Coadiutore Salesiano*, PAS, Roma, 1961, 290 págs. (Los documentos recopilados son los textos de Don Bosco y de los Rectores Mayores acerca del SC, hasta 1961.)

VIGANÓ, Egidio, *El elemento laical de la comunidad salesiana*, Carta a los Salesianos, en «Actas del Consejo Superior», n. 298, Direzione Generale Opere Don Bosco, Roma, octubre 1980, págs. 3-52.

VIGANÓ, Egidio, *La misión salesiana y el mundo del trabajo*, Carta a los Salesianos, en «Actas del Consejo Superior», n. 307, Direzione Generale Opere Don Bosco, Roma, enero 1983, págs. 3-39.

*Atti Convegno Mondiale Salesiano Coadiutore*, Direzione Generale Opere Don Bosco, Roma, 1975, 700 págs.

*El Salesiano Coadjutor: una vocación de «religioso laico» al servicio de la misión salesiana*, en Documentos Capitulares del Capítulo General 21 de la Sociedad Salesiana, 1978, págs. 175-231.

### ESTUDIOS

AUBRY, J., y SCHOENBERG, P., *Don Bosco li volle così*, Elle Di Ci, Leumann (Torino), 1961, 90 págs.

CONFERENCIA IBÉRICA, *El Salesiano Coadjutor*, Madrid, 1968, 95 págs.

MIDALI, Mario; BRUNO, Gaetano, y AUBRY, Giuseppe, *Contributo di studio allo schema III del CG 21*, Ed. SDB, Roma, 1977, 131 págs.

*Dei Adiutores, Jornadas de estudio sobre colaboración entre Coadjutores y Sacerdotes*, Casa del Coadjutor «Institución Fernández», San Isidro, Buenos Aires, 1964, 72 págs.

## **DIVULGACION**

BRAMBILLA, Dante, *Una respuesta original*, Editorial Don Bosco, Buenos Aires, 1976, 94 págs.

FAVINI, Guido, *Salesiani Coadiutori. Caratteristiche di una grande vocazione*, Elle Di Ci, Leumann (Torino), 1963, 154 págs.

UGOCCIONI, Rufillo, *Soldati senza divisa*, Elle Di Ci, Leumann (Torino), 1960, 84 págs.

## **BIOGRAFIAS, OBRAS GENERALES**

CERIA, Eugenio, *Profili di 33 Coadiutori Salesiani*, Elle Di Ci, Leumann (Torino), 1952, 294 págs. (Presenta los SC más significativos de los primeros tiempos.)

VALENTINI, Eugenio (a cura di), *Profili di missionari*, LAS, Roma, 1975, 624 págs.

*Dizionario Biografico dei Salesiani*, a cura dell'Ufficio Stampa Salesiano, Torino, 1969, 302 págs. (Presenta las figuras importantes fallecidas hasta el 31-12-1968.)

*España por las Misiones*, Procura Misionera Salesiana, Madrid, 1975, 50 págs.

## **SOBRE LOS MARTIRES DE ESPAÑA**

BASTARRICA, José Luis, y MALLO, José, *1936-1939, tres años de historia salesiana*, Escuela Gráfica Salesiana, Madrid, 1970, 512 págs. (Historia de los mártires de la Inspección de Madrid.)

BURDEUS, Amadeo, *Lauros y Palmas*, Librería Salesiana, Barcelona, 1958, 446 págs. (Historia de los mártires de la Inspección de Barcelona.)

CASTANO, Luigi, *Santità Salesiana*, SEI, Torino, 1966, páginas 337-360.

VILLANUEVA, Francisco, *Estampas de martirio*, Establecimientos Cerón y Librería Cervantes, S. L., Madrid, 1942, 176 págs.

## **SOBRE ALGUNAS FIGURAS DE SC**

Buzzetti, José.

PILLA, Eugenio, *Un prediletto coadiutore di Don Bosco*, SEI, Torino, 1960, 102 págs.

Conci, Carlos.

BELZA, Juan, *Conci. Bosquejo biográfico de un hombre y de una época*, Talleres Gráficos «Pío IX», Buenos Aires, 1965, 398 págs.

Corso, José Fermín.

FIERRÒ, Rodolfo, *El Maestro Corso*, Escuela Tipográfica Salesiana, Caracas, 1935, 120 págs.

Dagani, Elías Esteban.

ANÓNIMO, *Una vocazione coronata, ossia Elia Stefano Dagani*, SEI, Torino, 1929, 170 págs.

Dalmau, Joaquín.

ROMERO, Juan, *Don Joaquín Dalmau (modelo de Coadjutores Salesianos)*, Sevilla, 1947, 172 págs.

Ferraris, Pedro.

MANNI, Alvim, *Hermano Pedro Ferraris*, La Paz (Bolivia), 1981, 115 págs.

Ortiz, Jaime.

BURDEUS, Amadeo, *4.026 Jaime Ortiz Alzueta*, Ed. EPS, Barcelona-Sarriá, 1953, 112 págs.

ALFARO, Rafael, *Testimonio sellado. Jaime Ortiz*, Central Catequística Salesiana, Madrid, 1973, 32 págs.

Rossi, Marcelo.

UGOCCIONI, Rufillo, *La sentinella dell'Oratorio*, SEI, Torino, 1954, 144 págs.

Srugi, Simón.

FORTI, Ernesto, *Un Buon samaritano concittadino di Gesù*,  
Elle Di Ci, Leumann (Torino), 1967, 194 págs.

Ugetti, Juan Bautista.

L'ARCO, Adolfo, *Il fornaio di Betlemme*, Elle Di Ci, Leumann  
(Torino), 1968, 80 págs.

Zatti, Artémides.

BIANCO, ENZO, *Coadjutor Artémides Zatti. El pariente de todos los pobres*, Obra de Don Bosco en la Patagonia Norte,  
Buenos Aires, 1980, 48 págs.

ENTRAIGAS, Raúl, *El pariente de todos los pobres*, Editorial  
Don Bosco, Buenos Aires, 1960, 230 págs.

## INDICE ALFABETICO DE LOS SC CITADOS EN EL VOLUMEN

Los números indican las páginas. Los números en cursiva indican dónde se trata de ellos con mayor amplitud.

- ACCATINO, Andrés: 74.  
 ALONSO, Tomás: 199, 221.  
 ANDINI, Dionisio: 72, 89, 126-128.  
 ARCE, Emilio: 199, 215.  
 AUDA, Antonio: 75.  
 BARALE, Pietro: 73.  
 BERGESE, Antonio: 187.  
 BERTRÁN, Antonio: 199, 226.  
 BLANCO, José: 200, 224.  
 BONELLI, José: 135, 186-190.  
 BORGHI, Francisco: 71.  
 BOTTA, Enrique: 71-72.  
 BUCH, Jaime: 200, 227.  
 BURLANDO, Angel: 74.  
 BUSCAGLIONE, Juan: 77-78.  
 BUZZETTI, José: 21, 68, 75, 86, 89-92.  
 CACCIA, José: 74.  
 CASTAGNEDI, Prosdócimo: 69.  
 CELAYA, José María: 200, 223.  
 CENCI, Pedro: 71.  
 CHIAPPINI, Silvestre: 37-38.  
 CID, Antonio: 200, 224.  
 CID, Gumersindo: 135, 190-194.  
 CODERA, Juan: 201, 218.  
 COLOMBO, Pío: 74.  
 CONCAS, Sebastián: 75.  
 CONCI, Carlos: 74, 132, 145-150.  
 CORSO, José Fermín: 133, 155-160.  
 DA FONSECA, Manuel: 76.  
 DAGANI, Elías Esteban: 135, 182-186.  
 DALMAU, Joaquín: 131, 136-142.  
 DE LARA, Juan: 30.  
 DE LA TORRE, Nicolás: 205, 219.  
 DOGLIANI, José: 31, 32, 75, 107-111.  
 EIRÍN, Ramón: 201, 215.  
 ENRIA, Pedro: 69, 89, 97-103.  
 FERNÁNDEZ, Francisco: 134, 168-171.  
 FLEURET, Carlos: 75.  
 FORCINA, Francisco: 76-77.  
 GAIA, José: 28.  
 GARBELLONE, Juan: 68, 72, 88, 116-119.

- GARCÍA, Agustín: 201, 227.  
 GARCÍA, Eliseo: 201, 226.  
 GARCÍA, Esteban: 202, 221.  
 GAROLERA, Mateo: 202, 215.  
 GARZÓN, Anastasio: 202, 216.  
 GAVARINO, Carlos: 68.  
 GIL, Valentín: 202, 220.  
 GRACIA, Pablo: 203, 219.  
 HARUNI, Jorge: 79.  
 HUAMBUZARA, Vicente: 133, 166-168.  
 MANTARRO, Santos: 76, 132, 142-145.  
 MARTÍN, Francisco José: 203, 217.  
 MARTÍNEZ, Pedro: 134, 178-182.  
 MERLO, Félix e hijos: 33.  
 MESTRE, Gaspar: 75, 134, 171-175.  
 MILANESE, Silvio: 76.  
 MURRA, Alejo: 88, 123-126.  
 OGÓREK, Miguel: 68.  
 OREGLIA, Federico: 28-29.  
 ORTIZ, Jaime: 203, 213.  
 PALESTRINO, Domingo: 69, 88, 119-123.  
 PANKERI, Jacinto: 79, 133, 160-166.  
 PETRARCA, Antonio: 78.  
 PELAZZA, Andrés: 24, 30, 87, 103-107.  
 PRANO, César: 73-74.  
 QUIRINO, Cirilo: 70.  
 RABASA, José: 203, 214.  
 RAMOS, Angel: 204, 212-213.  
 RECASENS, José: 172.  
 RODICIO, Gil: 204, 212.  
 RODRÍGUEZ, Rafael: 204, 222.  
 ROSSI, José: 23, 24, 26, 86, 93-96.  
 ROSSI, Marcelo: 29, 87, 111-116.  
 SABATÉ, José María: 134, 175-178.  
 SANTANA, Laureano: 191.  
 SCARZANELLA, Enrique: 75.  
 SILVESTRO, Juan Bautista: 195-196.  
 SRUGI, Simón: 47, 48, 69, 80, 229-257.  
 TARABLE, Antonio: 136, 194-198.  
 UGETTI, Juan Bautista: 69, 132, 151-155.  
 ULLÍVARRI, Dionisio: 205, 220.  
 VALOTTI, Julio: 79.  
 VÁZQUEZ, Esteban: 205, 222-223.  
 VITROTTI, Carlos: 76.  
 ZATTI, Artémides: 69, 80, 259-296.

# INDICE



Presentación ... ..	7
---------------------	---

PARTE PRIMERA

LA GENIAL FIGURA DEL SALESIANO COADJUTOR

CAPÍTULO I.—UNA HISTORIA DE BRAZOS REMANGADOS. 17

<i>El Salesiano Coadjutor, año tras año</i> ... ..	17
1. El hombre del servicio secreto ... ..	19
2. Prehistoria: Coadjutores en busca de identidad ...	21
3. Un cuarto de siglo para madurar la idea ... ..	24
4. La primera floración de los Salesianos Coadjutores.	28
5. Los Coadjutores Salesianos en el pensamiento de Don Bosco ... ..	34
6. Una historia que se continúa desde hace ciento veinte años ... ..	38

CAPÍTULO II.—LA REFLEXION ACTUAL DE LA CONGREGACION SALESIANA SOBRE EL SALESIANO COADJUTOR ... .. 43

1. Tiempo de reflexión en la Iglesia ... ..	43
2. Tiempo de reflexión en la Congregación Salesiana ...	45
3. El Salesiano Coadjutor, un trinomio: religioso+salesiano+laico ... ..	48
4. El Salesiano Coadjutor: tres características ... ..	53
5. Religiosos nuevos para el mundo del trabajo ... ..	61

CAPÍTULO III.—COADJUTOR, UN HOMBRE PARA TODAS LAS PROFESIONES ... ..	65
<i>Algún nombre, por ejemplo</i> ... ..	65
1. Hombres para todo en sus comunidades ... ..	68
2. En la escuela y en el patio con los muchachos de Don Bosco ... ..	70
3. Los continuadores de Gutenberg ... ..	73
4. Encuadernadores, escultores, músicos ... ..	74
5. Misioneros al lado del misionero ... ..	76
6. Arquitectos, contratistas, capataces ... ..	77
7. La única profesión verdadera: la santidad ... ..	79

## PARTE SEGUNDA

FIGURAS CONCRETAS DE SALESIANOS  
COADJUTORES

INTRODUCCION ... ..	83
CAPÍTULO I.—SALESIANOS COADJUTORES FORMADOS POR DON BOSCO ... ..	85
<i>Sus carnets de identidad</i> ... ..	86
1. José Buzzetti ... ..	89
2. José Rossi ... ..	93
3. Pedro Enria ... ..	97
4. Andrés Pelazza ... ..	103
5. José Dogliani ... ..	107
6. Marcelo Rossi ... ..	111
7. Juan Garbellone ... ..	116
8. Domingo Palestrino ... ..	119
9. Alejo Murra ... ..	123
10. Dionisio Angel Andini ... ..	126
CAPÍTULO II.—OTRAS FIGURAS DE SALESIANOS COADJUTORES ... ..	131
<i>Sus carnets de identidad</i> ... ..	131
1. Joaquín Dalmau, «el Maestro» ... ..	136
2. Santos Mantarro, constructor en la Casa del Padre. ... ..	142
3. Carlos Conci, el Ketteler de Argentina ... ..	145

4. Juan Bautista Ugetti, panadero en la «Casa del pan», el ciego de las vocaciones ... ..	151
5. «El Maestro Corso» (José Fermín Corso) ... ..	155
6. Jacinto Pankeri, misionero, explorador, ingeniero... ..	160
7. Vicente Huambutzara, el primer salesiano jíbaro ... ..	166
8. Francisco Fernández, misionero entre bororos y chavantes ... ..	168
9. Gaspar Mestre, tallista consumado ... ..	171
10. José María Sabaté, el Oratoriano ... ..	175
11. Pedro Martínez, artista del hierro ... ..	178
12. Elías Esteban Dagoni, novicio y misionero ... ..	182
13. José Bonelli, fundador de las Escuelas Profesionales de Bolivia ... ..	186
14. Gumersindo Cid, misionero en el Assam ... ..	190
15. Antonio Tarable, en la Tierra del Fuego ... ..	194
CAPÍTULO III.—VEINTISEIS SALESIANOS COADJUTORES, SIERVOS DE DIOS, MARTIRES EN ESPAÑA ... ..	199
<i>Sus carnets de identidad</i> ... ..	199
Veintiséis Salesianos Coadjutores, mártires en España.	206
CAPÍTULO IV.—DE NAZARETH HA SALIDO ALGO BUENO (Siervo de Dios Simón Srugi) ... ..	229
<i>Carnet de identidad</i> ... ..	229
1. En Belén, con el «Padre de los huérfanos» ... ..	232
2. Con Don Bosco en la casa de Gamaliel ... ..	233
3. «Tomad nota de sus actos: Srugi es un santo» ... ..	237
4. «Curaba, y Allàh guiaba su mano» ... ..	245
5. El «camino sencillo» que le llevó tan lejos ... ..	249
6. Los días de la guerra, de la sangre y del perdón ... ..	252
7. «Tenía la cabeza llena de paraíso» ... ..	255
CAPÍTULO V.—ERA EL PARIENTE DE TODOS LOS POBRES (Siervo de Dios Artémides Zatti) ... ..	259
<i>Carnet de identidad</i> ... ..	259
1. Un pobre muchacho fracasado y desahuciado ... ..	260
2. El muchacho enfermo se convierte en médico ... ..	264
3. Médico de los cuerpos y de las almas ... ..	270
4. La Providencia y la partida doble ... ..	275

	<i>Págs.</i>
5. Don Zatti es un hombre jovial ... ..	279
6. Los hospitales, como las coles: hay que trans- tarlos ... ..	283
7. ¿Cómo está, Don Zatti? «Para arriba, doctor» ... ..	285

## CONCLUSIÓN

### UNA PASTORAL VOCACIONAL ADECUADA

## APENDICES

1. ASI HABLO SAN JUAN BOSCO ... ..	299
2. LIBROS SOBRE EL SALESIANO COADJUTOR ... ..	305
3. INDICE ALFABETICO DE LOS SC CITADOS EN EL VOLUMEN ... ..	309